PETER KWASNIEWSKI

Resurgimiento en medio de la crisis

Sagrada liturgia, Misa tradicional y renovación en la Iglesia



RESURGIMIENTO EN MEDIO DE LA CRISIS

SAGRADA LITURGIA, MISA TRADICIONAL Y RENOVACIÓN EN LA IGLESIA

Peter Kwasniewski

Edición española a cargo de la Asociación Magnificat-Una Voce Chile.

Angelico Press, Ltd.
169 Monitor St.
Brooklyn, NY 11222
www.angelicopress.com

ppr 978-1-62138-452-6
cloth 978-1-62138-453-3
ebook 978-1-62138-454-0

RESURGIMIENTO EN MEDIO DE LA CRISIS

SAGRADA LITURGIA, MISA TRADICIONAL Y RENOVACIÓN EN LA IGLESIA

Peter Kwasniewski

Prólogo a la edición española de
S.E.R. Athanasius Schneider

Traducción
Augusto Merino Medina

El autor dedica este libro a S.S. el Papa Emérito Benedicto XVI, por habernos enseñado, con su palabra y su ejemplo, el espíritu de la liturgia, y por haber promovido la recuperación de nuestro patrimonio hereditario.

"El Espíritu Santo ha hecho de la liturgia el centro de su obra en el alma de los hombres".

Dom Prosper Guéranger

"Quien observe atentamente los progresos, los períodos de decadencia y las reformas que han tenido lugar en la vida de la Iglesia, descubrirá que el descuido y el abuso de este Sacramento han sido la causa de las decadencias, en tanto que el culto lleno de fe y la frecuentación devota del mismo han contribuido maravillosamente a los progresos y reformas [...] Cada vez que se descuida los divinos misterios o se los realiza sin devoción, hay que perder toda esperanza de bien".

San Juan Fisher

"Estad atentos a los peligros. Permaneced firmes en la fe, sed valientes y fuertes".

I Co 16, 13



En memoria de Charles y Elaine Fleischer

ÍNDICE

Prólogo a la edición española de S.E.R. Athanasius Schneider [1]

El "más divino y santo Sacramento se despoja de los misteriosos velos que en forma simbólica lo rodean. Se nos muestra en brillante esplendor y llena los ojos de nuestro espíritu con el sencillo rayo de su luz desnuda". Este Sacramento de la Eucaristía "se despliega por amor a los hombres en la santa y variada abundancia de las ceremonias simbólicas" (Pseudo Dionisio Areopagita, *Eccles. Hier.*, III, 2-3). Las palabras del autor de la obra del siglo V *Sobre la jerarquía eclesiástica* reflejan la comprensión litúrgica permanente que la Iglesia tuvo desde los tiempos de los Padres de la Iglesia, así como el verdadero espíritu con el cual la Iglesia celebró siempre la liturgia. El papa Benedicto XVI le dio a la Iglesia de nuestros días, partiendo de las palabras del Pseudo Dionisio Areopagita, la siguiente lección orientadora sobre el sentido y la celebración de la liturgia: "La liturgia no es algo construido por nosotros, algo inventado para lograr una experiencia religiosa durante un cierto espacio de tiempo. [...] Hablar de Dios es siempre -el Pseudo Dionisio Areopagita lo dice con la palabra griega- un *hymnein*, un cantar para Dios con el gran canto de las criaturas, el que se refleja y cobra una forma

1 La traducción de este Prólogo ha sido hecha por el Dr. Andrés Schlack Muñoz desde el original en alemán.

concreta en la alabanza litúrgica" (Audiencia General del 14 de mayo de 2008).

En el presente libro, *Resurgimiento en medio de la crisis. Sagrada liturgia, Misa tradicional y renovación en la Iglesia*, dibuja el autor Peter Kwasniewski un cuadro realista de la práctica litúrgica tal y cómo se ha impuesto en la mayoría de las parroquias e iglesias del mundo católico desde el final del Concilio Vaticano II. El autor realiza esta tarea con conocimiento de causa y sobre la base de la evidencia innegable de los hechos y de la experiencia. Uno se da cuenta inmediatamente del gran quiebre existente entre el espíritu litúrgico de los Padres de la Iglesia, esto es, de la Tradición, y el espíritu y la práctica de la vida litúrgica de la Iglesia en nuestros días.

La esencia de la actual crisis litúrgica, de alcance prácticamente mundial, se resume en esta cita de la Sagrada Escritura: "Han apartado su rostro de la morada del Señor y le han vuelto la espalda" (2 Cro 29, 6). ¿Qué significa esto concretamente? Significa que una trágica desviación del punto focal ha tenido lugar en la práctica litúrgica de nuestros días, que consiste en lo siguiente: nuestro Dios hecho Carne en el Santísimo Sacramento y en su imagen crucificada sobre el altar fue hecho a un lado, en cierto modo fue desplazado hacia la periferia, poniéndose en su lugar como punto central a la congregación en un círculo cerrado con el sacerdote. Semejantes celebraciones antropocéntricas de la liturgia prueban una vez más la inexorable verdad de la afirmación: "Muéstrame cómo celebras la liturgia, y te diré cómo crees".

Peter Kwasniewski nos ofrece en su libro un inventario perspicaz y con conocimiento de causa de los déficits y desventajas objetivas de la reforma litúrgica que tuvo lugar luego del Concilio Vaticano II. Sobre la base segura de los ritos y regularidades litúrgicas probados durante milenios, el autor muestra convincentemente que no solamente los abusos litúrgicos evidentes, sino también importantes medidas de la reforma litúrgica misma importan un quiebre con la comprensión litúrgica inalterable que

la Iglesia siempre tuvo. Entre dichas normas litúrgicas del "quiebre" se cuentan las siguientes: la recitación en voz alta del Canon de la Misa y con ello eliminación de la atmósfera de silencio; el uso exclusivo de la lengua vernácula y la consecuente supresión práctica del latín como lengua sacra; la derogación del leccionario dominical vigente durante quince siglos mediante la introducción de un ciclo trianual de lecturas dominicales que resulta completamente ajeno al rito romano, lo cual trae consigo una complicación desproporcionada del empleo de lecturas bíblicas en la celebración de la Misa; orientación de la celebración *versus populum*; alteraciones radicales en el calendario litúrgico (por ejemplo la supresión de la septuagésima, de la octava de Pentecostés, de las témporas); práctica generalizada y descontrolada de la concelebración (teniendo lugar a menudo concelebraciones masivas, lo que da lugar a dudas sobre su validez); admisión de instrumentos y melodías profanos; introducción de papeles litúrgicos adicionales de los laicos como ministrantes durante la celebración de la Misa, como por ejemplo lectores y ministros extraordinarios de la Eucaristía, con la subsecuente integración de lo informe al transcurso de la celebración de la Misa, así como ministrantes y lectores de sexo femenino.

"En la historia de la liturgia hay crecimiento y progreso, pero ninguna ruptura. Lo que para las generaciones precedentes era sagrado, permanece también para nosotros sagrado y grande". Estas palabras del papa Benedicto XVI en su carta a los obispos que acompaña a la carta apostólica en forma de motu proprio *Summorum Pontificum* deberían ser tomadas más en serio y motivar a aquellos que hoy en la Iglesia son responsables del orden en la liturgia a emprender con hechos concretos una mejora de las normas que se refieren a ella. Sin medidas normativas concretas para una mejora de los ritos litúrgicos y su práctica la actual y extendida incompetencia litúrgica motivada por el olvido de la Tradición se consolidará cada vez más. La anarquía y la amnesia litúrgicas no deberían tener ningún derecho en la Iglesia. Las generaciones más jóvenes tienen derecho a conocer

las oraciones y leyes litúrgicas de sus antepasados y de los santos de los milenios pasados. *"Securus iudicat orbis terrarum"* ("El orbe terrestre juzga confiablemente"), dijo en una ocasión San Agustín (*Contra epistolam Parmeniani* 3, 24) a los miembros de la secta donatista, los que consideraban sus prácticas limitadas en el tiempo como un criterio de verdad. Algunas de las prácticas antes descritas, favorecidas por la reforma litúrgica, no coinciden con el juicio litúrgico seguro del orbe católico bimilenario; son temporalmente limitadas y reflejan más bien la desventaja de nuestro tiempo efímero.

La práctica litúrgica contemporánea de la Iglesia se encuentra a largo plazo en un cierto estado de exilio, puesto que varias leyes invariables de la liturgia, que nos han sido transmitidas por los Padres de la Iglesia y los santos, se encuentran ausentes y, de este modo, en el exilio. Dichas leyes son por sobre todo las siguientes, por nombrar solamente las más importantes: la celebración ad *orientem vel ad Deum*, el idioma sagrado, la música sacra, el silencio y la contemplación, el espacio de la iglesia jerárquicamente ordenado mediante un coro alto (*jubé*) o bien con un comulgatorio. Se puede llamar en cierto modo a la actual práctica litúrgica de la Iglesia católica una especie de "Exilio de Aviñón". Se necesitan hoy hombres en la Iglesia llenos de una fe profunda e inconmovible y de un amor reverente al culto divino en la sagrada liturgia que, con conocimiento y valor, formulen propuestas concretas para que la Tradición litúrgica sea conducida, al menos paso a paso, de regreso del "exilio". Una de tales voces que llaman al retorno de la Tradición litúrgica desde el "exilio" está representada por el libro de Peter Kwasniewski.

Una gran alegría llenó los corazones de los "pequeños" de la Iglesia, empujados al margen o a la periferia, cuando el Cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el Culto Divino, realizó el 5 de julio de 2016 durante el simposio "Sacra Liturgia UK 2016" en Londres sugerencias concretas para una verdadera renovación de la liturgia en el sentido constante de la Iglesia y de los Padres del Concilio Vaticano II. Su propuesta más con-

creta y, en cierto modo, más luminosa es que el sacerdote y los fieles, durante todas las oraciones de la celebración de la Misa y comenzando por el *Confiteor*, miren, atendido que se dirigen a Dios, en la misma dirección, esto es, hacia el ábside o hacia la cruz sobre el altar o sobre el tabernáculo, es decir, "hacia Dios". Esta propuesta del Cardenal Sarah fue como un rayo de sol en el cielo de la vida litúrgica de nuestros días. Desgraciadamente, una nube oscura se atravesó inmediatamente con la problemática declaración de la Oficina de Prensa de la Santa Sede de 11 de julio de 2016. Pero las nubes pasan y el sol queda, lo que debe ser motivo de esperanza.

Que la voz de Peter Kwasniewski con sus propuestas concretas en el presente libro sea escuchada por muchos católicos y, en primer lugar, por los pastores de la Iglesia. Que ellos sean inflamados por una fe renovada y un amor reverente en la celebración de los misterios inefables de nuestra Salvación, conforme al sentir invariable y constante de la Iglesia, el *perennis, ecclesiasticus et catholicus sensus Ecclesiae* (cfr. San Vicente de Lerins, *Comm.* 2, 4).

† Athanasius Schneider
Obispo auxiliar de Astana
Presidente de la Comisión Litúrgica
de la Conferencia Episcopal de Kasajistán.
Astana, 21 de julio de 2016.

PRESENTACIÓN

San Benito, en su *Regla*, prescribe que nada debe anteponerse a la obra de Dios: "*Nihil operi Dei praeponatur*" (Capítulo 43). Es decir, para el monje nada debe ser más importante que la liturgia. Sin embargo, existe una difundida creencia en que, en realidad, la liturgia es algo de interés sólo para especialistas imbuidos de una extraña preocupación por cosas que no tienen mayor importancia para la vida cristiana normal de una parroquia cualquiera. ¿Liturgia?: quizá para los monjes, de quienes se puede suponer que no están involucrados en las angustias y preocupaciones de nuestros contemporáneos ni se cuidan de ellas; pero no para los cristianos corrientes que viven en el mundo. Puede que se llegue a aceptar que las reuniones del comité de liturgia de la parroquia son un poco más importantes que las del comité de adornos florales. Pero hoy se considera como reliquia de un pasado ya muerto la convicción de que nada debe ser estimado más importante que la liturgia; pasado muerto que trae además a la mente, sospechosamente, el recuerdo de un desagradable esteticismo.

El Dr. Kwasniewski nos ha hecho un gran servicio al publicar, en el formato fácilmente accesible de un libro, un conjunto de sus artículos sobre liturgia. Un gran mérito de este trabajo es

su argumentación a favor de la verdad que enseña San Benito: no hay nada más importante que la liturgia, y no sólo para los monjes, sino también para el resto de los cristianos. Sostiene el autor que, desde el Concilio Vaticano II, "la Iglesia Católica ha experimentado una inédita crisis de identidad, que abarca tanto a su, hasta ahora, inexpugnable doctrina y a su espiritualidad, como a su actividad apostólica y misionera". Y afirma que la fuente más importante de esta crisis es la corrupción de la sagrada liturgia. Así, la crisis en el culto litúrgico de la Iglesia contemporánea tiene consecuencias para todos los demás aspectos de su vida. Si tal es el caso, la liturgia no puede menos que ser una preocupación central para aquéllos que se preguntan cómo vivir hoy un auténtico catolicismo.

Muchos de los planteamientos de este libro constituyen una bienvenida confirmación de lo que muchos de nosotros hemos venido pensando y escribiendo. La revisión de los tópicos incluidos en su sección central nos proporciona una idea de su impulso y amplitud. El primer capítulo, "Solemnidad...", alude a un hecho frecuentemente preterido en la literatura litúrgica: el efecto que tiene en los niños el modo como se dice la Misa. El autor nos hace ver, acertadamente, que, durante décadas, los liturgistas han sido partidarios de componer Misas especiales para niños, y como se suele prestar oídos a los expertos, muchas parroquias han llevado a cabo un verdadero desmontaje de la Misa con este fin. Y argumenta que, a diferencia del rito antiguo, el rito nuevo es incapaz de alimentar el alma infantil: "Imagínense, por favor, la diferencia que hay entre un niño que asiste a una Misa solemne tradicional y uno que va a una típica Misa parroquial de día domingo. Cualquiera que tenga conocimientos sólidos de psicología infantil podrá darse cuenta de cuál de estas dos liturgias, apoyada por la catequesis, va a tener, a largo plazo, mayores y más profundos efectos":

> La más esmerada "Misa para niños" –es decir, para todos quienes aspiran a vivir una vocación de infancia, ya se trate de niños pequeños o de ancianos, y no meramente para quie-

nes se quedan atascados (o quisieran atascar a otros) en una etapa infantil del desarrollo humano–, es la Misa Tridentina, con todos sus recursos desplegados, su ortodoxia claramente proclamada, su misterio lleno de sugerencias para todos quienes asisten a ella. Si lo que se desea es un templo lleno de católicos que conozcan su fe, que la amen y la practiquen, déseles una liturgia exigente, profunda y rigurosa.

Creo que el Dr. Kwasniewski, al subrayar los efectos de la liturgia en los niños –en los niños de verdad, no en aquéllos creados por la imaginación sesgada de los liturgistas– ha hecho una muy importante contribución al debate litúrgico. De hecho, lo que él se propone es dirigirse al niño que hay en todo hombre.

El autor escribe –lo cual me parece verdadero– que "la psiquis humana *tiene necesidad* de cierta opacidad, de profundidades insondables, de algo que le oponga resistencia y le presente dificultades, de una grandeza ultramundana que se constituya en drástico contraste con las sombras familiares de la vida corriente".

Desde los niños pequeños, a quienes se refiere en la sección inicial, el plan del Dr. Kwasniewski asciende hasta la presentación del gran panorama de su último capítulo, intitulado "Una triple amnesia: sagrada liturgia, doctrina social, y Santo Tomás". El autor enfatiza aquí que lo que el bien de la Iglesia necesita desesperadamente es "sagrada liturgia en toda su sacralidad, doctrina social de la Iglesia en toda su amplitud y audacia, y magisterio del Doctor Angélico en toda su extensión y profundidad". He aquí un magno programa. En la actualidad, el modo de considerar el culto, los códigos y el credo de la Iglesia sobreviven sólo como *disiecta membra*. Lo que hace el autor es apuntar a la recomposición de la Cristiandad y, sin duda, nos va a decir mucho más sobre ello en los próximos años.

Para ser justos, habrá que hacer constar que, aunque el Dr. Kwasniewski no deja lugar a dudas en cuanto a que su corazón y su mente se sienten atraídos por la belleza de la Tradición, recorre también su texto, de principio a fin, una línea de pragmático conservadurismo. Ciertamente, considera que el *usus antiquior*

es la cura decisiva para los males de la Iglesia, pero su libro responde a designios más amplios, y es paciente en lo relativo a un enfoque gradual, como que nos alienta a "no excluir del todo el rito romano moderno cuando se lo celebra de un modo solemne, digno, bello y reverente". Se comprenden, a esta luz, las referencias encomiásticas del libro hacia lo que podríamos llamar "la opción Oratoriana", o el *ars celebrandi* de "la reforma de la reforma", vale decir, "en latín, *ad orientem*, con canto gregoriano, incienso y ornamentos adecuados". Como explica el autor, esta "opción Oratoriana" la encontramos no sólo en los Oratorios de Viena, Londres, Oxford, Birmingham y Toronto, sino también, para citar algunos elocuentes ejemplos, en Stift Heiligenkreuz y en el Coloquio de Música Sagrada de la Asociación de Música Eclesiástica de los Estados Unidos de Norteamérica. Una Misa *Novus Ordo*, aun dicha en lengua vernácula, no constituye un obstáculo insuperable para una correcta celebración litúrgica. Tal ha sido, al menos, la experiencia de los Oratorianos: el espíritu de sus celebraciones es tradicional, aunque no lo sea enteramente la forma.

No obstante las diferencias de enfoques y de énfasis, los católicos que aman la sagrada liturgia y desean que se reconozca la primacía de la Obra de Dios, agradecerán al Dr. Kwasniewski el haber escrito otro documento, potente y entusiasta, que viene en ayuda del movimiento de recuperación y comprensión del *espíritu litúrgico*, que es el verdadero patrimonio de la Iglesia.

Jonathan Robinson, Cong.Orat.

PREFACIO

Los diversos capítulos de este libro abordan temas fundamentales de la sagrada liturgia, con particular énfasis en el valor permanente y excelso de la Misa tradicional (conocida también como *usus antiquior* o forma extraordinaria del rito romano), cuya presencia es cada vez mayor, especialmente en el mundo de habla inglesa. Asimismo, a menudo en él se trata temas corrientes dentro de la perspectiva de la "reforma de la reforma". Hoy, más que nunca, hace falta una reflexión teológica y filosófica sobre el resurgimiento del *usus antiquior* y sobre cómo esta forma más antigua puede enriquecer la modalidad más nueva, exponiendo simultáneamente a la luz algunas de las debilidades de esta última que necesitan corrección. La combinación de apología y crítica que se ofrece en estas páginas constituye mi contribución tanto al "nuevo movimiento litúrgico" inspirado por el papa Benedicto XVI, como a la gran renovación eclesial que él ha puesto en movimiento.

Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica ha experimentado una inédita crisis de identidad, que abarca tanto a su, hasta ahora, inexpugnable doctrina y a su espiritualidad, como a su actividad apostólica y misionera. Como lo ha reconocido el papa Benedicto XVI, esta crisis surge, en gran parte, de la corrupción de la sagrada liturgia, afectada por oleada tras oleada

de novedosas teologías y de experimentos. El resultado ha sido confusión, desaliento y devastación. Durante el mismo período de cincuenta años, un creciente número de católicos ha comenzado a ver en la liturgia tradicional de la Iglesia uno de sus mayores tesoros: testigo de la ortodoxia de la fe, cimiento de la vida espiritual, fuente inagotable de auténtica y sustancial devoción, expresión viva del espíritu católico. Estos fieles han incrementado el reducido grupo de aquéllos que, durante el Concilio e inmediatamente después, se dieron cuenta de que la vía para que la Iglesia llegara hasta el hombre moderno no era transformarse a sí misma, con todos sus recursos, en una modalidad fantasmagórica y fluctuante de modernidad, sino trabajar con celo para transformar al hombre según la doctrina intemporal de Cristo, empleando los medios, desde siempre venerables y probados por la experiencia, con que la ha dotado la Providencia.

Con el papa Benedicto XVI hemos conmemorado el quincuagésimo aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano Segundo, en el cual él mismo participó vigorosamente. Aunque en un principio sus simpatías se inclinaron hacia el sector liberal, lamentó posteriormente el modo cómo las enseñanzas del Concilio fueron manipuladas y distorsionadas por el espíritu, antinómico, de un Concilio "virtual" o "mediático". Y pidió, acertadamente, como lo hubiera hecho cualquier católico, que el Concilio fuera leído según una "hermenéutica de la continuidad" con todo lo que tuvo lugar antes de él y con las aclaraciones hechas posteriormente. De acuerdo con el papel esencialmente protector, propio del oficio papal, el papa Benedicto procuró rectificar algunas, o muchas, de las cosas que se hicieron mal en las últimas cinco décadas.

Una vía para comprender lo que ha pasado en el último medio siglo es considerar el delicado equilibrio entre los aspectos *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia, que no son sino las dos caras de una misma moneda. Podría decirse que la Iglesia tiene su propia vida interior –vida litúrgica, sacramental, espiritual, intelectual, definida en conjunto por la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición y el Magisterio–; vida que debe ser cuidada, alimentada,

protegida y profundizada, a fin de permanecer sana y vigorosa. Simultáneamente, la Iglesia tiene una permanente "misión apostólica", una vocación de salir hacia el mundo incrédulo, de predicarle, de convertirlo, de santificarlo, de confrontar sus errores y de luchar con sus problemas. La noble intención de San Juan XXIII, Papa tradicional desde muchos puntos de vista, fue hacer que los tesoros de la vida interior de la Iglesia produjeran efectos en la modernidad y en el mundo moderno. Fue con este fin que convocó tanto el Sínodo Romano como el mejor conocido Concilio Vaticano II. Su intención fue que la Iglesia católica proyectara la luz y la verdad de Dios, y que intensificara una actividad apostólica que ya había florecido en tiempos del Venerable Siervo de Dios Pío XII.

Es bien conocido lo que terminó por suceder durante los años del Concilio y los inmediatamente siguientes. La Iglesia experimentó un período de amnesia *ad intra* y se extravió en una embriaguez *ad extra*. Olvidó que si la propia casa, la propia alma, no está en orden, no se tiene nada que valga la pena compartir con el mundo, y que la predicación de la Buena Nueva a los no creyentes es efectiva sólo en la medida en que existe algo trascendentalmente bueno que los reciba a su ingreso al templo. Pero, en lugar de hacer regresar el pueblo de Dios a vías de saludable arrepentimiento y de emprender una masiva tarea de reparaciones *ad intra*, tanto el papa Pablo VI como incontables eclesiásticos urgieron, cada vez más, el cumplimiento de un mal concebido programa *ad extra*, que produjo una cada vez mayor incoherencia. Lo que selló esta trayectoria modernizante fue la promulgación de una forma de liturgia radicalmente nueva, que sofocó, durante un tiempo, el cultivo de la memoria institucional y de la identidad propia. La verdad es que muchos clérigos y laicos llegaron a considerar que una sólida conexión con el pasado era un peligro, un obstáculo para la relevancia, la efectividad, la humildad y la pobreza de la Iglesia.

Para decirlo brevemente, la historia de la Iglesia desde el Concilio hasta el presente ha sido una sucesión de obstinados

esfuerzos *ad extra*, sin tener suficientes recursos interiores y profundos. O, peor todavía, ha sido una historia de esfuerzos caracterizados por la distorsión o supresión de tales recursos. Como muchos han observado, durante aproximadamente el último medio siglo pareciera que la Iglesia institucional se ha preocupado de los ateos, de los modernistas y de todo tipo de no-católicos más que de sus hijos propios y fieles, que quieren creer lo que siempre se ha creído, y vivir como los hombres y mujeres santos siempre han procurado vivir: "en el mundo, pero sin ser del mundo". Vienen a la memoria las palabras de San Pablo: "así pues, mientras disponemos de tiempo, hagamos el bien a todos, y *especialmente* a los hermanos" (Ga 6, 10). Y también: "pues si alguien no cuida de los suyos, *y sobre todo* de los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel" (I Tm 5, 8). La Iglesia es la familia de Dios, y los pastores actúan *in loco parentis*. ¿Por qué, pues, están ausentes? ¿Se preocupan verdaderamente de sus hijos, y de las necesidades *primarias* de éstos? El ecumenismo, el diálogo interreligioso, los esfuerzos de justicia social e incluso los esfuerzos de evangelización carecen de valor si, primero, los fieles mismos no son adecuadamente vestidos, alimentados e instruidos: vestidos por sacramentos frecuente y dignamente recibidos, alimentados por una sagrada liturgia realizada con belleza y reverencia, instruidos en la sana doctrina por la catequesis, la predicación y las escuelas.

Por ello es que, luego de cuarenta años de vagar por el desierto, el pontificado de Benedicto XVI pareció –y demostró ser– una línea divisoria de las aguas, una bocanada de aire fresco. Era tiempo de preocuparnos del estado de nuestra alma, de poner orden en nuestra propia casa, de renovar la liturgia a partir de sus fuentes más profundas, y de aprender de nuevo qué *es*, exactamente, la Buena Nueva que se supone debemos compartir con nuestro prójimo. El pontificado de Joseph Ratzinger, comenzó, sistemáticamente, a corregir la amnesia y la embriaguez. *Summorum Pontificum*, más allá de los innumerables frutos que ha producido entre los católicos de todo el mundo, es el perenne

símbolo del esfuerzo por producir un cambio significativo mediante el llamado a los fieles a regresar a una tradición, una espiritualidad y un estilo de vida que *no cambian*, y así lo sugiere la fecha simbólica en que fue anunciada –el séptimo día, del séptimo mes del séptimo año del nuevo milenio–.

Aunque el pontificado de Benedicto XVI fue breve, las enseñanzas, el ejemplo y la legislación de esos ocho años probarán, a medida que avance el nuevo siglo, ser o bien la semilla de mostaza de una auténtica renovación, o bien la condenación profética de una renovación fallida. Sea ello como fuere, ha sido para nosotros un privilegio, sin mediar mérito alguno de nuestra parte, poder abrazar con gratitud y celo la identidad católica tradicional, la memoria fragante y viva de los dones de Dios que Joseph Ratzinger/Benedicto XVI ha hecho tanto por proteger y promover, permitiendo que estas semillas den fruto en nuestros propios días. Ninguno de nosotros puede hacer nada más. Y, sin embargo, lo hecho ya es suficiente. Porque Dios puede tomar las pocas hogazas de pan y los pocos peces que nosotros tenemos, y multiplicarlos sin fin.

Cuando se piensa en la magnitud de la tarea que el papa Benedicto nos confió –la tarea de renovar, desde sus mismas fuentes, nuestra fe, en continuidad con la Tradición–, y cuando advertimos cuántos trabajos y sufrimientos nos esperan, a medida que luchamos por poner por obra la profunda enseñanza que sobre la sagrada liturgia nos ha dado el Señor a través de este gran Papa, corremos el peligro de sucumbir, en la batalla, a la tentación del cansancio y dejar de luchar, especialmente en estos tiempos, en que tantos en la Iglesia parecen estar huyendo del nuevo amanecer y regresando a la peligrosa oscuridad de la década de 1970. Animémonos, sin embargo, con el ejemplo de tantos nobles hombres y mujeres, clérigos, religiosos y laicos, que han peleado la buena batalla, desde los tiempos del Concilio hasta nuestros días, y alentemos también el corazón con la perenne espiritualidad que sostiene al ideal monástico benedictino, que tanto ha inspirado a Su Santidad. Como ha dicho Dom Paul Delatte, O.S.B.:

La paciencia realiza un trabajo perfecto, y su trabajo es mantener en nosotros, a pesar de todo, el orden de la razón y de la fe. Hagamos un gran esfuerzo de coraje, abracémonos a esta bendita paciencia de una manera tan apretada y fuerte que no haya nada en el mundo capaz de separarnos de ella: *patientiam amplectatur*. Estos no son tiempos para lamentaciones, para excusas, para disputas. No hubiéramos sido salvados si el Señor hubiera rechazado el sufrimiento. Son tiempos para poner los hombros y cargar la cruz, para hacer todo lo que Dios quiera y por el tiempo que Él quiera, sin cansarnos ni rezagarnos en el camino [...] No hay futuro espiritual sino para quienes pueden mantenerse así de firmes. Cuando nos hacemos el propósito de resistir y soportar hasta que pase la tormenta, terminamos por desarrollar un gran poder de resistencia[1].

---

1 DELATTE, D., O.S.B., *The Rule of St. Benedict: A Commentary* trad. de Dom Justin McCann, O.S.B., Londres, Burns, Oates, and Washbourne,1921), p. 116.

AGRADECIMIENTOS

Aunque se ha modificado el texto y las notas, a veces profundamente, para ser incluidos en este libro, el material de los capítulos 1, 12 y 14 fue publicado primeramente en *The Latin Mass: The Journal of Catholic Culture and Tradition*, del modo siguiente: "Solemnity: The Crux of the Matter", núm. 17-1 (Invierno 2008), pp. 8-12 y núm. 17-2 (Primavera, 2008), pp. 6-11; "The Word of God and the Wordiness of Man", núm. 17-4 (Otoño 2008), pp. 12-19; "The Symbolism of Silence and Emptiness", núm. 15-5 (Adviento/Navidad 2006), pp. 6-11; "Contemplation of Unchanging Truth", núm. 17-5 (Adviento/Navidad 2008), pp. 14-19; "The Liturgy Forms Christ in Us: He Must Increase, I Must Decrease", núm. 15-2 (Primavera 2006), pp. 12-15; "Offsprings of Arius in the Holy of Holies", núm. 15-4 (Otoño 2006), pp. 26-33; "The Five Wounds and the Church of the Future", núm. 21-2 (Verano 2012), pp. 12-19; "A Rite Histrionic and Disoriented", núm. 16-1 (Invierno 2007), pp. 34-39; "The Loss of Liturgical Riches in the Sanctoral Cycle", núm. 16-4 (Otoño 2007), pp. 30-35; "Loss of Graces: Private Masses vs Concelebration", núm. 19-1 (Invierno 2010), pp. 6-9; "The Liturgical Reform's Long-Term Effects on Christian Ecumenism", núm. 15-3 (Verano 2006), pp. 32-36; "Latin, the Ideal Liturgical Language of the West", núm. 20-2 (Primavera 2011), pp. 6-9; "Sacred Liturgy, Social Teaching, and Saint Thomas", núm. 16-5 (Adviento/Navidad 2007), pp. 6-11. En su forma original los capítulos 2, 5, 8 y 11 se publicaron

con un pseudónimo. El capítulo 13 se publicó con el título "Education and Liturgy: Thoughts on the Fortieth Anniversary of the Closing of Vatican II", en *The Downside Review,* núm. 124 (abril 2006), pp. 135-48. Agradezco a los editores de estos periódicos por otorgar su autorización para publicar nuevamente el material que apareció originalmente en sus páginas. El epílogo se publicó inicialmente como dos artículos, uno en *The New Liturgical Movement* y el otro en *One Peter Five*.

Si no se dice nada en contrario, las traducciones de Santo Tomás y otros autores las he realizado yo. En cuanto a la *Summa Theologiae*, he recurrido a las clásicas traducciones, ahora de dominio público, de los Padres de la Provincia Dominicana Inglesa. Las citas de la Sagrada Escritura fueron tomadas de la *Revised Standard Version*[1].

A través de los años, muchos de mis amigos han leído mis borradores y han hecho sugerencias que me han conducido a realizar innumerables mejoras, tanto de contenido como de estilo. Quisiera agradecerles nominativamente: el P. Thomas Bolin, O.S.B., el P. Robert Fromageot, F.S.S.P., Jeremy Holmes, Thaddeus Kozinski, Ronald Lawson y el P. John Saward. Con todo, una vez reconocida su ayuda, me apresuro a añadir que las opiniones expresadas en estas páginas no son necesariamente las suyas, y todos los defectos o errores que aún subsisten son ciertamente míos. Someto todas mis opiniones y juicios a la autoridad de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia y en sumisión a cuyo Soberano Pontífice deseo vivir y morir.

Agradezco también a mi mujer, Clarissa, y a mis hijos, Julian y Rose, por su paciencia y buen humor con un hombre como yo, que tiende más a confirmar que a refutar el estereotipo del profesor distraído.

1 N. del Tr.: Para esta versión castellana las citas de la Sagrada Escritura están tomadas de la Biblia de Navarra.

Deseo agradecer también, de un modo especial, a dos pastores que me han enseñado a seguir al Señor por el camino real de la sagrada liturgia y de la sagrada Tradición: el papa emérito Benedicto XVI, y Dom Cassian Folsom, O.S.B., Prior del Monasterio de San Benito en Nursia, Italia. Del primero no queda nada por decir, puesto que su enseñanza y ejemplo son bien conocidos en todo el mundo y, además, constituyen el telón de fondo de todo lo que pienso y escribo sobre liturgia. De Dom Cassian baste decir que, hasta que lo conocí y me involucré con su comunidad, mi conocimiento de la belleza y santidad de la liturgia fue mayormente por referencias, como desde lejos; pero por su intermedio y el de sus monjes, mis ojos se abrieron de par en par a las impensables profundidades de la liturgia, fuente perenne e inagotable de vida. Al papa Benedicto y al P. Cassian dedico, agradecido, este libro.

Finalmente, quiero expresar mi profundo agradecimiento a Stephen Fleischer, cuyo generoso apoyo económico hizo posible la traducción española de esta obra. Él es de los que aman la belleza de la casa del Señor, y desea verla restablecida de Oriente a Occidente, de Norte a Sur. Dicho agradecimiento se extiende a la Asociación *Magnificat*, capítulo chileno de la Federación Internacional *Una Voce*, que ha preparado y cuidado esta edición.

CAPÍTULO I

La solemnidad: el centro del problema

I

La Hna. Thomas Augustine Becker identifica del siguiente modo lo que considera como una prolífica fuente de tensiones litúrgicas contemporáneas en la Iglesia:

> Me parece que la mayor parte de los desacuerdos sobre liturgia, desde que se comenzó a materializar las reformas iniciadas por el Concilio Vaticano II, se refieren, de algún modo u otro, al concepto de solemnidad [...] Es el grado de solemnidad que debiera darse en la liturgia lo que ha estado en el corazón de las controversias, ya sea que los diversos puntos de vista hayan afirmado demasiado al respecto, o demasiado poco, o que lo hayan hecho de un modo totalmente nuevo[1].

1 BECKER, T., "The Role of *Solemnitas* in the Liturgy According to Saint Thomas Aquinas", en LEVERING, M. / DAUPHINAIS, M. (eds.), *Rediscovering Aquinas and the Sacraments* (Chicago: Liturgy Training Publications, 2009), pp. 114-135, especialmente pp. 133-134.

Ahora bien, cabe preguntarse si es posible incurrir en un exceso de solemnidad. Cabría también preguntarse si, en las décadas recientes, los comités parroquiales, que deciden autocráticamente sobre el modo como los fieles deben vivir el culto, se han interrogado con frecuencia, o siquiera una sola vez, qué significa solemnidad. Con todo, el planteamiento expresa una gran verdad: la diferencia entre buena y mala liturgia, según el concepto de la Iglesia, equivale, a menudo, a la diferencia entre un culto solemne, formal y devoto, y otro que resulta descuidado y superficial, con aires decididamente informales. He comenzado, pues, a preguntarme, ¿por qué la liturgia actual, según se la celebra en tantas iglesias de todo el mundo, carece en tan alto grado de todo aquello que uno asocia con el término "solemne"?

En un comienzo, me pregunté si esto pudiera ser un defecto endémico de la forma ordinaria del rito romano de la Misa, aquél que se ajusta al Misal de Pablo VI. Pero mis felices recuerdos de la liturgia de los Oratorios, donde se usa ese Misal con esplendor y *gravitas*, me hicieron reconocer que el problema no tenía que ver –al menos no simple y únicamente– con él, no obstante ser él mismo defectuoso en tantos aspectos. Porque, por una parte, es perfectamente posible celebrar el rito romano moderno de un modo que haga claramente *visible* su continuidad con los usos anteriores, tal como acostumbran a hacerlo los Oratorianos; pero, por otra parte, el Misal de Pablo VI no exige solemnidad sino que, al contrario, la desalienta de muchas maneras, en tanto que el Misal tradicional sí la exige, y lo hace, de hecho, metódicamente. Seguramente una de las razones por las que muchos sacerdotes rehúsan aprender la antigua Misa es que sus rúbricas pormenorizan y exigen mucho en materia de palabras, posturas y gestos. Reflexionando sobre esto, me pareció que la generalizada falta de solemnidad es un problema que tiene más que ver con el pueblo y los pastores, y es causado por lo que los padres de familia llaman "una mala actitud".

Tal actitud puede ser descrita como de embarazo o (líbrenos Dios) de aburrimiento ante la sola idea de solemnidad, de tratar

lo que fuere con máxima reverencia, una reverencia como la que se asocia a una música sublime o a una silenciosa contemplación. El resultado de semejante actitud es, ay, algo más que una mera "ausencia" de solemnidad: es negligencia o desprecio de la solemnidad que exige el Misterio Eucarístico. Aunque la forma ordinaria del rito romano *podría* ser celebrada de modo correcto, rara vez se la lleva a cabo con un espíritu cabalmente solemne; en cambio, en el caso de la forma extraordinaria, la solemnidad, o al menos una cierta dignidad sagrada, es la atmósfera misma en que ella vive y se desenvuelve y en que tiene su lugar propio. Una Misa Solemne ilustra este punto con particular fuerza, aunque una Misa con canto o *Missa cantata* no le va en zaga, en tanto que la ferviente Misa privada de un monje puede ser, para cualquier privilegiado que asista a ella, una experiencia de ésas capaces de cambiar la vida.

Sobre la base de la rica cultura litúrgica de la Europa del siglo trece, Santo Tomás de Aquino declaraba, con todo aplomo, que "[d]ebido a que en este sacramento [la Eucaristía] se contiene *todo el misterio de nuestra salvación*, se lo celebra con mayor solemnidad que cualquier otro sacramento"[2]. Va implícito en esta cita que *todos* los sacramentos se celebraban (y debieran celebrarse) solemnemente. La muerte de la solemnidad –como lo atestiguan la banalidad de la música que se canta en las Misas en lengua vernácula, el modo de vestirse del celebrante y los acólitos y sus ademanes desenfadados, el uso de una mesa cualquiera a modo de altar separado, el distractivo signo de paz y otras cosas por el estilo– son muestra de una pérdida de fe, de seguridad, de responsabilidad y de autoridad espiritual. El sacerdote ya no está seguro de su papel de maestro, gobernante y santificador *sub et cum Christo*. Esta crisis de seguridad es reflejo de una más general pérdida de fe en la sublime vocación ministerial del sacerdote, en virtud de la cual ocupa el lugar de Cristo y representa al Sumo

2 Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* (en adelante ST), III, q. 83, a. 4. Énfasis puesto por mí.

y Eterno Sacerdote[3]. Tal ausencia de solemnidad es claramente consecuencia de la falta de fe en la Presencia Real, en el carácter sacrificial de la Misa, y en la autoridad espiritual del oficio sacerdotal. Está vinculada, por tanto, con una apología, pasiva o activa, del vicio de la indiferencia por las cosas divinas, por culpa del cual dejan de ser divinas a nuestros ojos, aunque sigan siendo divinas en sí mismas. Se debilita así la seriedad y se socava la solemnidad que irradia espontáneamente un sacerdote seguro de sí, que celebra con humildad los misterios de Dios[4].

El miedo al ritual

Uno de los muchos errores que envenenaron la reforma litúrgica fue el desprecio por el ritual, con la idea de que éste aleja a la gente e impide que el sacerdote "esté en contacto" con ella. El

3 Todos estos comentarios podrían aplicarse también a la muerte de la homilética en nuestra época. Son pocos los sacerdotes que pueden predicar como lo hicieron los Padres o como se hacía en el Medioevo –¡pocos se interesarían, siquiera, en aspirar a las alturas y profundidades de un San Gregorio, un San Agustín, un San Bernardo o un San Buenaventura! A menudo oímos anécdotas, banalidades, advertencias genéricas, pero nada en el estilo de una coherente y robusta exégesis de la Escritura, poco en el orden de provocativos desafíos a la cultura popular, poco en cuanto a urgir ascesis con fines de penitencia y reparación. El clero se ha vuelto, en general, blando y su mensaje es la blandura. La necesidad de un clero que pueda efectivamente predicar la Palabra con oportunidad o sin ella, remeciendo al pueblo para que se convierta de corazón, es tan grande hoy como lo fue en tiempos de Santo Domingo y la crisis de los albigenses.

4 Es importante darse cuenta de que hay razones culturales y políticas que explican esta pérdida de solemnidad y que no tienen nada que ver con las debilidades del *Novus Ordo*. También en la Misa de rito tridentino se podría haber advertido una parecida decadencia de la solemnidad, aun cuando no hubiera sido nunca reemplazada por el *Novus Ordo* (pensemos, por ejemplo, en los ensayos de "inculturar" la Misa en latín, que ya se estaban realizando antes del Concilio). Si la Misa tridentina ha conservado la capacidad de resistir estas fuerzas político-culturales ha sido, en parte, quizá, debido a la solemnidad que le es propia, la cual pudo ser un tentador blanco para la secularización; pero se la marginó oficialmente, y hoy se ha vuelto –de modo atractivo y necesario– culturalmente contestataria.

nuevo misal fue "desritualizado" o se permitió e incluso alentó al sacerdote a "desritualizar" la Misa mediante el expediente de inyectar en la liturgia observaciones fuera de lugar, de moverse de un lado para otro de modo informal, de invitar al presbiterio a una cantidad de laicos no revestidos apropiadamente, lo cual es absolutamente contrario al espíritu de los ritos y al *cultus* divino. En *Why Catholics Can't Sing*, de Thomas Day, hay una anécdota divertida (y atrozmente verdadera) que describe las esquizofrénicas liturgias producidas por las actuales rúbricas, por la falta de instrucción y por costumbres surgidas de la ignorancia: el sacerdote, revestido con sus ornamentos, avanza por el pasillo central al son de un himno; llega al altar, ajusta el micrófono, echa una mirada a los asistentes, les sonríe y luego, descendiendo a un nivel de máxima banalidad, les dice: "¡Buenos días a todos!". Regreso al rito: "En el nombre del Padre...". Vuelta a la cháchara: "Hoy recordemos que, a pesar de nuestros grandes esfuerzos por mejorar, todavía fallamos. Acudamos, pues, a la misericordia del Señor". Regreso al rito: "Señor, ten piedad". Y así prosigue, saliéndose del rito y regresando a él, hasta que despide a la comunidad con un "¡Que tengan todos un lindo día!".

Durante mucho tiempo me pareció extraño que tan poca gente fuera sensible a la absoluta discontinuidad que existe, en el modo de hablar y comportarse, entre lo ritual y lo doméstico; pero a medida que he ido comprendiendo mejor hasta qué extremos alcanza la confusión moderna, he llegado a darme cuenta de cuán anti-ritualista y arreligiosa es nuestra época. Todo lo que tenga lugar fuera de la cómoda región del habla cotidiana, la cual gira en torno a negocios o placeres, resulta ajeno, peligroso y amenazante, y se evita, en lo posible, entrar en esos ámbitos tan diferentes. La liturgia católica, que se remite enteramente a lo sagrado, lo numinoso, lo misterioso, es diametralmente opuesta a la mentalidad occidental de "ideas mercantiles", y contradice el moderno y ubicuo estilo de vida, tan indulgentemente materialista. Cualquier liturgia tradicional que pone los ojos y el alma en aquello que es elevado y trascendente, constituye una seria

amenaza para el triunfo del egoísmo que el Estado, el sistema educacional y la sociedad civil procuran consolidar, con gran esfuerzo, en cada ciudad y cada familia. Nunca me ha parecido tan valioso como ahora aquel lema: "Salvad la liturgia, y salvaréis el mundo"[5].

Hay un hecho que es perfectamente claro: el mundo moderno ha declarado la guerra al *sentido del martirio*, es decir, al valor que tiene morir y entregarlo todo por la verdad total. Uno de los principales objetivos de Jean-Paul Sartre, el nihilista, fue convencernos de que no hay verdad alguna que sea digna de obediencia, a la cual se deba adorar, por la cual se deba morir; dicho de otra manera, la única verdad que merece ser vivida es la verdad propia. También se ha hecho la guerra a todo sentido trascendente y último, cosa que se advierte en la horizontalización y secularización de la liturgia. En muchos casos, las celebraciones litúrgicas ya no se centran intensamente en Dios, ni se las conecta con las realidades espirituales –los ángeles y santos, la gracia, el pecado, el cielo, el infierno–. Para el ego carnal, adherir a verdades espirituales implica un martirio: si se cree sinceramente en las verdades trascendentes de la fe, hay que crucificar la "carne", lo que en este caso significa crucificar las tendencias del hombre caído a abaratar, descuidar, olvidar o tratar frívolamente los dogmas y ritos de la fe. Vale la pena morir por cada una de las frases de la Misa tradicional, porque cada una de ellas nos trae

5 Lo anterior no quiere decir que no sea preocupante ese ritualismo que disminuye el gozo, el celo y la caridad propios de una vida cristiana saludable. Los amantes de la Tradición también pueden sufrir las consecuencias de un compromiso con la compartimentación, en virtud del cual lo que ocurre en la iglesia tiene poco o nada que ver con su estilo consumista de vida y su ideología neoconservadora. Sin embargo, mi intención aquí no es diagnosticar los tropiezos o distorsiones del tradicionalismo, sino que, por el contrario, señalar cuán sano es su instinto básico, o sea, su deseo de adorar a Dios con todo lo mejor que nuestra rica y profunda tradición nos proporciona. El relativismo no es la última palabra: ciertas costumbres, ritos, cantos sagrados y demás, objetivamente *son* más bellos y más adecuados que otros para el culto divino.

a Cristo, el Señor, y nos lleva a Él: desde el preciso instante en que las empezamos a considerar como una construcción humana que se puede intervenir o que la sociedad puede alterar, se empieza a abandonar esa actitud *martirial*, que ha sido la propia de todos los santos de la Iglesia. ¿Puede alguien imaginar, por un momento siquiera, a San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Sales o San Pío de Pietrelcina alterando los textos de la Misa, o integrando un comité encargado de componer nuevas Plegarias Eucarísticas? (Y recordemos aquel dicho: "Tanto amó Dios al mundo que no le envió un comité"). Los santos aceptaron con corazón agradecido lo que recibieron en herencia y lo usaron para santificarse, y estuvieron listos para explicar y defender las oraciones y las prácticas de sus antepasados, incluso si ello les significaba torturas y muerte a manos de infieles o herejes. A veces me da mucho que pensar aquel *Consilium*, encargado por Pablo VI de revisar la Misa, o el equipo original de la Comisión Internacional sobre el Inglés en la Liturgia (ICEL), que nos legó disfraces más que traducciones. ¿Qué *credenciales espirituales* –no qué antecedentes académicos, ni qué oropeles pseudo-científicos, ni qué útiles conexiones en la Curia, sino, repito, qué credenciales espirituales– tenían sus miembros para emprender tareas tan delicadas, exigentes y terriblemente serias como la "reforma" y luego la "traducción" de la liturgia de la Iglesia católica? ¿Alguien se tomó alguna vez la molestia de pensar esto o de investigarlo?

Estoy consciente, naturalmente, de que, a lo largo de los siglos, los Papas han nombrado diversas comisiones a fin de evaluar, investigar, restaurar o incrementar ciertos aspectos de la liturgia. Lo que quiero decir no es que jamás haya motivo para tales actividades. El punto se refiere, más bien, a las cualidades mínimas que requiere tener cualquier persona que ose formar parte de semejantes comisiones. Me parece indiscutible que la cualidad mínima exigible es tener un máximo respeto y veneración por la Tradición, hasta el punto de considerar preferible cortarse una mano antes que entrometerla en aquello que se nos

ha legado. En cambio, lo que nos revelan las *Notitiae*, es decir, las informaciones oficiales, y otros documentos (como las memorias de Bugnini), es que tal espíritu de veneración fue escandalosamente ajeno al *Consilium*, el conjunto de teólogos a quienes se confió la revisión de los libros litúrgicos del rito romano. El ejemplo más lamentable de esto, a mi juicio, es la respuesta, publicada en *Notitiae*, a la consulta sobre el porqué de la supresión de las antiguas plegarias del ofertorio: el *Consilium* dijo, en resumen, que las plegarias del ofertorio eran duplicaciones innecesarias, ya que simplemente adelantaban (y, se supone, de modo superfluo e incluso erróneo) la acción sacrificial que tiene lugar a continuación. Con esta cómoda respuesta se barrió con siglos de culto y de teología, como si nadie hubiera comprendido jamás el ofertorio hasta que los esclarecidos gurús del *Consilium* llegaron a explicarlo.

Jean-Paul Sartre combatió toda su vida la idea de que algo pudiera ser tan bueno, tan verdadero, tan valioso, que fuera un deber adherir a ello y defenderlo con el máximo esfuerzo y abnegación. Pues bien, esa es precisamente la idea que describe a la perfección lo que la antigua liturgia hizo en relación con los sagrados misterios: adherir a ellos y defenderlos con máxima seriedad, solemnidad y sumisión.

Música y vasos dignos de la Casa de Dios

Analicemos estos dos casos: el del canto gregoriano, y el de los cálices hermosos.

El canto gregoriano fue expulsado de las iglesias no porque fuera en latín (se podría haber adaptado textos en vernáculo a las melodías[6]), sino porque no es música "alegre" ni "entusiasmante", como lo es la música folclórica o popular. El gregoriano no es, ciertamente, para frívolos sino para espíritus monásticos sedien-

6 Cosa que, actualmente, están llevando a cabo con gran éxito Dom Samuel F. Weber, O.S.B., y Adam Barlett.

tos de Dios –ese espíritu que a todo cristiano se le pide tener, en la medida de su estado–. El canto llano presupone una básica *seriedad espiritual* y fomenta este rasgo más y más, hasta que se transforma en lo que los místicos llaman "sobria ebriedad", *sobria inebrietas*. En realidad, el individuo empapado de canto llano termina mirando el mundo que lo rodea de un modo diferente, es decir, con ojos de fe, con agilidad para la contemplación, con perspicacia y serenidad. El gregoriano es un poderoso agente de cambio espiritual y de maduración: envuelve el alma con un decidido anhelo *espiritual* de Dios, anhelo encarnado y expresado en cada meandro de sus melodías, y refleja, además, los inefables matices y los sutiles movimientos del alma[7]. ¡Cuán maduros han de haber sido aquellos anónimos compositores, qué poderoso y arrebatador su anhelo de Dios, compendiado en estas melodías maravillosamente variadas y entrañables!

Cierto día, mientras cantaba yo las melodías del Común de Doctores, su belleza, su dulzura, su dejo melancólico me provocaron tal sentimiento de sagrada admiración como si expresaran en música lo que la *Salve Regina* expresa en palabras: amor, confianza y gozo mezclados con nostalgia, pena y lágrimas. Sí: he aquí una música que puede, con el tiempo, hacer que quienes la cantan u oyen maduren en la fe, se transformen en contemplativos que saben cómo sufrir y cómo gozarse *en el Señor*. Con medios totalmente diferentes, el canto bizantino llega a la misma meta. En violento contraste, la música litúrgica contemporánea, con su lirismo romántico de segunda clase, sus melodías sentimentaloides, su emocionalidad superficial y sus estridentes acompañamientos, es no solamente incapaz de producir crecimiento espiritual, sino que además *daña* el alma cristiana porque

---

7 Para mayores reflexiones en este sentido, véase el maravilloso librito de Hourlier, D., *Reflections on the Spirituality of Gregorian Chant*, (trad. de Dom Gregory Casprini y Robert Edmonton, Orleans, MA, Paraclete Press, 1995), y también estos dos clásicos: Terry, R., *Catholic Church Music* (1907) y Pierik, M., *The Spirit of Gregorian Chant* (1939), ambos reeditados por The Church Music Association of America.

opaca la claridad intelectual, favorece el que la voluntad sea controlada por los sentimientos, y crea disposiciones contrarias al amor de la soledad y del silencio[8]: semejante música sería incapaz de vivificar y sostener a una comunidad monástica dedicada a una ferviente vida de meditación y contemplación. Y ello ya es razón suficiente para "desterrarla de la santidad del templo", como poéticamente dicen los Papas[9]: no resulta saludable ni para quienes dedican su vida a Dios, ni para ninguno de nosotros, ya que se supone que todos somos un pueblo sacerdotal.

Comprendí esto claramente una mañana en Austria, en que tuve una extraña experiencia en la capilla del campus donde estaba por entonces dictando unos cursos. En esa iglesia gótica barroquizada, había una capilla superior construida sobre una capilla inferior, lo que permitía que, en ocasiones, se desarrollaran dos liturgias o ceremonias al mismo tiempo. Aquel día, algunos de nosotros asistíamos en la capilla superior a una Misa tridentina, cantando las antiguas melodías gregorianas, cuando, súbitamente, desde la capilla inferior comenzó a difundirse los maullidos de unos jóvenes que cantaban las lamentables cancioncitas de hace unas décadas. La situación se prestaba perfectamente para un estudio de contrastes: por una parte, un estilo tradicional de culto, noble, sobrio, lleno de respetuosa sacralidad, centrado en el misterio, expresado en hermosas frases en un cadencioso latín

8 Para un tratamiento detallado de estos problemas, véase mi artículo "Contemporary Music in Church?", *Homiletic & Pastoral Review,* núm. 107-1 (Octubre 2006), pp. 8-15, disponible en www.catholicculture.org/culture/library/view.cfm?recnum=7192.

9 Para un documentado resumen de lo que el Magisterio ha enseñado sobre la música sagrada, véanse mis artículos "Cantate Dominum Canticum Novum: Aspects of the Church's Liturgical Magisterium", *The Catholic Faith,* núm. 6-2 (marzo-abril 2000), pp. 14-23 y "John Paul II on Sacred Music", *Sacred Music,* núm. 133, 2 (verano 2006), pp. 4-22. Ambos se encuentran en www.catholicculture.org/library/view.cfm?recnum=4440, y en www.musicasacra.com/publications/sacredmusic/pdf/sm133-2.pdf. Las intervenciones de Benedicto XVI se han limitado a subrayar las conclusiones a que se llega en estos artículos.

y, por otra, un estilo moderno de culto, hiperactivo, monótono y áspero, sin mesura ni belleza ni dignidad.

En cuanto a los cálices, no olvidaré nunca la homilía de un sacerdote suizo que predicaba sobre las ofrendas de oro traídas por los Reyes Magos. En esa ocasión puso énfasis en lo siguiente:

> Si no le damos a Dios lo mejor que tenemos, ello quiere decir que no creemos realmente en Él. Si tenemos oro, valioso y caro y bello, debemos usarlo para su gloria; si hacemos cálices sagrados de madera o de vidrio o arcilla, lo que estamos diciendo es que Él no nos parece estar realmente por encima de todas las cosas, por encima, incluso, de todo lo que somos capaces de ofrecerle. Y por eso *es nuestro deber* darle lo mejor que podamos, aun si nos duele el bolsillo (y especialmente entonces). Hemos rebajado a Dios hasta ponerlo a nuestra propia altura y le hemos dedicado un presupuesto estrictamente ahorrativo, tal como haríamos al comprar provisiones para nuestra despensa en casa. Apenas creemos en Él, o quizá no creemos en absoluto.

Esta homilía me resultó memorable, no sólo porque jamás había oído a un sacerdote decir nada semejante –hoy no parece ser tema frecuente, en la estrategia homilética, la exposición de las venerables tradiciones de la Iglesia católica–, sino porque me ayudó a comprender por qué los cristianos han tratado siempre de dar a Dios lo mejor de lo mejor. La perseverancia en esto produjo el arte y la arquitectura sublimes de la Edad Media, en comparación con los cuales sus equivalentes modernos parecen, en general, superficiales y toscos. No se puede exagerar la importancia que, para el *ethos* global de la liturgia, tiene el que los vasos sagrados luzcan dignos (en la medida de nuestras posibilidades) de los misterios que tienen el honor de contener. La elevación, en la Misa, de la Víctima consagrada es el pináculo del rico himno que la humanidad, y toda la creación, dirigen a Dios: ése es el momento en que la realidad interior y sobrenatural de las ofrendas debiera estar más claramente simbolizada por la belleza exterior del cáliz y demás vasos puestos sobre el altar y, al cabo, por la

belleza del presbiterio y de toda la iglesia. Del santo cura de Ars, san Juan María Vianney, que se cubría con ropas harapientas, que dormía en el suelo y sobrevivía comiendo solamente papas, se escribió:

> Cuando se trataba de los objetos destinados al culto divino, nada le parecía suficientemente bello [...] Fue indescriptible su alegría cuando recibió, del Vizconde d'Ars, un magnífico palio, espléndidas casullas, estandartes, una gran custodia de plata dorada, un tabernáculo de cobre dorado, varios hermosos candelabros, y seis relicarios[10].

Jesús nació en un humilde establo y se lo recostó en un pesebre. Sí, eso es verdad. Pero los Reyes Magos no le ofrecieron paja, o deshechos, o estiércol, sino costosas ofrendas reales de oro, incienso y mirra. Las circunstancias del nacimiento del Señor nos revelan *su* humildad, que desprecia toda pompa terrenal; la forma en que lo adoraron los Reyes Magos revela la humildad *de ellos,* que procuraron darle lo mejor que podían ofrecer, conociendo, en su sapiencia, que todo ello era mucho menos que lo que Él merecía. No corresponde que obremos como si *nosotros mismos* fuéramos Jesús que viene a este mundo, ni que nos pongamos, por lo tanto, a construir iglesias parecidas a establos o cavernas para albergarnos en ellas. Lo que nos toca es, más bien, imitar a los Reyes Magos y a los pastores y obedecer la voz divina que nos anima a ir más allá de nuestras limitaciones: respondiendo con fe, debemos entregar lo máximo que podamos a la Palabra hecha carne. Y lo mismo puede decirse de la música sagrada. El hombre moderno no es, en esencia, diferente del de ninguna otra época, y no tiene, por lo tanto, excusa para producir irritación de ojos y dolor de oídos: nuestros contemporáneos, en su mayor parte, no querrían para sí tales indignidades, si se les permitiera elegir, y ciertamente a nadie le hacen falta.

---

10 CONVERT, A., *Eucharistic Meditations: Extracts from the Writings and Instructions of St. John Vianney* (trad. Sister Mary Benvenuta, O.P., Wheathampstead, UK, Anthony Clarke Books, 1964), p. 100.

Aunque el Salvador apareció sobre la tierra en un humilde pesebre, escondido y pobre, la sagrada liturgia no es un viaje, a través del tiempo, al Belén de alrededor del año 4 a.C. La Misa es una imagen viva, una eficaz semejanza, del culto perfecto que se ofrece a Jesucristo como Cabeza de la Iglesia –el Cordero sin pecado sacrificado en el Calvario, que reina hoy en la Jerusalén celestial–, haciendo así presente entre nosotros al Salvador glorioso cuya *segunda* venida no tendrá lugar en medio de una silenciosa pobreza, sino con un esplendor tal que estremecerá a la tierra entera. Por eso es que el instinto de nuestra fe ha sido siempre maximizar la belleza de la liturgia y de todos sus implementos y espacios, anhelando lo que ha de venir en vez de abandonarnos a miradas retrospectivas. Desde este punto de vista, es a los liturgistas que claman por un regreso a la "simplicidad" evangélica o apostólica a quienes se puede reprochar nostalgia, y no a los fieles que buscan el rito romano tradicional. *Aquéllos* son los que desean ir hacia atrás; *nosotros* queremos ir hacia adelante. Tal es la diferencia entre arqueología y escatología. Pero la ironía es todavía mayor: una de las más antiguas costumbres litúrgicas, que ha sobrevivido a todas las épocas y culturas hasta que se topó con la *hubris* del Occidente moderno, es la de volverse hacia el oriente cuando oramos a Cristo, la luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Juan 1, 9). Al hacer que el sacerdote dé la espalda al Sol de Justicia, los abogados del nuevo estilo litúrgico desprecian un simbolismo universal, y destierran una de las pocas costumbres de las que estamos ciertos que fue practicada por la Iglesia de los primeros siglos. Una vez más, los defensores de la Tradición resultan ser más capaces que sus adversarios de defender lo que éstos consideran más valioso, en este caso, la antigüedad.

II

El más importante servicio que, por tanto, debéis ofrecer al mundo es vuestra oración y la celebración del Oficio Divino. La disposición interior de cada sacerdote y de cada consagrado debe ser la de "no anteponer nada al Oficio Divino". La belleza de esta actitud interior se ha de expresar en la belleza de la liturgia, de modo que cada vez que nos reunamos a cantar, alabar, exaltar y adorar a Dios, un pedazo de cielo se haga presente en la tierra. En verdad no sería presuntuoso decir que, en los ritos y cantos de una liturgia enteramente centrada en Dios, podemos ver una imagen de la eternidad. Si no fuera así, ¿cómo podrían nuestros antepasados, hace cientos de años, haber construido un edificio sagrado tan solemne como éste? Aquí es la arquitectura misma la que eleva todos nuestros sentidos hacia aquello "que ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman" (1 Cor 2, 9). El factor determinante, en todos nuestros esfuerzos en pro de la liturgia, debe ser el mirar a Dios: estamos frente a Dios, Él nos habla y nosotros le hablamos[11].

Espiritualidad informal

El problema cuyo diagnóstico estamos haciendo se puede exponer del siguiente modo. Como dice San León Magno, quien abandona el deseo de avanzar, corre el riesgo de retroceder[12]. San Bernardo de Claraval se hace eco de lo mismo: permanecer inmóviles en el camino de Dios es desandar lo andado[13].Todos corremos el peligro de relajarnos, de retroceder, de volvernos arrogantes. No hay vacaciones en la vida espiritual, aunque nos

11 Benedicto XVI, *Discurso en la Abadía de Heiligenkreuz*, 9 de septiembre de 2007.

12 San León Magno, *Tractatus septem et nonaginta*, 40, 1.

13 San Bernardo, *Carta al Abad Garinus*, Carta 254, núm. 4-6.

gustaría que las hubiera, y es fuerte la tentación de tomárnoslas ahora. Pero eso significa negar a Dios, que es un fuego purificador, un carbón ardiente, siempre cerca de nosotros y listo para transformarnos si nos rendimos a Él. Puesto que ello es así, no podemos mirar en menos el peligro que representa la informalidad espiritual, alimentada en las parroquias con tanta facilidad por la puesta en práctica de la forma ordinaria del rito romano[14]. Esta informalidad queda epitomizada en el acceso desenfadado de laicos y laicas al presbiterio para hacer las lecturas o distribuir la comunión; en la elevación a medias de la Eucaristía, para no mencionar otras señales de débil o inexistente fe en la Presencia Real[15]; en la atmósfera general de camaradería; en el "signo de paz"; en la ausencia de silencio antes o después de la Misa; en la agotadora verborrea que transforma a Dios en un objeto pequeño y dócil, apropiado para ser conjurado y controlado y que, en el mejor de los casos, se involucra en una relación entre iguales. Se hace de Dios "uno de nosotros" en un sentido totalmente equivocado. El Cristo de las parroquias contemporáneas es un hombre, sí; pero sólo un hombre. Según

14 Me apresuro a añadir que quienes adhieren al *usus antiquior* corren iguales peligros espirituales, tanto más peligrosos cuanto más sutiles son y más puras sus apariencias exteriores. También nosotros podemos volvernos cómodos en nuestra "posesión" del tesoro de la Tradición; podemos desarrollar un fariseísmo cumplidor de la ley que desprecia a nuestros hermanos católicos que no están todavía en situación de apreciar lo que nosotros apreciamos. Tenemos que luchar contra semejante orgullo y vanidad sin abandonar, naturalmente, los dones que el Señor ha dado a su Iglesia.

15 Una hermosa costumbre es la procesión del *Sanctus*, con cirios e incienso, para la elevación de la Eucaristía. He visto hacerla en el contexto de la forma ordinaria, y en verdad catapulta la celebración hacia otro nivel de solemnidad. El hecho mismo de que los cirios y el incienso durante la elevación (o también antes del Evangelio) sean extremadamente infrecuentes en las parroquias, muestra cuán bajo ha caído el sentido de lo sagrado, la conciencia de que el Evangelio es la tremenda palabra de Dios frente a la cual nos estremecemos y de que la Eucaristía es el Verbo Encarnado de Dios delante de quien nos arrodillamos con la más profunda humildad, autonegación y adoración.

se ha observado varias veces, la forma como está redactado el nuevo misal parece reflejar una actitud casi arriana[16].

Contrástese todo esto con la reverencia hacia el libro del Evangelio o el presbiterio existente en el antiguo rito, las magníficas oraciones del ofertorio, las elaboradas incensaciones, el estilo atanasiano del prefacio de la Santísima Trinidad cantado solemnemente, el Canon Romano con sus múltiples signos de la Cruz y sus reverentes elevaciones de la hostia y el cáliz –sin mencionar los ritos preparativos del sacerdote y del pueblo: el *Asperges*, las oraciones al pie del altar, el Lavabo acompañado de un salmo–. Mediante estas acciones ceremoniales, el ser humano reconoce la supremacía de Dios y la trascendencia de su misterio, le *implora* que le permita adorarlo, le *ruega* que lo haga digno de ofrecer y tomar parte del sacrificio que su Hijo, según su naturaleza humana, ofrece a la Santísima Trinidad. La liturgia tradicional refleja no sólo una correcta teología, sino también una correcta antropología. La antropología encarnada en el antiguo rito, apoyada en un aparato de usos y leyes, es extática, vertical y sumisa a Dios, como es *dignum et justum*. La del nuevo rito, debido a su inculturación en el Occidente contemporáneo, es racionalista, inmanentista, horizontal y dominadora, y somete lo sagrado al patrón humanístico de la "comunidad". El antiguo rito romano, solemne y hierático, alaba y rinde homenaje al Señor Crucificado, lanzando la Paradoja Infinita directamente a los ojos y oídos de los fieles que tienen ojos para verlo y oídos para oírlo. ¿Hace esto igualmente bien la forma ordinaria?

Muchos de los ritos y oraciones del *Novus Ordo* se adaptan malamente al sacrificio que se lleva a cabo porque están desconectados de él. La *forma* y el *fondo* de la liturgia están en conflicto, de modo que lo que yo *creo* que está teniendo lugar –ya que

16 Para pruebas de esto, véase el capítulo 6, "La progenie de Arrio en el Santo de los Santos".

mi fe ha sido formada por las enseñanzas tanto de Trento como del Vaticano II acerca del Sacrificio de la Misa– es expresado malamente por la forma, que opera con apenas una fracción de la claridad y profundidad con que el antiguo rito expresaba los mismos misterios. En el antiguo rito la forma y el contenido están unificados y son, por decirlo así, "simbióticos". La antigua liturgia, con sus símbolos penetrantes y sus innumerables sutilezas, es un prolongado cortejo al alma, animándola y atrayéndola hacia adelante, conduciéndola por la vía de las místicas bodas, por la vía de la fiesta de bodas del cielo.

Tuve una vez la fortuna de oír a un obispo ucraniano de rito bizantino hablar sobre la madurez que se requiere del hombre y de la mujer si aspiran a ser cónyuges "exitosos", y decía que dicha madurez consiste en la capacidad de sacrificarse por amor, agregando que ningún matrimonio puede fallar si esta virtud está presente en ambos esposos. Observó también, como de paso, que la Divina Liturgia no es algo que se pueda despachar rápida y expeditivamente, sino que es el auténtico *locus* donde el amor hacia Dios y hacia el prójimo se despierta y nutre, pero no en virtud de un superficial intento nuestro de ser amistosos, sino gracias a la solemnidad y significación del rito mismo, que imprime en el alma la lección de caridad que Cristo vino a enseñarnos con su palabra y con su ejemplo. Este obispo estaba convencido de que la crisis del matrimonio, resultado de la carencia de madurez espiritual, de seriedad moral, de fuerza y de compromiso, se refleja en la crisis de la propia liturgia, producto de similares carencias. Y declaraba estar también persuadido de que el amor conyugal y la vida de familia sólo recuperarían su vigor si los cónyuges se comprometieran fuertemente con el culto litúrgico formal. Cuando los hombres penetran hondamente en los misterios de la fe mediante una liturgia digna, los rutinarios conflictos desaparecen, porque los que participan en ella se ven conducidos a una realidad más fundamental que su propio ser y su propia vida.

Si no os hacéis como niños pequeños.

La crisis vocacional de la Iglesia postconciliar está ligada, inmediata o mediatamente, al desmantelamiento y banalización de la liturgia. Esto es algo que va quedando cada vez más claro. ¿Por qué florecen y prosperan las órdenes religiosas y las sociedades de vida apostólica tradicionales? El anhelo del corazón humano de un sentido y un propósito trascendente en la vida y el gusto por la perfección y la santidad no han sido, en general, satisfechos por la forma ordinaria del rito romano. El problema con la forma de la nueva Misa puede ser expuesto de modo simple: no tiene ni el silencio místico de la antigua Misa rezada ni la belleza política, dramática de la Misa Solemne. No es gloriosa en su expresión exterior como celebración triunfal, ni gloriosa en su dimensión interior como oración contemplativa. Y por lo tanto no tiene ni el esplendor exterior ni la profundidad interior del antiguo rito. En su esfuerzo por serlo todo para todos, termina no siendo nada para nadie. En su esfuerzo por alcanzar a un anónimo "hombre moderno", termina creando un vacío, y la gracia, no menos que la naturaleza, tiene horror al vacío.

Durante décadas los liturgistas han abogado por "Misas especiales para niños", y como los expertos suelen ser escuchados sin que se repare en el poco sentido común que a veces tienen, muchas parroquias han llevado a cabo un verdadero desmontaje de la Misa[17] . La triste realidad es que el *Novus Ordo* usual es ya, él mismo, una especie de Misa de niños, con sus oraciones simplis-

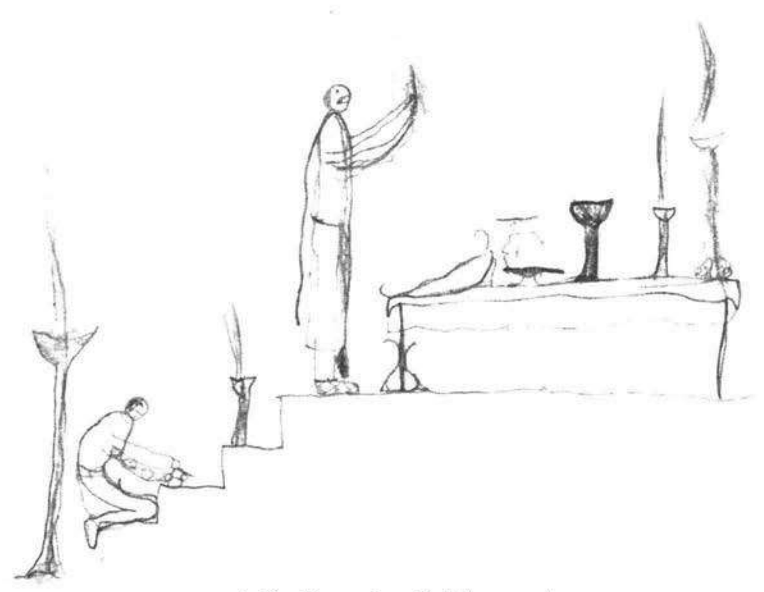
17 Se ha criticado algunos de mis artículos sobre la reforma litúrgica por contradecirse, y se dice que soy un experto que cuestiona que se confíe en los expertos en liturgia. Pero de ningún modo soy un "experto", en el sentido de alguien que se concentra tanto en una acotada disciplina académica que pierde absolutamente la capacidad de ver el cuadro en su integridad, es decir, la Tradición y su teología. Me enorgullezco de ser un aficionado que aspira a seguir los pasos de Benedicto XVI, quien tampoco es, en sentido restrictivo, un "liturgista" o "experto en liturgia". De hecho, esta es la razón por la que sus opiniones sobre liturgia son usualmente rechazadas por los auto-titulados expertos del *establishment*.

tas, su estructura de cuaderno de ejercicios y su desabrida transparencia. En realidad –y he aquí otra amarga ironía– el nuevo rito no puede alimentar el alma de los niños tan efectivamente como lo hace el rito antiguo. Imagínense, por favor, la diferencia que hay entre un niño que asiste a una Misa solemne tradicional y uno que va a una típica Misa parroquial de día domingo. Cualquiera que tenga conocimientos sólidos de psicología infantil podrá darse cuenta de cuál de estas dos liturgias, apoyada por la catequesis, va a tener, a largo plazo, los mayores y más profundos efectos.

Mi hijo, ahora adulto joven, asistió a algunas Misas tridentinas en su infancia, pero hubo un período en que no pudimos encontrar una liturgia con canto a la que asistir. Cuando tenía más o menos siete años, tuvimos la suerte de ir a una Misa con canto gregoriano después de un lapso de alrededor de un año. Cuando regresamos a casa, sin que nadie lo motivara, sacó una hoja de papel e hizo un dibujo de lo que había visto en el altar.

Adviértase cómo el momento clave de la celebración es captado de inmediato –el ofrecimiento del sacrificio del Señor–, cómo se transmite la inherente sacralidad del acontecimiento (el acólito se inclina ligeramente para tocar las campanillas; el alto cáliz; los desmesurados candelabros). Este hijo no hizo jamás un dibujo de las Misas *Novus Ordo*, ni siquiera de las más reverentes; quizá ninguna lo movió o lo impresionó del modo que lo hizo esa Misa tridentina. Me parece oír a los expertos: "El niño no puede haber comprendido aquella Misa, porque no pudo traducir las palabras latinas (ni siquiera *oírlas*)". Oídme lo que tengo que deciros, oh expertos tristemente carentes de sentido común: el niño vio y captó, sin oír una sola palabra, la esencia misma de la Misa, es decir, captó un sagrado acto de culto, tremendo, misterioso, silencioso, centrado en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Decidme, os ruego: ¿qué es lo que un niño de siete años capta y qué saca como conclusión de una típica liturgia parroquial en castellano? O mejor, ¡no digáis nada!: yo os contaré, más bien, lo que mi hija, entonces de cuatro años, dijo después de asistir a una liturgia parroquial en la que una mujer hecha y derecha

oficiaba de acólito principal: "¡Mamá, hay sacerdotes mujeres!". Qué oportunidad para hacer una catequesis paciente y, al mismo tiempo, para dar rienda suelta a un moderado reconcomio. Una liturgia como ésa está arruinada aún antes de empezar, y una vez finalizada, sólo nos habrá ofrecido una parodia de la Tradición católica. Sólo la milagrosa presencia de Cristo le impide ser una parodia vacía.



Julian Kwasniewski, *Misa rezada*

La más esmerada "Misa para niños" –es decir, para todos quienes aspiran a vivir una vocación de infancia, ya se trate de niños pequeños o de ancianos, y no para quienes se quedan atascados (o quisieran atascar a otros) en una etapa infantil del desarrollo humano– es la Misa tridentina, con todos sus recursos desplegados, su ortodoxia claramente proclamada, su misterio lleno de sugerencias para todos quienes asisten a ella. Si lo que se desea es un templo lleno de católicos que conozcan su fe, que la amen y la practiquen, déseles una liturgia exigente, profunda

y rigurosa. Y se pondrán a la altura del desafío. ¿Por qué los reformadores de la liturgia no vieron –y por qué todavía no ven sus dóciles seguidores– que la psiquis humana *tiene necesidad* de cierta opacidad, de profundidades insondables, de algo que le oponga resistencia y le presente dificultades, de una grandeza ultramundana que se constituya en drástico contraste con las sombras familiares de la vida corriente? El ser humano necesita todo esto para saber quién es y por qué está aquí. Sin ello, se sentirá confirmado en la opinión nihilista de que la vida cotidiana es una trampa de la que no se puede escapar jamás.

Decididamente, la liturgia no debiera ser nunca fácilmente accesible y clara, tal como lo es una sencilla transacción comercial: nuestros tratos con Dios Omnipotente no pueden ser así de transparentes y coloquiales. "Yo Soy El que Soy, y tú eres la que no es", le dijo el Señor a santa Catalina de Siena. La liturgia debiera comunicarnos, o tener al menos el *poder* de comunicarnos, un abrumador sentido de la "otredad" de Dios y de la "nulidad" del hombre, tal como se unen en el inefable misterio de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, incomprensible intersección del Todo con la Nada, matrimonio que pone el Todo al servicio de la Nada de modo que de la Nada pueda surgir una amistad eterna con el Todo. "¿Cómo podrá ser esto, puesto que no conozco varón?": no conozco qué potencial tiene el hombre para alcanzar a Dios, y aun después de que la sombra del Espíritu me cubra, sigo perpleja, porque nada de esto tiene "sentido" en términos humanos, no obstante lo cual tiene muchísimo más sentido que todo lo que se le puede haber ocurrido a hombre alguno. Tal es el consolador núcleo alrededor del cual danza la liturgia tradicional hasta quedar reconfortantemente agotada. Piénsese en el rito bizantino, con su repetición, como en oleadas, de "Señor, ten piedad" y "Concédelo, Señor"; piénsese en el tradicional rito romano con sus coreográficos desplazamientos, sus preñados silencios, sus gestos dramáticos.

Sepultemos, pues, de una vez por todas, las absurdas declaraciones de que "la gente no puede entender lo que sucede

en una Misa en latín; en cambio todo el mundo comprende qué ocurre en una Misa en castellano". En realidad, el campesino medieval más desaseado y menos letrado entendió mejor lo que tenía lugar en el elevado presbiterio de su iglesia local –ese campesino que aprendía, en parte, de los vitrales cuya belleza y complejidad todavía nos maravillan hoy, que Dios murió por mí, que la Sangre de Jesús me limpia de mis pecados, y que todo eso está maravillosamente presente en la Misa– que lo que entiende hoy cualquier fiel sentado en su inmaculada iglesia llena de artefactos electrónicos en los rincones, que no cree claramente en la Presencia Real del Señor en la Eucaristía, que confunde el sentimentalismo con la caridad, y los canturreos con la oración.

La clase de comprensión que realmente importa en la Misa la alcanza toda alma que pone los pies en una *auténtica* iglesia gracias a una liturgia *sagrada:* es una intuición del misterio de la Palabra hecha Carne, hecha alimento para nosotros, y del único y definitivo sacrificio del Calvario, presente en medio de nosotros. Cualquier otra "comprensión", sin que importe cuál sea el grado de activa participación, es una ilusión de lo real, una distorsión de las formas, un extraviarse respecto de lo que tiene importancia. Celebrar la Misa en lengua vernácula no es garantía de que se vaya a comprender el *misterio* de la Misa. Al contrario, si las exterioridades de la ceremonia son demasiado familiares, quien participa en ella cree demasiado fácilmente que ya domina todo lo que ella contiene. Lo familiar se hace rutinario, la rutina da lugar al descuido. Nuestro lenguaje mismo es un espacio cómodo que nos aísla del remezón del Evangelio, del escándalo de la Cruz, del atractivo de lo desconocido. Preferiría que me dieran una enorme dosis de exotismos, de música extraña, de palabras raras, de lenguaje arcaico, de gestos hieráticos que resultan altamente incongruentes con nuestra democrática sociedad, porque quien se vea sumergido en semejante situación sabrá, por lo menos, que está enfrentando algo totalmente diferente y, con toda probabilidad, mil veces más profundo que sus ocupaciones cotidianas.

Verbum caro factum est *versus verborrea*

Si lo que se quiere es que "el pueblo" participe activamente en la liturgia –entendiendo *participatio actuosa* como la entiende la Iglesia, o sea, como clara toma de conciencia del lenguaje religioso y de la necesidad de receptividad frente a los símbolos, con respuestas apropiadas, sean ellas audibles, silenciosas, verbales o no verbales–, lo que hay que hacer es procurar que se respete los datos elementales de la psicología humana. Una lenta procesión de ministros con bellos ornamentos, que se aproximan con decoro al altar, acompañados por el poderoso sonido del órgano o la celestial melodía del canto llano, es algo que produce en los sentidos y en el alma efectos más profundos y duraderos que un sacerdote mal vestido, que aparece de repente de la sacristía y comienza una Misa a la carrera en lengua vernácula salpicada de toques personales. Si la liturgia no puede proporcionar inmediatamente algo con significado a la mirada curiosa de un niño, es que ha fallado por completo. El sacerdote que, inclinado, reza el Confiteor; el acólito que balancea el incensario; el subdiácono, el diácono y el sacerdote alineados jerárquicamente en la Misa solemne; el impresionante silencio del Canon romano: todas éstas son cosas que hablan directamente al corazón, incluso al de un niño pequeño que ha logrado mantenerse sosegado y observar, tal como he visto hacer a innumerables niños, aun en largas y solemnes liturgias. La liturgia del *Novus Ordo* tiene poco que decir a semejantes almas, porque solamente *habla*, no *hace*: no se inclina, ni respira, ni guarda silencio, ni vigila, ni balancea el incensario, ni oye las melodías, ni observa los intercambios entre los ministros que cumplen con reverencia los diversos papeles que les han sido asignados. El significado, el *poder* de la palabra hablada disminuye a medida que se hace más prominente. En el caso extremo, nos enfrentamos a una liturgia en que se *dice* una enorme cantidad de cosas, pero en que casi nada solemne o sagrado impresiona ni al ojo ni al oído.

Un día domingo mi mujer y yo fuimos a una liturgia *Novus Ordo* en latín en la Karlskirche de Viena, y la liturgia, de punta a cabo, no fue sino palabras, palabras, palabras. El sacerdote salió de la sacristía y comenzó a hablar. Luego, siguió hablando. Siguieron las lecturas, luego la homilía, vinieron después el Ofertorio y el Canon: palabras, siempre palabras, casi ningún canto, jamás un *símbolo*. Y después de la oración final, el sacerdote regresó a la sacristía. Y eso fue todo. Mirándolo fenomenológicamente, aquello no fue más que un oficio de rezos. Cualquier niño presente –niño en años o en el corazón– hubiera encontrado escaso alimento para su esencia humana, aún cuando hubiera recibido, de la más piadosa Comunión, el mayor alimento espiritual posible. Y ese es el problema: ¿cuánto puede durar una situación en que el propósito mismo y el contenido de la liturgia, su don infinitamente precioso del Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús, está en contradicción con su forma vacía y banal, ese descampado sin huellas, ese desierto donde no habita hombre alguno? Juzgada desde el punto de vista de la significación sagrada, la liturgia nueva, abrumada por la verborrea y la música de supermercado, es con frecuencia un desierto sin vida.

En una entrevista, el cardenal Ranjith, excepcionalmente franco, que trabajaba entonces en la Congregación para el Culto Divino, expresó lo siguiente:

> Durante años la liturgia ha soportado muchos abusos, de los cuales los obispos no han tomado nota alguna. El papa Juan Pablo II hizo un penoso llamado en *Ecclesia Dei Adflicta*, que no fue sino un llamado de atención a la Iglesia para que tomara más en serio la liturgia [...] Frente a ello, el Santo Padre [Benedicto XVI] no podía quedarse en silencio: como podemos ver en su carta dirigida a los obispos sobre el motu proprio, y también en sus muchos discursos, él ha sentido una profunda responsabilidad pastoral. Ese documento, por lo tanto, además de ser un intento de encontrar vías de unión con la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, es también una se

ñal, una poderosa llamada a las almas, hecho por el pastor universal, a tener sentido de lo serio [*serietà*][18].

Este "sentido de lo serio" es precisamente aquello que la solemnidad de los ritos o ceremonias contribuye a promover, al crear y fomentar una correcta actitud en los fieles –la conciencia de que estamos, o de que estaremos pronto, de rodillas delante del Rey de Reyes y Señor de los Señores, del Salvador Crucificado y Resucitado, oculto tras los velos de la Sagrada Eucaristía, y de que esa postura nuestra privilegiada nos exige la máxima humildad, adoración y sed de santidad–. Sólo cuando todos los aspectos *visibles y audibles* de nuestro culto público estén caracterizados por estas virtudes y otras afines, tendremos una liturgia auténticamente *sagrada*, fiel a su propia naturaleza inmutable y, por lo tanto, espiritualmente saludable para todos quienes participan en ella.

Cuando considero lo que San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila y Santa Teresa de Lisieux nos dicen, en el ámbito de su anhelo de unión contemplativa con la Santísima Trinidad, sobre su experiencia de la sagrada liturgia, me pregunto: ¿hubieran ellos reconocido, en las empobrecidas asambleas de las parroquias actuales, el "sacrificio pleno y definitivo en el que todos tienen fijos sus ojos" (Crashaw)? O, aceptando incluso que ellos hubieran podido discernir la realidad esencial del sacrificio, garantizada por Dios, a pesar de todas las distracciones con que se lo abruma, ¿cuál hubiera sido su reacción? Seguramente hubieran experimentado el mayor desaliento, confusión, pena, y aún horror y justa indignación. No nos equivoquemos: los santos saben muy bien qué es la liturgia, cautivos como están de la liturgia del cielo y arrobados por la realidad plenamente desvelada; tienen una conciencia mucho mayor que nosotros de lo ofensiva y dañina que es una liturgia terrena que refleja tan pobremente, y

18 Algunas partes de la entrevista se encuentran en wdtprs.com/blog/2007/11/archbp-ranjith-interview-in-losservatore-romano-on-liturgy/.

aun contradice tan prosaicamente, su modelo divino. Si se supone que debemos revestirnos del espíritu de Cristo, también debemos revestirnos del espíritu de los santos que mejor lo han imitado[19]. Lo cual quiere decir que debemos poner fin a las componendas en lo que se refiere al culto de Dios Omnipotente, y evitar cuidadosamente y desterrar de nuestros templos toda mediocridad, banalidad, mundanidad y modernismo. Más, todavía: la creatura racional, angélica o humana, le *debe* a Dios un culto recto y reverente; tenemos la obligación, más fundamental y más urgente que ningún otro deber de justicia, de alabar, bendecir, adorar y agradecer a la Santísima Trinidad –nuestro primer principio y nuestro fin último– en la forma que Ella misma nos ha revelado ser condigna de su honor y gloria[20]. Tal es, precisamente, el culto ofrecido por Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y Cabeza del Cuerpo Místico, en unión con sus miembros en la Iglesia católica, según los legítimos ritos y plegarias que, por la acción del Espíritu Santo, Él ha revelado a través de los siglos[21].

19 Cf. 1 Co 2, 16; 1 Co 4, 16; 1 Co 11,1; 1 Ts 1, 6; Hb 6, 12.

20 Veáse BURKE, R., "Sacred Liturgy and Asceticism: Respect for the *Ius Divinum*", *Antiphon*, núm. 17 (2013), pp. 3-30; y "*Ius Divinum* and the Sacred Liturgy", en RUTHERFORD J. E./ O'BRIEN, J. (eds.), *Benedict XVI and the Roman Missal* (Dublin, IE, Four Courts, 2013).

21 Aceptando como un hecho, suficientemente respaldado por el Magisterio, la existencia de muchos ritos legítimos en la Iglesia católica, me parece que subrayar el desarrollo orgánico de la liturgia como una realidad querida y dirigida por el Espíritu Santo, es más importante que verlo como una triste historia de añadidos y aberraciones que los eruditos en liturgia, armados con brillantes armaduras, están llamados a erradicar. Baste citar aquí la autorizada voz de Pío XII, quien, refiriéndose "a ciertas personas inclinadas a la restauración indiscriminada de todos los antiguos ritos y ceremonias", nos enseña que "la liturgia de los primeros tiempos es, ciertamente, digna de veneración; pero los usos antiguos no deben ser considerados más adecuados y convenientes, ya sea en sí mismos o por su significación para épocas posteriores y nuevas situaciones, sobre la base solamente de que portan el sabor y el aroma de la antigüedad. También los ritos litúrgicos más recientes merecen reverencia y respeto. También éstos son inspirados por el Espíritu Santo, que asiste a la Iglesia a través de todos los siglos, hasta la consumación del mundo. También ellos son modos usados por la

La misión de restaurar la Misa tradicional (y, para quienes están llamados a ello, la consiguiente tarea de "reformar la reforma") es, en verdad, desalentadora. Ante la continua y hostil resistencia de ciertos obispos y sacerdotes que pastorean (si se puede usar este término) un laicado pobremente formado y poco observante, podemos experimentar, en ocasiones, la tentación de la desesperación o, al menos, caer en el desaliento. En tiempos como los actuales, cuando nuestro movimiento se caracteriza por nuevas esperanzas y energías, aunque todavía enfrentado por oposiciones y enormes obstáculos, debemos recordar frecuentemente que el éxito no puede venir sino de Quien es Todopoderoso. "Jesús los miró y les dijo: para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible". Cualquiera sea nuestra suerte litúrgica en esta vida, cualquiera sea la fortuna de nuestra lucha, sabemos que Cristo, nuestro Rey, ha vencido al mundo por su Pasión, Resurrección y Ascensión, y nos espera para que nos unamos a Él en su victoria. "Os he dicho esto para que tengáis paz en Mí. En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: Yo he vencido al mundo" (Jn. 16, 33). Este mundo de luchas incesantes es el campo en que somos examinados, en que el Señor pone a prueba nuestra fidelidad a la causa de la Verdad (cf. Jn. 18, 37). Si hemos peleado la buena pelea, si nos hemos purificado de nuestros pecados, seremos llevados a un templo no hecho por manos humanas, a un trono que no puede ser abatido, a un altar que jamás puede ser modificado –a la inefable belleza de Cristo y del Dios de la gloria y los infinitos consuelos, a Quien sea "la bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza por los siglos de los siglos. Amén" (Ap 7, 12).

---

majestad de la Esposa de Cristo para promover y procurar la santidad de los hombres" (Encíclica *Mediator Dei*, núm. 16).

CAPÍTULO 2

La palabra de Dios y la palabrería del hombre

Un día se me ocurrió que los comentarios extemporáneos durante las Misas parroquiales en lengua vernácula son el equivalente litúrgico del descontrolado crecimiento de los suburbios.

Seguramente todos hemos tenido la experiencia de esos sermones que se prolongan sin control. Quisiera mencionar dos casos que merecen ser citados precisamente porque los sacerdotes involucrados eran, desde otros puntos de vista, fieles, devotos y sinceros creyentes en la Presencia Real: sería demasiado fácil mencionar ejemplos de sacerdotes heterodoxos, y lo que quiero argumentar es que hay algo que funciona mal en el ritual de una Misa capaz de influir tan sutilmente en *cualquier* celebrante hasta el punto de hacer de él no un comunicador sino un parlanchín. En uno de los casos, antes del Padrenuestro, el sacerdote no dijo "Fieles a la recomendación del Señor y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir" o algo análogo, sino: "Reunidos como familia de Dios por nuestro Salvador, Jesucristo, lo escuchamos y aprendemos su oración, en que pedimos hacer la voluntad de Dios y la gracia de perdonar a quienes han pecado contra nosotros y contra nuestros seres queridos, mientras roga-

mos humildemente al Señor que nos perdone por las veces que le hemos fallado". En el otro caso, esta vez antes del *Domine, non sum dignus*, al sacerdote se le antojó decir: "He aquí a Jesús, nuestro hermano, el Buen Pastor, el manso Cordero que quita los pecados del mundo, cuya Sangre nos redime, a cuyo Cuerpo, la Iglesia, somos llamados como hermanos y hermanas. Felices y benditos nosotros que participamos de este banquete, pero como a veces le hemos fallado, le decimos ahora: Señor, yo no soy digno...".

Habiendo oído toda mi vida este tipo de sinuosas glosas de los textos de la Misa (nací el año del Señor de 1971, en que el gusto artístico alcanzó quizá la sima, por debajo de la cual las leyes de la metafísica le impidieron seguir bajando), me maravilla que el Papa y los obispos no hayan, desde hace tanto tiempo, recuperado el conocimiento y *desterrado* tales improvisaciones. Ya adulto, fui bendecido con la posibilidad de asistir a la Liturgia Divina de San Juan Crisóstomo y otras liturgias bizantinas, y me doy cuenta de que *jamás* tuve conocimiento de que en ellas hubiera texto alguno que no estuviera *exactamente* prescrito: todo lo que el sacerdote o el pueblo debían decir o cantar estaba clara y definitivamente *preestablecido*. Lo mismo ocurre en el rito latino tradicional, y en *cualquier* rito de la Iglesia católica o de las comunidades ortodoxas. Alentar o siquiera permitir la espontaneidad en la sagrada liturgia es una completa y total *novedad,* en el estricto sentido del término. Como con razón ha escrito Joseph Ratzinger, "[la] grandeza de la liturgia depende de [...] su falta de espontaneidad (*Unbeliebigkeit)*"[1]. Si algunas iglesias locales en los primeros siglos –suponiendo que los historiadores hayan conjeturado correctamente– dan testimonio de algún grado de improvisación, muy pronto los textos litúrgicos fueron bellamente fijados en los diversos ritos por las autoridades competentes de la Iglesia, y se consideró que debían ser usados en la

1 RATZINGER, J., *The Spirit of the Liturgy* (trad. de John Saward, San Francisco, Ignatius Press, 2000), p. 166.

forma así establecida. Tanto en el culto como en la doctrina, el Espíritu Santo conduce a la Iglesia hacia la plenitud de la verdad; la estabilidad litúrgica, la sobriedad de los ministros, la solemnidad ritual son, claramente, parte del proceso de aprendizaje –un proceso de disminuir humildemente en "creatividad", para que la presencia dominante y vivificadora del Señor, Palabra de Verdad hecha Carne, pueda crecer–. Los obispos y sacerdotes no son en absoluto autores o improvisadores sino sólo receptores y transmisores de un don. No obstante que sean capaces, con su aporte personal, de embellecer poéticamente la Misa, no son sino servidores de un legado, y normalmente no más que eso[2]. No hay espacio –ni hace falta que lo haya– para las improvisaciones verbales una vez que las formas han sido, merced a la Providencia, aprobadas y establecidas.

Palabra versus palabrería

La liturgia romana reformada, tal como se la celebra en la mayoría de las iglesias, conlleva demasiada *recitación* de textos preestablecidos, demasido poco *canto* de tales textos, y demasiado poco del más hermoso compañero del canto, el silencio. En las ceremonias de la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo se emplea una gran cantidad de textos litúrgicos, considerablemente más que en la liturgia tridentina, pero todo se desarrolla fluidamente y se tiene una impresión de gran fervor porque, por una parte, los fieles y los cantores *cantan* gran parte de ellos y, por otra, los sacerdotes y diáconos van recitando en voz baja *otras* oraciones en el altar. Todos conocen, o pueden fácilmente conocer, cuáles son esas oraciones "privadas", de modo que no se causa la impresión de una insalvable separación entre el clero y los fieles. El efecto general es como de oleadas de oración que se

2 Digo "normalmente" porque siempre hay teólogos inspirados, como San Romano el Meloda [N. del Tr.: *circa* 490-555 d.C.] o Santo Tomás de Aquino, que contribuyen a los textos de la liturgia con sus carismas divinos. Lo cual está a años luz de comités como el *Consilium*.

originan en diversas fuentes y se elevan juntas, como incienso, para gloria del Dios Altísimo. La Misa solemne, en la forma extraordinaria del rito romano, se parece mucho a esto. En ella se canta muchos textos litúrgicos (antífonas, *Kyrie* y Gloria, Epístola, Evangelio y otros más), mientras que al sacerdote y demás ministros se les asignan sus propias oraciones, que recitan en voz baja. En esta Misa hay más sobriedad y restricción que en su contraparte bizantina, pero el aire de familia en ambas se advierte, inmediatamente, en la poesía de los gestos, en la polifonía y densidad de las oraciones, en la belleza de los ornamentos y cantos, en la atmósfera general de misterio divino.

La Misa tradicional es, paradojalmente, una liturgia con más textos pero con menos verbosidad que la Misa moderna. Como lo muestran los libros litúrgicos, tiene *más oraciones*, más sustancia verbal y, sin embargo, la impresión general es de *menos verbosidad*, menos *textismo* que lo que parece ser el caso en el *Novus Ordo*. La explicación de esta paradoja es bien fácil. En primer lugar, tal como en *todas* las liturgias tradicionales, independientemente del rito de que se trate, hay muchas oraciones en el *usus antiquior* que el sacerdote recita en silencio o en voz baja, mientras se van sucediendo o cantando otras cosas. En contraste, el *Novus Ordo*, con el racionalismo tan típico de sus innovaciones, dispone que prácticamente todo se diga en voz alta y, lo que es peor, se lo proclame a todo el mundo, lo que puede darle el aspecto de una arenga piadosa, especialmente en un templo con amplificación artificial, o con un sacerdote parlanchín, o con ambas cosas.

En segundo lugar, las oraciones del rito romano clásico son mucho más estables, predictibles, poéticas y profundas. Esto significa que tanto el sacerdote como los fieles se acostumbran a ellas fácilmente, no obstante lo cual encuentran en ellas un contenido inagotablemente rico. Se recibe de ellas algo mejor, y repetidas veces. ¿Quién podría negar que una de las cualidades más atractivas de la liturgia tradicional es que se puede llegar a conocerla sumamente bien? Se sabe qué viene a continuación, y se siente

la necesidad de que sea así; el misal personal, bien hojeado, se vuelve el mejor compañero; a medida que la liturgia invita a participar una vez más de sus secretos, se entra suavemente, y dando gracias, en su espíritu. Desde este punto de vista, la Misa tradicional es como una luz que ilumina serenamente y a la cual uno ingresa dejándose empapar, rindiéndose a ella. En el *Novus Ordo*, en cambio, el paisaje, el clima y las señales del tránsito cambian constantemente, en la medida que se escoge entre unas opciones y otras; surgen comentarios espontáneos aquí y allá, hay que leer en voz alta oraciones de los fieles mal escritas, y otras cosas por el estilo. Hay muy pocos elementos que se *mantengan* día tras día. Y lo peor: se pierde toda esperanza de poder meditar.

Lenguaje denso y delgado

Es verdad que la Misa rezada es una forma del *usus antiquior* en que hay una considerable recitación de textos, lo cual no es, por cierto, el ideal. La norma la da la Misa Solemne, y si todo se diera como debe ser en la Iglesia de Occidente, habría muchas más Misas cantadas, tal como la Divina Liturgia de la Iglesia de Oriente es siempre cantada. Con todo, hay una decisiva diferencia entre la recitación de la Misa rezada y la de la nueva Misa. Tal diferencia consiste en la riqueza y estabilidad mismas de los antiguos textos, que llegan a ser como una segunda naturaleza del fiel. La *naturaleza misma de la palabra* en la Misa antigua es diferente debido a la forma en que se la presenta, se la maneja y se la pronuncia; debido al silencio envolvente, al susurro, a la alternación de lo público y lo privado, de lo exterior y lo interior, y a la expresión rítmica de los salmos. En todas estas formas, las palabras impregnan el silencio y dan origen a la meditación, y la Misa hunde profundamente sus raíces en el alma, como una planta que busca penetrar en la tierra. Aquí el "problema" de las palabras es superado por la misma forma litúrgica, haciendo que el acontecimiento, con sus palabras y silencios, sus partes fijas y variables, se transformen en una verdadera bendición, en una

amorosa respuesta al ofrecimiento de amistad que nos hace Jesús, incomprensible misericordia de Dios consumada en la Cruz. La Misa rezada es silenciosa en su hablar, y habla en su silencio. Nos habla del Amante y del Amado, del Esposo y la Esposa, es un romance ardiente –como lo llama San Juan de la Cruz– en el que tanto los fervientes susurros como el canto en voz alta resultan más apropiados que la simple habla cotidiana.

La liturgia romana reformada, tanto por su concepción misma como por la forma en que se acostumbra a celebrarla, devalúa el silencio y sobrevalúa el sonido, en especial el habla, la palabra de los hombres, no la Palabra de Dios, que es más esquiva. Invirtiendo la esencia misma de la liturgia, en muchas Misas "la liturgia de la Palabra" supera por mucho, en extensión y dignidad, a la liturgia eucarística. A veces, la homilía se alarga y alarga, mientras que el Canon de la Misa, la parte más sacrosanta, dura unos pocos instantes, siendo la Plegaria Eucarística II la opción más popular a fin de abreviar convenientemente la Misa. Muchos sacerdotes no se dan cuenta de la magna incoherencia que hay en la falta de equilibrio entre ambas partes. Para que se produzca un cambio duradero, necesitaremos una nueva generación de sacerdotes que aprendan de la liturgia tradicional qué es lo más importante y qué lo que pertenece a la periferia: "Él debe crecer, y yo disminuir" (Jn. 3, 30).

En cuanto rito religioso, el *Novus Ordo* es sorprendentemente exiguo. La preparación al comienzo de la Misa es insignificante, el acto de arrepentimiento tan desvaído que cualquier distracción lo hace pasar desapercibido; el lapso desde el comienzo de la Misa hasta la primera lectura no ofrece, lamentablemente, ninguna prueba efectiva de que se ha tomado conciencia de quién es Dios, quiénes somos nosotros, y qué es lo que va a tener lugar dentro de un momento. Desde la bienvenida en adelante, la atmósfera de oración es tenue, la intención es horizontal, el modo es verboso. Tómese, como contraste, una línea cerca del comienzo de la Misa tridentina, que se pronuncia mientras se hace la señal de la cruz: "Nuestro auxilio está en el nombre del

Señor, que hizo el cielo y la tierra". Además de ser una clamorosa afirmación de que Dios es el autor del cosmos, una declaración como ésta habla, en verdad, del alma, de su desamparo, de su *necesidad* de Dios. ¿Dónde se advierte, en el *Novus Ordo*, esa necesidad, ese anhelo, esa invocación de la Santísima Trinidad? Su lenguaje litúrgico carece de la densidad, del contenido, de la gravedad que debiera estar ahí presente. Incluso el uso del lenguaje y de la fraseología bíblicos a lo largo de la liturgia ha sido podado, sólo para ser aumentado, de un modo racionalista, en un enorme leccionario que no se puede esperar que nadie retenga en su memoria, ni que se familiarice con él.

Culto absorbente

Asistí una vez en Europa a una liturgia celebrada por un sacerdote cuyo alemán no pude entender bien, ya que su pronunciación era muy diferente de la que yo había aprendido en el colegio. Yo sabía, más o menos, lo que estaba diciendo, pero los detalles se me escapaban. Con todo, fue una interesante experiencia de aprendizaje. Desde la pasiva condición de caja de resonancia en que me encontraba, me impresionó cuán verboso, monótono y homogéneo puede llegar a ser el *Novus Ordo*. Todo su transcurso, de principio a fin, fue un flujo, casi ininterrumpido, de palabras. Para completar el cuadro, sin embargo, tuve la suerte de poder asistir a muchas Misas tridentinas en Europa, y la experiencia fue exactamente al revés: las oraciones –¡sublime sentido común y simplicidad!– eran siempre las mismas, independientemente del idioma propio del celebrante, y se tenía la sensación de estar de vuelta en casa, recibidos con una cálida y consoladora bienvenida. La Misa era –y ello se *sentía*– la actualización ritual del sacrificio del Calvario al cual yo, pobre pecador, podía asistir con toda la atención de mi alma, en compañía de Santa María, de San Juan y de toda la corte de ángeles y santos.

Aunque la jerarquía de la Iglesia sigue pretendiendo que no hay ni habido jamás una crisis posconciliar específica en rela-

ción con el Misal reformado, los sufridos católicos comunes y corrientes tienen bien claro que ha habido una crisis de enormes proporciones. La tremenda caída en la asistencia a Misa no fue algo accidental, ni fue causado por factores puramente exteriores: en una medida mucho mayor que lo que los pastores se han atrevido a admitir, ella fue catalizada por el absolutamente banal servicio de comunión que parece haber reemplazado al Santo Sacrificio, un factor que influyó en muchos vacilantes fieles en los años 1970 y los impulsó a abandonar del todo la asistencia a Misa.

Hay que considerar, a continuación, el caso más trágico de aquellos católicos devotos que amaban la antigua Misa y que fueron aplastados, confundidos, impactados, escandalizados y amargados por los súbitos cambios, que arrancaron de su corazón la práctica religiosa que les era más querida, y osaron instalar en su lugar un sucedáneo de ritual, un circo de exhibicionismo. A lo largo de los años, he conversado con muchos de estos católicos dejados al garete, quienes no podrán olvidar jamás todo lo que los obispos y sacerdotes le infligieron a la vida católica y a la cultura, a la Misa y a la fe. La reforma litúrgica ha dejado a su paso incontables sepulturas de espíritus heridos y quebrados, cuyos sufrimientos –pérdida de la fe o heroica preservación de la misma– sólo nos serán conocidos en el mundo futuro, en el día del Juicio, cuando todo lo que está oculto sea revelado.

La profunda declinación de la asistencia a Misa fue una reacción normal y predictible, desde la sociología, frente a una liturgia revisada rápida y radicalmente, en total discontinuidad con la tradición anterior. La ironía de ello es que la nueva y pulida ceremonia fue diseñada para "hablar más directamente" al hombre moderno, en contraste con la distractora complejidad y esteticismo de una liturgia hierática en latín que, según los expertos, "pocos entendían". Nunca la falacia de la "naturalidad" se ha evidenciado de modo tan claro como aquí, porque las oraciones y ceremonias de la Misa tradicional son, en el mejor y más pleno sentido de la palabra, una respuesta *natural* al mis-

terio trascendente de la Encarnación. Tal es la razón por la cual la Misa es un vehículo tan perfecto para la gracia sobrenatural, que supone a la naturaleza al mismo tiempo que la supera. La liturgia se desarrolló orgánicamente a partir de la Revelación y de la respuesta humana, sostenida por la gracia. Es por ello que, si se dan el necesario conocimiento y el esfuerzo, todos pueden comprender el antiguo rito, pero nadie puede abarcarlo del todo. Al contrario, el *Novus Ordo* es un constructo estético-intelectual: su estética es tan informe y fea como la mayor parte de las iglesias construidas en el período posconciliar, y su "contenido accesible", debido precisamente a su verbosidad y cerebralismo (cosas que casi siempre van juntas), es aburrido y superficial: todos pueden entenderlo y penetrarlo totalmente. ¿Es en tal cosa que consiste *realmente* el "misterio de la fe" que yace en el corazón del universo?

De ahí que, en el *Novus Ordo* más corriente, pocas veces se tiene la sensación de estar ante un *culto absorbente* en todo el sentido de la expresión: conciencia de que la liturgia posee en sí misma todo lo necesario para absorber nuestro corazón y nuestra inteligencia, y conciencia de que estamos absorbiendo todo lo que ella nos ofrece. Esta liturgia no tiene casi nada en común con el *cultus* divino, con la sincera adoración que han intentado ofrecer a Dios todas las culturas en todas las épocas, con diversos grados de éxito. En la medida en que esto es así, hay poco en la nueva liturgia que pueda atraer poderosamente al auténtico peregrino que busca al Dios viviente –al musulmán, cuyo máximo anhelo es adorar al Dios Todopoderoso de cielos y tierra; al monje budista, dedicado a la silenciosa búsqueda de la iluminación; al judío ortodoxo, cuya vida se consume en reverenciar la Ley del Altísimo–. Si se diera el caso de que tales peregrinos se sintieran atraídos a la fe católica tal como se la presenta en la vida de las parroquias contemporáneas, y de que incluso se convirtieran, ello sería por pura misericordia de Dios, cuya gracia supera las limitaciones de la naturaleza y de la cultura. La nueva liturgia habría sido una negligente matrona en estos nacimientos. Se pue-

de contrastar este triste hecho con las innumerables historias de convertidos preconciliares que, como Charles Péguy, se sintieron atraídos a la fe católica en primer lugar, o más profundamente, por y a través de la sagrada liturgia, tal como se celebraba entonces en el mundo entero.

La ley de los rendimientos decrecientes

La adopción del *Novus Ordo* y la abolición efectiva de la liturgia gregoriana fue *particularmente* necia desde el punto de vista "ecuménico"[3]. La liturgia clásica arroja el guante, y pregunta: ¿crees o no en lo que cree la Iglesia? Su misma *forma* exige una respuesta, y muchos convertidos han llegado a la Iglesia a través del culto porque éste los provocó a tomar una decisión. Al contrario, la forma revisada de la Misa tiene en su diseño mismo un aire protestante[4]. Incluso un protestante no demasiado estricto podría sentirse en el *Novus Ordo* tan a gusto como en su propio servicio. En consecuencia, hay muchas *menos* razones para que un protestante se convierta: hay muchas menos razones para se sienta atraído por los rasgos característicos de nuestra fe y por su plenitud de verdad. En un momento de la historia en que los pro-

---

3 Para un mayor análisis de los problemas que se plantea en esta sección, véase el capítulo 11, "Los efectos a largo plazo de la reforma litúrgica sobre el ecumenismo".

4 Es bien conocido el opúsculo del Cardenal Ottaviani, pero él no es en absoluto el único en advertir las influencias protestantes en el *Novus Ordo*. Los dos estudios más completos sobre los cambios de *teología* en los textos de la liturgia son el de Pristas L., *Collects of the Roman Missal: A Comparative Study of the Sundays in Proper Season Before and After the Second Vatican Council* (London: T&T Clark, 2013), y el de Cekada A., *Work of Human Hands: A Theological Critique of the Mass of Paul VI* (West Chester, OH, Philotea Press, 2010). Aunque no estoy de acuerdo con todos los argumentos o conclusiones del P. Cekada, tanto él como el Dr. Pristas han demostrado, más allá de toda duda razonable, que el *Consilium* pretendía cambiar –y, de hecho, lo hizo– la teología que la liturgia transmite al Pueblo de Dios, mediante la alteración o supresión de elementos establecidos desde hace mucho tiempo en el rito romano.

testantes están desapareciendo en medio del crepúsculo liberal de los dioses, o regresando a los errores del luteranismo o del calvinismo estrictos, ¿por qué habríamos de desear pagarles el tributo de nuestra imitación? Deberíamos, más bien, demostrar nuestro amor por las almas inmortales de nuestros hermanos separados invitándolos a adherir a la única Iglesia fundada por Jesús sobre la roca de San Pedro, y a practicar el culto de un modo coherente con nuestra tradición de 2.000 años de antigüedad.

Consideremos el caso, aún más trágico, de un cristiano ortodoxo de la Iglesia de Oriente. Si tiene la mente mínimamente abierta a Occidente, es posible que vea en el culto tradicional de la Iglesia occidental algo antiguo, solemne y hermoso que evoca el espíritu de la Iglesia primitiva y la era de los mártires y confesores. "Nadie ama si primero no ha experimentado deleite con lo que ve", observa Aristóteles. Pero nuestros desmantelamientos e innovaciones miopes no hacen más que confirmar el severo juicio de los teólogos ortodoxos, en cuanto a que la Iglesia de Occidente está atrapada por el racionalismo, origen de la plaga de nuestro modernismo. Para los ortodoxos, el problema básico del Occidente es que nuestra teología es una "teología de pensadores": se nos ocurren nuevas teorías, nos enamoramos de ellas, y luego comenzamos a cambiar a nuestro alrededor las costumbres, las prácticas e incluso nuestra liturgia, para que calcen con nuestras teorías. En Oriente, lo que tiene precedencia es la Tradición que una generación lega a la otra: ella debe ser la medida última de nuestras actitudes y pensamientos en el presente, y si advertimos que estamos apartándonos de ella o rebelándonos en su contra, necesitamos arrepentirnos y convertir nuestra mente. Ahora bien, si consideramos, por otra parte, cuán fácilmente la actitud "Monte Athos" puede convertirse en ciego orgullo, no alabo a los ortodoxos por su fidelidad a la Tradición: en algunos aspectos, ellos la han traicionado de un modo peor que el Occidente. Lo que admiro en ellos es su *actitud* fundamental ante la herencia que han recibido: desean serle fieles como al precioso don divino que ella es, y *eso* sí que es una postura espiritualmente

saludable, mucho más que la actitud de los "reformadores" occidentales, sean del siglo XVI o del siglo XX, para quienes la Tradición católica es una especie de estantería de la que cada uno escoge los ingredientes que calzan con sus gustos.

¿Cómo pudimos alejarnos todavía más –y en tan gran medida– de la Divina Liturgia bizantina, precisamente cuando las relaciones con los ortodoxos comenzaban a evidenciar un potencial para el entendimiento como no se había visto por generaciones? A pesar de sus muchas y obvias diferencias exteriores, en su espíritu la antigua liturgia –especialmente cuando se celebra una Misa Solemne– es algo inmediatamente accesible a un cristiano de Oriente, porque habla un mismo lenguaje de reverencia, solemnidad y belleza. Como confirmación de esto, he advertido en mis viajes que los obispos, sacerdotes y monjes de Oriente se sienten atraídos y en paz en los monasterios del Occidente que han preservado la primacía de la liturgia, del canto llano y de otros símbolos sagrados y viven la vocación contemplativa con seriedad y fervor[5].

Así pues, la innegable crisis posconciliar tiene que ser relacionada, en gran medida, con la revolución litúrgica, con el desmantelamiento del culto tradicional de la Iglesia católica. La Misa es la quintaesencia de la fe; cuando *ella* es vigorosa, la vida de los fieles puede centrarse en el Rey y Centro de todos los corazones, nuestro Señor Jesucristo. Cuando es fuerte, será fuerte el impulso misionero, es decir, el deseo de traer a los protestantes de vuelta a la plenitud de la fe mediante su conversión personal, como también será fuerte el deseo de procurar una verdadera unión entre Oriente y Occidente, basada sobre un mismo patrimonio espiritual.

5 Mis comentarios se aplican también a esos escasos lugares (por ejemplo, la abadía Stift Heiligenkreuz, o los Oratorios de Londres, Oxford y Viena) donde se celebra la nueva liturgia tan en continuidad con la liturgia antigua que las diferencias no son perceptibles por alguien –como un monje oriental de visita– que no haya conocido con anterioridad el rito romano.

Escritura: ¿cantidad o calidad?

Una excelente ilustración de las profundas diferencias entre las dos formas del rito romano es el modo cómo cada una incorpora el texto o palabra más importante de todos: las Escrituras divinamente inspiradas.

En la liturgia tradicional, la Sagrada Escritura está omnipresente en líneas breves, suficientemente cortas como para ser recordadas, armonizadas y entretejidas con la vida de oración personal: el Introito, el Gradual y el Aleluya, el Ofertorio, la Comunión... En la antigua Misa, se *reza* la Palabra de Dios y se la reza profundamente, tal como conviene a un rito que fue formado por una cultura de *lectio divina*. En ocasiones especiales (no por ello menos vinculantes), la Palabra de Dios es cantada, con música exquisitamente adecuada a la poesía de la lengua latina. En este valle de lágrimas (que nosotros, los modernos, buscando emociones más intensas, hemos transformado en un valle de carreteras de alta velocidad y de correos electrónicos), ¿cuáles son los textos que nos moverían a tomarnos la molestia de frenar y *cantar*? Como dijo Agustín, "sólo el amante puede cantar". Cantamos las palabras que nos enamoran o, más bien, las palabras que nos recuerdan a aquel de quien estamos enamorados. En lo personal, se me acelera el corazón cada vez que se canta la Epístola o el Evangelio en una Misa tridentina: es un canto de amor, un canto del corazón humano sorprendido en un romance con la Palabra eterna. En la nueva liturgia, por contraste, la Biblia es casi siempre meramente *leída en voz alta*. No hay una relación amorosa: es un encuentro desapasionado, en que hay que cumplir con ciertos deberes.

Contra la opinión corriente, la forma ordinaria ofrece también *menos* Escritura, desde el punto de vista de la calidad. La antigua liturgia está saturada de Escritura, no sólo en el Propio de las antífonas y oraciones, sino también en las oraciones que no varían, y por esta razón tiene mayor potencial para la formación espiritual del alma fiel. La Epístola y el Evangelio del antiguo

rito son casi siempre más cortas, más medulares, más directamente relevantes para la fiesta de que se trata y, de este modo, más efectivas pedagógicamente[6]. La antigua liturgia se presta así, de modo extraordinariamente adecuado, para la prédica escriturística y la meditación. Pero adviértase que tiene éxito simplemente por ser lo que es: liturgia densa y rica y llena de religión. No pretende ser una especie de curso sobre la Biblia.

Según los editores del leccionario del *Novus Ordo*, su meta fue "más Escritura", de modo de "alimentar al pueblo con la palabra de Dios". Sin embargo, el rito antiguo está mucho más *empapado de Escritura,* por su vívida apropiación del lenguaje escritural, de sus ritmos y temas, que el *Novus Ordo*, que corre a través de la "liturgia de la palabra" sin nada de esa *morosidad* característica del rito antiguo, que hace de él un perfecto y continuo catequista para aquéllos que se empapan de sus oraciones y lecturas. Aun cuando tanto en la forma extraordinaria (cuando es rezada) como en la ordinaria se llega al momento de la lectura del Evangelio en cinco o diez minutos, en la primera uno ha sido *preparado* para él: el alma ha sido arada por el salmo 42, por el doble Confiteor, por el diálogo *Ostende nobis*, por el ascenso al altar con sus dos ricas oraciones, y por una multifacética Colecta que dice tanto en tan pocas palabras. En la forma ordinaria, en cambio, esta parte es rápida y desarmada: señal de la cruz, saludo, *Kyrie* (a menudo sin Confiteor, que ha sido, en todo caso, podado) y Colecta. Casi no se tiene la sensación de un desplazamiento natural, de un todo orgánico; todo parece, más bien, como el cumplimiento de una lista de tareas –siempre realizadas por un laico, más a menudo por una mujer que por un varón, vestido de tal modo que evidentemente *no* es un ministro, como queriéndose decir que las lecturas no son parte del culto racional

6 Una excepción la constituyen los relatos de la Pasión en la liturgia tradicional para Semana Santa, en la que se lee a los cuatro evangelistas cada año en diferentes días. En el nuevo leccionario, Juan retiene su lugar en el Viernes Santo, pero los Sinópticos se van turnando en un período de tres años.

cuyo pináculo es la ofrenda a Dios de la Palabra hecha carne por ministerio del sacerdote[7]–. La liturgia tradicional es más profundamente escritural porque ha *internalizado* las palabras de la Escritura: las oraciones basadas en los salmos, al pie del altar; la oración, como carbón ardiente, antes de la lectura del Evangelio; el Ofertorio, con sus muchas alusiones a las Epístolas; el salmo que se recita en el lavabo de manos; la lectura final del primer capítulo del Evangelio de San Juan –y todo esto, aun en la Misa rezada–. La Misa Solemne respira más todavía la letra y el espíritu de la Escritura. La palabra de Dios está entretejida con la tela de la antigua liturgia, es hueso de sus huesos, carne de su carne.

El papel y el "peso" de la Escritura en la antigua forma del rito romano, comparada con la nueva, merece mucha más atención de la que ha recibido hasta ahora, y volveremos a ello en el capítulo 9, donde se ilustrará y ampliará, con una serie de ejemplos concretos, la crítica general que hacemos aquí.

La reforma que le falló al Concilio

Considerando los motivos que llevaron a Juan XXIII a convocar el Concilio Vaticano II –reconciliar con la Iglesia a todos sus hijos apartados y errantes, y llegar hasta el mundo moderno, que se suponía tener sed de sentido, hambre de verdad, y estar preparado para que el testimonio cristiano lo arrebatara hacia la auténtica dignidad del hombre–, se hizo pocas cosas peores que cambiar la liturgia del modo como se la llevó a cabo. La juventud

7 Cuando, en la antigua liturgia, leen la Epístola un subdiácono o un monje tonsurado, lo hacen en cuanto que están inherentemente *ordenados* hacia el sacerdocio; no lo hacen en cuanto laicos. La razón es que se entiende que las lecturas son verdaderamente una parte de la Misa (como lo atestigua la clásica división de "Misa de los catecúmenos" y "Misa de los fieles"), aunque *no* lo es la homilía –no, al menos, del mismo modo–. Agregaría también que hay ciertas parroquias y capillas donde las lecturas del Leccionario se hacen por acólitos varones revestidos, lo cual parece ser una solución razonable, aunque temporal, en el contexto de la forma ordinaria.

sensata que conozco tiene hambre de lo místico, de lo numinoso, de lo "diferente", en suma, de lo sagrado en cualquier forma que se lo encuentre: tiene hambre de ritual simbólico. Hasta hace muy poco, estas cosas estuvieron casi desterradas de la Iglesia, durante cuarenta años o más. ¡Qué de veces he visto la admiración y sagrado respeto con que la gente de mi edad o menor que yo (es decir, nacida después de 1970) reacciona ante la primera Misa Solemne a que asiste! La antigua liturgia romana responde plenamente a sus más profundos anhelos espirituales, del modo que lo ha hecho siempre para los creyentes a lo largo de los siglos, incluso durante el siglo XIX "de talante científico" y durante los primeros años del siglo XX, cuando tantos conversos llegaron a la Iglesia gracias a su liturgia. Josef Pieper comenta lo siguiente acerca de la historia del mítico Tammuz, inventor del alfabeto en el Fedro, de Platón:

> Esta historia subraya la idea, eternamente moderna, de que los adelantos técnicos que, en apariencia, facilitan al hombre participar de la realidad y de la verdad, tienen el efecto exactamente contrario: obstaculizan y posiblemente impiden, incluso, tal participación. La facilidad de la comunicación hace imposible la auténtica comunicación[8].

Sacrosanctum Concilium quiso ritos más claros y simples, que requirieran pocas explicaciones. Incluso según este dudoso criterio, el rito romano clásico catequiza más efectivamente que su sucesor, sin necesidad de admoniciones, instrucciones o explicaciones, añadidos además de la homilía. La Misa tridentina *es* catequesis mistagógica por su espíritu mismo, sus oraciones, sus ritos, su majestad, su silencio, por el conjunto de todos sus elementos –es hija de la feliz conjunción de la sublime teología de los Padres de la Iglesia con la piedad, intensamente monástica y popular, de los primeros tiempos–: enseña con el *ejemplo*,

8 PIEPER, J., *Enthusiasm and Divine Madness: On the Platonic Dialogue "Phaedrus"* (trad. de Richard Winston y Clara Winston, South Bend, IN, St. Augustine's Press, 2000), p. 101, donde se cita *Phaedrus*, 274c5.

con el signo y el símbolo, con la *palabra*, con las oraciones y lecturas, ricas e insondables pero no excesivas. Uno vuelve a la antigua Misa año tras año, y puede siempre cosechar más frutos del ubérrimo huerto de la Iglesia.

Los reformadores litúrgicos argumentaron que su única intención era dar al pueblo un alimento espiritual sólido, como si no lo hubiéramos tenido ya *en abundancia*. En cambio, se nos dio un pobre alimento moderno incapaz de nutrir. Los católicos que se oponen al guisado del *Consilium*, se regalan en el banquete de la Tradición. La recuperación de las liturgias tradicionales de Occidente, para decirlo en términos generales, es una condición para la supervivencia del catolicismo. El movimiento tradicionalista, estimulado por la legislación y el ejemplo de Benedicto XVI y bendecido con un rápido aumento de adherentes, está tomando el lugar que le corresponde en la vanguardia de la verdadera reforma y renovación, que consiste, ante todo, en amor, lleno de celo, por la casa del Señor, el lugar donde mora su gloria (Sal 69, 9; 2 Jn, 17; Sal 26, 8) y, enseguida, en fidelidad a nuestro glorioso patrimonio, que nos pertenece por nuestro nacimiento en Cristo Jesús.

CAPÍTULO 3

Simbolismo del silencio y vaciedad

Algo que debemos fomentar con mayor dedicación en nuestras comunidades es la *experiencia del silencio*. Necesitamos silencio "si hemos de aceptar plenamente en nuestros corazones el sonido de la voz del Espíritu Santo, y unir más estrechamente nuestra oración personal a la Palabra de Dios y a la voz pública de la Iglesia". En una sociedad que vive a un ritmo cada vez más frenético, ensordecida a menudo por los ruidos y confundida por lo que es efímero, resulta vital redescubrir el valor del silencio. No es casualidad que, fuera del culto cristiano, aumenten las prácticas de meditación que privilegian el recogimiento. ¿Por qué no comenzar, con audacia pedagógica, una *específica educación del silencio* dentro de las coordenadas de la experiencia cristiana personal? Tengamos siempre a la vista el ejemplo de Jesús, quien "se levantó y salió hacia un lugar solitario, y ahí oró" (Mc 1, 35). La liturgia, con sus diversos momentos y símbolos, no puede ignorar el silencio[1].

---

1 JUAN PABLO II, Mensaje *Spiritus et Sponsa*, para el cuadragésimo aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 2003), núm. 13.

En la antigua liturgia romana el silencio es, en sí mismo, un símbolo. Como enseña Dionisio el Areopagita, alcanzamos la mayor parte de nuestro conocimiento de Dios cuando nos despojamos de nuestras inadecuadas concepciones y nos insertamos en la "oscura luz" de Dios mediante un intenso culto sacramental[2]. Dionisio estaría de acuerdo con el Padre David Vincent Meconi: "Silencio es el más olvidado de los nombres de Dios"[3]. En sus elocuentes defensas de la Misa tradicional, Dietrich von Hildebrand habla a menudo de la necesidad de una *actitud* de reverencia previa a los actos de culto: apela a la influencia del silencio en el alma humana que, con posterioridad a la Caída, tiende a permanecer en un flujo ruidoso. La liturgia ilustra la verdad de que, en el amor, el silencio habla más fuerte que las palabras. El silencio *es* la plenitud del discurso, el *Logos* de Dios que, en la realidad divina, es la Palabra del Padre comprendida sin palabras. Por eso Santo Tomás de Aquino, uno de los teólogos más versátiles de la Iglesia y, ciertamente, el más dotado, concluyó su vida de servicio a la Palabra no redactando apresuradamente otro tratado o cuestión disputada más, sino entrando, como un niño, en el oasis de la muda admiración. Ya hemos visto antes cómo interpreta Josef Pieper la visión que tuvo Tomás durante la Misa el 6 de diciembre de 1273 y que le cambió la vida:

> La última palabra de Santo Tomás no es comunicación sino silencio. Y no es la muerte la que le arrebata la pluma de las manos. Su lengua es detenida por la superabundancia de vida del misterio de Dios. Está en silencio, no porque no tenga más que decir: está en silencio porque se le ha concedido divisar la inefable profundidad de ese misterio que ni el pensamiento ni el habla humana pueden alcanzar[4].

2 Véase *The Ecclesiastical Hierarchy*, en PSEUDO-DIONYSIUS, *The Complete Works* (trad. de Colm Luibheid, Mahwah, NJ, Paulist Press, 1987), *passim*.

3 MECONI, D., "Silence Proceeding", *Logos*, núm. 5-2 (Primavera 2002), pp. 59-75 (la cita en p. 59).

4 PIEPER, J., *The Silence of St. Thomas* (trad. de John Murray y

El silencio de la liturgia tridentina[5] proporciona espacio al alma cristiana para hacer suyos los misterios que la gracia de Dios revela, y también para reflexionar sobre cómo Jesús viene a nosotros en el inefable don de la Eucaristía. Quienes están acostumbrados al rito clásico de la Misa saben cuán clara y vívidamente puede uno, con sus propios ojos, ver, en el drama que se desarrolla silenciosamente en el presbiterio, cómo Jesús, el Cordero de Dios, se hace *presente sobre el altar del sacrificio* "por nosotros los hombres y por nuestra salvación". El carácter sacrificial es proclamado con fuerza por la ornamentación del altar, por la orientación del sacerdote y por la majestuosa solemnidad de las rúbricas: todo esto mueve con insistencia al espíritu hacia el *mysterium fidei.* No se puede aquí exagerar la importancia del silencio, porque él desempeña un papel genuinamente litúrgico: no es un mero añadido ni una mera omisión. El silencio es necesario precisamente para permitir a los fieles darse cuenta de la renovación del sacrificio del Calvario, para abrir en nuestros corazones un "espacio" donde recibir sus frutos, para hacer nuestra la mente de Cristo, para unir nuestros pensamientos y deseos a la Divina Víctima y, con ella, transformarnos en una ofrenda al Dios Trino[6]. En el alma en sosiego, preparada para su Señor, Él encontrará –Él *hará*– un lugar donde descansar con nosotros. Esto es necesario sobre todo para el hombre occidental, con su

Daniel O'Connor, Nueva York, Pantheon Books, 1957), p. 45. La visión en la fiesta de San Nicolás y su significación se analiza en mi artículo "Golden Straw: St. Thomas and the Ecstatic Practice of Theology", *Nova et Vetera,* núm. 2 (2004), pp. 61-89.

5 Es obvio que en la Misa rezada hay abundante silencio total, pero incluso en el estilo normativo y perfecto de celebrar –la Misa solemne o cantada– hay, y debiera haber también, momentos de silencio, si se la celebra con una buena sensibilidad litúrgica. Los organistas y directores de coro no deben rellenar cada momento con himnos o arpegios audibles. Véase Hitchcock, J., "The Voices of Silence in the Liturgy", *Communio,* núm. 5/4, (1978), pp. 352-362.

6 Cosa que nos dice hacer el Venerable Pío XII en su Encíclica *Mediator Dei.* Véase, entre otros, los núm. 71, 80-81, 85-93, 98-99.

incesante moverse y su palabrería banal, que son multiplicados mil veces por los efectos de una tecnología invasiva que aturde el alma y aísla socialmente. En gente adicta a trajinar y hacer ruido, hay una necesidad mucho más profunda de detenerse, respirar profundo, sosegarse, penetrar en el silencio, escuchar, *estar con* el Señor y, en ocasiones, una *necesidad* de arrodillarse frente a Él, en una postura de humildad y vulnerabilidad.

Communicatio in Sacris

La comunicación supone y alienta el silencio y vive de él. El silencio es el alimento más esencial para un espíritu discursivo, sin el cual perece en un desierto de palabras y de ruido. Escribe Santa Faustina Kowalska en su *Diario*: "El silencio es un lenguaje tan poderoso que llega hasta el trono del Dios viviente. El silencio es Su lenguaje, el cual, aunque secreto, es vívido y poderoso"[7]. Como lo revela la antigua liturgia en latín, la Santa Madre Iglesia comprendió que tenemos necesidad de música y de silencio, de bellas melodías y de bella ausencia de sonido. Incluso si los laicos rezan sus propias oraciones de preparación y se sumergen, por tanto, en un modo discursivo de oración, esas oraciones habitan, sin embargo, en un vasto espacio de tranquilidad, que las empequeñece, les da una debida relatividad, y subraya su insuficiencia. La antigua liturgia nos fuerza a tomar conciencia de nuestra *inadecuación*, de nuestros "innumerables pecados, ofensas y negligencias" y, al mismo tiempo, de nuestra grandeza interior ante Dios, quien engrandece a sus servidores ofreciéndoles participar de Su vida mediante las deiformes virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. El hombre moderno, en particular, parece inconsciente tanto de la profundidad de su condición pecadora como de la grandeza de su destino: tanto su miseria como lo que se le promete se ocultan por igual a sus ojos. Semejante hombre

7 KOWALSKA, M., *Diary: Divine Mercy in My Soul* (Stockbridge, MA, Marian Press, 2003), p. 888.

necesita desesperadamente que se le despierte a la realidad, la realidad de quién y qué es él frente a Dios; necesita una oportunidad para "volverse a sí mismo" y, así, volverse hacia Dios, quien está "más cerca de mí que yo mismo" (San Agustín). Tanto para el cristiano como para Platón, el consejo del oráculo de Delfos "Conócete a ti mismo" es un buen consejo. Pero es también un camino difícil y doloroso, y sólo da con él quien ha comenzado a liberarse y a dejar atrás los modos mundanos de pensar, de hablar y de actuar. Y el hombre sólo persevera en ese camino y alcanza la meta si se sumerge continuamente en aquel mundo invisible cuya atmósfera es el Espíritu Santo, y cuyo centro de gravedad es la Divina Humanidad de Cristo.

La liturgia tradicional es un tesoro de símbolos cuyo significado capta el alma que está *alerta*. Una reforma litúrgica auténtica consistiría en ayudar a la gente a despertar y a permanecer alerta, en vez de poner las cosas en sordina para que pueda seguir durmiendo. Las palabras y acciones no debieran transformarse en una función o rasgo autónomo que distraiga la atención de los fieles respecto del misterio que se celebra en el altar: ambas cosas deben ser *transparentes* para los divinos arquetipos, permitiéndoles brillar por medio de los textos, cantos, gestos, ornamentos y sí, también mediante la ausencia de texto y canto. La liturgia debiera ser una ventana a través de la cual brillara la luz divina, *dum medium silentium*, en medio del gran silencio de la noche de invierno cuando Cristo nació; debiera ser un espejo en que se refleje la vida y la muerte de Cristo con verosimilitud mística, cuyo modelo es el canto reverente de himnos. Si ha de haber cantos y palabras durante la Misa, todo ello debiera estar definido ritualmente y enfocado exclusivamente en el misterio –tal como ocurre en la liturgia oriental, con sus repeticiones y sus crecientes oleadas de oraciones, o en la Misa Solemne de Occidente, cuando el canto gregoriano y el ceremonial majestuoso se combinan para transportar al alma devota fuera del tiempo, fuera del espacio, al corazón mismo de Cristo, el Maestro eterno–. Lo que ciertamente *no* promueve nuestra iluminación en Cristo es la

mera proliferación de palabras, como si mientras más dijéramos, más verdad transmitiéramos. Al contrario, como lo dice estupendamente Santo Tomás, "infinitas palabras humanas no serían suficientes para alcanzar a la única Palabra de Dios"[8]. Nuestro mayor acercamiento a la verdad tiene lugar cuando renunciamos a nuestras improvisaciones pretenciosas y nos ponemos a esperar al Señor, recitando con reverencia las sagradas palabras de la Tradición cristiana, dejando que ellas nos conduzcan al inefable misterio que les dio origen.

Esta intuición tomista tiene un eco en la afirmación de Ludwig Wittgenstein: "Con sólo no tratar de pronunciar lo impronunciable, nada se habrá perdido. Pero lo impronunciable estará impronunciablemente contenido en lo que se ha pronunciado"[9]. Como Catherine Pickstock ha sostenido, la liturgia tradicional, con sus repeticiones, sus vacíos, sus protagonistas no especificados[10], su superimposición de lo privado y lo público y su ceremonial complejo, termina *significando* y *comunicando* mucho más que una liturgia diseñada y fabricada por un comité de "expertos" interesados en un producto bien armado, ordenado y "racional". El rito clásico puede pronunciar lo impronunciable porque no está

8 Sto. Tomás de Aquino, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, 21, lec. 6, 2660: "Infinita enim verba hominum non possunt attingere unum Dei Verbum". El sentido de *attingere* es "aprehender" o "posesionarse de".

9 De una carta de Ludwig Wittgenstein, citada por Saward, J., "Towards an Apophatic Anthropology", *Irish Theological Quarterly*, núm. 41 (1974), p. 234.

10 N. del Tr.: El autor, en lugar de la expresión "protagonistas no especificados", que se emplea en esta traducción, usa la expresión "ambiguous attributions of agency". Con ello se refiere al hecho de que unas mismas acciones o palabras, de significación rica y múltiple, pueden ser atribuidas a diversos protagonistas (*agents*), sea al sacerdote en cuanto hombre, sea a Cristo en cuanto Sumo Sacerdote, sea a la Iglesia como colectividad. Esto guarda cierta analogía con lo que San Agustín dice respecto del múltiple sentido espiritual de ciertos pasajes de la Sagrada Escritura, que pueden ser entendidos como pronunciados ya por Cristo, ya por el hombre: piénsese en ciertos pasajes de los Salmos, o en las palabras de la Consagración o en otras contenidas en el Canon de la Misa.

preocupado con la verbalización y la participación, sino que, más bien, está anclado gravemente en el misterio, lo cual, por cierto, es la vía para encontrar las palabras adecuadas y el adecuado tipo de participación. Es por esto que sabe cuándo hablar, cuándo cantar, cuándo susurrar, cuándo tocar las campanillas o hacer tintinear las cadenas del incensario, y cuándo guardar silencio.

Una misma palabra en dos libros

De acuerdo con los teólogos medievales, Dios es autor de dos libros: el Libro de la Naturaleza y el Libro de las Escrituras. La creación es la primera revelación de Dios, es la Palabra que habla a todo ente, la participación en la Palabra que todo ente *es*. No podríamos entender las palabras de las Escrituras si Dios no hubiera creado primero las *cosas* por las cuales y en relación con las cuales Él, a continuación, puede hablarnos de Sí mismo. La dignidad de la filosofía clásica consiste en el valiente testimonio que sus mayores maestros –Sócrates, Platón, Aristóteles, Plotino– dan de la *significatividad* de ese mundo, de ese cosmos, con cuya contemplación adquirimos un atisbo de los fundamentos divinos de toda realidad: la simple Presencia de toda la belleza y bondad y verdad concentradas en la Fuente de todo. Esta significatividad se refleja en la significatividad de las palabras, del lenguaje[11], que, a su vez, hacen posibles las relaciones de amistad de los seres humanos que viven reunidos en sociedad. El fundamento de la sociedad, de la amistad, del lenguaje, de la contemplación, de la adoración y de todas las actividades humanas es, pues, la Palabra, la Palabra de inextinguible fecundidad, de la cual proceden las formas de todas las creaturas. Esto es lo que leemos en los primeros versículos del Prólogo del Evangelio de Juan, que se recita silenciosamente al final de la Misa tridentina: "En el principio

11 El Libro IV de la *Metafísica* de Aristóteles es como un himno en prosa a la estable y rica significatividad del lenguaje. El relativista se parte la cabeza contra la roca de la unidad aprehendida.

existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella, y sin ella no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1, 1-4).

Si esto es verdad, la "Liturgia de la Palabra" del *Novus Ordo Missae* tiene un nombre inadecuado: la "Palabra de Dios" es, en primer lugar y por sobre todas las cosas, la Palabra de Dios engendrada desde la eternidad, el Hijo natural, perfecta Imagen del Padre. Así, la expresión "Liturgia de la Palabra" debiera referirse primariamente a la Eucaristía, que *es* la Palabra hecha carne para nuestra salvación, y sólo secundariamente a los pensamientos divinamente inspirados que encuentran su expresión verbal en las Sagradas Escrituras. La Palabra de Dios es Jesucristo, no un libro, ni siquiera un libro sin error alguno e infalible, porque un libro, por muy sabio y verdadero que sea, es algo que no tiene vida; en cambio una persona tiene vida, y una Persona divina da la vida a todos los espíritus que la sirven. El propósito de proclamar las Escrituras en la Misa es *preparar* a los fieles para comulgar con la Palabra, que es la fuente de la palabra escrita y el significado eterno tanto del Libro de las Escrituras como del Libro de la Naturaleza. La liturgia es una especie de escritura cósmica impresa en el alma, una re-creación del alma según el modo de la intocada Palabra original, que ha sido desdibujada por una errónea "interpretación" –el pecado, el error, la ignorancia, la frialdad–. La tradicional división de la Misa de los catecúmenos y la Misa de los fieles nos muestra la ordenación intrínseca de las partes, según la cual la primera representa al alma en el proceso de convertirse a Cristo, oyendo su palabra todavía desde afuera, en tanto que la segunda parte representa al amante de Cristo lleno de Su luz y de Su vida, gozándose con la Palabra, dejando que Ella le penetre cuerpo y alma. La nueva división, lejos de mostrar este orden, lo oscurece.

Un santuario para el alma

Hace muchos años, en una Misa tradicional celebrada en una capilla "no renovada" en Steyr, Austria, comprendí por primera vez cuán importante, cuán significativo era que los presbiterios de las iglesias carecieran, de ordinario, de amueblamientos: había un extenso *espacio abierto* entre la baranda del comulgatorio y el altar mayor, un espacio por el cual el sacerdote y los ministros podían moverse con libertad realizando su "danza sagrada", como solía llamarla Monseñor Robert Hugh Benson[12]. Esta área abierta acentúa la magnitud del misterio, no porque lo ponga a la distancia, sino porque le deja amplio *espacio*, por decirlo así, para que *descienda en medio de nosotros*. Hay una cierta solemnidad en la ausencia misma de objetos, una ausencia que sugiere muy poderosamente la Presencia divina, como sucedía con el propiciatorio del Arca de la Alianza. Cuando se pone una mesa, y varias otras cosas como sillas, pedestales y atriles, el espacio se encoge súbitamente hasta alcanzar proporciones humanas, y deviene una especie de salón divino donde se lleva a cabo el negocio de la liturgia. Incluso en las más magníficas catedrales del pasado, con sus elaborados presbiterios, tabernáculos y adornos, todavía existía, al centro, un amplio espacio abierto en el cual la acción litúrgica había de tener lugar, doblemente realzada por los ornamentados alrededores. En muchas iglesias nuevas o renovadas, ha desaparecido esa vaciedad, la vaciedad de la espera en el establo de Belén, la vaciedad de las llagas del Corazón de María, la vaciedad de la comprensión conceptual en la mente de José, la vaciedad del mundo en espera del Salvador largamente anhelado: esa vaciedad, preñada y ricamente decorada, ha desaparecido y está ahora llena de desorden.

12 Por cierto, lo decía mucho antes de la época en que se intentó realizar necias "danzas litúrgicas". La idea de Benson no pasará desapercibida para quienes hayan prestado atención a la hermosa "coreografía" ceremonial del rito romano clásico. En una Misa solemne, la interacción entre el sacerdote, el diácono y el subdiácono es como un hierático auto sacramental, una danza al sobrio estilo de David.

En la antigua estructura del presbiterio, todo eleva los ojos y el alma hacia el majestuoso altar de Dios, donde se hace plena nuestra juventud, donde el León de Judá, con todo el rugido del silencio, desciende en un relámpago de luz invisible. El presbiterio silencioso y vacío es el símbolo del alma sedienta de Dios, del alma que carece de plenitud y que sabe dónde encontrarla. En el espacio, el *espacio* mismo es un hogar para el Dios sin hogar, que mora en todo lugar y en ninguno, que mora en la luz inaccesible. Y, el sacerdote de pie ante el altar, el pequeño sacerdote con los brazos elevados en una solemnemente silenciosa oración sacrificial, representa toda la pequeñez, se podría decir incluso la nada y, sin embargo, también la dignidad infinita y la incomparable gloria del hombre incorporado al Cuerpo Místico de Cristo; ese hombre que ofrece el sacrificio mismo de Jesucristo (*per ipsum, et cum ipso, et in ipso*...), él es quien verdaderamente participa en la liturgia cósmica, en que cielos y tierra se unen en la persona de Jesucristo, el Eterno Sumo Sacerdote. Ese hombre pequeño, ordenado para mediar como signo viviente del único Mediador, está allí de pie, en la encrucijada de todos los ejes ontológicos; él es, por unos instantes, el más central punto del cosmos en imitación de Cristo, la Palabra por la que todas las cosas viven y se mueven y tienen el ser.

La liturgia tradicional, pues, nos muestra al sacerdote como una verdadera imagen sacramental del Dios-Hombre, de pie ahí, bajo el alto arco del retablo, en la vastedad del presbiterio, como tragado por sus ornamentos, por el altar, por la belleza de la casa de Dios. Y, con todo, es él, este hombre individual, único, con todas sus particularidades, quien en verdad une a Dios con el hombre, quien está de pie con Jesús y lleva a cabo, por su poder, el sacrificio que santifica al mundo. La liturgia cósmica de la Misa nos muestra simultáneamente la insignificancia y la grandeza inmortal del individuo que se yergue ante Dios, incalculablemente distante e inefablemente íntimo, el Dios que es absolutamente Otro y absolutamente *mío*, trascendente en su inmanencia e inmanente en su trascendencia. Observen a ese hombre, el sacerdote que da su espalda, con su rostro, sus manos, su corazón fijos en el misterio

de la fe: desaparece para ser reemplazado por Cristo, se esfuma y, sin embargo, es, más que nunca, él mismo: a pesar de su pequeñez, la pequeñez de un niño, incapaz de hablar, incapaz de expresar lo que quiere expresar, excepto imitando palabras que le han sido entregadas para ello y que ha aceptado sin elección alguna, sin la libertad de la "originalidad". A pesar de todo esto, él es el agente mismo y el intermediario por el cual el Señor actúa para unir, santificar y recapitular todas las cosas en Sí mismo. Y es, después de todo, "original", porque está en el origen del cual surge el cosmos; pero es un origen incomparablemente más grande que aquél del que surge, por medio del artista, cualquier obra de arte, y es más grande que todas las obras humanas de todos los tiempos.

Obsérvenlo, el relámpago de fuego: ¡ahí se une el cielo y su santidad con la tierra y su pobreza, y ambos aúnan sus voces! De este modo, la liturgia cósmica se perpetúa y perfecciona aun cuando ya está absolutamente completa y no necesita nada más. No hay *nada* que añadir, una nada clamorosamente expresada por el silencio y por el espacio vacío del presbiterio. Pero lo hay *todo* por ganar: un don que es todos los dones y más que todos los dones, porque es el Donante mismo. Este todo es anunciado tranquilamente, como conviene, en el silencio y el espacio vacío, porque cualquier sonido o representación sería idolátrico e incapaz de expresar ni siquiera una sílaba, y mucho menos una palabra o su significado. Y en el silencio y el vacío nos llega la Palabra que es la música del Padre, la Palabra que está *llena de gracia y de verdad*, a quien se ha dado, para presentarse a Sí misma, el *espacio audible y visual* de la más humilde comida, la hostia blanca, delgada y frágil, y del cáliz, resplandeciente de oro y plata, mucho más precioso que el vino sin consagrar, pero polvo, en realidad, comparado con la Sangre en que este vino se convierte.

"Una voz callada, pequeña..."

En cada aspecto de la liturgia romana tradicional hay una riqueza de significados, un mundo de significados que ella ha ido

creando para sí misma en la arquitectura, la música, los ornamentos, los vasos, en tanto que el Espíritu Santo velaba sobre la Iglesia, con sus amplias y piadosas alas, siglo tras siglo. Sabemos que la Iglesia de Jesucristo, en nuestros tiempos, está penosamente asediada desde adentro y desde afuera, lo mismo que su liturgia, que comparte siempre su suerte, para mejor o para peor. Sabemos que el rico significado de su liturgia y de la cultura católica en su totalidad, a la que este *cultus* dio origen, comenzó a ser sistemáticamente desmantelado hace medio siglo por una brigada de modernistas. Sabemos que el resultado ha sido la marginalización, la supresión y a veces la destrucción de muchas cosas preciosas, tradicionales, sagradas. Sabemos que todavía existe el peligro de una amnesia irreversible y de un definitivo olvido. Todo esto es causa de muchos sufrimientos que podemos y debemos ofrecer al Señor por la purificación y reforma de su Iglesia. Todo esto nos compele a darnos cuenta de cuán vitales para la salud del Cuerpo Místico son nuestras oraciones por los pastores de la Iglesia, nuestra fidelidad a la Tradición católica y nuestros esfuerzos por comprender mejor los magnos dones que hemos recibido de aquéllos y de ésta, de modo de legar esos dones a los que han de venir, con convicción y gozo. Este es un desafío digno de santos, de quienes pueden creer sin ver, esperar contra toda esperanza y amar a pesar de toda la desilusión, de los escándalos y la persecución. En verdad nadie, sino quien ama el silencio y la oración, podrá sobrevivir a esta época y hacer frente a tales desafíos.

> Las cosas más grandes se llevan a cabo en silencio, no en el clamor y despliegue de un activismo superficial, sino en la profunda claridad de una visión interior, en el comienzo casi imperceptible de las decisiones, en la superación silenciosa y el sacrificio oculto. La concepción espiritual tiene lugar cuando el corazón es acelerado por el amor y cuando la libre voluntad mueve a la acción. Las fuerzas silenciosas son poderosas fuerzas[13].

13 Guardini, R., *The Lord* (trad. de Elinor Castendyk Briefs, Chicago, Regnery, 1954), p. 13.

CAPÍTULO 4

La contemplación de la verdad inmutable

Se ha puesto de moda, entre los historiadores de la Iglesia, negar que haya existido jamás una herejía llamada "americanismo"[1], al menos en el territorio americano mismo. Al respecto, la tesis usual es que, a lo más, fue una idea viva en Francia, y aún allí significó poco más que un liberalismo que abogaba por la absoluta separación de Estado e Iglesia. Sin embargo, si se analiza con cuidado las ideas americanistas criticadas por el papa León XIII en su carta *Testem Benevolentiae*, dirigida al cardenal James Gibbons el 22 de enero de 1899, se puede descubrir con toda claridad dónde fue que ellas fructificaron finalmente: en el *Novus Ordo Missae*. Como muchos prominentes clérigos europeos en

1 N. del Tr.: El autor se refiere aquí a *America* en un sentido restringido, como sinónimo de los Estados Unidos de América, no a América como una realidad geográfica más amplia, que comprende a Iberoamérica, en sus vertientes española y portuguesa, y también a la región francoparlante de parte de América del Norte. Del mismo modo, al hablar de "the shores of America itself", expresión que hemos traducido como "el territorio americano mismo", se refiere sólo al territorio ocupado por los *Estados Unidos de América* (esta última precisión es necesaria por cuanto en el resto de América hay también otras repúblicas que se autodenominan "Estados Unidos").

la época preconciliar, Annibale Bugnini y sus colegas del *Consilium* fueron, por lo general, hombres cultos y educados que no puedan no haber conocido, y conocido bien, las ideas descritas como Americanismo. En todo caso, ellas se transparentan claramente en los resultados que produjeron.

Cerca del comienzo de *Testem Benevolentiae*, León XIII identifica "el principio subyacente a estas nuevas opiniones", en palabras que resultan impactantemente proféticas de ciertas tendencias de los reformadores litúrgicos:

> A fin de atraer más fácilmente a aquellos que difieren de ella, la Iglesia [así lo sostienen los Americanistas] debiera formular sus enseñanzas de modo más acorde con el espíritu de la época, y relajar algo de su antigua severidad, haciendo concesiones a las nuevas opiniones. Muchos piensan que estas concesiones debieran hacerse no sólo en lo relativo al modo de vivir, sino también en lo que toca a las doctrinas que pertenecen al depósito de la fe. Alegan que sería oportuno, a fin de ganar a los que difieren de nosotros, omitir ciertos puntos de su enseñanza que [se dice ser] de menor importancia, y desenfatizar el significado que la Iglesia siempre les ha atribuido.

Después de repudiar esta opinión con una cita del Concilio Vaticano I, el Papa León ataca a quienes omiten ciertos principios de la doctrina cristiana o los cubren con silencio, porque, dice, "todos los principios [de la doctrina cristiana] provienen del mismo Autor y Señor [...] Ellos se adaptan a todos los tiempos y naciones". Como la especialista en liturgia, Lauren Pristas, ha probado documentalmente, el *Novus Ordo Missae* evidencia un sistemático esfuerzo, por parte de sus autores, de desdibujar o eliminar ciertos elementos del culto y de la piedad, generales en la tradición litúrgica romana e incorporados en el antiguo misal, que los reformadores consideraron obsoletos o incluso ofensivos para el "hombre moderno"[2]. En breve, de acuerdo con las pala-

---

2 Véase Pristas, L., *Collects of the Roman Missal*, complementado por su "Theological Principles that Guided the Redaction of the Roman

bras de León XIII, el nuevo misal a menudo relaja la severidad, hace concesiones, diluye significados y, a falta de otro método, recurre a una silenciosa omisión.

La segunda en importancia de las ideas americanistas censuradas por el Papa León, que él considera "un peligro aún más grande y una más evidente oposición a la doctrina y disciplina católicas", es la de que "en la Iglesia debiera concederse una libertad tal que, disminuyendo en algún sentido su supervisión y vigilancia, se permita a los fieles que cada uno siga más libremente la voz de su propia conciencia y las tendencias de su propia actividad". "Un momento", diría aquí el lector moderno: "¿qué tiene eso de malo?". Estamos sumergidos en la idea de que cada hombre es una especie de ley para sí mismo y de que cada uno es libre de obrar como le parezca, siempre que no atente contra la integridad física o la propiedad de los demás. Pero esto es un punto de vista particularmente moderno, característico de nuestro contexto iluminista. El católico entiende que la libertad no es un simple atributo natural, como el color de la piel de cada uno, sino un logro moral, que se alcanza mediante la adhesión a lo verdadero y lo bueno. En otras palabras, el único modo en que un hijo de Adán puede alcanzar la felicidad perdurable es permitir que su libre arbitrio sea formado y disciplinado por la ley y la gracia divinas. Fuera de esto, no hay libertad digna de ese nombre, sino más bien esclavitud del pecado (véase Jn 8, 34). Lo que el papa León condena es la idea, considerada hoy como evidente por sí misma, de que cada individuo sabe mejor lo que más le conviene y que debiera, por lo tanto, ser "libre" para experimentar diversas formas de vida, para combinar y separar ideas, para formar y disolver relaciones a su antojo. Si transfiriéramos la condena al dominio litúrgico, León XIII la hubiera dirigido al comité litúrgico de la parroquia, que "arma" la Misa dominical

Missal (1970)", *The Thomist*, núm. 67 (2003), pp. 157-195. Para el análisis detallado de los cambios en las oraciones, véase CEKADA, *Work of Human Hands*, cit., pp. 219-245.

según sus propias "luces" e "inspiraciones", si se nos permite emplear términos tradicionales para semejantes novedades. No, todo esto está mal: por muy buenas razones la Iglesia debe ejercer supervisión y vigilancia sobre la vida católica. La Misa, sobre todo, debiera ser algo que uno *recibe* en toda su integridad y esplendor, algo que conservamos y preservamos como nuestra herencia más querida, transmitiéndola humildemente a los fieles que han de venir después de nosotros.

A continuación, el papa León XIII se refiere al argumento americanista de que estamos entrando en una "nueva era", en la cual (en palabras del Pontífice) "el Espíritu Santo derrama mejores y más abundantes gracias que antes sobre el alma de los fieles". El Pontífice se pregunta si "cualquiera que recuerde la historia de los apóstoles, la fe de la naciente Iglesia, las pruebas y la muerte de los mártires y, sobre todo, los viejos tiempos [de la Edad Media], tan fructíferos en santos", osaría "comparar nuestra época con aquéllas, o afirmar que ellas recibieron menos de la lluvia de gracias del Espíritu Santo". Esto es material leonino de antología: la Alta Edad Media, a su juicio, es el pináculo y el modelo de lo que una sociedad cristiana debiera ser y debe luchar siempre por ser. Y añade, a continuación, que el Espíritu no actúa independientemente de la Iglesia fundada por el Hijo de Dios, sino que actúa a través "de la ayuda y las luces de una autoridad magisterial externa". Conclusión: *no* estamos mejor que nuestros antepasados en lo que se refiere a vivir el Evangelio y, ya sea individualmente o agrupados en comités, no poseemos autoridad eclesiástica. Si la nuestra es una nueva era, su novedad consiste en la magnitud de la increencia y en la osadía de la hostilidad hacia la fe, más que en la calidez de nuestra bienvenida a la verdad de Cristo. A la luz de estas reflexiones, se podría pensar de nuevo en las manifestaciones del movimiento carismático en la Iglesia; en las innovaciones introducidas por algunos movimientos eclesiales como el Camino Neocatecumenal, que proclaman ser inspiraciones del Espíritu Santo; en el "espíritu del Vaticano II", tan dispuesto a sostener que el Espíritu Santo es la fuente de su futu-

rismo, tan listo para separarse de las enseñanzas promulgadas por el Concilio o para despreciarlas; en la ominosa supresión de tantas fiestas de santos antiguos y medievales en el calendario litúrgico revisado (viene a la memoria la supresión del *cultus* antiquísimo de ciertos santos populares), etcétera. En otras palabras, después del Concilio Vaticano II vivimos unos tiempos en que es cada vez más probable que la gente caiga en la fantasía de una "nueva era", con toda la insensata y desalmada destrucción de los tesoros de la Tradición que hemos presenciado y aún presenciamos.

El último error grave de los americanistas que analiza el papa León XIII es su exaltación de la actividad por sobre la contemplación, de las virtudes naturales por encima de las sobrenaturales, de las virtudes "activas" por sobre las "pasivas". Hay algunos, dice el Papa, que alegan que las virtudes así llamadas "naturales" producen un hombre "más preparado para actuar y más esforzado en la acción" que las sobrenaturales, y que la edad moderna exige un enfoque más "activo" de la vida y de la santidad que el predominantemente pasivo y receptivo de épocas pasadas. De acuerdo con estas noveles nociones, se piensa que una vida de oración es una improductiva reliquia del pasado pre-moderno. León XIII expresa su preocupación de que tales visiones estén contribuyendo a la falta de estimación, cada vez mayor, de la vida religiosa consagrada. Su pesimista alerta, que pudo haber parecido exagerada en una Iglesia donde florecían nuevas vocaciones, se convirtió en una amarga realidad en los años inmediatamente siguientes al Concilio, caracterizados por un masivo abandono de las órdenes religiosas, un monstruoso repudio de innumerables votos hechos solemnemente, un esfuerzo, desesperado y destinado al fracaso, por "ponerse al día". Por su parte, la exaltación americanista de la actividad, del estar siempre ocupados y productivos, anticipa y da forma a una cantidad de catastróficos principios litúrgicos, como la superficial noción de "activa participación", que ganó terreno durante la revisión de los textos litúrgicos y el consiguiente rechazo de los elementos contemplativos, serenos, sutiles y poéticos, de todo lo que supie-

ra a larga maduración, a significación profunda, a ascetismo que exige esfuerzos, lo cual fue dejado de lado como reliquias de un pasado monástico y medieval. El prejuicio en favor del activismo externo y en contra de la contemplación, se concertó con la iconoclastia y el mal gusto hasta dejarnos situados en el desierto litúrgico que es, hoy, la herencia que recibe la mayor parte de los católicos del mundo.

Según la carta de León XIII, el problema fundamental de los americanistas es una ingenua reconciliación con la modernidad, que adopta la forma de una acomodación al *Zeitgeist* prevaleciente, en vez de confrontarse con la cultura y convertirla. Para el americanista, el católico tiene que modernizarse, ponerse al día, embarcarse en un proyecto de *aggiornamento,* si es que aspira a seguir siendo "relevante" para el mundo de su tiempo. Por supuesto, la ironía de la situación es que los modernos conversos a la fe católica fueron atraídos a ésta precisamente porque ella ofrecía una *alternativa* profundamente sensata a la locura del mundo moderno, y no porque estuviera hábilmente sintonizada con los ritmos de éste.

Ideas claras y distintas

Algunos críticos de la Misa paulina[3] hacen notar los muchos aspectos en que ella es un producto moldeado por los principios cartesianos[4]. La Nueva Misa había de ser como el Nuevo Mundo: cada ciudad construida en damero, con calles derechas y funcionales edificios de departamentos. Descartes lamentaba que las antiguas ciudades europeas, resultado de un desarrollo lento,

3 N. del Tr.: Es decir, de Pablo VI.

4 Véase, por ejemplo, Robinson, J., *The Mass and Modernity: Walking to Heaven Backward* (San Francisco, Ignatius Press, 2005); Nichos, A., O.P., *Lookig at the Liturgy: A Critical View of its Contemporary Form* (San Francisco, Ignatius Press, 1996); Ried, A. (ed.), *Looking Again at the Question of the Liturgy with Cardinal Ratzinger* (Farnborough, Saint Michael's Abbey Press, 2003).

gradual, que ha involucrado a muchos constructores, tuvieran calles llenas de meandros en esta y aquella dirección, con edificios por todas partes, incluso unos arriba de otros: tales ciudades no son científicas, sino orgánicas. Y son reminiscentes del mundo de la naturaleza y sus diseños irregulares, del abigarrado conjunto de aparejos, pertrechos y accesorios de un oficio, cosas alabadas por Gerard Manley Hopkins: "lo contradictorio, original, sobreabundante, raro"[5]. Descartes, en cambio, decía preferir una ciudad creada por un solo diseñador, de acuerdo con un único plan "racional", una ciudad en que todo fuera simétrico y predictible[6]. Sin desorden. El funcionalismo nos haría la vida más fácil y más productiva. ¿No resulta sorprendente? Parece como que Descartes estuviera describiendo la diferencia entre la antigua Misa y la nueva. Para Bugnini *et alii* la liturgia llegaba por fin a encarnar el método del hombre occidental moderno: ideas claras y distintas. Aquí también la conexión con América no es fortuita. Tocqueville, como se sabe, escribió:

> América es, por lo tanto, el único país en el mundo en que los preceptos de Descartes, siendo menos estudiados, son más aplicados. Lo que no debiera sorprender. Los americanos no leen las obras de Descartes debido a que su estado social los aleja de los estudios especulativos, pero siguen las máximas cartesianas porque ese mismo estado social predispone naturalmente su inteligencia a adoptarlos[7].

Ahora, en comparación con, digamos, la Divina Liturgia bizantina de San Juan Crisóstomo, la liturgia occidental predomi-

5 Tomado de "Pied Beauty", en Bridges, R. (ed.), *Poems of Gerard Manley Hopkins* (Londres, Humphrey Milford, 1918).

6 Veáse Descartes, R., *Discourse on Method*, Parte II, *en Discourse on Method and Meditations on First Philosophy* (trad. de Donald A. Cress, Indianapolis, Hackett, 1998), pp. 6-13.

7 Tocqueville, A., *Democracy in America* (trad. de Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, Chicago, University of Chicago Press, 1998), vol. II, pt. I, cap. 1, p. 403.

nante –la Misa tridentina– es breve y vigorosa. En general, sus textos son notables por su sobriedad recoleta, su elegante dicción, y su estilo compacto y lapidario. Si se hiciera esta Misa más breve, más clara o más despejada de lo que ya es, el espíritu mismo de la liturgia se vería amenazado, y el carácter propio de la Misa en cuanto tal se vería seriamente comprometido. La liturgia es un todo complejo debido a que el gran misterio que contiene y comunica es tan intensamente simple que la mente humana no puede abarcarlo, ni puede experimentarlo excepto por medio de diversas aproximaciones y a través de diversos conceptos. La participación en la liturgia eucarística se halla en exactamente el mismo predicamento que la teología cuando lucha por hablar de la naturaleza divina. La teología, para permanecer fiel a Dios que está más allá del ser y más allá de todo lenguaje, debe proveerse de una gran multitud de diversos nombres, tomados de todas las jerarquías del ser, como nos dice Dionisio el Areopagita en *De los nombres divinos*[8]. De un modo análogo, la sagrada liturgia exige una variedad de ministros jerárquicos, gestos, oraciones, cantos, ornamentos, vasos, adornos y otras cosas, con toda la belleza y elaboración posibles, si es que ha de rendir un digno homenaje a los *sacra mysteria* en su sublime simplicidad[9].

La nueva liturgia es una especie de intento cartesiano de intuir todo el misterio en un acto simple, como un único *argumentum*, en vez de ver los múltiples estratos de analogía que se entrecruzan, por medio de los cuales el espíritu humano tiene que ascender hacia la divina simplicidad, efectuando, como diría

8 *On the Divine Names*, cap. 1, en Pseudo-Dionysius, *The Complete Works*, cit., pp. 49-58.

9 Veáse mi artículo "Doing and Speaking in the Person of Christ: Eucharistic Form in the Anaphora of Addai and Mari", *Nova et Vetera*, núm. 4 (2006), pp. 313-379, para un tratamiento extenso de la cuestión del significado sacramental, en particular, cómo la liturgia suspende las reglas ordinarias, temporales y espaciales del discurso, a fin de llegar más allá de los confines de la creación hasta alcanzar la fuente increada y, al mismo tiempo, recibir en medio de nosotros la irrupción de una presencia milagrosa, que se resiste a ser descrita de modo lineal.

Dionisio, un movimiento compuesto, formado por algunas mociones en espiral, otras rectas, otras circulares. Es verdad que, gracias a la misericordia de Dios, la nueva liturgia ha retenido alguna parte del conocimiento análogo, debido a los elementos de la liturgia antigua que ha preservado. Pero también es cierto que la arrolladora influencia del "angelismo cartesiano" ha producido un sistema de culto en que no existen patrones naturales de irregularidad y complejidad, tales como los que se encuentra en todo el cosmos creado por Dios: piénsese en el controlado caos de un río o un bosque o una montaña, en la masiva coherencia constituida por fuerzas cada vez más sinuosas, a medida que se desciende hasta su máxima particularidad. Ideales tales como "claridad", "simplicidad", "accesibilidad", son intrínsecamente ambiguos y ambivalentes: son espadas de dos filos que no pueden ni proteger ni destruir la fe y su encarnación ritual[10].

Confesar la fe

Santo Tomás escribe que "la religión es una confesión de fe, esperanza y caridad por la cual el hombre se dirige fundamentalmente a Dios"[11]. Puesto que la Misa es el supremo acto del culto, es decir, el supremo ejercicio de la virtud de la religión que nos vincula con Dios, se sigue que la mejor forma de liturgia es aquélla que contiene o concita la mayor confesión de fe, esperanza y caridad. Una liturgia que está llena de exhortaciones y oportunidades para ejercer estas tres virtudes será, *ipso facto*, una expresión superior de la religión. La forma tradicional del rito romano es una túnica inconsútil tejida de arriba abajo con los más dorados y ricos hilos de fe, esperanza y caridad. Por otra parte, si el Sacrificio Eucarístico ocupa, en relación con la

10 Véase la extensa crítica del idealismo, racionalismo y dualismo cartesianos en MARITAIN, J., *The Dream of Descartes* (trad. de Mabelle L. Andison, Nueva York, The Philosophical Library, 1944) y en *Three Reformers: Luther, Descartes, Rousseau* (Nueva York, Apollo Editions, 1970).

11 *ST* II-II, q. 101, a. 3, ad 1.

Misa, el mismo lugar que ésta ocupa en relación con todas las demás formas de culto (es decir, si la Eucaristía es el corazón de la Misa –su sentido, propósito, meta, sol, hoguera– tal como la Misa es el centro de la vida sacramental del cristiano), entonces será superior aquella forma de Misa que más claramente subraye y exalte la Eucaristía, que le dé el lugar más reverente, que prepare a los divinos misterios –y reaccione a ellos– en la forma más apropiada. Nuestros actos de fe, esperanza y caridad deben dirigirse a Dios principalmente *en la Sagrada Eucaristía*, y por eso se aplica aquí el mismo argumento: una liturgia empapada en exhortaciones a ejercer estas virtudes, específicamente en relación con el Santísimo Sacramento, es, *ipso facto*, una expresión superior del corazón de la fe católica.

A propósito del mandamiento que prohíbe tomar el nombre de Dios en vano, Santo Tomás escribe: "Se prohíbe por este mandamiento tomar en vano, de cualquier modo, el nombre divino"[12]. Esta declaración prohíbe no sólo el perjurio, que es el tipo de acto que Santo Tomás tiene en mente, sino que prohíbe también toda práctica de la sagrada teología que falte a la reverencia debida y a la fe y, por la misma razón, toda práctica de culto litúrgico que cometa esa misma falta. Hay un cierto tipo de liturgia que casi no se puede diferenciar de un tomar el nombre de Dios en vano: aquélla en que su santo Nombre se invoca sin darle el honor que merece, sin reverencia ni solemnidad ni piedad, y en que dicho Nombre aparece como una joya sin el engarce de oro o plata digno de él. La nueva liturgia, con su versátil adaptabilidad, conduce a menudo a una situación en que el nombre de Dios no puede ser convenientemente reverenciado porque se lo lanza al medio de un mar de palabrería trivial, de una horizontal autoafirmación y de unos ritos empobrecidos. En contraste, la Misa de siempre se preocupa de honrar al máximo el Nombre de Dios –especialmente el Nombre de Jesús y el "Nombre" de la Santísima Trinidad–. Puesto que estamos *obligados* a reverenciar el Nombre de Dios,

12 *ST* II-II, q. 122, a. 3, ad 2.

la frecuente repetición, en la antigua liturgia, de la doxología, adquiere todo su significado, por ejemplo, en el conjunto de plegarias que anteceden a la comunión del sacerdote. Si aquello en que la *Sacrosanctum Concilium* pensaba cuando recomendó evitar las "inútiles repeticiones" fue el *Kyrie* recitado nueve veces, o el triple *Domine, non sum dignus*[13], no se puede decir otra cosa que es desafortunado que haya quienes son incapaces de ver la importancia de anunciar los más sagrados misterios de la fe repitiendo, con suavidad y reverencia y una y otra vez, el nombre Divino, repitiendo lo que es más sagrado y, por tanto, más saludable para un alma alerta. Las repeticiones son parte integral de la existencia humana, en la memoria y aprendizaje, en el lenguaje de los amantes, en el lenguaje (y en la ausencia de él) de la oración, como en el Rosario, o en la oración del Señor, o en las letanías, en muchos salmos y cánticos de la Biblia.

En verdad, hay más todavía: la repetición *con sentido* –que es exactamente lo opuesto a las "vanas repeticiones", contra las que habla Jesús (Mt 6, 7, KJV[14])– tiene valor por sí misma, del mismo modo que ciertas clases de conocimiento tienen valor por sí mismas. No es posible cansarse jamás de repetir el dulce nombre de Jesús *si* se comprende que este nombre lo contiene todo y hace que todo se reintegre a la divina unidad. La Paternidad del Padre y la Filiación del Hijo son, en cierto sentido, una repetición prolongada hasta el infinito, en un acto eterno y simple, de un dar y un recibir, de un engendrar y un ser engendrado: la palabra que define al Padre es "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy"; "Yo soy tu Hijo y tú eres mi amadísimo Padre" es la palabra que define al Hijo. Con razón hay que evitar, por irracional,

---

13 El pasaje pertinente en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia dice: "Los ritos deben caracterizarse por una noble simplicidad, deben ser breves, claros y libres de inútiles repeticiones, estar al alcance de la capacidad de comprensión del pueblo, y no deben requerir, por lo general, demasiadas explicaciones" (núm. 34).

14 N. del Tr.: El autor se refiere a la *King James Version*, quizá la más difundida traducción de la Biblia en lengua inglesa.

una repetición de elementos *sin sentido*, pero ¡cuán diferente es cantar las Letanías de los Santos, o las Letanías de Loreto, o los Padrenuestros y Avemarías repetidos con las cuentas de un rosario muy querido, o las cascadas de *Kyries* de una Divina Liturgia bizantina! Es el Señor mismo quien nos dio el ejemplo definitivo, en el Huerto de Getsemaní, de esta oración insistente: "Los dejó de nuevo, y se alejó y oró por tercera vez, diciendo lo mismo una vez más" (Mt 26, 44; cf. Mc 14, 39).

Reconocer a Dios como Dios

Santo Tomás nos da otro importante principio: "Reconocer a Dios para adorarlo es previo a adorarlo una vez que se le ha reconocido"[15]. La liturgia eucarística debe ordenarse de tal modo que "ponga" a Dios, que está siempre presente en todo lugar, ante la mente consciente del fiel, de modo que esté vívidamente *presente para el fiel*, porque no podemos reverenciar a Dios a menos que, primero, lo reconozcamos, y lo reconozcamos no sólo al modo como saludamos a un transeúnte tocándonos el sombrero, sino que lo reconozcamos *con vistas al culto*. Se debiera ponernos al frente la presencia de Dios de un modo tal que nos dispusiera de inmediato a prestarle homenaje y a realizar el acto de amante adoración o de adorador amor, que es el más elevado y más divino de los actos del hombre: un acto que tiene lugar *en* el hombre, pero que no es sólo *de* él[16].

Las oraciones al pie del altar –*Introibo ad altare Dei*– nos introducen de inmediato en el contexto de los divinos misterios que vamos a celebrar; el Kyrie y el Gloria prolongan la misma línea de un modo aún más poderoso y directo (*laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te*). En la Misa Solemne,

15 *ST* II-II, q. 122, a. 3.

16 N. del Tr.: El autor quiere expresar de este modo que el acto de adoración en la caridad es un acto sobrenatural, no un acto puramente natural del que el hombre es capaz sin ayuda de la gracia.

el Introito cantado cumple el mismo propósito que las oraciones al pie del altar. El antiguo rito nos introduce, en cierto modo gradual y súbitamente, en el misterio; la señal de la Cruz es inmediatamente seguida por el *Introibo ad altare Dei*, proporcionando el contexto para el Nombre de la Trinidad. Es necesario que se vaya dando cortos pasos hacia el misterio, aproximándose a él y retrocediendo, con confianza y al mismo tiempo con contrición, orando para que pueda haber oración, ascendiendo al altar al mismo tiempo que, con humildad, se implora la gracia de servir en él. Debe haber una seria acción preparatoria, que es también, de algún modo, una señal de que se está bien preparado y, simultáneamente, de que nadie puede estar suficientemente preparado para lo que Dios va a hacer, un alejarse (*Confiteor Deo...*) que es, al mismo tiempo, un movimiento hacia adelante, hacia la irresistible majestad de Dios (*Deus tu conversus vivificabis nos*). La liturgia romana clásica se estructura y se expresa verbalmente de tal modo que se orienta indiscutiblemente a la sola adoración de Dios, a su glorificación, y a nuestra personal santificación por medio de esa misma actividad de adoración. En otros términos, es inherentemente vertical, teocéntrica sin reserva alguna[17].

¿Para Dios o para el pueblo?

La Misa tradicional en latín se celebra *para Dios*, contemplándolo *a Él*, como un acto de profunda adoración dirigido a Él. La nueva Misa, tal como se permite que sea celebrada en todas partes, parece a menudo una actividad realizada principalmente para el pueblo, casi como si el pueblo fuera el propósito de la Misa, no Dios.

Pero, ¿chocan entre sí necesariamente "para Dios" y "para el pueblo"? No, pero *sólo* si se tiene presente lo que verdaderamente va en beneficio del pueblo: en tal caso, no hay conflicto. El

17 Veáse Burke, R., "The Theo-Centric Character of Catholic Liturgy", *The Thomist*, núm. 75 (2011), pp. 347-364.

modo en que la liturgia debiera ser para el pueblo es hacerle volver la mente y el corazón hacia Dios (*versus Deum*), ayudándole a alcanzar la unión contemplativa y sacramental con Dios. Si los fieles luchan para unirse al Señor en la caridad, esta caridad no puede sino impactar sus relaciones mutuas: la adoración amorosa de Dios se transforma en amor al prójimo. El perfeccionamiento de la vida colectiva de los cristianos es un elemento secundario del culto común, y deriva de él con naturalidad si se pone lo más importante en el lugar que le corresponde: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como añadidura" (Mt. 6, 33). Esta primacía del Reino de Dios, que no es sino el misterio, eterno y digno de adoración, de la Trinidad y de la comunión de los santos, reunidos en ese misterio en la "liturgia" de la Jerusalén celestial, *no* queda bien expresado por unas formas litúrgicas que ponen el énfasis en la colectividad y en la intercomunicación –en el círculo de los creyentes– hasta el punto que la esencia, intrínsecamente vertical, de la adoración se pierde de vista, y deja de ser claramente *el centro*.

Recuérdese cuán vehementemente los reformadores, tanto del siglo XVI como del siglo XX, atacaron la idea de una "Misa privada", en que un sacerdote con un acólito ofrece el sacrificio, sin el pueblo. Sin embargo, si la *esencia* de la Misa es un acto de adoración de la Santísima Trinidad, a la sombra de cuyas alas el sacerdote intercede por el bien de la Iglesia entera y por la conversión del mundo, nada podría ser mejor que la multiplicación de tales Misas devotamente celebradas. La crítica de la Misa privada va en paralelo con la decadencia de la vida religiosa contemplativa: una monja o un monje en una celda parecen inútiles "para el pueblo", aunque la verdad es que las oraciones de ambos son la única razón de por qué la Iglesia no colapsa en un instante, ni se agota la sangre de los mártires, ni el mundo desaparece en medio de un relámpago de fuego[18].

18 Se prosigue la defensa de la Misa privada en el capítulo 10.

Recuerdo aquellas benditas madrugadas que pasé en el monasterio de Le Barroux, en Francia, contemplando, en la oscura iglesia románica, cómo iban saliendo de la sacristía los monjes y sus acólitos, uno tras otro, hacia altares laterales individuales, donde comenzaban a susurrar las oraciones de la Misa inmortal. Los pocos visitantes presentes elegían una capilla, de las muchas en uso, se arrodillaban en el duro suelo de piedra, y seguían la Misa en sus propios misales, mientras oían, débilmente, las señales de muchas otras Misas dichas simultáneamente bajo las mismas bóvedas. Nunca olvidaré el momento de la consagración en la capilla de mi monje anónimo, cuando, en medio de un silencio tan denso y bello como el que, me imagino, el Cielo nos tiene reservado luego de este mundo lleno de ruido, oí no sólo la campanilla del acólito vecino que sonaba claramente en el vacío, sino también, y casi al mismo tiempo, un coro de campanillas de otros acólitos que sonaban en toda la iglesia a medida que docenas de sacerdotes hacían la genuflexión ante la Hostia y el Cáliz consagrados, y elevaban el precioso Cuerpo y Sangre del Señor hacia la Santísima Trinidad, observados por incontables ángeles y unos pocos hombres mortales. Recuerdo haberme llenado de la sensación irrefragable de que la única razón por la que el sol salía y se ponía, la única razón por la que Dios Todopoderoso no había todavía aniquilado la vida en este planeta, como lo hizo en Sodoma y Gomorra, era el Santo Sacrificio ofrecido por estos monjes devotos y por muchos otros como ellos.

Lo que experimenté –inexpresable en palabras– fue el sentimiento de que la Misa está absolutamente enfocada en Dios y en el agrado que ella causa a Dios. La visita a Le Barroux me hizo darme cuenta de cuán obstinadamente errados fueron los reformadores de Bugnini, no sólo en el tema de la Misa privada, sino en el del verdadero *propósito* del culto litúrgico y, por consiguiente, de todos los accesorios y aspectos accidentales que le pertenecen. Lo que vi, para regresar al comienzo de este capítulo, es que la única verdadera alternativa al modernismo es el monasticismo, entendido como el modelo de lo

que la vida cristiana es esencialmente: estar "escondidos con Cristo en Dios" (Col. 3,3) y emplear nuestra vida en la tierra preparándonos para el mundo futuro, que es nuestra verdadera vida (cf. Col. 3,4; 1 Tim. 6, 19). Obviamente, no todo cristiano es monja o monje, pero ser cristiano consiste, absolutamente, en ser sincero con el Reino de Dios, y eso es lo que la vida monástica proclama vívidamente y materializa en su forma más pura. Dicho simplemente, debemos ser monásticos en nuestros deseos más profundos o viviremos divididos, con el corazón a medias, tibios, no convencidos de que sólo Dios es nuestra porción y nuestra copa.

Tal es el desafío que la liturgia romana tradicional nos plantea una y otra vez en sus oraciones, sus ceremonias, su calendario, su *ethos*. No se acomoda a nuestros compromisos mundanos. No trata de adaptarse al lugar donde estamos. Proclama resueltamente el Reino de Dios con una pureza rigurosa, que no puede ser jamás debilitante ni desalentadora para quienes recién lo conocen. Proclama inequívocamente la primacía de las cosas celestiales y espirituales. Es la expresión luminosa de una tradición secular de culto, observado por hombres y mujeres que hicieron de él su actividad prioritaria en esta vida. Como tal, no es condescendiente con nosotros, los modernos, sino que nos confronta con la necesidad de una conversión radical. El viejo misal es el repositorio inamovible, inmortal, del mensaje radical de Jesucristo, nuestro Señor y Dios. ¿Estamos preparados para escuchar su Evangelio y cargar la Cruz?

Es una pregunta que se hace no sólo a los laicos sino a la Iglesia entera, especialmente a sus obispos, a quienes está confiada la misión de la Iglesia. ¿Hemos de ser americanistas *litúrgicos* que van podando de a poco nuestra Tradición y cambian nuestra fe para acomodarla al mundo, o hemos de ser católicos que reverencian y transmiten nuestra Tradición de manera que nuestra fe pueda florecer de nuevo en las edades por venir?

Con la certeza moral de que el gran papa que escribió *Testem Benevolentiae* es un santo que intercede por nosotros en el Cielo, me vuelvo hacia él y rezo:

> Papa León XIII, ruega por nosotros, ruega por la Iglesia en la tierra que una vez gobernaste como Vicario de Cristo, ruega por Francisco, tu sucesor en la Cátedra de San Pedro. Alcánzanos la gracia de reconocer y resistir el americanismo que ha inundado nuestras iglesias, y ruega por nosotros al Señor Dios de los Ejércitos para que podamos ver, en nuestros propios días, la restauración de la sagrada liturgia, para honor y gloria de la Santísima Trinidad, Dios por siempre bendito por los siglos de los siglos. Amen.

CAPÍTULO 5

La liturgia forma a Cristo en nosotros: "Él debe crecer, y yo disminuir"

Tal como la Virgen lleva a Cristo en su seno y nos lo da, así también la liturgia lleva a Cristo y nos lo entrega. Nosotros vamos a Él a través de Ella *–ad Jesum per Mariam–*, y Él viene a nosotros a través de la Iglesia y su culto, como a través de una madre. Sabemos cuán omnipresente es la conexión de María, la Iglesia y los sacramentos en los Padres de la Iglesia[1]. La Virgen María es la Medianera de todas las gracias, y también la liturgia, en su propio ámbito de eficacia, es medianera. La Sagrada Eucaristía es el punto focal, el centro irradiante de la gracia que pasa a través del real Corazón de la Virgen María para ser, desde ahí, derramado sobre el mundo. Ella es la Medianera porque llevó a Cristo en su seno y en su alma, y sigue portándolo para el mundo por su inigualable amor por la humanidad. En este sentido, la

1 Véase RAHNER, H., *Our Lady and the Church* (Bethesda, MD, Zaccheus Press, 2005). Para muchos hermosos textos sobre la relación entre la Virgen Madre, la Santa Madre Iglesia y el nacimiento de los cristianos a la vida divina de Cristo, el Hijo, véase GAMBERO, L., *Mary and the Fathers of the Church: The Blessed Virgin in Patristic Thought* (trad. de Thomas Buffer, San Francisco, Ignatius Press, 1999).

Virgen prepara para nosotros ese Cuerpo que se convierte en el corazón de la Misa. Del mismo modo se puede ver la "medianería", por decirlo así, de la liturgia, su necesidad de ser transparente, de ser un vehículo que se oculta en la presencia del misterio del Verbo hecho carne. Esta es también la vocación de María, lo más bello de su personalidad: una receptividad transparente y una abertura que hace posible que la gloria de Cristo, la gloria de su amor misericordioso, brille en todo el mundo.

Decir, pues, como dicen muchos católicos, que la *forma* de la liturgia no importa mucho ("porque, después de todo, Cristo está verdaderamente presente cuando la consagración es válida, así es que ¿cuál es la diferencia? Hacerse tanto problema comparando la Misa tridentina con el *Novus Ordo*, cuando uno debiera simplemente estar agradecido de que el Señor esté presente..."), decir eso es como decir que no importa qué clase de madre tiene Jesús, o qué clase de mujer es ella o qué carácter tiene –si virginal, sin pecado, llena de gracia y amable o sus contrarios– porque tales cosas serían accidentales, accesorias, no la esencia del Cristo que nos llega a través de ella. La evidente falsedad de estas ideas se hace más aparente a medida que se ve la profunda conexión entre, por una parte, la impecabilidad de María y la gloria del Redentor y, por otra, María nuestra Madre celestial y nuestra Madre sacramental, la Misa. No pasó mucho tiempo antes de que el protestantismo primitivo, habiendo cortado la conexión entre el creyente y la Iglesia visible, cortara también la profunda conexión que, tanto la definición dogmática de Éfeso como la piedad popular, habían visto siempre que existía entre el Salvador y su Madre. Esto condujo, finalmente, al impertérrito revisionismo practicado por el protestantismo liberal: María fue una niña judía igual que cualquier otra, que tuvo varios hijos mediante relaciones maritales normales, y que no supo que su Hijo era divino o que tuviera una misión que habría de cambiar el mundo; la historia de la Anunciación es una parábola mítica de la imaginación hiperactiva "de Lucas", etcétera. Como escribió San Cipriano y la Iglesia ha enseñado siempre, "[n]adie puede tener a Dios como Padre si no

tiene a la Iglesia como madre"[2], esa Iglesia que, en virtud de la gracia y de modo amoroso, recibe en su seno la divina Palabra de la revelación y la tiene como *verdadera*. Y hay que añadir: "No puede tener a Jesús como hermano quien no tiene a María como madre". La analogía podría completarse así: nadie puede alcanzar la plena medida de la perfección si no adora a Dios en espíritu y en verdad, según el modo que Dios se ha dignado revelar y desarrollar a lo largo de nuestra historia de nación sacerdotal.

Cautividades de Babilonia

La liturgia tiene dos propósitos: adorar a Dios con la reverencia y el amor debidos, y alimentar, nutrir, formar y perfeccionar a los fieles. Dios no cambia ni se altera para peor con nuestras malas liturgias: somos nosotros, el pueblo cristiano, quienes nos deformamos por el *Novus Ordo Missae* tal como se lo celebra en la mayoría de nuestras iglesias. Dios no sufre si nos abstenemos de asistir a una ceremonia superficial, que linda con la burla de su Hijo y que hace violencia al culto católico como se lo ha conocido *siempre*. Es verdad que, en ciertas ocasiones, es necesario asistir incluso a la liturgia peor celebrada a fin de cumplir nuestra obligación con el Señor, y a ella se debiera ir con el propósito explícito de padecer por los propios pecados. También es cierto que podemos y debemos encontrar consuelo en la maravillosa presencia del Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, una presencia que rebasa todo lo que podemos merecer, cualquiera sea la belleza y reverencia con que cantemos los cánticos de Sion. Con todo, en la sustancia del *cultus* hay mucho más que la procura de un momento de adoración en medio de un océano de banalidad y ruido: la liturgia, considerada en general y en cada una de sus partes, no se supone que es, *por sí misma*, una mortificación, una causa de dolor, sino un consuelo, una reserva de paz y de gozo para construir el hombre interior. El propósito de la liturgia es formar

2 Véase Cartago, S., *On the Unity of the Catholic Church*, núm. 6.

nuestras almas en la belleza de la santidad, y si, por el contrario, los elementos humanos de la liturgia deforman nuestro espíritu, no debemos permitir que ello ocurra habitualmente, a menos que, como decía, no tengamos alternativa en una determinada situación[3]. El "espíritu de la liturgia", correctamente entendido, no puede cambiar, y ésa es la razón de por qué la nueva liturgia, en la medida en que es una liturgia experimental y no-tradicional, debe ser, con firmeza, o bien configurada nuevamente con la Tradición, o bien suprimida absolutamente. Ambas alternativas son, en cierto sentido, equivalentes, porque devolver el *Novus Ordo* a sus raíces, en la medida de lo necesario, significa abolirlo en su forma actual, del mismo modo que quien tiene que volver a aprender algo desde cero debe des-aprender primero lo que antes aprendió equivocadamente. Enfrentados con una situación límite, no es la Tradición sino el desvío de la Tradición lo que tiene que desaparecer.

Asistir a una liturgia defectuosa es implícitamente aceptarla, o sea, decirle: "Fórmame, forma mi alma, forma mi espíritu. Hazme igual a ti". Pero esto es lo que no se debe permitir a la liturgia experimental, horizontal, anti-sacral: *sus* hábitos, por decirlo así, no deben transformarse en *mis* hábitos. Lamentablemente, los católicos que todavía asisten a Misa, incluidos los obispos y sacerdotes, se han habituado en su mayoría precisamente a los defectos, y tanto más cuanto que ya no es posible para la gente darse cuenta de ellos –y no se diga nada de cualquier esfuerzo para convencerla de cuál es el remedio–. Esta es una de las muchas razones por las que la Iglesia, para todos quienes tienen ojos para ver en qué estado están las cosas, ha entrado en una segunda y más peligrosa "cautividad de Babilonia", de la cual

3 Lo que quiero decir es que si una familia llegara a encontrarse en una situación tal que, por una parte, la única Misa disponible fuera celebrada tan mal que contribuyera a fomentar malos hábitos religiosos y, por otra, las posibilidades de esa familia de contribuir positivamente a un cambio importante fueran escasas y fuera también improbable una mejoría de la situación, sería un deber para dicha familia mudarse a otra diócesis o, al menos, a otra ciudad, donde hubiera mejores opciones.

no puede liberarse en tanto que no se derrumbe, bajo su propio peso muerto, el imperio del liturgismo racionalista y de la teología neo-modernista. El cautiverio de los judíos duró unos setenta años (más o menos entre 586 y 516 a.C.); la cautividad de Aviñón duró casi el mismo lapso (1309-1378 d.C.). ¿Nos veremos libres de la desgracia hacia 2040? Es muy pronto para decirlo, e incluso para imaginarlo. Lo cierto es que no estamos más excusados por desesperar que los judíos ni que nuestros hermanos de hace seis siglos y medio. No se ha acortado la mano de Señor, por mucho que sus miembros terrenales parezcan tullidos. Estamos en un compás de espera en que la humildad y la paciencia, los largos padecimientos y la oración, son lecciones que nos vemos forzados a aprender si queremos permanecer fieles al Señor. El triunfalismo no es una mala palabra, pero ocurre que es, por el momento, arcaica. Quizá llegue el día, incluso durante nuestra vida, cuando la liturgia de nuestros padres renacerá, se fortalecerá y abrazará a incontables almas en su seno maternal. Entonces los hijos de la Santa Madre Iglesia se regocijarán con un triunfo tan dulce como inesperado. Por ahora no tenemos sino un camino de privaciones, duro y polvoriento, que se extiende a través del descampado, y necesitamos –necesitamos pedirla– la gracia de perseverar en esta vía hasta alcanzar el punto de destino que Dios, en su misericordia, tenga previsto. No estamos solos en este camino, porque es el camino de la Cruz que ya recorrió Jesucristo en su Pasión: es el camino, en breve, del santo sacrificio. Y así participamos en el espíritu de la Misa incluso en el período más oscuro de la anarquía y pobreza litúrgicas.

Humildad frente al misterio

Reflexiónese sobre el *ethos* de humildad inculcado por la forma tradicional de la Misa. En la liturgia clásica, todo el "peso" descansa sobre el sacerdote y los ministros sagrados. Esto está perfectamente bien, aunque resulte difícil para la naturaleza caída. Está bien porque hace posible a los laicos apoyarse en el sa-

cerdote e ir con él hacia el altar: la liturgia no les es arrojada, repentinamente, en sus brazos. De forma paradojal, gracias a la centralidad del clérigo, los fieles pueden, "bajo sus alas" penetrar más profundamente en el sacrificio, como esos anónimos fieles que se aglomeran bajo el amplio manto de la Santísima Virgen en las pinturas medievales. La razón de esto es que el lugar objetivo del culto es el presbiterio con sus ministros sagrados, pero subjetivamente cualquiera puede ubicarse en dicho lugar y adherir, en su interior, a la ofrenda hecha por el sacerdote, sin que esto signifique poner erróneamente el acento en el "corazón del fiel individual", como en el culto protestante. El foco sigue siendo Jesucristo, Cabeza del Cuerpo Místico, porque dicho foco está en su ícono sacerdotal, el celebrante, que es la imagen auto-inmolada del único Sumo Sacerdote.

A esto podría objetarse (como objetaron muchos en los años 1950 y 1960) lo siguiente: ¿no pone acaso esto demasiada carga sobre el sacerdote, una carga psicológica excesiva? La respuesta es obvia: el sacerdocio es la vocación más sublime, más ardua y más exigente de todas. Y así es como debe ser. De hecho, no puede ser de otro modo, como nos enseñan autores tan diversos como San Juan Crisóstomo, San Juan Fisher, San Juan María Vianney y el papa Pío XI. Cuando Cristo está presente en medio de nosotros, lo correcto es adorarlo a Él, no realizar otra acción, cualquiera que sea. El sacerdote "desaparece" en el Santo Sacrificio cuando se vuelve *ad orientem* y ofrece el sacrificio sin que el pueblo vea su rostro. Sólo Jesús es el centro, el único Sol que ilumina a todos los fieles, incluido el sacerdote. En este sentido, la antigua liturgia pone todo el énfasis en el sacerdote y, al mismo tiempo, le quita todo énfasis: él es lo más visible y lo más invisible, lo más central y, al mismo tiempo, lo más periférico. Es central en cuanto ícono de Cristo, y periférico en cuanto es Jones o Smith. Se ha dicho que en la nueva liturgia las cosas se vuelven al revés: Jones o Smith, "este hombre", es lo central, y lo que se ha vuelto periférico es el único Mediador entre Dios y los hombres. Como explica Santo Tomás de Aquino:

> La *acción* realizada por el ángel enviado por Dios procede *de Dios* como de su primer principio, con cuyo asentimiento y por cuya autoridad obra el ángel, y es conducida *a Dios* como su último fin. Ahora bien, esto es lo que significa un ministro, porque un ministro es un instrumento inteligente, en tanto que un instrumento es movido por otro, y su acción es ordenada por otro. De ahí que las acciones del ángel se llaman "ministerios", y por esta razón se dice que son enviados "como ministros"[4].

Los ángeles son verdaderos modelos de los ministros sagrados del altar: en cuanto sirvientes de Jesucristo, los ministros del altar deben hacerse invisibles, y en cuanto instrumentos, deben hacerse inteligentes. Cuando James Likoudis contaba de aquel predicador de un retiro que decía que Cristo fue un laico, apuntaba a algo más que a una mera herejía tópica o regional, debido a que esto es precisamente lo que se puede llamar el mal *por excelencia* de la "mentalidad de la Nueva Misa": la laicización de Cristo y de su sacerdocio, y la clericalización del laicado[5]. Juan Pablo II y Benedicto XVI denunciaron durante muchos años estas tendencias, es verdad; pero mientras las formas litúrgicas ya contagiadas sigan configurando la mente y los corazones, es difícil que podamos ver el término de la desacralización actualmente en marcha. Está por verse si el actual Santo Padre y sus sucesores van a tener la sabiduría suficiente para reconocer cuán desesperadamente la Iglesia necesita abandonar su fallido experimento y tener, al mismo tiempo, el coraje de conducir al rebaño de Cristo hacia los abundantes pastos de la vida Eucarística.

---

4 *ST* I, q. 112, a. 1.

5 Pongo la frase entre comillas porque no cuestiono la validez del *Novus Ordo Missae* ni la posibilidad de que se lo celebre de un modo digno de la tradición litúrgica romana (véase lo que tiene lugar entre los Oratorianos en las mejores ocasiones), sino que sólo señalo que hay características de su estructura misma –su verbosidad lineal, su minimalismo teológico, su plétora de opciones, su desaprensión ceremonial– y, más aún, hay hábitos en su celebración que se ha tolerado por mucho tiempo, que inflaman y alimentan serias desviaciones en las creencias y práctica de la Iglesia católica.

Uno de mis amigos advirtió cierta vez que la forma antigua retiene la importante acción del sacerdote *que reza con el pueblo* al final de la Misa rezada, momento en que todos se arrodillan delante del tabernáculo para recitar las Avemarías y demás preces leoninas. Me sorprendió mucho, hace unos días, el hecho que en la Misa *Novus Ordo* no es posible que el sacerdote esté sino vuelto hacia el pueblo, es decir, enfrentado a él –lo cual, por una irónica voltereta, aumenta la distancia hierática de un modo artificial y hace que el sacerdocio se asemeje a un cargo político más que a una carga sagrada–. En el contexto de la liturgia clásica, queda muy claro que todos están involucrados en un solo y mismo acto de adoración: el sacerdote, por obrar *in persona Christi* y, el pueblo, por su participación bautismal en el sacerdocio de Cristo[6]. Aunque los papeles son claramente diferentes, se ve cómo ellos confluyen y se armonizan porque todos juntos miran *ad orientem*, y al final de la Misa todos rezan juntos, pidiendo la protección de la Madre de Dios. El anonimato del sacerdocio en el rito tradicional aumenta su visibilidad como ministro de los sagrados misterios y simultáneamente lo *oculta, disminuyendo* su presencia, en cuanto que ésta es la de este hombre individual: "Él debe crecer, y yo disminuir". Esto es lo que la antigua liturgia hace en todos los aspectos: pone por delante a Cristo el Señor y suprime el ego caído que quiere afirmarse a sí mismo.

Los Papas de los dos últimos siglos han formulado, una y otra vez, la advertencia de que el hombre moderno estaba hundiéndose en un camino de egoísmo que lo arrasa todo delante de sí: los derechos de Dios y de la Iglesia; los legítimos derechos de los individuos, familias y naciones; la moral, ganada con tanto esfuerzo,

6 Véase *ST* III, q. 63 acerca del carácter sacramental, en que el Doctor Angélico explica que todos los cristianos participan en el único sacerdocio de Cristo mediante el carácter que se les imprime en el alma por el bautismo. Este carácter es el poder de *recibir* de Dios las realidades divinas por medio de los ministros de la Iglesia. El carácter sacerdotal, en cambio, es el poder de *dar* al pueblo las realidades divinas, no por una autoridad propia, sino por participación en la única autoridad de Cristo.

de los Mandamientos y las Bienaventuranzas; los sublimes secretos de la deidad proclamados en el Credo; los tesoros del culto y de la cultura laboriosamente construidos y refinados a lo largo de los siglos. Sus advertencias han probado ser acertadas en nuestros días, en que continúa, a paso acelerado, el proceso suicida de secularización. ¿Quién hubiera creído, qué Papa podría haber osado imaginarse que la Misa –estrella fija en el majestuoso firmamento de la vida católica– sería ella también atrapada y barrida por esta tempestad de cambios insensatos, en esta incesante dialéctica de deshumanización que sigue, inevitablemente, al rechazo de la divinización en Cristo? Este ego es el peor enemigo de sí mismo, un sarmiento "independiente" que, ensoberbecido por su vitalidad, se autosepara de la vid para exultar durante el instante de su caída libre, antes de llegar al suelo y podrirse. Puede que este ego no se ame a sí mismo, lo cual es obvio; pero no ha desaparecido para él toda esperanza, ni su enfermedad es incurable, porque hay Alguien que nos ama todavía –y por siempre–, porque ese Alguien es el Amor sin término que nos llama a volver al recto camino, en el que encontraremos no sólo aquel sufrimiento al que no podemos escapar en esta vida, sino también el consuelo y la vida eterna que ninguna creatura puede darse a sí misma; porque ese Alguien conserva en su infalible y perenne Espíritu todo el bien que hemos abandonado, y está dispuesto a dárnoslo de nuevo a través de sus fieles servidores en la Iglesia. Hablo de Aquel a quien nuestros hermanos en Cristo, los católicos griegos –herederos y custodios de una ininterrumpida tradición litúrgica– invocan tan bella y humildemente en su Divina Liturgia:

> Oh, Señor nuestro Dios, acepta esta ferviente súplica de Tus siervos, ten misericordia de nosotros según la multitud de Tus misericordias, y envíanos a nosotros y a todo Tu pueblo Tu compasión, que esperamos de la gran misericordia que viene de Ti. Porque Tú eres un Dios lleno de gracia que amas la humanidad, y a Ti te damos gloria, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO 6

La progenie de Arrio en el Santo de los Santos

En el Nuevo Testamento se exhibe y se inculca dos "orientaciones" de la oración: primeramente, y lo más importante y en continuidad con la tradición judía, la oración dirigida a "Dios" o el "Señor" (en esta categoría puede ponerse también el modo enteramente nuevo en que el Señor se dirige a su "Padre" en la intimidad, como vemos, por ejemplo, en el discurso de despedida en el Evangelio de Juan)[1]; y en un segundo pero importante lugar, la oración dirigida al mismo Jesucristo. A la primera y más familiar práctica judía, Jesús agrega un nuevo y crucial elemento que se refiere a la esencia misma de la revelación que Él encarna: Dios debe ser invocado *en el nombre de Jesús*, porque el Hijo de Dios es ahora el Hijo del Hombre, el único y solo Mediador entre Dios y el hombre, a través de quien ascienden al Padre todas nuestras oraciones y descienden todas sus gracias, que se nos dan en el Cuerpo Místico. Por eso el Señor enseña a sus discípulos: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os destiné a que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca, para que todo

1 Otro ejemplo lo encontramos en Mt 11, 25: "Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra...".

lo que pidáis al Padre *en mi nombre*, Él os lo conceda" (Jn 15, 16). Y en otro lugar: "En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidáis el Padre, Él os lo dará *en mi nombre*. Hasta ahora no le habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, y vuestro gozo será completo" (Jn 16, 23-24). Tales enseñanzas son el fundamento revelado de la costumbre de la Iglesia de concluir sus oraciones *per Jesum Christum Dominum nostrum*, una fórmula que ya vemos frecuentemente en San Pablo, cuyas cartas están llenas de lenguaje litúrgico: "Doy gracias a mi Dios *por Jesucristo* por todos vosotros, porque en todo el mundo se proclama vuestra fe"[2].

Sin embargo, el Señor enseñó a los discípulos a dirigirse también a Él, el Hijo y Salvador, en la oración: "Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, Yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; cualquier cosa que me pidáis en mi nombre, Yo lo haré" (Jn 14, 13-14)[3]. Cuando Jesús dice: "Me llamáis Maestro y Señor, y hacéis bien, porque lo soy" (Jn 13,13), afirma que sus seguidores hacen bien en volverse hacia Él como la máxima autoridad, el Santo de Israel. Los hechos, especialmente los milagros de sanación, confirmaban la verdad de estas palabras. "El centurión le respondió, Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una palabra, y sanará mi siervo" (Mt. 8, 8)[4]. "La

---

2 Véase, por ejemplo, Rm 5, 1; 11, 15; 17, 21, etcétera. La Carta a los Romanos está llena de la fórmula "por Jesucristo" (y también de la relacionada, "en Cristo Jesús"). Cf. Pío XII, Carta Encíclica *Mediator Dei*, núm. 144-146.

3 El griego de Jn 14, 14, dice: *ean ti aitesete me en toi onomati mou ego poieso*, que la Vulgata acertadamente traduce *si quid petieritis me in nomine meo hoc faciam*. En una parte de la tradición manuscrita del Nuevo Testamento falta el *me* de 14, 14, pero se lo incluye en la lectura que se ha preferido, fielmente reflejada tanto en la tradición de la Vulgata como en los escritos patrísticos. En todo caso, es la frase "en mi nombre" la que también afirma la idea, porque la fuerza de la declaración es que el Padre glorificará al *Hijo* mostrando la Divinidad del Hijo, o sea, su poder de salvar a quien ora; es el Hijo ("Yo") quien responderá a la oración. Por cierto, el Hijo no responde nunca separado del Padre y el Espíritu, y por eso es importante *para nosotros* que nos dirijamos a las tres Personas de la Trinidad.

4 Hay, naturalmente, innumerables textos en los Evangelios en que

multitud los reprendió, diciéndoles que callaran; pero ellos gritaron todavía más "¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt. 20, 31). Y están las palabras del ladrón: "Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino" (Lc 23,42), y las palabras del que había dudado: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28). Asimismo, las espontáneas aclamaciones de los primeros cristianos son un testimonio precioso de que Cristo, como verdadero Dios, era el *destinatario* de muchas oraciones y no sólo un mediador a través del cual se tenía acceso al Padre: "Mientras apedreaban a Esteban, éste oró: Señor Jesús, recibe mi espíritu" (Hech 7, 59). "A la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los que han sido santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos junto con todos quienes en todas partes invocan el nombre del Señor Jesucristo, su Señor y el nuestro: a vosotros gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (I Cor 1, 2-3). Más importante, sin embargo, que cualquier versículo es el *tono* general de muchos textos, por ejemplo, del capítulo 10 de la Epístola a los Romanos, donde San Pablo escribe:

> Porque si confiesas con tu boca: *Jesús es el Señor*, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás [...] Ya que la Escritura dice: *Todo el que cree en El no quedará confundido*. Pues no hay distinción entre judío y griego; porque uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan. *Porque todo el que invoque el nombre del Señor se salvará* (vv. 9, 11.13).

Jesús es llamado Señor, *kyrie*, en vocativo (*kyrios*, en nominativo), lo que quiere decir maestro, señor, dueño, "don" [N. del Tr.: el autor emplea aquí el término inglés "sir", que no tiene propiamente traducción al castellano en este contexto], pero que puede significar también Señor en sentido propiamente teológico, ya que este uso se había establecido sólidamente en la traducción de los Setenta, donde el Dios de Israel es llamado *kyrios*. En algunos pasajes del Evangelio queda claro que quienes se dirigen a Jesús como *kyrios* no confiesan de este modo su divinidad, sino que usan un título honorífico, tal como *Herr*, en alemán, que significa tanto "don" como "Señor". Pero hay otros lugares donde "*kyrios*" implica una confesión, y uno de ellos es la famosa declaración del centurión, a quien Jesús alaba por su fe en el poder del Maestro para curar, que es un atributo divino.

Aquí, según el típico uso rabínico, el apóstol de los Gentiles entreteje citas del Antiguo Testamento que claramente hablan del único Dios verdadero, el Dios de Israel, y las aplica a Jesucristo. De este modo, no sólo afirma claramente la Divinidad de Cristo, sino que también urge a los cristianos destinatarios de su carta a que confiesen este misterio con sus labios (referencia al culto litúrgico) e invoquen a Jesús como Dios en sus oraciones.

Al cabo, ambas formas de orar reciben una sucinta corroboración en las solemnes palabras de Jesús que han resonado a lo largo de los siglos: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí [...] El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre" (Jn 14, 6, 9). Al decir que Él es *la vía*, se presenta a Sí mismo, auto-escondiéndose, como el Mediador, la Palabra hecha carne, el único camino para llegar al Padre; al decir que Él es *la verdad y la vida*, consustancial con el Padre, se muestra a Sí mismo como Él es verdaderamente en la gloria de su Padre, es decir, como el Hijo que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina, *Dios uno*, por los siglos de los siglos. De este modo, no puede haber jamás tensión alguna, y mucho menos contradicción, entre orar al Padre y orar a Jesús, porque Jesús es Emanuel, Dios-con-nosotros, y quienquiera que lo ve a Él o que le habla, ve o habla al Padre.

En cuanto a las formas de orar, no es en absoluto sorprendente que la liturgia tradicional de todos los ritos, tanto orientales como occidentales, adhiera estrechamente al testimonio del Nuevo Testamento y la práctica de la Iglesia primitiva. La liturgia romana clásica –considerada en términos del *ethos*, el ceremonial, la espiritualidad y la teología dogmática expresada en los textos– tiene mucho más en común con la liturgia bizantina que con el *Novus Ordo Missae*[5]. Quizá este hecho no es en parte alguna más obvio que en la presencia, en los textos y ceremonias litúrgicas, de la solemne afirmación de la Trinidad y de su contrapartida, un sólido cristocentrismo. En realidad, difícilmente podría encontrarse

5 Véase el capítulo 11, "Los efectos a largo plazo de la reforma litúrgica en el ecumenismo".

una liturgia más insistentemente proclamadora de Cristo que la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo. En esta liturgia, es constante la alabanza de Cristo como el único Dios verdadero y de la indisoluble unidad de la Trinidad: "Encomendémonos a nosotros mismos mutuamente y toda nuestra vida a Cristo nuestro Dios"; "Porque Tú, oh Dios, eres bondadoso y amas la humanidad, y a Ti te damos gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y por siempre". Justo antes de la recitación del Credo Nicenoconstantinopolitano, el sacerdote canta: "Amémonos unos a otros, para que con una sola mente podamos profesar", y el pueblo termina la frase: "al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Trinidad, una en sustancia e indivisa". Inmediatamente después de la consagración, el sacerdote canta: "Te ofrecemos a Ti de lo que es Tuyo, a nombre de todos y por todos", a lo que responde el pueblo: "Te alabamos, te bendecimos, te damos gracias, oh Señor, y oramos a Ti, nuestro Dios". Uno de los textos más bellos de la Divina Liturgia es un antiguo himno que ilustra perfectamente este punto:

> Oh Hijo unigénito y Palabra de Dios, que, siendo inmortal, te dignaste por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios y siempre Virgen María y hacerte hombre, sin mudanza. Tú que fuiste también crucificado, oh Cristo nuestro Dios, y has destruido la muerte por la muerte, siendo Uno de la Santísima Trinidad, glorificado por el Padre y el Espíritu Santo, sálvanos.

La liturgia bizantina rebosa de estos textos, que confiesan sin reservas la Divinidad de Cristo y la perfecta unidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Ahora bien, aunque la liturgia romana clásica, sobria y simple en comparación, no "rebosa" en la misma forma que tienden a hacerlo las liturgias orientales, también ella transmite el mismo mensaje teológico, y muchas veces con las mismas expresiones y gestos. Claramente pertenece al mismo antiguo patrimonio cristiano y desciende de él, en el cual cantar las alabanzas de la Divina Palabra-hecha-carne y postrarse en adoración ante la Santísima

Trinidad eran la columna vertebral y la finalidad de la vida litúrgica.

En claro contraste, el *Novus Ordo Missae* despliega un insistente "Patricentrismo", o un genérico Teocentrismo que no es característico de *ningún* rito litúrgico históricamente bien comprobado. En sus textos oficiales y en su ceremonial, la Misa reformada muestra lo que no cabe sino denominar una cierta *apariencia o tendencia* arrianas[6]. El presbítero Arrio de Alejandría (256-336, aprox.), de quien la herejía del arrianismo recibe su nombre, enseñaba que Jesucristo no es verdadera y propiamente divino, sino más bien una creatura altamente elevada y un siervo particularmente favorecido por Dios, un "hijo" o "dios" por gracia, no por naturaleza.

Antes de analizar este tema, establezcamos algunos principios:

1. Hablando en propiedad, el Santo Sacrificio de la Misa se ofrece por Jesucristo a *la Santísima Trinidad*, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No se lo ofrece por Cristo al Padre "separado de" o en contradistinción con el Hijo y el Espíritu Santo, porque los Tres son siempre Uno en su divinidad y jamás separados, aunque es el *Hijo de Dios* quien ofrece su vida humana en la cruz, como el himno bizantino citado anteriormente lo confiesa claramente.

2. El Señor ofrece el sacrificio de Sí mismo en su naturaleza humana, que se inmola en la cruz (ya que la naturaleza divina en sí no puede sufrir); este sacrificio es infinitamente agradable a Dios porque la naturaleza humana está hipostáticamente unida al Hijo de Dios, de modo que, como lo expresa la Liturgia de San Juan Crisóstomo: "Eres Tú quien ofrece y quien es ofrecido, Tú quien recibe y quien es recibido, oh Cristo nuestro Dios".

6 Existe un material abundante sobre las innegables tendencias teológicas de los miembros del *Consilium*. Véase, por ejemplo, MATTEI, R., "Reflections on the Liturgical Reform", y PAZAT DE LYS, C., "Towards a New Liturgical Movement", ambos en REID, *Looking Again at the Question of the Liturgy with Cardinal Ratzinger*, cit.

3. También es verdad decir que el sacrificio es ofrecido *al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo*, y hay otras fórmulas que expresan otros aspectos del misterio. Como explica Bertrand de Margerie: "En conformidad con ambos modelos igualmente legítimos de oración cristiana, el pre-arriano y el post-arriano, se puede ver la Misa como un sacrificio ofrecido al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, o como un sacrificio ofrecido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"[7]. El Canon Romano –tan antiguo que es anterior a la controversia arriana misma– se dirige *al* Padre *por* el Hijo ("*Te igitur, clementissime Pater, per Jesum Christum Filium tuum, supplices rogamus, ac petimus*"); la oblación es ofrecida al Padre por la salvación del mundo, con Cristo como Mediador entre Dios y el hombre. El papa Pío XII en *Mystici Corporis*, núm. 90, dice que éste es un modo razonable de orar dado el misterio de la redención y el papel que Cristo tiene en él como Mediador y Sumo Sacerdote.

4. Jesucristo es, sin embargo, *verdadero* Dios, Hijo natural, no adoptado, de Dios. La fe católica es inamovible en la confesión de su eterna divinidad, contra todas las formas de arrianismo que han seducido a la mente humana. Esto significa que, en todas sus acciones y sufrimientos –sin importar cuán humanos o creaturales sean, incluso aquellos incompatibles con la naturaleza divina–, es siempre la segunda Persona divina la que es sujeto de tales acciones y sufrimientos. Esto es lo que les da su valor y poder infinitos para la salvación del hombre.

5. Supuestos los puntos anteriores, resulta claro que si un arriano tuviera a su cargo la liturgia, desearía librarse de la confesión de la igualdad y majestad trinitarias, o descentralizarla o,

---

7 De Margerie, B., *La Trinité Chrétienne dans l'histoire* (París, Beauchesne, 1975), p. 451. Se alude a la forma pre-arriana como la "doxología subordinante", y a la post-arriana (y anti-arriana) como la "doxología coordinante". Se defendió ambas formas por los Padres de la Iglesia, como San Basilio el Grande, pero la ortodoxia especialmente de la primera fue la que tuvo que ser probada y preservada del subordinacionismo.

al menos, oscurecerla (cf. el Prefacio de la Santísima Trinidad, "*Qui cum Unigenito Filio tuo*"), y, por lo mismo, rebajar a Cristo a un lugar sub-divino, o sea, el de alguien *a través de quien* se ofrece el sacrificio de alabanza a Dios-Padre. El arriano entendería "*per Christum*" como una implícita negación de la Divinidad de Cristo. Y a pesar de estar completamente equivocado al pensar que éste es el único significado que puede tener la fórmula –o el primer nivel correcto de significado–, ciertamente le daría un colorido arriano a la liturgia si, simultáneamente, la despojara tanto de inequívocas oraciones a la Trinidad de Personas como de oraciones dirigidas a Cristo como Dios.

Analicemos ahora la liturgia romana clásica.

En relación con la Santísima Trinidad:

1. Se dirige a la Santísima Trinidad una solemne oración tanto en la conclusión del ofertorio como después de la poscomunión, a fin de dar al Sacrificio Eucarístico un, digamos, correcto encuadre teológico al comienzo y al final: "*Suscipe, Sancta Trinitas*", y "*Placeat tibi, Sancta Trinitas*". Estas oraciones usan la conclusión *per Christum*, subrayando que el sacrificio se ofrece por Cristo en su naturaleza humana a la naturaleza divina que es una, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

2. El Prefacio de la Santísima Trinidad, indicado para todos los domingos después de Epifanía y de Pentecostés, de los cuales puede haber hasta 28, es en esencia un resumen del Credo Atanasiano "*Quicumque vult*", que es en sí una de las mayores confesiones trinitarias de toda la tradición latina[8].

8 La práctica de usar este Prefacio para las Misas de los domingos después de Epifanía y de Pentecostés fue introducida por el papa Clemente XIII en 1759. Antes, se usaba el Prefacio común. Estamos, pues, ante un desarrollo "tardío" en la historia de la liturgia romana –un excelente ejemplo del desarrollo *orgánico* del rito, que da testimonio de enriquecimientos graduales y de ocasionales podas (como el que ya no se incluyera muchas

3. El Gloria expresa, con magnífica belleza, la confesión católica de la Trinidad de Personas en una esencia divina. Usado en la celebración de toda fiesta de tercera clase (o superior) de un santo o de un misterio de la vida de Cristo, el Gloria proporciona a la Iglesia militante una vía de participación en el celestial gozo de la comunión de los santos. En la práctica, dado el gran número de fiestas de tercera clase (o superiores), el asistente a la Misa diaria oirá frecuentemente el Gloria, incluso varias veces a la semana.

4. El "*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*" se usa tres veces: después del salmo 42, después del versículo del Introito, y después del salmo 25, balanceando el dominante "*per Christum*". En la Misa mayor dominical, se canta un *Gloria Patri* adicional después del versículo del *Asperges*.

5. La señal de la cruz –"*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*", que se hace eco del Gloria Patri– se hace por el sacerdote y los fieles en muchas ocasiones importantes: al principio mismo, antes del salmo 42; al "*Adjutorium nostrum in nomine Domini*"; al "*Indulgentiam*"; al "*Cum Sancto Spiritu, in gloria Dei Patris*"; al "*Et vitam venturi saeculi*"; al "*Benedictus qui venit in nomine Domini*"; y a la bendición final.

6. El acto de bendecir el sacerdote con la señal de la cruz esto o aquello es frecuente a lo largo de la liturgia, y tiene lugar docenas de veces. Para quien está atento y despierto al simbolismo, cada acto de bendición es un testigo visible del poder de la cruz y una silenciosa invocación a la Trinidad.

En relación con la Divinidad de Cristo:

7. Confesando la verdadera Divinidad de Jesús, la Iglesia en su antigua liturgia también le reza a Él de modo muy explícito en:

Secuencias en el Misal de 1570), pero no de alteraciones súbitas y radicales en su estructura fundamental, en su contenido o en su *ethos*.

(a) el "*Christe eleison*" del *Kyrie*;

(b) el Gloria ("*Domine Deus, Rex coelestis, Deus Pater Omnipotens. Domine Fili unigenite, Jesu Christe, Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris*"; "*Tu solus es sanctus, Tu solus Dominus, tu solus Altissimus, Jesu Christe*");

(c) el *Agnus Dei*:

(d) las tres oraciones que siguen inmediatamente al *Agnus Dei* ("*Domine Jesu Christe, qui dixisti Apostolis tuis*"; "*Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi*"; "*Perceptio Corporis tui, Domine Jesu Christe*"). [Vale la pena hacer notar que, aunque la conclusión "*per Jesum Christum*" se usa a lo largo de la liturgia, en estas tres oraciones antes de la comunión, ocurre aquí un cambio, ya que el sacerdote se dirige directamente al Señor presente sobre el altar: "*Domine Jesu Christe* [...] *qui vivis et regnas Deus*", para la primera; "*Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi* [...] *qui cum eodem Patre et Spiritu Sancto vivis et regnas Deus*", para la segunda y la tercera].

(e) la segunda plegaria de ablución ("*Corpus tuum, Domine, quod sumpsi*").

8. Además, en muchas ocasiones la Iglesia ora expresamente a Cristo en las colectas y otras *orationes* del rito romano tradicional. Algunos ejemplos, sólo del mes de octubre:

(a) Colecta de Santa Teresa (3 de octubre): "Oh Señor, que has dicho: Si no os hacéis como niños pequeños no entraréis en el reino de los cielos, concédenos, te rogamos...".

(b) Poscomunión de San Juan Leonardi (9 de octubre): "Confortados por los sagrados misterios de tu precioso Cuerpo y Sangre, te pedimos, oh Señor...".

(c) Colecta de San Francisco de Borja (10 de octubre): "Oh Señor Jesucristo, que eres al mismo tiempo el modelo y la recompensa de la verdadera humildad...".

(d) Colecta de Santa Margarita María Alacoque (17 de octubre): "Oh Señor Jesucristo, que revelaste de modo maravilloso

a la beata virgen Margarita las inexhaustibles riquezas de tu Corazón...".

(e) Poscomunión de San Juan Cancio (20 de octubre): "Quienes hemos sido alimentados con las delicias de tu precioso Cuerpo y Sangre, humildemente pedimos de tu clemencia, oh Señor...".

9. Finalmente, casi todas las Misas concluyen con el Prólogo del Evangelio de San Juan: "*In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum...*".

Debe, además, tomarse en cuenta la dimensión ceremonial porque, aunque con toda razón ponemos énfasis en los *textos* litúrgicos a fin de evaluar su ortodoxia o sus tendencias (tal como lo estoy haciendo aquí), no debemos convertirnos en racionalistas que piensan que los textos son lo único relevante que hay que tomar en consideración. Somos *hombres*, gente de carne y hueso, que oyen y responden no sólo a palabras, sino también a gestos simbólicos, que constituyen un lenguaje humano aún más básico, que se extiende a través de los tiempos y las culturas. Así, en la liturgia romana clásica, la inclinación *prescrita* de la cabeza al Santo Nombre de Jesús, las genuflexiones delante del tabernáculo (supuesto que esté en el centro, en el altar mayor, orientado hacia el este[9]), la inclinación al "*Gloria Patri*" y al "*Suscipe, sancta Trinitas*", las muchas otras inclinaciones y genuflexiones y demás, todos estos gestos son profundamente

9 Estoy consciente de que la ubicación del tabernáculo en el altar mayor es un desarrollo relativamente tardío en la historia de la arquitectura eclesiástica, pero, al revés de los revolucionarios litúrgicos, concuerdo con la enseñanza del papa Pío XII en *Mediator Dei* de que el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la plenitud de la verdad litúrgica, y que los desarrollos posteriores, siempre que estén en continuidad con la Tradición que ha precedido (se podría decir extrapolados desde ella), no son para ser ridiculizados o desaprobados. *Retirar* los tabernáculos del centro, una vez que se han vuelto usuales, es, en contraste, una alteración o privación teológica que no se equipara en nada con la ausencia de esta norma en períodos anteriores.

teológicos, y conllevan, en sagrado silencio, un profundo significado trinitario y cristocéntrico : todos ellos constituyen pequeños pero auténticos *actos de adoración y alabanza*. Cuando se suprimió radicalmente tales gestos en nombre de la simplificación y mayor "transparencia", la emocionante musicalidad de la Misa como himno de alabanza que se eleva hacia la Trinidad quedó gravemente dañada: fue aplanada y socializada, superada por una cansadora palabrería que ha de *explicarlo* todo desde comienzo a fin, normalmente con una buena dosis de improvisación. Como ha dicho de modo excelente el papa Benedicto XVI:

> En nuestra forma de liturgia [el *Novus Ordo*] hay una tendencia que, en mi opinión, es equivocada. Me refiero a la completa "inculturación" de la liturgia en el mundo contemporáneo. Así, se supone que la liturgia debe ser abreviada; que todo lo que se supone que es ininteligible debe ser suprimido de ella y transpuesto a un nivel todavía más "chato" de lenguaje. Pero esto constituye una total incomprensión de la esencia de la liturgia y de la celebración litúrgica. Porque en la liturgia uno no capta de un modo simplemente racional lo que está teniendo lugar, tal como comprendo, por ejemplo, una lectura, sino que de un modo multidimensional, a través de todos los sentidos, arrastrado por una celebración que no ha sido inventada por comisión alguna, sino que, se podría decir, me llega desde el hondón de los milenios y, al cabo, desde la eternidad[10].

Ahora bien, aunque es *a priori* imposible para un católico sostener que el nuevo misal promulgado por Pablo VI o Juan Pablo II es realmente (es decir, formalmente) arriano o semi-arriano, uno puede legítimamente preguntarse acerca de los motivos privados y las opiniones que condujeron a los siguientes resultados:

10 Ratzinger, J., *Salt of the Earth. The Church at the End of the Millenium* (trad. de Adrian Walker, San Francisco, Ignatius Press, 1997).

Acerca de la Santísima Trinidad:

1. Tanto la oración de ofrecimiento a la Trinidad ("*Suscipe, Sancta Trinitas*") *como* la oración de homenaje a la Trinidad ("*Placeat tibi, sancta Trinitas*") fueron abolidas.

2. El Prefacio de la Santísima Trinidad se oye en extremadamente pocas ocasiones en las liturgias del *Novus Ordo*: de acuerdo con las rúbricas, está prescrito sólo para el Domingo de la Trinidad. Como resultado, no se da a los católicos una formación constante mediante la rica enseñanza dogmática de este Prefacio, que exige ser oído muchas veces antes de que uno pueda comenzar a captar lo que dice.

3. La recitación del Gloria ha sido severamente restringida a los domingos y días de fiestas mayores.

4. Las repeticiones del "*Gloria Patri*" han sido abolidas de la Misa[11].

5. El uso de la señal de la cruz ha quedado reducido al comienzo de la liturgia y a su conclusión.

6. Del mismo modo, el uso del signo de la cruz en las bendiciones sacerdotales de los objetos incluidos en la liturgia ha disminuido casi a cero.

Acerca de la Divinidad de Cristo:

7. Se ha disminuido las oraciones dirigidas *a* Cristo.

(a) El "*Christe eleison*" perdura, pero reducido a dos veces en lugar de la invocación triple[12] (lo cual destruye su elocuente estructura trinitaria de 3 por 3).

---

11 El *Gloria Patri* se las arregló para sobrevivir en la Liturgia de las Horas.

12 Si se tiene suerte, se podría oír a la *schola* cantar un triple *Kyrie*, ya que los Ordinarios que requieren, por razones musicales, un *Kyrie* triple, permanecen en los libros de Solesmes; pero cantar a ese nivel es algo que rara vez se oye en el contexto parroquial del *Novus Ordo*.

(b) El Gloria, como ya se dijo, no es frecuente.

(c) El "*Agnus Dei*" perdura, pero se ha deformado gravemente las oraciones que lo siguen. El misal instruye ahora al sacerdote en el sentido de *escoger* entre la segunda y la tercera oraciones preparatorias: no ha de decir ambas. Además, las conclusiones trinitarias de estas oraciones han sido eliminadas.

(d) Se ha abolido las plegarias de las abluciones, y las rúbricas para la purificación de los vasos son menos detalladas y exigentes[13]. En muchas parroquias los vasos sagrados no son purificados sino después de la Misa: se los deja en una bandeja que se lleva luego de la Misa a la sacristía. Escenas como ésta (o peores) resultan bastante comunes, y muestran una masiva declinación de la reverencia hacia el "divino, sagrado, purísimo, inmortal, celestial, vivificante y más tremendo de los misterios de Cristo", que es como la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo describe a la Eucaristía.

8. El misal *Novus Ordo* parece haber eliminado *sistemáticamente* las oraciones dirigidas a Jesucristo. Virtualmente ninguna de las antiguas colectas, secretas o poscomuniones subsiste. En su lugar hay oraciones dirigidas a "Dios", "el Señor", o "el Padre", y terminan sin la fórmula *per Christum*. Una notable y bienvenida excepción se da en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, en que la colecta y la poscomunión se dirigen a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. En este caso, los redactores del nuevo misal simplemente copiaron las oraciones del antiguo.

13 Esto contribuye poderosamente, por cierto, a la postura protestante de que Cristo se hace presente en la acción simbólica de "partir y compartir el pan y la copa"; una vez que la distribución termina, el pan y el vino pueden ser tratados como alimentos corrientes, puesto que ya no sirven más a una *función* sacramental. De esto se sigue que el sacerdote puede dejar los vasos en la credencia y purificarlos más tarde. Ocurre que así es la costumbre bizantina, pero en ese caso va acompañada de muchas oraciones y de reverencia, y no es *jamás* realizada por laicos.

9. Finalmente, no obstante su importancia, el acostumbrado Último Evangelio fue suprimido por ser un agregado medieval, un acto de piedad privado. Como consecuencia, la única ocasión en que un católico oye el sublime Prólogo del Evangelio de San Juan es la Misa del día de Navidad, si va a ella, o la fiesta de San Juan, el 27 de diciembre.

Se podría decir más, pero lo anterior es suficiente para los fines de probar la tendencia o apariencia a que me he referido[14].

Ahora, ¿qué es lo que Pío XII enseñó en su gran encíclica *Mystici Corporis* de 1943? En su núm. 90 leemos:

> Finalmente, están aquéllos [partidarios del movimiento litúrgico] que afirman que nuestra oraciones no debieran dirigirse a la persona de Jesucristo sino, más bien, a Dios, o al Padre Eterno a través de Cristo, ya que nuestro Salvador, como Cabeza de su Cuerpo Místico es sólo "Mediador entre Dios y los hombres" (1 Tim. 2, 5). Pero esto, por cierto, se opone no sólo al espíritu de la Iglesia y al uso cristiano, sino a la verdad. Porque, para hablar con exactitud, Cristo es Cabeza de la Iglesia universal por cuanto existe al mismo tiempo en sus dos naturalezas (cf. Santo Tomás, *De Veritate*, q. 29, a. 4). Además Él mismo ha declarado solemnemente: "Si me pedís cualquier cosa en mi nombre, yo lo haré" (Jn 14, 14). Porque aunque las oraciones son frecuentemente dirigidas al Padre Eterno a través de su Hijo unigénito, especialmente en el Sacrificio Eucarístico, en el que Cristo, a la vez Sacerdote y Víctima, ejerce de un modo especial el oficio de Mediador, sin embargo frecuentemente, aun en este Sacrificio, las ora-

14 Se puede encontrar algún consuelo en el hecho de que la nueva Liturgia de las Horas, especialmente en el texto latino oficial, contiene numerosas invocaciones a Jesús y un número apreciable de oraciones dirigidas a Él. Se podría mostrar mejor la fe de la Iglesia con estos libros que con el misal. Esto mismo deja en evidencia la magnitud del problema: por mucho que la Liturgia de las Horas sea importante (y seguramente lo es en la vida de miles de religiosos, para no mencionar la de un buen número de laicos), la Misa es el acto de culto central del Cuerpo Místico de Cristo, y quizá ni siquiera el 1% de los fieles cristianos son formados hoy por la Liturgia de las Horas.

ciones se dirigen también al Divino Redentor, porque todos los cristianos deben saber claramente y comprender que el hombre Jesucristo es también Hijo de Dios y Dios mismo. Y así, cuando la Iglesia militante ofrece su adoración y plegarias al Cordero Inmaculado, la Víctima Sagrada, su voz parece repetir el coro sin fin de la Iglesia triunfante: "A Aquel que se sienta en el trono y al Cordero, bendición y honor y gloria y poder por los siglos de los siglos" (Apoc. 5, 13).

Tal como sucedió con las inequívocas prescripciones del mismo Papa en *Mediator Dei* (1947) acerca de muchos otros aspectos de la liturgia, las enseñanzas contenidas en la sección anterior parecen no sólo olvidadas, sino activamente contradichas en la actual puesta por obra de las "reformas" que los Padres del Concilio Vaticano II exigieron –en su mayor parte teniendo en mente, con toda seguridad, lo dicho por Pío XII–.

Por cierto, los autores tradicionalistas han documentado las muchas y diversas formas en que el rito romano fue deliberada y sistemáticamente aguado en relación, por ejemplo, con la devoción a la Virgen María y a los ángeles y santos, a la Pasión del Señor, a la Presencia Real, y otras cosas[15]. Mi argumentación agrega aquí una confirmación más de que estamos en presencia no simplemente de una desenfatización de este o aquel aspecto marginal, sino que, mucho más inquietantemente, de una descristianización de la liturgia como tal, de la cual suprime lo que era más teológicamente característico de la fe cristiana y más central de nuestro culto colectivo. ¿Con qué se quiso reemplazar esa sustancia? Con el hombre mismo, el hombre moderno, el hombre común, el trabajador, el actor, el ego que se auto-descubre y auto-exulta; no con el humanismo cristiano *de Gaudium et Spes*, sino con el humanismo iluminista de un catálogo sin término de incrédulos, desde Descartes

15 El lugar prominente de los ángeles en el antiguo rito de la Misa, y la disminución de su presencia en el nuevo rito son analizados en mi artículo "A Brief Introduction to Angels", *The Latin Mass*, núm. 16-2 (Primavera 2007), pp. 34-39.

y Newton (éste se confesaba arriano[16]) hasta Kant, Rousseau, Nietzsche, Derrida, etcétera. El correlativo antropológico del arrianismo es el pelagianismo. Tal como para el arriano Jesús es elevado a la divinidad por sus actos heroicos, así también nosotros, por *nuestros* actos heroicos nos elevamos a una situación de divinidad. Tan falsa es esta opinión que no ha conducido a la victoria cristiana en una renovada evangelización, sino a la banalidad y esterilidad de lo que Robert Barron llama, adecuadamente, "catolicismo *beige*".

Añadiría más, y diría que las dos herejías más "naturales" al hombre caído son, precisamente, el arrianismo y el pelagianismo. Déjese una comunidad cristiana abandonada a sus propios recursos y muy probablemente terminará en alguna forma pelagiana y arriana de comprender la fe: Pelagio enseña que el hombre (el hijo de Adán) es realmente dios, en tanto que Arrio enseña que dios (el Hijo de Dios) es, en realidad, hombre. En cierto modo, si se combina estas herejías, se termina en Feuerbach. El hombre caído es un hombre pelagiano, prometeico, cartesiano, baconiano. El hombre caído es un arriano: el misterio de Cristo es demasiado para nosotros; tratamos de diluirlo, de matizarlo, de dejarlo deslizarse hacia un vago espiritualismo o retrotraerse a un todavía más primitivo monoteísmo judío. La vida espiritual de la Iglesia, tal como se expresa supremamente en la liturgia, ha luchado siempre contra estas tendencias. El misal de Pablo VI suprime enormes segmentos de contenido anti-arriano y anti-pelagiano[17]. ¿No es esto causa de la más profunda preocupación, y en realidad de las dudas más profundas acerca de la "reforma" y del nuevo misal, que se puso en circulación en medio de creyentes que no sospechan nada?

---

16 Véase WILES, M., *Archetypal Heresy: Arianism through the Centuries* (Oxford/Nueva York, Clarendon Press/Oxford University Press, 1996), especialmente el capítulo 4 "The Rise and Fall of British Arianism".

17 Veáse CEKADA, *Work of Human Hands*, cit. especialmente pp. 219-245.

Además, ¿no es acaso cierto que mientras mayor es la reverencia que se tiene por Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Juez de los vivos y de los muertos, menor es el deseo de meter mano en la Misa, en la que no solamente es adorado, sino que Él oficia como Sumo Sacerdote, se ofrece a Sí mismo como víctima, y en que se lo recibe como nuestro alimento espiritual? ¿Y acaso no es cierto que sólo quien tenga tendencias pelagianas sería capaz de pensar que podría o debería llegar a ser "proactivo" en relación con la liturgia, cambiándola, remodelándola, simplificando aquí, añadiendo allá, como si la responsabilidad de hacerla, o de hacerla mejor, nos correspondiera a *nosotros*, y no a Cristo, a los Apóstoles, y al lento proceso del tiempo, en que los siglos van añadiendo joyas a una herencia celosamente guardada? "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos. No os dejéis extraviar por doctrinas diversas y extrañas" (Hb 13, 8-9a).

CAPÍTULO 7

Las cinco heridas y la Iglesia del futuro

Cuando leí el emocionante discurso del Obispo Mons. Athanasius Schneider sobre las cinco llagas que se ha infligido al Cuerpo Místico en la época de la reforma litúrgica, me di cuenta de que jamás hasta entonces había conocido una exposición más poderosa que ésta sobre la esencia misma de la crisis que enfrentamos. Mons. Schneider escribe:

> Hay una cantidad de aspectos concretos de la práctica litúrgica hoy predominante en el rito ordinario que representa una auténtica ruptura con la práctica litúrgica constante y milenaria. Me refiero a las cinco prácticas litúrgicas que mencionaré en un momento, que pueden ser llamadas cinco heridas litúrgicas en el cuerpo místico de Cristo. Se trata de heridas porque significan un quiebre violento con el pasado, puesto que desenfatizan el carácter sacrificial (que es, en realidad, el carácter central y esencial de la Misa) y subrayan la noción de banquete. Todo esto disminuye los signos exteriores de adoración divina, porque revela muchísimo menos la dimensión celestial y eterna del misterio[1].

1 El texto del discurso del obispo Schneider, "The Extraordinary Form and the New Evangelization" puede consultarse en www.paixliturgi-

En los términos de Mons. Schneider, las cinco "heridas" son, primero, "la celebración del sacrificio de la Misa en que el sacerdote celebra con su rostro vuelto hacia los fieles, especialmente durante la Plegaria Eucarística y la consagración, el momento más elevado y sagrado del culto que se debe a Dios"; segundo, "la comunión en la mano"; tercero, "las nuevas oraciones del Ofertorio"; cuarto, "la total desaparición del latín en la inmensa mayoría de las celebraciones eucarísticas en la forma ordinaria en todos los países católicos"; quinto, "el cumplimiento de los oficios litúrgicos de lector y de acólito por mujeres, así como el desempeño de estos mismos oficios con vestimentas laicas dentro del presbiterio durante la Santa Misa, por personas que vienen directamente del sector reservado a los fieles". Si el entonces cardenal Ratzinger tuvo razón al juzgar que "la crisis de la Iglesia que estamos experimentando hoy se debe, en gran medida, a la desintegración de la liturgia"[2], me pareció que Mons. Schneider diagnosticaba sucintamente la mortal enfermedad y, a la vez, indicaba el remedio con luminosa claridad: una vuelta inequívoca y sin ambages a la Sagrada Tradición[3].

Mientras meditaba sobre el discurso de Mons. Schneider, se me ocurrió el siguiente recurso mnemónico para resumir las cinco heridas que él identifica: (1) el círculo cerrado; (2) la postura soberbia; (3) el ofertorio destruido; (4) la lengua abandonada; (5) los ministerios moldeables. Esto último me presentó algunos problemas, puesto que Mons. Schneider agrupa varias

que.org.uk/aff_lettre.asp?LET_N_ID=863, y fue también publicado en *The Latin Mass*, núm. 21-2 (Verano 2012), pp. 6-10.

2 Ratzinger, J., *Milestones: Memoirs 1927-1977* (San Francisco, Ignatius Press, 1998), p. 149.

3 He aquí cómo, según la Radio Vaticana, se expresó el Cardenal Kurt Koch en la Facultad de Teología de la Universidad de Freiburg: "Puesto que la crisis de la Iglesia es, sobre todo, una crisis de la liturgia, es necesario comenzar hoy la renovación de la Iglesia con una renovación de la liturgia".

cosas en una misma categoría. También se podría decir "ministerios serpenteantes" por los individuos que saltan desde la asamblea, o "ministerios mezclados" por el novel involucramiento de las mujeres en los papeles que han sido tradicional y apropiadamente relacionados con un sacerdocio exclusivamente masculino.

El presente capítulo reflexiona sobre cuatro de las cinco heridas identificadas por Su Excelencia, omitiéndose el "ofertorio destruido" porque quiero concentrarme en los problemas originados en hábitos derivados de malas prácticas y en la violación de las rúbricas[4]. Lo que está en juego en relación con cada una de estas heridas es algo mucho más importante que un debate sobre gustos personales en espiritualidad o en estética. El Señor Jesucristo tiene sólo una misión en este mundo, que ha compartido con su Iglesia: salvar almas para la gloria de Dios, hacer de los hombres partícipes de su divinidad y de su felicidad. El diablo tiene una sola misión propia: atraer a tantas almas como pueda para que compartan su condenación, porque la desgracia busca ser compartida. Ambos tienen sed de almas: Jesús, porque nos ama; Satán, porque nos odia.

Los cambios en la liturgia después del Concilio produjeron una teoría y una práctica litúrgicas nuevas, que introdujeron la toxina de la herejía y del sacrilegio en la corriente sanguínea del mundo católico. Mientras más espíritus conquiste dicha nueva teoría, y mientras mayor estatus normativo adquiera esa nueva práctica, tanto menos efectivamente santificará la liturgia a las almas y tanto menos transformará al mundo para Cristo Rey. Todos los cambios mencionados por Mons. Schneider llevan el sello de los ángeles malvados, mucho más inteligentes y poderosos que

---

4 El nuevo rito del Ofertorio (o, para ser precisos, la Preparación de las Ofrendas) es un caso de una prescripción que implica ruptura litúrgica y discontinuidad, y es consecuencialmente muchísimo más grave que cualquier abuso o violación. Para una comparación de cerca del rito antiguo del Ofertorio y de la nueva Preparación de las Ofrendas, véase Cekada, *Work of Human Hands*, cit., pp. 275-304.

sus aliados humanos: todos los cambios benefician, si podemos emplear esta palabra, al imperio del diablo. Difícilmente debiera sorprendernos que Satán luche con dientes y uñas contra la reforma que Benedicto XVI echó a andar.

El círculo cerrado

Comencemos con un principio que siempre ha sido, y siempre debiera ser, inconmovible para los católicos: el principio de continuidad con la Tradición. Este principio ha recibido una consumada expresión de parte de San Juan Damasceno (+ 749), un Padre de la Iglesia que dedicó a la articulación del mismo toda su vida:

> Puesto que lo que es pequeño no es pequeño si produce un efecto grande, así también la más mínima turbación que sufra la Iglesia en la tradición imperante desde el principio es cosa no pequeña; tradición que nos ha sido enseñada por nuestros antepasados, cuyo comportamiento debiéramos tomar en consideración y cuya fe debiéramos imitar[5].

En la misma obra –una defensa de los sagrados íconos contra los iconoclastas–, vuelve a referirse al mismo tema una y otra vez: "Ni puede una palabra echar por tierra una tradición de la Iglesia entera, que abarca el orbe desde un extremo al otro"[6]. Y cita en su apoyo un magnífico texto de San Basilio el Grande (+379):

> Algunos de los dogmas y predicaciones preservados en la Iglesia los tenemos por la enseñanza escrita, y otros los hemos recibido por tradición de los Apóstoles, legados de mano en mano secretamente, y todos ellos fortalecen del mismo modo la piedad. Nadie que tenga la menor experiencia de las leyes de la Iglesia objetará esto, porque si tratamos de desechar lo que no está escrito de entre estas costumbres por no

5 DAMASCENO, J., *Three Treatises on the Divine Images* (trad. de Andrew Louth Crestwood, NY, St. Vladimir's Seminary Press, 2003), p. 20.

6 DAMASCENO, *Three Treatises on the Divine Images*, cit., p. 39.

tener gran autoridad, sin darnos cuenta causaremos un daño al Evangelio"[7].

San Basilio menciona a continuación tres ejemplos de los "dogmas y enseñanzas [...] recibidos de la tradición de los Apóstoles" que son *iguales* a las escrituras canónicas por su "capacidad de fortalecer la piedad": la triple inmersión en el bautismo, la oración de cara al Oriente, y la "tradición de los misterios", o sea, la Divina Liturgia o el sacrificio de la Misa misma. Sabemos que la triple inmersión o ablución con agua en el bautismo nunca ha sido negada o abandonada; sabemos que la liturgia de la Eucaristía ha sido celebrada a través de las edades como un sagrado deber que no ha de transarse por causa alguna. Y Basilio considera la oración hacia el este, *ad orientem*, como algo exactamente equivalente en fuerza a lo anterior, e incluso argumenta que "nadie que tenga *la menor experiencia* de las leyes de la Iglesia objetará estas [prácticas]", y que el rechazo de ellas "dañaría al Evangelio". De hecho, Basilio eligió estos tres ejemplos porque quería invocar prácticas ya totalmente familiares para sus lectores y exentas de todo desacuerdo.

San Basilio el Grande y San Juan Damasceno son sólo dos de una multitud de testigos de la universal costumbre cristiana de orar de cara al Oriente, desde la Antigüedad en adelante[8]. De los muchos otros que se podría citar, San Germano, Patriarca de Constantinopla desde 715 a 730, habla de modo particularmente elocuente de los motivos de esta costumbre:

Orar hacia el Oriente es algo que nos ha sido legado por los Santos Apóstoles. Esto es así porque el comprensible sol de bondad,

---

7 Del tratado de San Basilio el Grande *On the Holy Spirit*, citado por DAMASCENO, *Three Treatises*, cit., p. 37.

8 Las pruebas se discuten extensamente en el mejor trabajo, hasta ahora, sobre este tema y debido a LANG, U., *Turning Towards the Lord* (San Francisco, Ignatius Press, 2004). Véase también el iluminador capítulo "The Altar and the Direction of Liturgical Prayer", en RATZINGER, *The Spirit of Liturgy*, cit., pp.74-84.

Cristo nuestro Dios, apareció sobre la tierra en aquellas regiones del Oriente donde el sol visible se levanta, como dice el profeta: "Oriente es su nombre" (Zac. 6, 12); e "Inclinaos ante el Señor, toda la tierra, quien ascendió a lo más alto de los cielos desde el Oriente" (cf. Salmo 67, 34); y "Postrémonos en el lugar donde pisaron sus pies" (cf. Salmo 67, 34); y de nuevo "Los pies del Señor reposarán sobre el Monte de los Olivos en el Oriente"(Zac. 14, 4). Los profetas también hablan así a causa de nuestra ferviente esperanza de recibir de nuevo el Paraíso en Oriente, como también el brillo de la segunda venida de Cristo nuestro Dios desde el Oriente.

Regresemos a la tentación en el Jardín del Edén. Lo que la serpiente se propuso fue persuadir a Adán y Eva que pensaran en Dios como en alguien ubicado en su mismo plano, como "uno de nosotros" y, por lo tanto, en competencia, en alguna medida, con nosotros. Las liturgias tradicionales de Oriente y Occidente enfatizan dramáticamente la trascendencia de Dios por encima de nosotros y nuestro deber de adorarlo, ofreciéndole un sacrificio racional con un corazón contrito y humilde. Fue una gran ventaja para el diablo el que se diera vuelta al sacerdote para ponerlo de cara al pueblo, creándose de este modo un agradable círculo de amigable reafirmación mutua que rebajó la Misa al nivel de un intercambio horizontal, de un dar y recibir tal como ocurre en el curso de una conversación cotidiana. No hay trascendencia en todo esto, por el contrario: Dios es domesticado –Él no es quien recibe el sacrificio, sino que es un tema de conversación–. El uso del vernáculo obviamente contribuye también a este fenómeno, punto que retomaré más adelante.

El papa Benedicto XVI ha escrito elocuentemente acerca del culto *ad orientem* y, como Papa, ha celebrado la Misa mirando hacia el Oriente[9].

9 La inusual orientación de la basílica de San Pedro ha confundido a los estudiosos en el último siglo y los ha hecho erróneamente hipotetizar que dicha basílica refleja una tradición más antigua de Misa cara al pueblo, idea que hoy está totalmente desacreditada. Para una explicación de esta desconcertante situación y de cómo los estudiosos se acostumbraron

He aquí la forma en que Ratzinger, el teólogo, vincula el problema con la solución nuestra:

> El volver el sacerdote hacia el pueblo ha convertido a la comunidad en un círculo cerrado. En su forma exterior, ya no se abre hacia lo que está hacia adelante y por encima, sino que se cierra sobre sí misma. El acostumbrado mirar hacia el Oriente no era una "celebración de cara a la pared", no significaba que el sacerdote daba la "espalda al pueblo": no se daba tanta importancia al sacerdote. Porque tal como la comunidad en la sinagoga miraba hacia Jerusalén, así también en la liturgia cristiana ella miraba "hacia el Señor". Como dijo uno de los padres de la Constitución sobre la Liturgia del Vaticano II, se trataba más bien de que el sacerdote y el pueblo estuvieran mirando en la misma dirección, sabiendo que, en conjunto, formaban una procesión hacia el Señor: no se cerraban en un círculo, no se miraban unos a otros, sino que, como peregrinos de Dios, se ponían en marcha hacia el *Oriens*, hacia Cristo que viene a nuestro encuentro[10].

Restaurar para todo el Pueblo de Dios la hasta ahora ininterrumpida tradición apostólica de adorar mirando al Oriente no es sólo un piadoso desiderátum, es una absoluta necesidad para sanar el sutil narcisismo que se ha introducido hasta en el templo mismo de Dios, el humanismo de un Occidente que se ha desmarcado del Oriente. En palabras del P. John Zuhlsdorf: "El culto *ad orientem* es una de las más importantes reformas [o sea, regresos] que podemos poner por obra, porque el dar vuelta los altares después del Vaticano II es, quizá, el cambio individual más dañino para la identidad católica que se ha impuesto a la fuerza a la Iglesia"[11].

---

a mencionar la disposición de la basílica de San Pedro como justificación para rediseñar iglesias y santuarios, véase los dos libros mencionados en la nota anterior.

10 Ratzinger, *The Spirit of the Liturgy*, cit. p. 80.

11 http//wdtprs.com/blog/2008/04/update-turning-the-altar-around-in-greenvillesc-its-time/, [fecha de consulta: 20 de junio de 2013].

Postura soberbia

La práctica de que los laicos reciban la comunión en la mano y de pie[12] es, también, una novedad rupturista, introducida por autoridades eclesiásticas que quisieron desbancar una disciplina antigua, nunca desafiada, sabia[13]. En su demencial forma de pensar, Satán deriva especial placer de ver la Eucaristía profanada y desacralizada. Lo cual ocurre de dos modos: por negligencia, como cuando la gente descuidadamente deja caer fragmentos de la hostia o derrama la preciosa Sangre, y por desprecio y blasfemia, como cuando la gente recibe "sin discernir el Cuerpo y la Sangre", por lo que "come y bebe su propia condenación", como dice San Pablo (1 Cor 11, 29), o cuando deliberadamente se lleva las hostias para destruirlas, usarlas en ritos satánicos o venderlas por Internet.

Crecen día a día las informaciones sobre sacrilegios. El incidente más notable que he oído fue el de un profesor que odiaba la religión, quien subió a *YouTube* algunos vídeos en que él mismo destruía las hostias que se había traído de las Misas. En un vídeo, clavó un clavo en la hostia antes de arrojarla a la basura; en otro, echó una hostia al retrete. Es difícil creer que comprara hostias no consagradas y solamente simulara hacer todo esto; es mucho más posible que, de hecho, coleccionara hostias recibidas en las

12 No sostengo que estar de pie no sea nunca una postura legítima para recibir la comunión. En la tradición bizantina ha sido siempre la costumbre permanecer de pie durante toda la Liturgia, incluida la consagración. Sin embargo, el laico cristiano oriental, estando de pie, recibe el Sacramento directamente en la boca, echando la cabeza hacia atrás, *jamás* tomando con la mano las especies consagradas, y se pone un paño debajo de su boca para evitar la profanación del Sacramento. Además, todo el *ethos* de la Divina Liturgia es tan pronunciadamente sagrado, que no hay modo alguno de considerar esta manera de recepción como "informal".

13 Véase el magistral manejo de este tema por el propio SCHNEIDER, A., *Dominus Est – It is the Lord: Reflections of a Bishop of Central Asia on Holy Communion* (trad. Nicholas L. Gregoris, Pine Beach, NJ: Newman House Press, 2008), y también el profundo tratamiento que le da LAISE, J., *Communion in the Hand: Documents and History* (Boonville, NY, Preserving Christian Publications, 2011).

Misas, porque no hay casi ninguna vigilancia en lo que se refiere a quién recibe la hostia, quién no y qué sucede con ellas. Todo esto, incluyendo miles de fragmentos de hostias consagradas perdidos por descuido, se ha hecho posible por la más necia, la más miope de todas las decisiones: permitir la comunión en la mano.

Cuando consideramos el tremendo misterio que es el que la Eucaristía sea real, verdadera y sustancialmente *Nuestro Señor Jesucristo* con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, los hechos recién mencionados debieran causarnos inmenso dolor, angustia, tristeza, rabia. Ahora bien, es importante tener presente que el Señor mismo está por encima del sufrimiento, y no se lo daña directamente cuando se daña el Santísimo Sacramento. El está presente en el sacramento como el Cristo *Resucitado* que está sentado a la derecha del Padre. Después de la resurrección ya no puede sufrir o morir, sino que vive en la gloria de la inmortalidad, otorgando la inmortalidad a las almas de todos quienes lo reciben dignamente y, tarde o temprano, haciendo inmortales también a sus cuerpos. Quien es dañado por el sacrilegio es el *sacrílego*, y esto nos indica por qué Satán se deleita tanto con los casos, en enorme aumento, de los sacrilegios (incluidas las Misas Negras) y, en general, con la recepción de la comunión de una manera indigna, desatenta, informal y totalmente indiferente.

Quienes cometen estos actos incurren en el pecado de Judas, el crimen de traicionar lo que merece la máxima fidelidad, el crimen de odiar aquello que más merece nuestro amor, de despreciar lo que merece nuestra profunda adoración de rodillas. En el mejor de los casos, esto es tratar al Salvador del mundo como si fuera un bocado de algún alimento corriente, que se manipula como uno quiere. En el peor, es escupir en su cara misma, un rechazo de la salvación que Él y sólo Él nos puede dar y, por tanto, también un rechazo del Padre que Lo envió. En todas estas formas, el diablo ansía ver las hostias tratadas descuidadamente, irrespetuosamente o de modo blasfemo, porque todos éstos son pasos a lo largo de un mismo continuo.

Además del peligro de sacrilegios, hay un tema más fundamental, la *reverencia.* ¿Por qué están las manos del sacerdote especialmente consagradas con los óleos sagrados? La finalidad de ello es que puedan recta y convenientemente tocar el Santísimo Sacramento, que puedan tocar a *Dios Encarnado.* Se ha santificado sus manos para que puedan tocar y administrar los dones sagrados. Las manos de los laicos no están consagradas de este modo. Nosotros *recibimos* el Santísimo Sacramento de las manos del sacerdote, como un polluelo en el nido es alimentado por sus padres. Desde esta perspectiva simbólica, es totalmente inadmisible que el sacerdote deposite la hostia en *nuestras* manos, para que luego podamos *nosotros mismos* administrarnos la comunión, como queriendo decir que el alimento nos lo debemos a nuestra propia acción, tal como un pelagiano, correctamente democrático, podría sostener. Ese gesto dice: "yo soy mayor de edad y me puedo alimentar a mí mismo, no faltaba más. Y para eso mis manos son tan adecuadas como las del sacerdote". Esto, como sabemos, es falso; el sacerdote es un hombre que ha sido separado para el servicio sagrado por el Sacramento del Orden, y sus manos, como todas sus potencias de cuerpo y alma, están enteramente dedicadas a ese servicio. La comunión en la mano, por lo tanto, contribuye a crear y hacer perdurar la dañina atmósfera del igualitarismo, de la horizontalidad y del activismo que ha sofocado la vida espiritual de la Iglesia en el último medio siglo.

Además del *modo* adecuado, debemos considerar la *postura* correcta para recibir al Señor. En su comentario a la Epístola a los Efesios, Santo Tomás de Aquino dice lo siguiente acerca del significado de arrodillarse:

> La humildad hace que la oración sea escuchada: "Él ha escuchado la oración del humilde, y no ha despreciado sus peticiones" (Ps. 101, 18). Y "La oración del humilde traspasa las nubes, y hasta que no alcanza su fin no se contenta, ni desiste hasta que el Altísimo la atienda" (Sir. 35, 21). Por lo tanto, comienza de inmediato con humildad su oración, diciendo *Y por esto,* para que no falle vuestra fe, *doblo mis rodillas al*

> *Padre*. Esto es una señal de humildad por dos razones. Primero, el hombre se hace, en cierto modo, pequeño cuando dobla sus rodillas, y se somete a aquel ante quien se arrodilla. De esta manera, reconoce su propia debilidad e insignificancia. Segundo, en las rodillas hay fuerza física, y al doblarlas, el hombre reconoce su falta de fuerzas. Así, se muestra a Dios símbolos externos, físicos, a fin de renovar el alma interior y ejercitarla espiritualmente. En la oración de Manasés se dice "Doblo las rodillas de mi corazón [...]", "Porque que ante mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua" (Is 45, 24)[14].

¿Estamos nosotros entre quienes doblan sus rodillas ante Dios o entre los que se quedan de pie? ¿Será nuestra postura, cuando lleguemos a la presencia del Señor Soberano de cielos y tierra, una de soberbio control y auto-suficiencia, o una de humilde sumisión y adoración intensa?

Lengua abandonada

El latín es la lengua adecuada al rito romano, el fértil terreno humano en que creció un prolífico jardín de oraciones litúrgicas, lecturas e himnos: es la lengua "católica" de la Cristiandad, que se eleva por sobre todas las naciones, pueblos, culturas y épocas. Por una cantidad de razones históricas, el latín se transformó en el vehículo del culto formal, público, en todas las iglesias particulares reunidas en torno al Trono de Pedro en la parte occidental del antiguo Imperio Romano, y así fue siempre conservado. Su antigüedad y extensión de uso, su claridad y estabilidad de significados, su sutil belleza de expresión revisten al latín con todas las cualidades que requiere un *cultus* público, que es siempre antiguo, siempre nuevo, noble y solemne, absolutamente libre del capricho de las modas mundanas. Todos estos rasgos hacen del latín un tesoro precioso del que todos los católicos de rito latino debieran estar justamente orgullosos –una presencia familiar, in-

---

14 *Super Epistolam B. Puli ad Ephesios Lectura*, cap. 3, lec. 4, núm. 166.

cluso se diría maternal, para todos los fieles en cualquier parte del mundo, acompañada, al mismo tiempo, por un aura sagrada y una majestad que exigen veneración–.

Lejos de fortalecer el poder y la influencia de la liturgia en la vida de los católicos, la súbita vernaculización de la liturgia, al dar lugar a la ilusión de una fácil comprensión y pasividad, ha hecho mucho más difícil para la gente el lograr una constante conciencia interior de la profundidad, la magnitud, la gravedad y la urgencia de la acción de la que participa. El estar el sacerdote de frente al pueblo, incluso en el momento del divino sacrificio, junto con el uso del vernáculo, ha fortalecido la impresión de que lo que tiene lugar es algo directo y simple, y no algo tremendo, un misterio que se dice en voz baja en la presencia de Dios. Aunque la habilidad de un sacerdote para leer o cantar los textos litúrgicos hace que, en este sentido, las cosas puedan ser muy diferentes, a pesar de todo la forma ordinaria sigue siendo abrumadoramente verbal, didáctica y lineal, de un modo que es extrañamente ajeno a toda la Tradición litúrgica, tanto oriental como occidental. Y no es menos cierto que el uso del vernáculo ha contribuido en gran medida a la evidente pérdida de sacralidad y de identidad católica en todo el orbe[15].

Ministerios moldeables

Muchos católicos saben que todos los bautizados participan de un sacerdocio común de los fieles. Esto es absolutamente correcto y ortodoxo y tradicional, y proviene directamente de la sagrada escritura, según leemos en 1 Pedro 2, 9: "Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad, para que pregonéis las maravillas de Aquel que os llamó de

15 Véase, para más reflexiones sobre el lenguaje y la liturgia, el capítulo 1, "Solemnidad: el centro del problema", y el capítulo 12, "Latín, lengua litúrgica ideal de Occidente", así como también LANG, U., *The Voice of the Church at Prayer: Reflections on Liturgy and Language* (San Francisco, Ignatius Press, 2012).

las tinieblas a su admirable luz"[16]. Vemos el sacerdocio de los fieles afirmado ampliamente por los Padres de la Iglesia, y explicado por Santo Tomás de Aquino en sus sublimes escritos. Lo que me entristece, sin embargo, es ver cuán poco entienden los católicos esta magnífica verdad. Hay pocos temas que, como éste, necesiten más una urgente explicación por parte de los sacerdotes, ya que se refiere al significado fundamental de la vida cristiana, es decir, ser una víctima sacerdotal en unión con Jesús para la salvación de la propia alma y de la de los demás. Si un laico no puede explicar por qué lo más importante en su vida es configurarse con Cristo como sacerdote, profeta, y rey en virtud del bautismo, ello quiere decir que no conoce ni los aspectos más básicos de su fe, el "abc" del Catecismo, ya que en este misterio de la configuración bautismal está todo el secreto de la esperanza cristiana en las promesas del Evangelio.

Primero, ser sacerdote en un sentido universal (bautismal) es haber muerto y resucitado con Cristo Jesús, el Eterno y Sumo Sacerdote. De este modo nos hacemos de Cristo; morimos al pecado y resucitamos a una vida nueva. Nuestra participación en la resurrección tiene lugar única y exclusivamente de esta forma.

Segundo, nuestros sufrimientos se hacen fructíferos por la Cruz de Cristo. La única forma en que el sufrimiento puede ser redimido y volverse redentor es por esta participación en el,

---

16 [N. del Tr.: En el original, la traducción proviene de la edición de Douay-Rheims; aquí se ha empleado la versión de la Biblia de Navarra]. Esta enseñanza está enraizada en el Antiguo Testamento, donde Dios dice a Israel: "Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex. 19, 6). Con todo, Israel también distinguía entre el sacerdote ministerial y el simple laico: el laico trae su sacrificio, que es verdaderamente *suyo*, pero hay un límite para lo que puede hacer: es otro quien debe en realidad ofrecerlo por él. ¡Qué grande es nuestra dignidad de cristianos, que podemos acercarnos al Lugar Sagrado, hasta el límite mismo del santuario, de un modo que jamás un israelita, fuera del sacerdote, pudo siquiera soñar! La grandeza de aproximarse al altar para recibir al Señor mismo disminuye, en los hechos, cuando se rebaja la sublime dignidad del sacerdote ministerial y el área específica del presbiterio, el Santo de los Santos. Nuestra verdadera dignidad se ve en el hecho mismo de que podemos estar presentes en el lugar donde se realiza el sacrificio y recibir sus frutos sobrenaturales.

sacerdocio de Cristo. De otro modo, el sufrimiento, por decirlo así, "se desperdicia". ¿Y acaso no es éste, junto con la muerte, uno de los problemas más profundos que se plantean al hombre? "¿Por qué sufrir? ¿Por qué hay mal en el mundo? ¿Por qué la enfermedad, la vejez y, finalmente, la muerte?" No hay respuesta aparte de Cristo, y aparte de Cristo no hay sentido, no hay frutos para nosotros. Debido a nuestra participación en el sacerdocio de Cristo podemos morir en unión con El para poder entrar en la vida eterna. Nuestra muerte se transforma, y de ser una maldición, pasa a ser una gracia, una bendición, una puerta de salvación. Sigue siendo una maldición para la naturaleza, pero la maldición se transforma en ocasión de una santificación final y, por tanto, de salvación.

Tercero, por nuestra unión con la Cabeza del Cuerpo Místico, nos hacemos recíprocamente partícipes de los triunfos y sufrimientos de cada cual, tomamos parte en la comunión de los santos. Nos beneficiamos con todas las buenas obras y los méritos de todos los miembros del Cuerpo Místico. El Doctor Angélico explica esta maravillosa verdad del siguiente modo:

> No sólo se nos comunica la fuerza de la Pasión de Cristo [a través de los sacramentos], sino también el mérito de la vida de Cristo; y todo el bien hecho por los santos se comunica a quienes viven en caridad, porque somos todos uno [...] Así es que quien vive en caridad, participa de todo el bien que se hace en el mundo entero[17].

Nada tiene en sí mismo tanta importancia, ni pesa tanto ni es tan decisivo, como el carácter sacramental recibido en el bautismo, con sus consecuencias eternas para el bien –o para el mal, si ocurre que, al momento de la muerte, los votos que nos ligan a nuestro piadoso Salvador están rotos–. Para el destino final del

---

17 Sto. Tomás de Aquino, *The Sermon-Conferences of St. Thomas Aquinas on the Apostles' Creed*, (trad. de Nicholas Ayo, South Bend, University of Notre Dame Press, 1988), pp. 138-139. La traducción [del autor] ha sido modificada a la luz del original en latín.

sacerdote, ni siquiera el carácter sacramental particular que le es propio, con todo lo necesario que resulta para el bien común de la Iglesia, y a pesar del papel crucial que tiene en su vida espiritual, es tan decisivo como el carácter bautismal, ya que se salvará o condenará *en cuanto cristiano*, es decir, según cómo haya vivido la vida de fe, esperanza y caridad que el bautismo le infundió en el alma. Dicho en otras palabras, nada que un cristiano pueda hacer o llegar a ser será equivalente, en dignidad sobrenatural, al don de la divinización y configuración con Cristo que recibió en la fuente bautismal. Podemos ver, pues, cuán trágicamente equivocados están los deseos y esfuerzos de los laicos por realizar las funciones que pertenecen más propiamente al clero, como si realizarlas fuera un ejercicio de su sacerdocio bautismal mayor y más importante que recibir los sacramentos con devoción, luchando por vivir una santa vida cristiana y convertir a ese mundo que se extiende más allá de las puertas del templo.

Hay un bello pasaje sobre el sacerdocio de los fieles en el P. Antonio Rosmini, quien, en este punto, expresa noblemente la idea tradicional:

> En relación con la potestad litúrgica, los fieles no tienen la facultad de *inmolar* la víctima del Nuevo Testamento mediante la consagración del pan y del vino, pero tienen la facultad de *ofrecer* esa víctima al Padre eterno. Además, tienen la facultad de inmolarse *a sí mismos* por su unión en espíritu con la víctima de propiciación por la salvación del mundo. La auto-inmolación del cristiano tiene lugar mediante su amor sacrificial, que lo mantiene siempre constantemente preparado para sufrir incluso la muerte por dar testimonio de Cristo, por la justicia y por el crecimiento del Reino de Dios. De igual modo, todas las oraciones y acciones ofrecidas a Dios por los fieles adquieren especial eficacia y valor a través del carácter sacerdotal con que ellos están investidos por Dios mismo[18].

18 Rosimini, A., *The Philosophy of Right*, vol. IV (trad.de Denis Cleary y Terence Watson, Durham, Rosmini House Publications, 1995), sec. 3, cap. 3, art. 2, par. 2, núm. 897-899. Para un lenguaje similar, véase *Presbyterorum Ordinis*, núm. 2 y 4.

Como explica Santo Tomás, el sacerdocio de los fieles, que comprende a *todos* los cristianos, se refiere a *recibir* las cosas divinas, y el sacerdocio ministerial, que es propio de quienes han recibido las órdenes sagradas, tiene que ver con el *dar* las cosas divinas[19]. Por lo tanto, todo ministerio litúrgico que involucrara el conceder los dones sacramentales de Dios, estuvo reservado tradicionalmente al clero ordenado. Como se sabe, hay casos en que es canónicamente permisible el que los laicos ejerzan algunas de estas funciones, pero en tales casos es imperativo que los laicos en cuestión sean al menos *configurables* con el oficio sacerdotal. Esto significa que deben ser varones y estar revestidos apropiadamente para sus funciones, porque las cosas que llevan a cabo son *sacerdotales por naturaleza*, aunque no estén siempre reservadas a los sacerdotes. Esta conexión entre ministro y función se funda, a su vez, en un principio más básico: nuestras acciones contienen y expresan significados; nuestras acciones *rituales* comunican significados *religiosos*. No "da lo mismo" si distribuye la Preciosa Sangre un sacerdote o un diácono, un laico varón o una mujer, ni tampoco da lo mismo si quien lo lleva a cabo está vestido con traje ritual, formal pero no clerical, o con un traje corriente, ni da lo mismo que quienes tienen funciones rituales tomen asiento en el presbiterio o en la parte del edificio destinada a los fieles. Hay un lenguaje objetivo de cuerpo y sexo, de vestimenta y de oficio, de arquitectura y de posición que no podemos simplemente ignorar o, peor todavía, manipular en pos de un propósito político[20]. Por lo tanto, en las raras ocasiones en

19 *ST* III, q. 63. En a. 3, Santo Tomás comenta que el carácter bautismal destina al bautizado a un doble fin: la vida eterna y el culto litúrgico, en que o bien *reciben* o, si tienen el carácter del Orden, *conceden* las cosas que pertenecen al culto de Dios. Esta teología del carácter sacramental está expuesta en el *Catecismo Romano*, Parte II, cap. 1, núm. 5, y también en *Lumen Gentium*, en el pasaje citado anteriormente en este capítulo.

20 Para argumentos teológicos en apoyo de este punto de vista de sentido común, véase HAUKE, M., *Women in Priesthood?: A Systematic Analysis in the Light of the Order of Creation and Redemption* (San Francisco, Ignatius Press, 1988) y BUTLER, S., *The Catholic Priesthood and Women:*

que pudiera existir una auténtica necesidad de un ministro extraordinario de la sagrada comunión –digo raras, ya que la recepción bajo una sola especie es absolutamente suficiente, y la intinción permite la distribución del Cuerpo y la Sangre de Cristo sin un innecesario involucramiento de laicos–, los llamados a satisfacer esta necesidad debieran ser *varones* adecuadamente *revestidos*.

Si nos ponemos a los pies de la Cruz con la Virgen podremos ver la profunda racionalidad de hacer distinciones en los papeles litúrgicos entre ordenados y no ordenados, y también entre varones y mujeres. El Señor Jesús está realizando el acto sacerdotal *por excelencia*, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio, y en esta medida se contrapone a la Iglesia, representada por la Santísima Virgen María. La Virgen no hace lo que hace el sacerdote, ni es su sangre la que nos salva ni es su cruz nuestra esperanza –ella no es el sacerdote, la víctima ni el altar del sacrificio–, pero al mismo tiempo sabemos que ella *está* ofreciendo perfectamente a su Hijo en su corazón por la unión interior de amor con Él, de un modo tan agradable a Dios y tan meritorio para los pecadores que ella merece el título único de Corredentora[21]. La Virgen María encarna la vocación fundamental del cristiano, el papel que cada uno de nosotros es llamado a desempeñar en la Iglesia: oír la Palabra de Dios y guardarla en nuestras vidas, permaneciendo fieles a Aquel que es nuestra Cabeza. En este sentido, *todos* los bautizados son, a la vez, "hijos del Hijo" –hijos adoptados por el Padre en su Hijo unigénito– *y* "esposas de Cristo", desposados con el divino Esposo del alma (cf. 2 Cor 11, 2). El sacerdote ministerial, por su parte, es uno que pertenece al grupo de los bautizados y que ha sido llamado a servir al pueblo de Dios por haber sido dotado del

---

A Guide to the Teaching of the Church (Chicago, Liturgy Training Publications, 2007).

21 De hecho, como dice San Juan María Vianney, la Virgen pudo mirar a su Hijo en la Cruz y decir verdaderamente "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre", porque el Cuerpo y Sangre de Jesús provinieron de su carne virginal en el momento de la Encarnación.

poder de obrar "como otro Cristo", *alter Christus*, alguien que puede ofrecer el sacrificio y conceder los beneficios divinos al modo como lo hace Cristo. La singularización de su oficio está puesta al servicio de todos, como enseña el Concilio Vaticano II:

> Aunque difieren mutuamente en esencia y no sólo en grado, el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico están, sin embargo, interrelacionados. Cada uno de ellos, en su especial modo, es una participación en el único sacerdocio de Cristo. El sacerdote ministerial, por el poder sagrado que detenta, enseña y gobierna al pueblo sacerdotal. Al actuar en la persona de Cristo, lo hace presente en el sacrificio Eucarístico, y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo. Pero los fieles, en virtud de su sacerdocio real, se unen al ofrecimiento de la Eucaristía, y del mismo modo, ejercen ese sacerdocio al recibir los sacramentos, al orar y dar gracias, al dar testimonio de una vida santa, y lo ejercen también por la abnegación y la caridad activa[22].

A la luz de una enseñanza tan rica y hermosa, podemos lamentar que tanto de nuestra antigua Tradición haya sido barrido por las marejadas de nivelación igualitarista y de ambición feminista, mientras las comunidades de católicos, ya sea por ignorancia o por indiferencia o por ambas causas, se acostumbran letárgicamente a rutinas ilegítimas e inválidas que desgastan las fundaciones de la fe día tras día, año tras año. "Cuando el Hijo de Hombre vuelva a la tierra, ¿encontrará fe en ella?" (Lc 18,8); no una fe inventada por nosotros, sino la fe entregada a los Apóstoles y transmitida por la Iglesia.

En cuanto al peor de estos inveterados abusos, sabemos que el Vaticano ha pedido insistentemente que se evite el uso habitual de ministros extraordinarios de la Comunión o que, donde ello se ha convertido en costumbre, se la suprima. Las declaraciones disciplinares en tal sentido son coherentes, persistentes e inequí-

22 *Lumen Gentium*, núm. 10, 2.

vocas[23]. Desgraciadamente, este es un fenómeno familiar desde hace varias décadas: ni el Vaticano ni, con pocas excepciones, el episcopado, parecen haber tenido una voluntad eficaz para imponer la disciplina. Si se considera las costumbres parroquiales existentes en todos los Estados Unidos, se podría excusar a cualquiera por no haber tenido jamás noticia de que Roma ha dicho *algo* sobre el tema, ni de que ha emitido un juicio restrictivo. Puede suponerse que el problema fundamental es el radical vuelco hacia la "creatividad" en la liturgia que, en combinación con esa potente droga, la "participación activa" entendida erróneamente, ha hecho imposible mantener cualquier disciplina litúrgica.

Como observa Mons. Schneider, es una práctica común que, en la forma ordinaria, suban los laicos desde el área de la iglesia diseñada para los fieles e ingresen al área del presbiterio, reservada para la celebración de los misterios sagrados. Es como si no se reconociera en absoluto la diferenciación de espacio, función, significado y propósito sagrados. Se da una especie de profanación del presbiterio por la eliminación de la distinción entre lo sagrado y lo profano, que destruye, a su vez, el valor simbólico del presbiterio como una imagen del Cielo, del Santo de los Santos, de la salvación como algo que proviene sólo de Cristo. La liturgia romana tradicional, con su sobriedad y sentido de lo santo, nos recuerda continuamente esta verdad en la oración que dice el sacerdote al subir al altar: "Borra nuestras iniquidades, te pedimos, oh Señor, para que merezcamos entrar con mente pura en el Santo de los Santos, por Cristo nuestro Señor. Amén".

23 Véase mi "Extraordinary Ministers of the Eucharist", *The Catholic Faith*, núm. 6-6 (noviembre-diciembre 2000), pp. 34-42, disponible todavía en Internet vía EWTN. Una instrucción vaticana que apareció después de este artículo, *Redemptoris Sacramentum* (2004), hace una aclaración en el sentido de que *no* debemos llamar a los laicos "ministros de la Eucaristía", sino "ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión" (núm. 154). Las expresiones en mi artículo de 2000 son, por lo tanto, inadecuadas en este sentido.

La Tradición es nuestro único futuro

Aparte de la batería de argumentos teológicos e históricos que se puede usar y se ha usado contra la "reforma" litúrgica, hay siempre agudos argumentos *prácticos*. En los años 1960 y 1970, los antropólogos de la cultura, los psiquiatras y los sociólogos garantizaban, a quien quisiera oírlos, que la demolición de una vida litúrgica, antigua de siglos, habría de producir consecuencias cataclísmicas[24]. Por ejemplo, los cambios súbitos e importantes en el modo de aproximarse a la Sagrada Eucaristía habrían de debilitar, y podrían incluso destruir, la piedad y la sana creencia eucarísticas. Todos ellos hicieron ver que la repetición y reiteración son elementos esenciales de la pedagogía para todos los seres humanos, ya sea que la reiteración en cuestión se refiera a la existencia de muchos altares laterales en las iglesias grandes, a la triple repetición del *Kyrie* y del *Domine, non sum dignus*, o al uso casi cotidiano del Gloria. Con su autoridad hicieron ver también que las asambleas modernas, con numerosas personas alfabetizadas capaces de seguir la Misa en sus misales, mientras oyen las oraciones y cantos que se desarrollan en la iglesia, terminan por conocer la liturgia al revés y al derecho, porque todo ello les penetra hasta los huesos por la escucha y la lectura atentas. Estos observadores sabían que cosas tales como el quemar incienso, tocar las campanillas y usar bellos ornamentos no se incorporaron por accidente a la liturgia, sino que fueron desarrolladas a partir de la naturaleza misma de la acción sagrada, y habían penetrado profundamente en la imaginación católica. En realidad, cualquiera podría haber previsto que la virtual abolición del canto gregoriano y del latín o de la Misa solemne, con su

24 Los trabajos de la antropóloga de la cultura Mary Douglas, sobre el sentido y condiciones del ritual, son conocidos particularmente bien, y apreciados en relación con esto. Pero se puede encontrar observaciones igualmente críticas en autores tan diversos como C. G. Jung, Mircea Eliade, Titus Burckhardt, Dietrich von Hildebrand, Josef Pieper, Evelyn Waugh, Louis Bouyer, Jacques Maritain, Klaus Gamber y James Hitchcock.

reflejo visible de la estructura jerárquica de la Iglesia, habría de tener catastróficos efectos en la fe y la unidad de la Iglesia, en la solemnidad y majestad del culto divino, en los nobles ideales por los que el rito latino fue alguna vez famoso.

Ha habido tiempos, que duraron hasta hace muy poco, en que pareció que un manto de ceguera hubiera sido arrojado sobre la Iglesia, así de escasos eran los católicos que podían *ver* las verdades incómodas o, viéndolas, enfrentarlas decididamente y buscar remedios. Hoy, gracias a Dios, somos una minoría sustancial cuyo número, influencia y actividad crecen día a día. Y, sin embargo, demasiados miembros de la jerarquía son lentos para reconocer hacia dónde está soplando el Espíritu, que sopla, concretamente, de regreso hacia el eterno *Ahora* del glorioso patrimonio de la Iglesia, y no hacia el eterno *Ayer* de la reforma litúrgica envejecida, añeja, deprimente, de las décadas de 1960 y 1970.

En uno de sus muchos artículos dignos de mención, D. Q. McInerny ha dicho lo siguiente del "Pasado":

> El segundo modo en que podemos maltratar el pasado es pretender que es algo que puede ser alegremente desechado, algo sin aplicaciones prácticas en el presente [...] Por lo general, debemos regresar continuamente al pasado, en el sentido de que debemos mantenernos en constante contacto con él, referirnos habitualmente a él, consultarlo, revisarlo, en pro de nuestra propia edificación y educación [...] Supongamos que, en relación con este punto o el otro, nos encontramos hoy en un lugar que no es realmente donde debiéramos estar. En algún momento del pasado, distante o cercano, tomamos el desvío equivocado, y terminamos en un camino que nos condujo a una situación más bien mala [...] Necesitaríamos deshacer el camino andado, regresar a aquella encrucijada en el camino donde tomamos la dirección equivocada [...] Continuar por un camino que nos ha traído a una situación francamente mala equivaldría a atraer sobre nosotros situaciones peores [...] Hay momentos en la vida en que el único camino responsable y racional por el que podemos avanzar es el que nos vuelve atrás, aquél por el que regresamos al punto donde

nos desorientamos y comenzamos a dirigirnos en la dirección errónea.

Este consejo, que le viene como anillo al dedo a la situación litúrgica contemporánea, se hace eco de la insistencia de Mons. Schneider en que el único modo en que vamos a superar la actual crisis en la Iglesia católica es retomando el contacto son su Magisterio auténtico y con su Tradición litúrgica. Hemos tomado la curva equivocada. Necesitamos regresar y tomar el camino correcto, el camino de la continuidad con la Tradición.

CAPÍTULO 8

Un rito histriónico y desorientado

El título de este capítulo subraya dos aspectos de la nueva forma de la Misa. La palabra "histriónico" se refiere a la tendencia de la forma ordinaria a poner énfasis en el sacerdote como orador y actor, dándole amplio lugar para hablar extemporáneamente y adoptar posturas corporales antojadizas, en contraste con la insistencia del rito tridentino en que el sacerdote es un "instrumento animado"[1] que cumple una función hierática bien definida en el altar, con la recitación de un discurso sagrado determinado por la Iglesia, y con la cuidadosa observancia de las rúbricas detalladas, cargadas de significados, que hemos recibido en herencia.

La palabra "desorientado" alude específicamente a una Misa que vuelve la espalda al oriente y se vuelve hacia el pueblo, es decir, hacia el poniente. Puesto que para todos los Padres y Doctores de la Iglesia el oriente representa a Cristo, la Estrella de la Mañana que se levanta sobre nuestro mundo y recibe

1 *ST* III, q. 64, a. 8, ad 1.

nuestra adoración[2], en tanto que el poniente representa a la oscuridad y a todo lo que ama lo tenebroso y que huye de la luz de Dios, el dar el sacerdote la espalda al símbolo cósmico de Cristo y de su segunda venida y volverse hacia el pueblo es el lenguaje codificado del antropocentrismo, de la adoración de las potencias interiores del hombre, y de la subordinación de la inmutable fuente divina de perfección a un "experimento" humano en perpetuo cambio[3]. Santo Tomás cita a San Agustín: "El Oriente (es decir, Cristo) te llama, y tú te vuelves hacia el Poniente (es decir, hacia el hombre mortal y falible")[4]. En contraste con esto, Diderot, enciclopedista de la Ilustración, escribe: "El hombre

2 ST II-II, q. 84, a. 3, ad 3: "Conviene adorar hacia el Oriente, primero porque se muestra la divina majestad por el movimiento de los cielos, que comienza en el oriente; segundo, porque el Paraíso estaba situado en el Oriente, según Gen. 2, 8 (Setenta), y así indicamos nuestro deseo de volver al Paraíso; tercero, a causa de Cristo, que es la "*luz del mundo*" (Jn 8, 12; 9, 5) y es llamado "*el Oriente*" (Zac. 6, 12) que asciende sobre el cielo de los cielos en el Este (Sal. 67, 34) y se espera que regrese desde el Oriente, según Mt. 24,27, '*Como un relámpago que nace en el oriente y cubre hasta el poniente; así será la venida del Hijo del Hombre*'".

3 Podría objetarse que los modernos están tan "cosmológicamente sacudidos" que ya no son sensibles al significado de estas cosas. RATZINGER, *The Spirit of the Liturgy*, cit., observa que los habitantes de las ciudades apenas tienen conciencia de los ritmos del sol y de la luna, de las estrellas y de las estaciones. Es verdad; pero las acciones son simbólicas, y las litúrgicas, dos veces más. No podemos cambiar la posición del sacerdote en 180° (para no mencionar los demás aspectos de la liturgia) sin alterar profundamente los mensajes tanto subliminales como conscientes que con ello se transmite. En realidad, lo que tiene lugar es la adopción de una nueva visión del mundo que reemplaza a la antigua, que tenía raíces cósmicas. Se trata de una visión del mundo esencialmente antropocéntrica, tecnocrática, racionalista, en la que el hombre no sólo ignora a la naturaleza, sino también a Dios, que es el autor y redentor de la naturaleza.

4 *ST* II-II, q. 189, a. 10, corp. En otro lugar, en *Contra retrahentes*, Santo Tomás cita de nuevo el pasaje: "S. Agustín, en su libro *De verbis Domini*, pone este pasaje: '*El Oriente te llama, ¿esperarás tú en el Poniente?*'. Ahora, por Oriente se entiende Cristo, como sabemos por las palabras de Zac. 6, 12, '*He aquí un hombre, y su nombre es Oriente*'". El Poniente significa el hombre que declina hacia la tumba, en riesgo de caer en la oscuridad del pecado y la ignorancia".

es el único término del cual debemos partir, y al cual debemos hacer que todo regrese"[5].

La investigación sobre la nueva liturgia, emprendida por importantes teólogos como Aidan Nichols, Lauren Pristas y Jonathan Robinson, a partir del trabajo de críticos anteriores como Klaus Gamber, ha establecido la profunda y extensa influencia de las teorías de la Ilustración sobre los miembros y los compañeros de ruta del *Consilium*, el equipo que escribió los nuevos libros litúrgicos[6]. No es raro, pues, que una liturgia encuadrada en este contexto de Iluminismo, que realza al pueblo y al mismo tiempo invita al sacerdote a presidir esta república o ser su presidente, cultive claramente el *ethos* de una "celebridad", el aura del político que, en la modernidad, no es tanto un agente moral como un actor amoral. Quien preside –el presidente– es el centro de la atención y debe actuar y reaccionar en consecuencia. Él es, más que nunca, el encargado, el sagrado "político"[7]. De acuerdo con el cardenal Ratzinger, el clamor de las feministas en favor de la ordenación de las mujeres sólo pudo tener efectivamente lugar después del rebajamiento y disminución del oficio sacerdotal al rango de vehículo del poder de la comunidad. El sacerdote que quisiera hacer valer este poder por sobre la asamblea, tendría que alejarse todo lo posible del *usus antiquior*, con su sobria belleza, su parquedad clásica y su ascética atención a detalles que no son ni vistos ni oídos.

La liturgia tridentina insiste en la indignidad del sacerdote en sí mismo, y continuamente requiere que él, igual que todos nosotros, sea hecho digno por un movimiento de la misericordia divina. Puede que el sacerdote sea vanidoso o egoísta, y que eso afecte todo

5 Citado en GOODMAN, D., *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment* (Ithaca, Cornell University Press, 1996), p. 26.

6 No hace falta leer más que el estupendo estudio de Lauren Pristas para conocer cuán profunda fue la influencia del pensamiento moderno o modernista en la composición de las oraciones del misal.

7 N. del Tr.: En castellano en el original.

su ministerio, particularmente fuera de las funciones litúrgicas; sin embargo, el ordenamiento clásico de la Misa va constantemente a contrapelo de la naturaleza caída, pide al sacerdote que se niegue a sí mismo obedeciendo a la ley litúrgica, lo fuerza, casi, a entrar en el ritmo propio de ésta y en el tono de su lenguaje: así de dominante es su aura ceremonial. Tendría que tratarse de un sacerdote muy corrupto para que ignorara, o tratara livianamente o socavara, el antiguo *ordo Missae*. Piénsese en ello: en el rito tradicional, el sacerdote mismo, espléndidamente ataviado, puesto aparte como mediador consagrado, de cuyo estatus superior no existió nunca la más mínima duda, se golpea, sin embargo, el pecho, se inclina profundamente, pide la gracia de ofrecer dignamente el sacrificio, se purifica y prepara a través de la liturgia hasta que llega el acto de la consagración, en que Jesús habla *in propia persona*, como si la liturgia dijera: "Tú, sacerdote humano, a pesar de todas tus plegarias, todavía eres indigno; Yo, la Palabra Encarnada, el Eterno Sumo Sacerdote, debo intervenir y actuar por ti, ofreciéndome a Mí mismo al Padre". La antigua liturgia, con su solemne silencio, casi grita que el sacerdote lleva la carga sobre sus propios hombros, tal como Cristo llevó el peso del madero. ¿Qué laico podría ponerse de pie y decir: "Dame a mí ese gran peso, es mi derecho, es injusto que lo retengas para Ti mismo?".

En la nueva forma de la Misa las cosas son totalmente diferentes. Primero, para todos los efectos prácticos, se da por sentado que todos son, para colmo, completamente dignos, ya que, aparte de un par de raudas referencias (*agnoscamus peccata nostra, ut apti simus ad sacra mysteria celebranda* [...]; *Domine, non sum dignus*, dicho sólo una vez), casi no se menciona ni el pecado ni el arrepentimiento. Cualquiera puede leer desde el misal del altar (y así se hace a veces); las rúbricas, que se presenta como "simplificadas", son en realidad inadecuadas e inestables, y proporcionan oportunidades para que el celebrante se luzca a sí mismo, para que amenice la Misa con mensajes personales; y las vestimentas, los ornamentos litúrgicos y la arquitectura van por el mismo camino, en un "*crescendo*" de banalidad.

Víctimas del vernáculo

Contradiciendo derechamente la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, que planteó un uso moderado del vernáculo y amonestó contra cambios innecesarios o inorgánicos, las autoridades de la Iglesia impusieron en la Iglesia latina una liturgia enteramente en vernáculo, con una exclusividad súbita e iconoclasta. El resultado no fue esa nobleza lingüística de las ceremonias bizantinas o las del *alto anglicanismo*[8], sino una atmosfera horizontal, superficial, conversacional, carente de sabor espiritual. Supuesta la predominante ausencia de disciplina espiritual –ausencia epitomizada por el exagerado minimalismo de las rúbricas del nuevo misal, lo que, a su vez, conduce a la formación de un clero carente de entusiasmo– , el vernáculo no puede sino estimular la emocionalidad que lleva a las personas al reino de lo subjetivo. Mientras más "entra" el celebrante en los textos, glosando, desvirtuando y criticando, más artificial e impostado y vanidoso lo va volviendo todo, convirtiéndolo en una especie de "show" unipersonal o monólogo teatral, no en un compartir en el "pretérito perfecto" del Calvario ni en el "futuro perfecto" del Reino hecho presente aquí y ahora. El sacerdote que simplemente, y con reverencia, lee el antiguo *Missale Romanum* y hace suyas las oraciones del mismo, subordinándose totalmente al ritual de la Santa Madre Iglesia, se convierte en el portavoz de una Tradición viva que emana del Señor vivo. Esto requiere ascesis en el sacerdote, sí; pero también la requiere de los fieles: éstos también tienen que negarse a sí mismos, empuñar, como quien dice, su misal personal y seguir al sacerdote a fin de entrar en el misterio de la cruz, renovado sobre el altar del sacrificio. A nadie se le permite brillar o emitir maravillosos trinos; todos deben arrodillarse y adorar.

8 N. del Tr:. El autor se refiere a las ceremonias de la *High Church* anglicana, cuya liturgia conserva una atmósfera ceremonial solemne de que carecen, a menudo, las de la *Low Church*, más cercanas a los "servicios de oración" del protestantismo en general.

La nueva liturgia no puede evitar atraer la atención hacia la *personalidad* del celebrante porque el vernáculo es el área de expansión de éste, el ámbito de su habla cotidiana, y si hay algo que se le ha alentado a hacer, desde el primer día de seminario, es a "conectarse con la gente", "hablarle en su idioma", ser "uno de ellos". Y así, tiene que ofrecer la Misa en la misma vena, rellenando con familiaridades, expresiones coloquiales, agudezas, anécdotas, saludos de día festivo, pequeñas informaciones –y a partir de esto la infección se contagia también a las partes fijas de la Misa, cuyas fórmulas comienzan a reflejar sutilmente cualquier forma particular de pastoral o de perspectiva teológica que el sacerdote haya acertado a desarrollar–. Las raíces del problema son bien obvias: en Occidente, por más de mil años, nunca se hizo ningún esfuerzo sistemático por emplear un vernáculo noble en nuestros ritos[9]; de ahí que no hayamos desarrollado, como en Oriente, la costumbre de reverenciar al máximo los textos litúrgicos en la lengua del lugar[10]. De hecho, uno de los errores colosales de la fallida reforma fue creer que, tal como el culto en vernáculo, con mucho canto por parte de la asamblea, funciona en Oriente o entre los protestantes, iba a funcionar también perfectamente entre los católicos, lo cual significa ignorar el hecho, enorme como una catedral, de que durante siglos el alma católica fue educada por la guarda del silencio, por la reverencia, por el arrodillarse, por el mirar y, en una medida que es mucho mayor

9 No quiero decir con esto que Occidente se haya equivocado al no usar el vernáculo en los ritos; muy por el contrario, como lo sostiene San Juan XXIII en su Constitución apostólica *Veterum Sapientia,* de 22 de febrero de 1962. Lo único que quiero decir es que nunca se acostumbró a los católicos a un vernáculo solemne y canónico, al contrario de lo que ocurre con los anglicanos y su traducción isabelina de algunos elementos de su patrimonio litúrgico latino.

10 El respeto del sacerdote bizantino por los textos del Misal es tan profundo que incluso cuando celebra la liturgia en su lengua materna, jamás altera las palabras o las rúbricas: ambas cosas han sido determinadas por normas, como alguna vez fue también el caso en Occidente. Lo único que se *agrega* alguna vez es el nombre de los enfermos, de los difuntos o de quienes hayan pedido oraciones. Y, por cierto, la homilía es suya propia.

que lo que los reformadores captaron o admitieron, por el latín y, en menor medida, por el canto gregoriano, su compañero por naturaleza. Cambiar súbitamente esos hábitos del alma, apartándola de ellos, no sólo vino a consolidar la discontinuidad con el pasado, sino también a matar por inanición aquellas *virtudes* espirituales propias de la Iglesia de Occidente. Esta pasó de tener *algunas* virtudes a no tener *ninguna*.

Como escribiera alguna vez Robert Hugh Benson, la Misa tridentina es una danza sagrada que requiere de máxima concentración para ser ejecutada y pide, con insistencia, cuidadosas preparaciones antes de comenzar, para no decir nada de los años de preparación que requieren los ministros más importantes. Muchas personas mayores, clérigos o laicos, preferirían *no* volver a la Misa tridentina, porque es más exigente tanto espiritual como físicamente. El *Novus Ordo* es un acontecimiento social realizado rutinariamente, que puede llevarse a cabo con una preparación comparativamente mucho menor. Esta diferencia se advierte igualmente entre los acólitos tradicionales y los actuales "ayudantes de Misa". Los primeros tienen que estar bien enseñados e incluso capacitados para realizar sus movimientos elegantemente, sincronizados, en especial en la Misa solemne, en tanto que los segundos pueden aprender los detalles del *Novus Ordo* en cosa de minutos, ya que consisten en poco más que sostener en alto un libro o tomar unas vinajeras. Tanto en el caso del sacerdote como del ayudante hay también una diferencia en las vestimentas: el sacerdote tradicional usa varias capas de telas a menudo ricas y hermosas, que deben ser revestidas de determinado modo, y el acólito tiene, al menos, la antigua sotana y el sobrepelliz; pero el sacerdote moderno se echa encima unos pocos ítems, coronados por una cubierta de tela polyester, y su ayudante, varón o mujer, lleva algún tipo de ropaje que no alcanza nunca a quitar de la vista sus zapatillas deportivas[11].

11 Como lo recordarán los católicos de más edad, el gusto en los orna-

El modo cómo los ministros en el altar se mueven, oran, se inclinan, hablan y cantan refleja y representa la realidad de lo que está teniendo lugar. En el rito clásico romano, los ministros claramente *trabajan*, con la atención fija en algo que está por sobre ellos mismos, por sobre el pueblo. Su papel es difícil; tienen entre manos un asunto que es serio, un "asunto del Padre". Casi siempre transpiran profusamente en la Misa Solemne o en la cantada. En el *Novus Ordo*, sea que transpire o no, el sacerdote parece llevar a cabo movimientos destinados a captar y retener la atención de la gente, y sostiene *con* ésta una suerte de diálogo. Recuerdo otra observación de Mons. Benson: en la antigua Misa, el sacerdote, aun cojeando, sube las gradas y se pone a trabajar. Tiene algo serio que hacer, y lo hace, no por la gente, en primer lugar, no teniéndola a ella como referente, sino teniendo en vista el trabajo que hay que hacer, el *opus operatum*[12]: lo que hace es adorar al Padre en espíritu y en verdad, adentrándose en el sacrificio supremo de su Hijo unigénito en la Cruz. He aquí la razón de por qué está de cara al Oriente, hacia el Cristo que ha venido y que vendrá. Cristo es su señor, su "empleador", si se quiere. El sacerdote le rinde cuentas sólo a Él. El sacerdote de la nueva Misa, ¿responde, ya sea literal o metafóricamente, a Cristo o, más bien, a la gente? La desorientación física del sacerdote, su

---

mentos –para no mencionar siquiera el tipo de arquitectura de las iglesias y el diseño del presbiterio– ya había comenzado, desde antes del Vaticano II, a sufrir la infección de un utilitarismo superficial. Ha habido otras épocas en la historia de la Iglesia en que ha decaído el gusto y el estilo artístico-litúrgicos. Con todo, sería difícil imaginar una banalización más completa, un sacrificar más despiadadamente lo sustantivo a la moda efímera, que lo que presenciamos hoy a nuestro alrededor.

12 Aunque es verdad que en tiempos preconciliares hubo también una buena medida de desacralización del rito romano –por ejemplo, cuando el celebrante decía la Misa a una velocidad vertiginosa, haciendo las señales de la cruz prescritas sobre la oblata tan rápidamente que ya no eran signos inteligibles de la cruz–, no se dio, sin embargo, una "cultura" de la banalidad que dejara a los asistentes sin aliento: por lo general, los fieles todavía eran capaces de experimentar la Misa como una fuente visible de gracia y de paz invisibles.

volverle la espalda al Oriente y darle la cara al Hombre, su poner cabeza abajo la jerarquía de Misa y pueblo, simboliza con una justicia poética digna del Dante el estado del alma occidental y la crisis esencial de la Iglesia Romana en esta Edad Oscura.

Comidas y misterios

Una fiesta o banquete es un auténtico acto humano de sociabilidad, de distendida fraternidad y, si hemos sido bendecidos con la fe, una verdadera celebración de la vida como don de Dios. En las sociedades tradicionales hay siempre un momento para festejar, tal como hay un momento para ayunar. Así lo ha querido la Providencia. Por su parte, la Última Cena fue una comida. Y aunque Cristo quiso instituir el sacramento de su amor en el contexto de una fiesta judía, ya ricamente sacramental y formal en la práctica, esa comida no fue, en absoluto, como las comidas modernas: Él transformó los elementos de una comida en una cena mística[13] que hizo presente, anticipadamente, Su muerte en la cruz al día siguiente, alterando fundamentalmente con ello la ocasión, y transformando una fiesta conmemorativa en un verdadero y digno sacrificio, el sacrificio del Calvario. Aquella, para empezar, no fue una comida "ordinaria", pues, para el momento en que hubo terminado, ya se había transformado en algo absolutamente extraordinario. El mandato de Cristo dio a la Iglesia el poder de elevar el banquete humano, transformándolo en un instrumento para hacer presente y acrecentar el Reino de Dios. Esta consagración de lo ordinario tuvo, a su vez, un notable efecto en la vida ordinaria, iluminándola con los rayos de la santidad

13 Tomo esta expresión de una bella oración bizantina antes de la comunión: "Acéptame como partícipe de tu cena mística, oh Hijo de Dios, porque no he de revelar sus misterios a tus enemigos ni he de darte un beso como lo hizo Judas, sino que he de hacerlo como el ladrón que te confieso ser. Acuérdate de mí, oh Señor, cuando entres en tu Reino; acuérdate de mí, oh Maestro, cuando entres en tu Reino; acuérdate de mí, oh Santo, cuando entres en tu Reino".

de la Iglesia y fortaleciendo la naturaleza en cuanto soporte de la gracia, porque son unas mismas las personas que encuentran el sentido de su vida en la Misa y las que, en la mesa del círculo familiar, comparten el pan.

La comida moderna –algo hecho a la carrera, compuesto de alimentos para microondas que, en la rara ocasión en que se juntan todos a comer, da lugar a una charla trivial– no tiene nada de misterioso o siquiera de digno. ¿Creemos, acaso, que nuestro alejamiento de la familia, del hogar y del fogón, de los ritmos de la vida del campo, no han tenido efecto alguno en nuestra percepción de la liturgia? ¿Cómo podremos valorar un banquete sagrado (*O sacrum convivium*, cantó Santo Tomás) en una época en que incluso los banquetes profanos son más bien infrecuentes? La "desacralización" de la vida cristiana corriente, la "desmitificación" de la Misa: ¿qué es primero y causa de lo otro, o son ambas cosas simultáneas y recíprocamente causales? Lo que, en todo caso, está claro es lo siguiente: en la Iglesia de rito latino hemos presenciado la reducción del sacrificio divino, del *sagrado* banquete, a una comida humana y, lo que es peor, no a la comida tradicional, que crea hermandad, sino al *fast food* y cháchara modernos, que dejan nuestras almas solitarias y frías, a pesar de la energía con que podamos ir gastando nuestra vida en *twitts* y mensajes de texto.

Una liturgia *Novus Ordo* celebrada en iglesias desorientadas[14], en que se ha reemplazado el altar por una simple mesa y en que el sacerdote, rompiendo con casi 2.000 años de tradición, está de cara al pueblo y se dirige a él en vez de volverse al Oriente y hablar en voz baja al Bien Amado, no es más que una traición visible de la esencia invisible de la Misa[15]. Todas las

14 N. del Tr.: Es decir, no diseñadas hacia el Oriente.

15 Joseph Ratzinger y Uwe Michael Lang, entre otros, han refutado el viejo argumento de que la configuración de algunas iglesias de Roma, especialmente la de San Pedro, son prueba de una celebración *versus populum*, ya que en tales iglesias, debido a accidentes históricos, el sacerdote, a fin de ponerse de cara *ad orientem* tenía que ponerse también de cara al pueblo, ya

liturgias, tanto orientales como occidentales, son unánimes en el carácter irreductiblemente sacerdotal del sacerdote, y en la absoluta "altaridad" del altar. El sacerdote en el altar tiene claramente una especial tarea sacerdotal que cumplir, que demanda toda su atención, y ha de concentrarse en ella por completo, *dando así el buen ejemplo a todos los demás*. El sacerdote realiza algo que nadie más puede hacer y, sin embargo, paradojalmente, al hacerlo en debida forma, revela el misterio a todos los que participan en la liturgia y los habilita, *por intermedio de sí mismo*, para aproximarse al altar y ofrecer el mismo sacrificio. Pero cuando estructura, texto y práctica enfatizan lo mundano a expensas de lo trascendente, y lo horizontal en detrimento de lo vertical, la ceremonia se convierte en una actividad protestante de conmemoración, innecesariamente rellenada con sermones "conmovedores" o "alusivos"[16]. La consecuencia no es que, al final, todos terminan rindiendo culto del mismo modo, sino que nadie puede realmente hacerlo: el único sacrificio que une cielos y tierra se pierde en la mesa, en la comida, en la conversa de camaradería. Un altar mayor, o un altar detrás de una iconostasis, rodeado de ministros sagrados dedicados sin reservas a dar gracias a la Santísima Trinidad[17], expresa visible y vívidamente el PARA QUÉ –y también la fuente– de la existencia de todo el edificio entero del templo, de toda la liturgia y, por extensión, de toda la Iglesia;

que la iglesia estaba construida al revés, con el altar vuelto no hacia el extremo oriental del edificio sino hacia el extremo occidental. El punto clave fue siempre volverse *ad orientem*, hacia Cristo, el Oriente.

16 El protestantismo ha tendido, históricamente, a ver o establecer una oposición entre forma, orden y ley, por una parte, y libertad y espontaneidad ("en el Espíritu"), por la otra. Hemos visto esta oposición rediviva en algunos aspectos del movimiento carismático católico.

17 *Gratiarum actio ad Trinitatem*: título de una oración de Santa Catalina de Siena, pero también una adecuada descripción de la esencia de la Misa, en cuanto sacrificio propiciatorio, en que el Hijo de Dios, en virtud de su naturaleza humana, ofrece la perfecta alabanza, la acción de gracias, el honor y la adoración a la Santísima Trinidad a nombre de la Iglesia y de toda la creación, agradando así perfectamente a Dios y comunicando ese agrado a todas las almas en estado de gracia.

una simple mesa y una plataforma adonde sube un variopinto conjunto de personas no tiene este resultado, y no puede tenerlo. Podría objetarse que lo que hago aquí es criticar no el *Novus Ordo* sino el modo como normalmente se lo pone por obra; pero mi respuesta sería la misma que da Martin Mosebach: el hecho mismo de que el *Novus Ordo*, con sus innumerables opciones e inculturaciones, *permita* que esto ocurra, y de que los dirigentes de la Iglesia hayan considerado apropiado permitir todo tipo de "adaptaciones" (incluyendo, en unos pocos casos, liturgias con canto en latín) de acuerdo con el "genio" del Misal de Pablo VI, es suficiente para probar mi argumento. No hay liturgia alguna que pueda alegrarse por la ausencia de formas.

En una liturgia *Novus Ordo*, con su interminable verborrea, comenzando con el improvisado saludo del cura, siguiendo por un conjunto de lecturas de la Escritura malamente coordinadas, luego por una homilía llena de desvíos y otras cosas por el estilo, se nos apalea y se nos aburre con palabras, palabras, palabras, sin que la suave condescendencia de Cristo nos cautive. Se nos rodea de palabras humanas que, casi siempre, nos distraen de la Palabra Encarnada de Dios, el Único que real, verdadera y sustancialmente se hace presente entre nosotros como el máximo *Mysterium Fidei,* al cual la única respuesta adecuada es una mirada de adoración silenciosa, maravillada. Como consecuencia, el rito medieval de elevar la hostia consagrada y el cáliz –acto del cual un dibujo o una fotografía pudo servir antaño como símbolo universal o sinopsis de toda la Misa– se ha transformado, si hemos de juzgar por las apariencias, en una acción irrelevante e, incluso embarazosa, para muchos clérigos. No es coherente con la idea de una "cena": cuando se está cenando, normalmente no se alza la comida frente a los comensales. Los judíos alzan el matzo al comienzo de la Pascua, pero no es necesario recordar que casi el ciento por ciento de la Iglesia está formada por gentiles, y que el Señor, Príncipe de su propio pueblo, inauguró una nueva forma de culto que, junto con llevar a su culminación las ceremonias judías, les puso término. Para nosotros, los gentiles, tiene mucho

sentido el simbolismo de ofrecer un don *como sacrificio* a Dios, alzándolo bien alto por sobre la cabeza, hacia los cielos. Cuando el sacerdote está *versus populum*, es mucho más difícil comprender la razón de ese gesto. Como se sabe, muchos sacerdotes simplemente no *alzan* en absoluto la hostia consagrada y el cáliz: apenas una leve elevación y se continúa apresuradamente con la "aclamación". No hay pausa ceremonial, no hay ese intervalo en que uno recupera el aliento y en que el corazón se postra en adoración ante el Salvador crucificado y resucitado, escondido bajo las apariencias del pan y del vino[18]. Se nos administra una hora de palabrería, banalidades y cantos folclóricos, pero no se nos concede ni treinta segundos para adorar en silencio.

Una de las razones por las que la liturgia se ha vuelto tan banal es que el "normal misticismo" de la vida litúrgica de Occidente se ha perdido poco a poco. La lenta desaparición comenzó mucho antes del Concilio, aunque no en todas partes ni, ciertamente, en todos los fieles. Cada vez que se toca el corazón de los fieles, en cualquier tiempo o lugar, ya sea con el canto llano, o con una Misa de madrugada en Adviento, a la luz de las velas, o con el silencio del sacerdote que reza el Canon Romano, o con los gestos simples pero elocuentes de los ministros sagrados, o con el fervor de las oraciones colectas y otras plegarias del misal personal, bien hojeado, de cada uno, cada vez que este género de cosas se establece sólidamente y es *apreciado* por sí mismo, no hace falta "reforma" alguna ni surge el deseo de hacerla, excepto en el caso de obvias y minúsculas adaptaciones en consideración

18 Históricamente, el sacerdote comenzó a alzar la hostia y el cáliz en respuesta al deseo de los fieles de ver y adorar al Dios verdadero escondido en las especies de pan y de vino. Naturalmente, la elevación de ambas especies está rodeada de reminiscencias bíblicas y teológicas: "Así como Moisés alzó la serpiente en el desierto, así debe ser alzado el Hijo del Hombre" (Jn 3, 14); y "Cuando sea alzado sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas" (Jn 12, 32). El significado estrictamente teológico de elevar las especies perdura, sea que el sacerdote esté de cara *ad orientem* o *versus populum*, pero en este último caso se desvanece el contexto que da apoyo a este gesto, tan claramente apropiado.

a los tiempos y espacios, o a la aparición de nuevos santos o nuevas fiestas. Aun admitiendo que hay diferencias de temperamento, de estados de ánimo y de grados de devoción, resulta claro que la participación predominantemente silenciosa de los fieles es, en condiciones normales, todo lo profundamente *activa* que se puede esperar. Esa participación se vuelve superficialmente activa (o sea, se la transforma en una participación *espiritualmente* más pasiva) cuando se obliga a la gente a levantarse y hablar, darse la mano, levantar los brazos, agitar las manos y otras cosas por el estilo. La actividad humana más elevada es la contemplación silenciosa de la realidad divina gracias al poder del espíritu, elevado por la gracia, y ésta es la actividad a que debiera conducirnos la liturgia.

En su bien golpeado discurso *ad limina* del 9 de octubre de 1998, dirigido a los obispos del noroeste de los Estados Unidos, Juan Pablo II habló de las nociones verdaderas y falsas de *participatio actuosa*, y de la necesidad de considerar la meditación y la escucha (del canto gregoriano, por ejemplo) como profundamente *activas*. El llamado al laicado a "participar" surgió a raíz de las deletéreas influencias de la *devotio moderna* en la vida litúrgica, junto con una visión de la liturgia que enfatizaba lo jurídico más que lo artístico, lo utilitario más que lo estético. Si antes del Vaticano II la genuina participación fue a veces pobre, los reformadores post-conciliares erraron gravemente al tratar de lograr participación mediante la demolición y minimización de la liturgia. Muchos de ellos aparentemente entendieron que una participación activa significaba *hacer* algo: cantar, leer, ayudar a distribuir la Comunión. Se bonificó el hacer cosas, incluso si ello significaba transformar la liturgia en algo banal y simplista, a fin de asegurarse que ese tipo de participación tuviera efecto. Parecieron olvidar que quienes van a la ópera o a un concierto, por ejemplo, no necesitan involucrarse en la producción de la música para participar activamente en la ocasión.

La actividad que más "construye comunidad" es la contemplación interior y la asimilación de las verdades y del amor di-

vinos, que poseen el poder de transformar en íconos de Cristo a quienes los experimentan[19]. Si no se puede saborear la dulzura de la contemplación, qué vivificante puede resultar simplemente mirar un crucifijo con fe en el corazón, o visitar una iglesia y quedarse un momento en quietud frente al tabernáculo, con su lamparita parpadeante que apenas se ve. Ello hace que uno se desprenda –o envíe a un museo– de cosas que debieran estar en lugares como ése, tal como se hace con esos viejos telares de la familia que algunos descendientes ingratos, desconociendo su importancia o no dándoles ninguna, tiran al tarro de la basura con un simple encogimiento de hombros.

En el actual momento histórico, en que Dios en su inescrutable Providencia ha permitido que los pastores mismos conduzcan a los católicos a un árido desierto espiritual, a una selva mundanal de chacales y espinas, nuestra tarea es preservar, en el santuario de nuestro corazón –si no podemos preservar el santuario de nuestras iglesias– los tesoros que nos han legado mejores servidores que vivieron en mejores épocas, y conservarlos seguros para una generación que podrá, de nuevo, gustar los frutos de un jardín bien regado.

---

19 Esta descripción parece aplicarse sólo a la Misa rezada, pero no es así. Incluso en una Misa Solemne, con mucho canto gregoriano y mucha participación en el canto del Ordinario de la Misa –en otras palabras, el tipo de celebración que es la norma y el ideal del rito romano–, hay mucho tiempo para meditar, para escuchar, para orar en silencio, y hay, además, un *espíritu* de recogimiento que significa mucho más que la mera ausencia de sonidos. En este sentido, no me parece que sean muy diferentes, *en su espíritu*, una Misa rezada y una Misa Solemne, por muy elaborada que ésta sea, y por muy grandes que sean sus diferencias exteriores.

CAPÍTULO 9

Las riquezas que el Ciclo Santoral ha perdido

Hace unos años tuve la suerte de asistir, con un amigo, a dos celebraciones de la fiesta de Santa Teresa, ya que en el antiguo calendario ella cae el 3 de octubre y, en el nuevo, el 1 de octubre. De hecho, ninguna de ambas fechas es muy a propósito, porque Teresa murió el 30 de septiembre, pero desde hace mucho tiempo se celebra ese día la fiesta de San Jerónimo, *qui non movetur*, y el 1 de octubre, que podría haberse celebrado como el día de su recompensa en los cielos, estaba ocupada por San Remigio, Obispo y Confesor, quien bautizó al rey Clodoveo, haciendo ingresar con ello al reino de los francos en el seno de la Madre Iglesia. Esta última fiesta fue suprimida del calendario universal en la reforma de 1969. Tendré ocasión de decir algo más sobre la supresión de santos "oscuros" o "locales". Entre tanto, para volver a la Florecilla, no fue difícil agradecer a Dios la oportunidad de celebrar dos veces su memoria. Con seguridad la santa de la humildad heroica sonreía con la inoportunidad de ambas fechas.

Con todo, en la celebración *Novus Ordo* (que, dicho sea de paso, fue todo lo "Oratoriana" que podía ser, con gregoriano a cargo de una *schola*), pude advertir lo inadecuado de las lecturas,

que fueron simplemente las lecturas propias del día de la semana[1]. La lectura de Baruch se refería a la maldad de las ciudades que rechazan a Dios, y la del Evangelio fue "Ay de vosotras, Tiro y Sidón". Aun aceptando que un sacerdote dotado del ingenio exegético de un Orígenes podría ilustrar cualquier misterio con cualquier pasaje de la Escritura, el laico corriente se pregunta "¿tiene esto algo que ver, en realidad, con Teresa?". En el ciclo litúrgico tridentino, las lecturas *siempre* se relacionan con el santo cuya fiesta se celebra. En la Misa tradicional a que asistí, la Epístola fue Is 66, 12-14 ("Así como una madre consuela a sus hijos, así os consolaré yo"), y el Evangelio, Mt 18, 1-4 ("En verdad os digo, si no os convertís y hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos"). Aquí sí que estamos en compañía de la Florecilla y de su redescubrimiento de la frescura del Evangelio. La yuxtaposición de lo antiguo y lo nuevo me llevó a ver qué gran desastre fue el abandono de la interna unidad de Escritura y fiesta del día: pareciera ahora que las oraciones, las lecturas y el sacrificio son tres cosas diferentes, cuando en realidad debieran estar interrelacionadas, como era el caso en el ciclo antiguo, formando una túnica inconsútil.

Pero las cosas son todavía peores: los cantos propios para el día de esa fiesta, en el nuevo *Graduale Romanum*, son irrelevantes en ciertos casos (como el verso del Aleluya), y en otros casos apenas atingentes, es decir, sin ninguna relación con Santa Teresa. Si se los compara con los propios del *usus antiquior* para el día de esta Santa, se puede apreciar la magnitud de la pérdida que sufren los fieles cuando se descarta la antigua liturgia y su desarrollo orgánico.

1 Por cierto, el celebrante *pudo* haber escogido las lecturas optativas para una Virgen, del voluminoso Leccionario nuevo, pero no lo hizo y, en realidad, rara vez se hace esta opción. Es mucho más fácil tomar la lectura del día, en cuya página el libro ya está abierto porque la cinta fue dejada allí desde el día anterior. He oído a algunos sacerdotes decir que escoger las lecturas opcionales interrumpe el flujo de los pasajes de la Escritura, por lo que debiera evitárselas, a menos que la fiesta sea tan importante que la Iglesia misma exija otras lecturas.

El *Graduale Romanum* indica, para el *Novus Ordo* del día de Santa Teresa, los siguientes propios (como el *Graduale*, naturalmente, está en latín, lo cito aquí en traducción):

> ***Introito*** (Sal 30, 7-8. 2): Yo, sin embargo, he esperado en el Señor: me alegraré y me regocijaré en tu misericordia, pues has visto mi aflicción y has considerado las aflicciones de mi alma. V. En Ti, oh Señor, confío, no sea nunca confundido, líbrame en tu justicia. -Yo, sin embargo, he esperado en el Señor: me alegraré y me regocijaré en tu misericordia, pues has visto mi aflicción y has considerado las aflicciones de mi alma.
>
> ***Gradual*** (Sal 26, 4): Una cosa pido al Señor, ésa procuro: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar el encanto del Señor y visitar su santuario.
>
> ***Aleluya*** (Sal 116, 1) Alabad al Señor, todas las gentes, alabadle todos los pueblos.
>
> ***Ofertorio*** (Sal 102, 2, 5): Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios; Él sacia todos tus deseos y renueva tu juventud como la del águila.
>
> ***Comunión*** (Sal 9, 2, 3): Cantaré todas tus maravillas, yo me alegraré y exultaré en Ti, y cantaré salmos a Tu nombre, oh Altísimo.

Si se me permite una breve digresión, el hecho mismo de que el misal de altar pueda tener otros textos que los contenidos en el *Graduale Romanum*, y no mejores, por cierto, que los seleccionados por los monjes de Solesmes, subraya la falta de coordinación y de unidad que hace imposible sostener que el moderno rito romano sea uno solo y universal. Dicho brevemente: cuando se entra a una iglesia en cualquier parte del mundo, no se sabe con qué se va uno a encontrar, a pesar del calendario así llamado "universal", debido a la cantidad que hay de alternativas, dispensas, derogaciones, ciclos y quizá cuántas otras cosas. Es una situación deplorable. Y como parte de esta digresión, no puedo evitar traer a colación que la inmensa mayoría de los fieles jamás oirá estos Propios de la Misa en latín o en vernáculo, con el revestimiento esplendoroso del canto gregoriano o de cualquier

otra música apropiada, ya que los Propios han sido abandonados casi universalmente, reemplazados por cantos o himnos todavía menos atingentes a la fiesta que se celebra. Se priva así a los fieles de los beneficios que se derivarían para ellos de escuchar directamente los textos mismos de la Escritura que se ha seleccionado, para mejor o para peor, como adorno de los diversos días del año litúrgico de la forma ordinaria. En suma, la "reforma" ha conducido en la mayoría de los casos a un total abandono de los Propios como tales, pérdida que ha mutilado gravemente la integridad, el equilibrio y el lenguaje bíblico del rito romano, hecho que se reconoce y se lamenta cada vez más en las conversaciones que hoy se llevan a cabo acerca de qué es lo que salió mal, sin que se tenga todavía muchas pruebas de que, por lo general, se esté usando los recursos disponibles para cantar los Propios (ya sea en latín o en vernáculo) en las parroquias.

Pero volvamos a los textos del *Graduale*. No voy a apuntar mis críticas a la mala música en vernáculo ni a la injustificada omisión de los Propios. Mi queja se refiere a la edición en latín de la Misa del *Novus Ordo* y de sus Propios, tal como se los usa en el mejor de los casos. Con sus magistrales estudios, Lauren Pristas nos ha ayudado a ponderar y evaluar las radicales diferencias entre el antiguo misal y el nuevo, tomando como base sólo el fundamento "puro" de la *editio typica* en latín de cada uno de ellos. Aquí es donde yo también formulo mis quejas, con prescindencia de las traducciones y los abusos.

Así pues, consideremos los Propios prescritos en el rito antiguo para la fiesta de Santa Teresa. En claro contraste con lo que sucede en el nuevo rito, en el antiguo los Propios fueron siempre recitados o cantados porque son –y se los trataba como tales– partes integrales de la liturgia. Además, con frecuencia los fieles tenían consigo sus misales individuales, de modo que cualquiera que prestara atención –y el número de éstos fue aumentando hasta las vísperas mismas del Concilio– se nutría con los siguientes versículos de la Escritura, bellamente aplicados a la Florecilla:

Introito (Ct 4, 8-9): Ven del Líbano, esposa, haz tu entrada, heriste mi corazón, hermana, esposa, heriste mi corazón.– V. (Salmo 112, 1) Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor. *Gloria Patri*. Ven del Líbano, esposa, haz tu entrada, etcétera.

Gradual (Mt 11, 25): Yo te alabo, oh Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños.– V. (Salmo 70, 5) Tú eres mi esperanza, Señor, desde mi juventud.

Aleluya (Si 39, 17-19): Floreced como rosal que crece junto al arroyo, derramad suave aroma como incienso, y floreced como el lirio, exhalad perfume suave y entonad cánticos de alabanza, bendecid al Señor en todas sus obras. Aleluya.

Ofertorio (Lc 1, 46. 48-49): Proclama mi alma las grandezas del Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso.

Comunión (Dt 32, 10, 12): La rodea, la llena de cuidados, la guarda como a la niña de sus ojos, como águila así extiende Él sus alas y la recoge. Sólo el Señor la guía, ningún Dios extraño está con Él.

Si comparamos los dos conjuntos de Propios, me pregunto: ¿es esto un ejemplo de progreso litúrgico, de reforma "exitosa"? Los Propios del *Novus Ordo* son vagos y genéricos, apropiados para aplicarse a cualquier mujer santa; los tridentinos son majestuosos, poéticos y exactamente apropiados a la Florecilla. Y están también tomados de un conjunto más amplio de las Escrituras: seis libros (Deuteronomio, Eclesiástico, Salmos y el Cantar de los Cantares, en el Antiguo Testamento; Mateo y Lucas, en el Nuevo Testamento), en vez de uno solo (Salmos), hecho que nos precave contra la suposición demasiado apresurada de que la nueva liturgia ofrece un más rico banquete de Sagrada Escritura. Una cena gourmet ofrece muchos platos pequeños, servidos de modo placentero, y así es como se alimenta a los fieles con la Sagrada Escritura en el antiguo rito, no con grandes porciones en un único plato, servido antes de seguir con otras cosas.

La pérdida de lecturas apropiadas a la liturgia

Consideremos ahora el tema de las lecturas del misal y cómo se debe seleccionarlas. Un primer principio para los amantes de la tradición litúrgica es que el ciclo de fiestas del Señor, de la Virgen y de los santos debe tener precedencia sobre el ciclo de lecturas bíblicas. Antes del *Novus Ordo*, no existió liturgia eucarística alguna que privilegiara un recorrido, concebido racionalistamente, de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Todas las liturgias, orientales y occidentales, contemplan los misterios de Cristo y de su Madre y las vidas y virtudes de aquella brillante "nube de testigos" que encarnan, por decirlo así, la realidad de Jesús a través de los siglos. La lectura de los textos de la Escritura se subordina, claramente, a la encarnación histórica de su mensaje en personas santas. En otras palabras, las lecturas sirven para enmarcar, decorar y traer a la luz el rostro de Cristo y el de todos quienes lo imitan. El uso de la Escritura es icónico, no homilético. No se nos da una conferencia, sino que se nos convoca a la adoración, a inclinarnos ante los misterios. Las lecturas han de obrar como incienso, no como verbosa información. Tal es la razón por la que una selección relativamente acotada de pasajes de la Escritura, por lo general más breves que largos, se adecúa perfectamente a la liturgia eucarística y es incluso preferible. Con todo el respeto debido a la palabra inspirada de Dios, no todos los pasajes de la Biblia son igualmente adecuados al propósito de la liturgia en sí misma, aunque todas sus páginas son ciertamente terreno fértil para la *lectio divina*, práctica que ha de hacer más fructífera nuestra participación en la liturgia. En la Tradición, el lugar donde más Escritura se leía era Maitines, y el Oficio de Lecturas continúa hoy esa costumbre de una forma modificada. La liturgia de la Iglesia es compleja y con muchas facetas: la Misa no es ni debiera ser el único lugar donde los fieles toman contacto con la Escritura.

Teniendo presentes estas breves consideraciones, se puede ver la falacia que subyace a una de las quejas más frecuentes del

movimiento litúrgico contra el misal tridentino, es decir, que no contenía ni una cantidad ni una variedad suficientes de lecturas bíblicas. Aparte de la refutación general de este argumento –la liturgia no está destinada a ser una sesión de estudios bíblicos, y la Escritura tiene un rol importante pero siempre *subordinado* al Santo Sacrificio–, la auténtica solución habría sido emprender la tarea, de largo plazo, de componer pacientemente Misas más "apropiadas" a los diversos santos o a los tiempos litúrgicos, de modo que un cuidadoso aumento en el uso de la Escritura hubiera sido capaz de retener la función icónica, ejemplificada en los propios de Santa Teresa. No estoy sugiriendo la composición de nuevos himnos, aunque en algunos casos ello sería ciertamente posible, sino la selección de himnos más atingentes a la vida y enseñanzas del santo en cuestión, y la ampliación de las lecturas mediante el establecimiento de pasajes previamente no leídos y más apropiados a las fiestas de aquellos santos a quienes les calzaran mejor. Podría publicarse, cada cinco o diez años, un suplemento para ser usado junto con el misal en esas fiestas, hasta que al cabo de veinte o treinta años llegara el momento de reunir en el misal mismo todas esas nuevas lecturas propias. En algunos antiguos misales se puede ver cómo se introducía ciertas fiestas universales o locales en apéndices que se empastaba al final del libro.

Por ejemplo, se podría haber realzado la fiesta de San Juan el 27 de diciembre usando otra antífona de entrada que *In medio ecclesiae*. Con todo lo hermoso que es este introito, ha sido usado indiscriminadamente para todos los Doctores de la Iglesia, cuyo número ha aumentado considerablemente en los últimos siglos, sin que haya habido intento alguno de crear Propios para ellos. No estoy, por cierto, por alentar la experimentación litúrgica, sino simplemente por incrementar un misal, intacto en su belleza y en su riqueza. Esto es exactamente lo que la Iglesia ha venido haciendo a lo largo de los siglos antes del Concilio Vaticano II: se introdujo nuevas fiestas, a menudo con sus Propios, prescribiéndose lecturas apropiadas e incluso componiéndose nuevos himnos. ¿Quién no podría imaginarse una Misa para la fiesta de

la Beata Teresa de Calcuta, que aprovechara las palabras de los profetas (como Amós, por ejemplo) y del Señor acerca de los pobres (se nos viene a la memoria el episodio del joven rico?). Para volver a San Juan, un Introito adecuado a él para el 27 de diciembre podría usar los versículos de su Evangelio que se refieren a la sublimidad de sus enseñanzas sobre la Divinidad de Cristo. En general, las fiestas de los Evangelistas podrían ser realzadas, simplemente, haciendo sus Propios más "propios". Del mismo modo, ¿por qué cada santa mujer ha de tener la lectura sobre la *mulier fortis* de los Proverbios? Es extraño aplicar la misma lectura a santos muy diferentes, para quienes se podría encontrar textos más atingentes. *Éste* debiera haber sido el modo de aumentar las lecturas de la liturgia, respetando al mismo tiempo la intrínseca conexión entre Escrituras y santidad. Mientras se conserve el *mulier fortis* para, por ejemplo, tres mujeres (¡en vez de doce o quizá cuántas más!), quienes asisten diariamente a Misa podrían todavía oír este hermoso pasaje todos los años, pero no se volvería reiterativo, por una parte ni, por otra, se devaluaría las diferencias entre unas santas y otras. Ya se había establecido este modelo en las fiestas de los santos que, en el misal de 1955 y el de 1962, tenían prescritos Propios que les estaban perfectamente adaptados, como en el caso, por ejemplo, de la misma Santa Teresa, en el que, como hemos visto, todas las antífonas y lecturas resultan exquisitamente apropiados, o en el de Santa Margarita María y su especial relación con el Sagrado Corazón. Sin duda, hacer esto hubiera significado alargar algo el misal o exigir que se publicara en dos tomos; pero ello lo habría enriquecido notablemente, y se hubiera satisfecho uno de los objetivos posiblemente legítimos del movimiento litúrgico –hacer más presente la Escritura– de un modo completamente acorde con la Tradición y sus mejores modelos.

El nuevo leccionario, en cambio, es un gran fracaso, por tres razones fundamentales.

Primero, los principios-guías fueron cartesianos. Es decir, se configuraron por un deseo de orden matemático, de comple-

titud técnica (tenemos que *recorrer* todas las Escrituras), y por un descuido, típicamente materialista, de la unidad orgánica del complejo alma-cuerpo que es la liturgia, en la que el alma es el sacrificio-sacramento eucarístico (la doble moción de *ofrecer* al Padre y de *recibir* en la comunión) y, el cuerpo, el entorno de oraciones, lecturas y antífonas.

Segundo, el tener más de un año de lecturas plantea un problema humano básico: un año es un período natural del tiempo, y es pedagógicamente superior, además del gran consuelo que significa regresar, año tras año, a las mismas lecturas para un determinado domingo o día de semana. Los fieles llegan a conocer íntimamente las lecturas dominicales. A lo largo del tiempo, los domingos comienzan a ser recordados por sus lecturas, antífonas y oraciones, que se adhieren a la memoria tanto más firmemente cuanto que son, al mismo tiempo, rezadas o cantadas *y además* leídas en el misal cotidiano de los fieles, apelando así a más de uno de los sentidos. En este aspecto, la liturgia tradicional de Occidente muestra su afinidad con las orientales, que llegan a denominar los domingos según el Evangelio que se lee o el dogma que se enfatiza. El domingo catorce después de Pentecostés tiene su identidad propia: *Protector noster*, dice el Introito, y los fieles conocen su melodía, y la Misa entera comienza a hacerse familiar, como un bien amado jardín o un sendero en los bosques. Actualmente, por el contrario, ¿habrá quien quiera apostar a qué se refiere el "domingo décimo del tiempo ordinario"? Ciertamente, no se tiene jamás la sensación de ser el mismo año tras año.

Tercero, el inflado ciclo nuevo de lecturas fue compuesto por un comité de "expertos", de eruditos bíblicos de quienes habría motivo, en cuestiones espirituales, para desconfiar. Una forma sensata y reverente de aumentar el misal habría sido confiar a monjes *contemplativos* la tarea de proponer nuevas lecturas y nuevos Propios para determinadas fiestas de santos, para los días de Adviento, y otras ocasiones –monjes contemplativos tradicionales como benedictinos, cistercienses, cartujos, expertos en *lectio divina*, cuyos pensamientos todos están permeados por las

palabras, los ritmos, la doctrina de la Sagrada Escritura–. Para estos hombres y mujeres, la Escritura no es un "proyecto", o un libro que ha de ser dividido y dominado, sino alimento y bebida. Debido a que sienten el peso espiritual de lo que leen, los monjes podrían haber recomendado lecturas que calzaran mejor con determinado santo, o con las ferias de Adviento, de Cuaresma y de Tiempo Pascual, y siempre desde una perspectiva respetuosa del uso de las Escrituras establecido durante siglos de práctica litúrgica. El proceso podría haber sido el siguiente: los monjes, en sus monasterios, proponen, después de mucha oración y meditación, nuevas lecturas para las fiestas o ferias del calendario antiguo y, luego, se toma la decisión final por un comité de monjes, obispos y predicadores experimentados.

¿Cuáles son algunas de las áreas del calendario antiguo en que se podría prescribir nuevas lecturas sin perjudicar el espíritu, la unidad, la interna pedagogía y la perfección tradicional de la liturgia como un todo?

Días de semana durante Adviento. Ya en épocas tempranas, la Iglesia de Roma adoptó la práctica de la Misa diaria durante la Cuaresma, en un tiempo en que la Misa diaria, especialmente en Oriente, no era todavía común. Esto explica por qué la Cuaresma posee un ciclo de lecturas diarias: no hay en el misal tridentino otra época con un ciclo diario de este tipo. El énfasis más moderno en la asistencia a la Misa diaria, y la comprensión del Adviento como un período menor de penitencia, sugiere cuán sabio sería enriquecer también este segmento del calendario. Se abre aquí, pues, un hermoso campo para asignar nuevas lecturas de Adviento tomadas del Pentateuco, los Profetas y los libros sapienciales, y nuevos graduales tomados de los Salmos, dirigidos todos al unísono a la venidera fiesta de la Navidad y a testimoniar el misterio de la Encarnación. No se debiera, sin embargo, interferir con las fiestas de los santos en Adviento, sino que se debiera proveer de lecturas sólo a los días "vacíos". Si la Iglesia decidiera agregar nuevos santos al calendario universal, se podría readecuar las lecturas según fuere necesario. Y, para ser

honestos, hay que reconocer que las lecturas de Adviento en el nuevo leccionario están entre las más exitosas, puesto que deliberada y coherentemente siguen el tiempo litúrgico, subrayando el vínculo intrínseco entre la función icónica de la Escritura en la Misa y la presencia sacramental del Mesías mismo, largamente esperado.

Días de semana durante el tiempo Pascual. Aquí también sería apropiado, sin afectar la celebración de las fiestas de los santos, introducir en el *usus antiquior* un ciclo completo de lecturas para el tiempo de Pascua. Y, de nuevo, hay que reconocer que el nuevo leccionario ha reunido muchas lecturas oportunas para este tiempo, aunque el precio pagado es la tendencia de la forma ordinaria a maltratar el ciclo santoral y su relación con el misterio de la Misa.

En general, se podría dotar a muchas fiestas de santos con lecturas ad-hoc, al modo como, en el *usus antiquior*, se lee en la fiesta de Santa Mónica el pasaje del Evangelio sobre la resurrección del hijo de la viuda, o en la de San Gregorio Taumaturgo, santo famoso por haber literalmente movido montañas, a quien se le honra leyendo el pasaje del Evangelio sobre los hombres que mueven montañas con su fe.

Supresión de santos "arcaicos"

La mención de San Gregorio Taumaturgo nos introduce con naturalidad en otro tema: la supresión, en el nuevo misal, de tantas fiestas de santos, y su parcial reemplazo con otros más "relevantes" para nuestros tiempos y para los católicos modernos. El hecho es que hay miles de santos, y Juan Pablo II canonizó cientos de otros. No podría jamás haber lugar en el calendario ni siquiera para los santos modernos (siglos XIX y XX), ni para un conjunto representativo de los diversos siglos. Los reformadores de la liturgia parecen haber obrado con la convicción de que el calendario debiera reflejar, en proporciones casi matemáticas y mediante muestras cuantitativas, los diversos períodos de la his-

toria de la Iglesia, dando mayor peso a los modernos, por estar más cerca de nosotros. Al hacer esto, la reforma deja entrever una errónea noción del tiempo sagrado. Nosotros somos *contemporáneos* de Cristo, de los Apóstoles y de los primeros cristianos que murieron torturados en pro de la fe, y sin embargo, tendemos a olvidarnos de ellos y a prescindir de la necesidad de sus oraciones y ejemplos. Los primeros cristianos son testigos perennes de la fe, sus primeros portaestandartes una vez que ella apareció súbitamente en el mundo caído. Hay, respecto de ellos, algo particularmente glorioso, y por eso el antiguo calendario está lleno de sus nombres, llevándonos continuamente de vuelta a los primeros tiempos, a la infancia de la fe, a la niñez de nuestra religión.

El propósito del calendario no es mantenernos a la par con el desfile de los santos. Hay devocionarios, manuales de oraciones, biografías y muchas otras cosas para ayudarnos a profundizar nuestro conocimiento de esa vasta asamblea. No: los santos que el Espíritu movió a la Iglesia a incluir en el calendario universal están en éste por razones especiales que no pueden ser captadas por un análisis sociológico o histórico, sino que son intuibles por quien ora, larga y fielmente, con el antiguo misal. La apariencia misma de algo hecho al azar, de una junta incoherente de unos pocos santos nuevos con un número mucho mayor de santos de los primeros tiempos, nos hace reflexionar: ¿Me cuento entre los hombres antiguos y sabios, los primeros mártires? ¿Estoy recordando a mis antepasados que, de no hacerlo, desaparecerían de la memoria humana? El recuerdo continuo de los santos más antiguos es un correctivo para la tendencia moderna a pensar que lo nuevo es más real, y que lo antiguo es una sombra distante, que ya no se distingue ni se discierne. No: el misal nos pone en inmediata compañía de los romanos y griegos y bárbaros que se convirtieron a la fe, que fueron grandes obispos y vírgenes y mártires, que nos sacan de nuestra época y nos transportan a la intemporalidad de la fe, a su eterna juventud que canta alabanzas y suplica la intercesión de estos antiguos hombres y mujeres,

como si estuvieran sentados al lado de nosotros en el banco de la iglesia. Misal que une el fin con el comienzo, y mantiene al presente enraizado en el primer día, que pone en nítido contraste el inmenso hecho de que la religión cristiana es eternamente presente y, al mismo tiempo, transhistórica, que no hay ayer ni hoy ni mañana, que Cristo está siempre y por siempre viniendo a nosotros en el pesebre y muriendo por nosotros en la Cruz, y que sus santos, aun aquellos que nuestra espontaneidad humana situaría lejos, no son extraños, sino amigos vivos. El antiguo calendario hace todo esto con una notable sutileza y fuerza: trabaja en nosotros día a día, calmadamente, hasta que empezamos a reconocer los nombres, a recordar las oraciones colectas, y nos volvemos espontáneamente hacia los hombres y mujeres que llevaron esos nombres, y que son hoy no sólo modelos para nosotros sino nuestros contemporáneos. El tiempo del reloj pierde su hegemonía y gana, en nuestra alma, el tiempo sagrado, que participa del inmóvil presente de Dios. *Ese* es el tipo de calendario que necesitamos.

Quien preste atención al antiguo calendario litúrgico advertirá muchos casos de la sutil unidad y armonía que envuelve a esta noble obra del Espíritu Santo, en la que participaron muchas grandes almas y en la cual, gracias a Dios, no intervino ningún comité. Nótese, como ejemplo palpable –y en caso alguno aislado–, la magnífica sucesión de fiestas desde el 14 al 18 de septiembre, que constituyen un catecismo en miniatura del misterio de la pasión y muerte del Señor y de su poder salvador a través de todas las edades, comenzando con María y Juan a los pies de la cruz, y siguiendo con todos los heroicos imitadores de Cristo a quien la gracia suscita cuando la fe comienza a enfriarse. No reproduciré aquí los textos *in extenso*, sino sólo un esquema de cada día, para mostrar cuán bien ensamblan.

> **14 de septiembre: Exaltación de la Santa Cruz**. *Introito*: Ga 6, 14: Debemos gloriarnos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual está la salud, la vida y nuestra resurrección y por el cual somos salvos y libres. *Colecta*: Oh Dios,

que nos alegras hoy con la solemnidad anual de la Exaltación de la Santa Cruz: rogámoste nos concedas que Aquél cuya vida terrenal hemos conocido, nos haga merecedores en el Cielo de los premios de su Redención. Por el mismo Jesucristo [...] *Epístola*: Flm 2, 5-11: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús [...] *Evangelio*: Jn 12, 31-36: Y Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí [...] Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz.

15 de septiembre: Los siete dolores de la Virgen María: *Introito*: Jn 19, 25: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Mujer, aquí tienes a tu hijo, dijo Jesús, y al discípulo: Aquí tienes a tu madre. *Colecta*: Oh Dios, en cuya Pasión, según la profecía de Simeón, el alma dulcísima de la gloriosa Virgen y Madre Santa María fue traspasada con una espada de dolor: concédenos propicio que cuantos celebramos con veneración sus dolores, consigamos el efecto feliz de tu Pasión, Tú que vives y reinas [...] *Epístola*: Jdt 13, 22. 23-25: El Señor te ha bendecido con su poder, pues por tu medio ha aniquilado a nuestros enemigos [...] pues no temiste exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y tribulación de tu linaje, sino que evitaste su ruina en presencia de nuestro Dios. *Evangelio*: Jn 19, 25-27.

16 de septiembre: Santos Cornelio y Cipriano, mártires: *Introito*: Sal 78, 11, 12, 10: Llegue a tu presencia el gemido del cautivo, devuelve siete veces a nuestros vecinos, en sus propias entrañas, la venganza de la sangre de tus siervos, que ha sido derramada. *Epístola*: Sb 3, 1-8: Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les tocará el tormento [...] Los probó como oro en el crisol, los aceptó como sacrificio de holocausto. *Evangelio*: Lc 21, 9-19: Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre [...] Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

17 de septiembre: Impresión de las llagas de San Francisco de Asís: *Introito*: Ga 6, 14: Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. *Colecta*: Oh Señor Jesucristo, que al entibiarse el mundo, para encen-

der nuestros corazones con el fuego de tu amor, renovaste en la carne del bienaventurado San Francisco las sagradas llagas de tu Pasión, concédenos propicio que, por sus méritos y súplicas llevemos constantemente la cruz, y hagamos dignos frutos de penitencia, Tú que vives y reinas [...] *Epístola*: Ga 6, 14-18: Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo [...] En adelante, que nadie me importune, porque llevo en mi cuerpo las señales de Jesús. *Evangelio*: Mt 16, 24-27: Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará. *Poscomunión*: Oh Dios, que de muchas maneras demostraste en tu confesor San Francisco los admirables misterios de la cruz, haznos seguir siempre los ejemplos de su devoción y defendernos con la asidua meditación de la misma Cruz. Por Jesucristo nuestro Señor...
18 de septiembre, San José de Cupertino, confesor: *Introito*: Sir 1, 14-15: El amor de Dios es sabiduría superior, que reparte a quienes se manifiesta en visión de sí mismo y en reconocimiento de sus grandes obras. *Colecta*: Oh Dios, que dispusiste atraer todas las cosas a tu Unigénito Hijo levantándolo sobre el madero de la Cruz: danos propicio que por los méritos y ejemplo de tu seráfico confesor José, elevándonos por sobre todas las concupiscencias terrenas, merezcamos llegarnos a Aquel que contigo vive y reina [...] (Recordemos que San José de Cupertino fue especialmente famoso por sus levitaciones, contempladas por muchos, que literalmente lo elevaban por encima del suelo, incluso hasta el techo. Así, la Colecta usa la "levedad" del santo como símbolo de cómo también nosotros debemos elevarnos de los bienes meramente terrenales y adherirnos a los del Cielo. Éste es un espléndido ejemplo de los muchos estratos de significado que contiene un texto, que los fieles pueden descubrir y disfrutar). *Epístola*: 1 Co 13, 1-13: Si tuviese el don de profecía y penetrase los misterios, y poseyese todas las ciencias, y si tuviese toda la fe hasta poder trasladar montañas, y con todo, no tuviese caridad, nada sería. *Evangelio*: Mt 22, 1-14: Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

Esta secuencia de oraciones profundamente coordinadas, que se refuerzan mutuamente, de lecturas y Propios, es sólo un

ejemplo, entre muchos, del silencioso obrar del Espíritu Santo en el calendario, a través de los siglos, que perfecciona la expresión litúrgica de los misterios de la fe e intensifica su poder pedagógico en las almas. Recuerdo a un sacerdote, muy perspicaz, que había celebrado la Misa tridentina todas las mañanas durante años, quien me dijo que se podía encontrar estos tesoros de belleza y de orden por todas partes en el calendario. Ello no debería sorprendernos, sino que, más bien, deberíamos esperar que una liturgia que ha ido creciendo orgánicamente a través de los siglos exhibiera este grado de refinamiento.

Preserva, estudia y ora

¿Cuál es, pues, la conclusión que podemos derivar de las observaciones precedentes? Primero, tenemos una obvia verdad: debemos preservar con todas nuestras fuerzas las riquezas de la herencia litúrgica latina para las futuras generaciones, que merecen conocer lo que la liturgia romana es realmente, y que anhelan adorar a Dios en espíritu y en verdad según los dones que Él ha concedido a su Iglesia. Las palabras de Juan Pablo II en *Ecclesia Dei* todavía resuenan con una siempre renovada relevancia: "debe respetarse en todas partes los sentimientos de quienes adhieren a la tradición litúrgica latina". Y no sólo sus sentimientos, sino también sus pensamientos y convicciones más profundas. ¿Cómo podría alguien no adherir a una tradición tan rica, o no sentirse perturbado por una revisión tan empobrecedora? El motu proprio *Summorum Pontificum*, superando toda expectativa, transformó el consejo de Juan Pablo II en una verdadera ley de la Iglesia latina, que alcanza hasta el nivel de cada parroquia y, de este modo, otorga la sanción oficial de la Iglesia a un apostolado de preservación viva y vivificante de nuestro patrimonio.

Segundo, aunque menos obviamente, necesitamos darnos tiempo y hacer el esfuerzo de *estudiar* la liturgia tradicional, hasta donde nuestra situación en la vida nos lo permita, de modo que podamos, pacífica, inteligente y persuasivamente, defender su superioridad, y ayudar, a quienes no tienen familiaridad con

ella, a que vean las lecciones espirituales, la belleza poética, la instrucción catequética y el consuelo espiritual que ella produce en abundancia.

Finalmente, y de modo todavía menos obvio, necesitamos apoyar con oraciones y buena voluntad a los muchos sacerdotes y laicos que hacen todo lo que pueden por conformar la celebración del *Novus Ordo* con la tradición litúrgica latina, por mucho que esto se asemeje a la cuadratura del círculo. Al cabo, tiene que haber un regreso al antiguo patrimonio despreciado para que el catolicismo ortodoxo pueda simplemente sobrevivir; pero tal cosa sólo puede llevarse a cabo de una manera limpia y gradual. Hay muchos jóvenes adherentes del "nuevo movimiento litúrgico" que luchan con todas sus fuerzas para avanzar por un camino más recto, de retorno estricto a la liturgia romana prístina; pero no debieran mirar en menos el camino gradual (o "reforma de la reforma"), porque éste es, también, capaz de conducir a las almas en la dirección correcta. No nos corresponde a nosotros juzgar cuándo se obtendrá la victoria. Nuestra tarea es promocionar el bien que conocemos. Que Santa Teresa –y todos los santos que fueron alimentados por el antiguo rito romano– interceda por nosotros.

CAPÍTULO 10

Las gracias perdidas: Misa privada y concelebración

Sentado en mi escritorio cierta mañana, hace muchos atrás, escribí en mi diario de vida lo siguiente, sobre una abrumadora experiencia que había tenido:

> 12 de agosto. Fiesta de Santa Clara. Gracias sean dadas a Dios, el Inmenso, el Perfecto. Esta mañana, por Su inefable misericordia, tuve la gracia de asistir a una Misa privada en el rito antiguo y recibir al Señor, don que vale más que todos los dones. Pero sin tener la menor sospecha de lo que iba a ocurrir, también se me concedió el privilegio de poder ayudar a esta Misa, que fue celebrada por el santo Abad de Fontgombault. Por estos días tiene lugar aquí, en Kartause, algún tipo de retiro benedictino de una semana, al cual asisten oblatos de todas partes de Europa, y tres abades franceses y también muchos monjes, y habrá algunos obispos de visita, etcétera. Todo es espléndido. Ayer oí que un monje iba a oficiar en el rito antiguo a las 6:00 AM, por lo que me levanté y bajé para estar presente, encaminándome a la sacristía. Me encontré con que el Abad mismo, tomando la precedencia, iba a decir la primera Misa del día, antes que los monjes, y como yo sabía acolitar, me pidió que lo ayudara. ¡*Laus Deo*! Fue la Misa más serena a la que jamás he asistido. El Abad se demoraba en cada frase y, honestamente creí, durante el Canon, que estaba en éxtasis. Sentí que había centenares de

almas y ángeles en la capilla con nosotros. Estoy sin palabras. Alabado sea Dios.

Este es el tipo de cosas que no se olvida pero, mejor todavía, el tipo de cosas que no se puede programar. La falta de programación es parte del don, que llega como un ladrón en la noche. Uno sabe que no lo merece, pero uno lo recibe de todos modos, porque el Señor es tan bueno con nosotros, los pecadores.

El ofrecimiento diario

Cuento esta anécdota no para detenernos en la experiencia misma sino en la importante faceta de nuestra tradición católica que ella me permitió ver, una lección que mezcló dolor y gozo. El ofrecimiento de la Misa por este monje, por sus pecados y los del mundo, constituyó por su misma unción, por la intensidad de su concentración en Dios, una justificación irrefutable de la muy antigua tradición de las Misas privadas celebradas, antes de la Misa conventual, por cada uno de los monjes o, al cabo, por cualquier sacerdote que tiene la posibilidad de celebrar la Misa diariamente[1]. Me imaginé a todos aquellos monjes suplicando la Divina Misericordia para el mundo: un pequeño ejército de aquellos "hombres justos" de Abraham, aplacando la ira divina y obteniendo la gracia en favor de los pecadores.

1 Dada la confusión existente en este punto, es importante definir la expresión "Misa privada". La obra fundamental sobre liturgia de Joseph Jungmann plantea aquí lo siguiente: "Debemos diferenciar cuidadosamente lo que se llama, en rigor, una Misa *privada*, de las Misas dichas en casas particulares, o en una hacienda o junto a una sepultura, a las que asiste al menos un grupo de fieles, aunque sea pequeño. La Misa privada es una Misa celebrada por sí misma, sin considerar la asistencia de nadie, una Misa a la que asiste sólo el acólito, o incluso sin la asistencia de persona alguna, como fue el caso alguna vez en la llamada *Missa solitaria*. En contraste con la Misa conventual o la Misa parroquial, las Misas privadas son Misas a las que los documentos medievales se refieren como *misae privatae* o *speciales* o *peculiares*" (JUNGMANN, J., *The Mass of the Roman Rite* [Westminster, MD, Christian Classics, 1986], t. I, p. 215).

Hasta que ocurrió la ruptura litúrgica, fue costumbre que cada sacerdote que viviera en un monasterio o comunidad religiosa de algún tipo celebrara su propia Misa privada cada mañana, antes de asistir a la Misa común o conventual. La racionalidad de esto era obvia: la Misa es el mayor acto de religión, de devoción, de adoración, de oración, de acción de gracias y de alabanza que un sacerdote ministerial puede ofrecer, ya que no se trata de otra cosa sino de la inmolación del Sumo Sacerdote mismo. Como lo explicaba el Venerable Siervo de Dios Pío XII: "No puede exagerarse el hecho que el Sacrificio Eucarístico, por su naturaleza misma, es la inmolación incruenta de la Divina Víctima, que se expresa de un modo místico por la separación de las sagradas especies y por su oblación al Padre Eterno"[2]. Todas y cada una de las Misas derraman sobre la Iglesia los frutos del sacrificio del Calvario, en inestimable beneficio de los fieles, para la liberación de las almas del Purgatorio, para honor de los santos en el Cielo, y para la perseverancia de las almas en la tierra y, al cabo, para la salvación del mundo entero[3]. Por lo tanto, diciéndolo en términos objetivos, mientras más Misas se celebre, mejor será el mundo.

En la vorágine de los cambios posconciliares, se cubrió a la Misa privada con la sombra de la sospecha e incluso del menosprecio. Con raras excepciones, los monjes ya no celebran Misas privadas. Si hay varios sacerdotes que viven en un mismo lugar, con una única Misa programada, generalmente la concelebrarán. Ciertamente hay algo que se pierde aquí. La profunda teología sacramental que hemos heredado de la Edad Media y del Concilio de Trento nos enseña que *cada* Misa –o, para ser más exactos, cada nueva puesta por obra de la oblación mística sobre el altar– es una renovación y aplicación del acontecimiento salvador de la Cruz y, como tal, obtiene nuevamente perdón y gracias concretas para el género humano. ¿Cómo se puede, pues, justificar este

2 Pío XII, Carta Encíclica *Mediator Dei* (1947), núm. 115; cf. asimismo núm. 68-70.

3 Pío XII, *Mediator Dei*, cit., núm. 71-75.

viraje hacia lo comunal? ¿Acaso el hecho de negarse que cada sacerdote debiera celebrar su propia Misa cada día no implica, en cierta medida, un repudio de esta teología y, con él, una implícita negación de la Misa como auténtico sacrificio propiciatorio? No estoy hablando de un repudio *formal*, como el de Lutero o de Calvino, de acuerdo con el cual se niega que la Misa sea una representación sacramental del sacrificio del Calvario. A lo que me refiero es a un repudio de la verdad de que *cada una* de las Misas contribuye a la salvación del mundo. Si se abandona la práctica de las Misas individuales, ello da la impresión de que en la Iglesia hay quienes han tomado una decisión que afecta, o más bien, retarda, la salvación de los pecadores. Un monasterio en que hay doce monjes ordenados que ofrecen diariamente *hoc sacrificium laudis,* es responsable de derramar doce veces las gracias del Calvario sobre este mundo nuestro, sometido al tiempo y siempre necesitado. El único y autosuficiente sacrificio, con sus infinitos méritos intrínsecos, se nos aplica concretamente a nosotros, pecadores, doce veces[4].

Una diferencia colosal

Examinemos esta situación más de cerca, para ver si la teología mística y el sentido común pueden darse la mano. Supongamos que hay once monjes que celebran Misas en diferentes altares cada mañana, seguidas luego por la Misa conventual que celebra el monje número doce. En tal caso, tienen lugar doce representaciones del sacrificio del Calvario. Es como si el velo que separa cielos y tierra fuera perforado doce veces para permitir que descienda el rocío de la gracia, a fin de empapar el terreno de nuestra alma. Puesto que la Eucaristía, como sacrificio, es

4 Adviértase que, si hay doce sacerdotes en la comunidad, uno de ellos no celebrará Misa privada ese día para poder ser quien celebre la Misa conventual en medio de sus hermanos. Ningún sacerdote celebra dos veces al día (no bina), a menos que una necesidad pastoral lo exija, lo que no sería el caso en semejante comunidad.

propiciatoria, realiza lo que representa: cada vez que se ofrece una Misa, se extiende los frutos de la redención a las almas en todo el mundo. Como lo declaró el papa León XIII: "Cristo ha querido que todo el poder de su muerte, tanto para expiación como para impetración, residiera en la Eucaristía, que no es una mera conmemoración vacía de dicho sacrificio, sino que una verdadera y maravillosa renovación de él, aunque incruenta y mística"[5].

Supongamos ahora que esos doce monjes deciden no celebrar más sus Misas individuales y reunirse en torno al altar para una única Misa, un único sacrificio sacramental. Ciertamente, puede haber varias *intenciones* de Misa: cada sacerdote trae sus propias intenciones e incluso acepta un estipendio por ellas. Sin embargo, en lo que se refiere a la inmolación de la Víctima sagrada, esta Víctima se hace realmente presente sólo una vez y, por lo tanto, el *ofrecimiento* salvífico de esa Víctima se hace sólo una vez. Extrapolemos esto al curso de todo un año. ¿Con qué nos encontramos en un monasterio más tradicional de doce monjes ordenados, si contamos no sólo las *Missae recitatae* privadas (o Misas rezadas), sino también las *Missae cantatae* comunes (o Misas mayores)? Los símbolos vivientes de la Pasión del Señor, el dinamismo entero de ese misterio, se habrá hecho presente sobre el altar más o menos 4.800 veces cada año, entre las paredes de esa afortunadísima iglesia. En un monasterio en que los doce desecharan sus Misas privadas para quedarse con las Misas comunes, el número desciende drásticamente a, más o menos, 400 Misas al año. Tenemos aquí una colosal diferencia en mediación sacramental, en intercesión sacerdotal, en irrupción en el mundo de la Preciosa Sangre que lava nuestros pecados. En un mundo que se ahoga en sus pecados y se sofoca en sus culpas, resulta ser una perspectiva mucho mejor, para la salvación del mundo y de las naciones, la de miles de aplicaciones de la Pasión salvadora de Cristo que la de unos cuantos

5 León XIII, Encíclica *Mirae Caritatis* (1902), núm. 18.

centenares. Pero esto es sólo el comienzo; me he limitado a una pequeña comunidad de monjes. ¡Se puede imaginar las diferencias si multiplicáramos estos números por el de todos los sacerdotes católicos sobre la faz de la tierra! Gracias al singular privilegio de su ordenación y su carácter sagrado, *cada uno* de ellos puede ofrecer *cada* día el único sacrificio del Calvario. Tantos de ellos, sin embargo, en los últimos cuarenta años, han preferido limitarse a una sola Misa celebrada masivamente. Algunos han objetado que este tipo de lenguaje "cuantifica" la gracia. No es así: por el contrario, debemos precavernos de "trascendentalizar" tanto la gracia que deja de estar conectada con el tiempo y el espacio.

El problema de las concelebraciones

Si se niega que el número de Misas tenga alguna significación, ¿no se está en vías de negar la verdad de las causas secundarias, la verdad de la historicidad o temporalidad de la gracia, la verdad del sacerdocio ministerial, la verdad de que Dios *se preocupa* de sus creaturas –y se preocupa tanto que para Él importa que haya todavía uno o dos o cinco hombres justos en una ciudad de criminales–? En la teología católica de la Misa, cada sacerdote, como un *alter Christus* que obra *in persona Christi,* renueva el único sacrificio del Calvario de un modo tal que se salvan ambos aspectos del misterio: (1) no hay otro sacrificio ni más sacrificio que el de Cristo, que en sí mismo y sin que nada le falte, es suficiente para la salvación de la creación entera; (2) hay sacerdotes ordenados que, configurados con el único oficio de Sumo Sacerdote y participando de él, hacen que el Calvario se haga presente o se "presencialice" de modo temporalmente singularizado, derramando la gracia y los méritos del Sumo Sacerdote en el corazón de los hombres, aquí y ahora. Si se desecha (2), se es un protestante clásico; si se desecha (1) se es un protestante liberal. Si se retiene ambos y se entiende que se refuerzan mutuamente, se es católico. Separarlos, destruye la economía sa-

cramental y la verdad de la Encarnación, igual que si se separara naturalezas y personas en Cristo, como hizo Nestorio[6].

El abandono de las Misas privadas y la preferencia por las Misas comunes, la marginación de las celebraciones realizadas por un sacerdote en favor de las celebraciones realizadas por muchos sacerdotes, socava implícitamente aquella segunda verdad, es decir, que hay presencias temporalmente singularizadas del Calvario que, *en sí mismas*, son real y verdaderamente canales de la gracia para el mundo. Esto confirma, desde una perspectiva adicional, que la dirección de la reforma litúrgica, tal como lo han sostenido desde hace tiempo Michael Davies y otros, tiene una trayectoria esencialmente protestante[7].

No pasó desapercibida para Santo Tomás de Aquino la costumbre de la concelebración, tal como se usaba en raras ocasiones. En un artículo de la *Summa* se pregunta "¿Pueden muchos sacerdotes consagrar la misma hostia?"[8] Como argumento por la afirmativa, trae a colación un hecho: "según la costumbre de ciertas iglesias [locales], los sacerdotes recién ordenados concelebran con el obispo que los ha ordenado"[9]. El cuerpo del artículo menciona la misma costumbre comparándola con los Apóstoles que cenaron junto con Cristo en la Última Cena, y advierte que,

6 El nestorianismo es "una de las grandes herejías del siglo V, que quebró la unidad personal de Cristo suponiendo que en Él hay dos sujetos [esto es, personas], una divina y una humana" (*Dictionary of Dogmatic Theology* [Milwaukee, WI, Brucem 1951], p. 199). En verdad, hay sólo una Persona en Jesucristo, el Hijo de Dios, quien asumió la naturaleza humana cuando "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros".

7 Si bien las Iglesias orientales han desarrollado una tradición diferente en relación con la celebración individual y la concelebración, la verdad es que *en el Occidente* el amplio repudio de la doctrina del Concilio de Trento acerca del Santo Sacrificio de la Misa, junto con muchas de sus implicancias prácticas, se debe muchísimo más a una mentalidad protestantizante que a un deseo (desubicado, en todo caso) de emular la teoría o la práctica bizantina.

8 *ST* III, q. 82, a. 2.

9 *ST* III, q. 82, a. 2 *sed contra*.

cuando hay muchos sacerdotes, todos dirigen sus diversas intenciones hacia un mismo instante de consagración, de modo que comparten una misma intención de consagrar. Respondiendo a una objeción, Santo Tomás llega incluso a decir: "Puesto que el sacerdote consagra sólo en la persona de Cristo, y los muchos son uno en Cristo, no tiene importancia si este sacramento es consagrado [en la Misa] por uno o por muchos, excepto que es necesario observar el rito de la Iglesia"[10]. En otras palabras, la concelebración implica que muchos sacerdotes actúan como uno porque tienen sólo una única intención de consagrar la Eucaristía. Por lo tanto, sólo tiene lugar un sacrificio cuando muchos pronuncian las palabras de la consagración. Pero precisamente debido a esto, el Doctor Angélico sostiene el punto de vista de sentido común a que nos referíamos anteriormente, porque, según escribe en otra parte en la *Summa*: "En muchas Misas se multiplica el ofrecimiento del sacrificio y, por lo tanto, el efecto del sacrificio y del sacramento se multiplica también"[11]. De modo que la próxima vez que alguien diga "no hay problema alguno con la concelebración", se podría responder: "Sí, no es moralmente equivocado, pero despoja a la Iglesia y al mundo de tantas otras Misas que podrían haberse celebrado individualmente por esos sacerdotes, lo que nos priva de muchos efectos que se podría haber obtenido".

El peso de los Papas

¿Sostiene el Magisterio papal esta opinión? Aunque –cosa muy comprensible– el papa Pablo VI no sea un héroe para los amantes de la Tradición litúrgica, no debiera sorprendernos mucho descubrir que él *apoya* la costumbre de las Misas privadas:

10 *ST* III, q. 82, a. 2, ad 2.

11 ST III, q. 79, a. 7, ad 3. En este contexto, Santo Tomás explica por qué el recibir muchas hostias en la misma Misa no aumenta el efecto del sacramento, en tanto que muchas Misas redundan en un bien mayor.

> Debemos mencionar también "la naturaleza pública y social de cada Misa", conclusión que fluye claramente de la doctrina que hemos expuesto. Porque aunque un sacerdote celebre una Misa en privado, esa Misa no es algo privado, sino un acto de Cristo y de la Iglesia. Al ofrecer este Sacrificio, la Iglesia aprende a ofrecerse a sí misma como sacrificio por todos. Además, ella aplica el poder redentor único e ilimitado del Sacrificio de la Cruz a la salvación del mundo entero. No se ofrece cada Misa solamente por la salvación nuestra, sino también por la de todo el mundo. Así pues, aunque la naturaleza misma de la acción hace más apropiada la participación de muchos fieles en la celebración de la Misa, sin embargo, debe ser absolutamente aprobada la celebración de la Misa hecha por un sacerdote, por motivos suficientes, en privado y en conformidad con las prescripciones y legítima tradición de la Iglesia, es decir, con la presencia sólo del acólito. Con el tesoro abundante de especiales y saludables gracias de esa Misa se enriquecen el celebrante, los fieles, toda la Iglesia y el mundo entero; gracias que no se distribuyen con la misma abundancia por la mera recepción de la Sagrada Comunión[12].

Esta cita es de la encíclica *Mysterium Fidei* de Pablo VI, publicada en 1965, *después* de la promulgación de la fatídica Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*[13]. En ella vemos reproducida, con absoluta fidelidad, la doctrina del papa Pío XII, que abordó el tema con cierta extensión en su majestuosa encíclica *Mediator Dei* de 1947. Vienen a la mente especialmente dos párrafos:

> Algunos, en efecto, reprueban absolutamente los sacrificios que se ofrecen en privado sin la asistencia del pueblo, como si fuesen una desviación del primitivo modo de sacrificar; ni faltan quienes aseveren que no pueden ofrecer al mismo tiempo la hostia divina diversos sacerdotes en varios altares,

12 Pablo VI, Encíclica *Mysterium Fidei* (1965), núm. 17.

13 De hecho, el Papa cita a dicha Constitución en la primera frase de la cita, que recuerda a una frase similar de Pío XII.

pues con esta práctica dividirían la comunidad de los fieles e impedirían su unidad; más aún, algunos llegan a creer que es preciso que el pueblo confirme y ratifique el sacrificio, para que éste alcance su fuerza y su valor.
En estos casos se alega erróneamente el carácter social del sacrificio eucarístico. Porque, cuantas veces el sacerdote renueva lo que el Divino Redentor hizo en la última cena, se consuma realmente el sacrificio; el cual sacrificio, ciertamente por su misma naturaleza, y siempre, en todas partes y por necesidad, tiene una función pública y social; pues el que lo inmola obra en nombre de Cristo y de los fieles cristianos, cuya Cabeza es el Divino Redentor, y lo ofrece a Dios por la Iglesia católica y por los vivos y difuntos. Y ello tiene lugar, sin género de dudas, ya sea que estén presentes los fieles —que nosotros deseamos y recomendamos acudan cuantos más mejor y con la mayor piedad—, ya sea que falten, pues de ningún modo se requiere que el pueblo ratifique lo que hace el ministro del altar[14].

Se podría compilar un sinnúmero de testimonios tomados de la Tradición y sólidos argumentos teológicos en defensa de lo que los Papas enseñan aquí. Dicho lo cual, hay algo más que no debemos olvidar. En lo que se refiere a los misterios que están más allá del alcance de la razón humana, la verdad es tanto una cuestión que concierne al centro de la persona que llamamos "corazón", como a la inteligencia; es decir, una cuestión de si nuestros instintos espirituales son rectos, de si nuestras intuiciones, acertadas, de si nuestros sentimientos más íntimos están en armonía con la realidad. El modernismo, aunque alega que procede de nuestros sentimientos y está a su servicio, exuda un frío y exánime racionalismo, y congela lo que fuere que toca. En cambio, los dogmas y prácticas del catolicismo tradicional, aunque tienen a su disposición ejércitos de férreas demostraciones escolásticas, respiran y cantan y suspiran como la presencia viva que ellas contribuyen a hacer presente para nosotros, en carne y sangre.

14 Pío XII, *Mediator Dei*, cit., núm. 117-118.

Una corriente de sacrificio que se derrama hasta el fin

Teniendo esto presente, permítaseme que, al final, regrese al principio. En una de las mejores novelas de Robert Hugh Benson, *The King's Achievement* (1904), hay un pasaje que me conmovió profundamente cuando, hace años, lo leí por primera vez, ya que me hizo recordar el breve pero precioso período que pasé con los monjes en Le Barroux, así como aquella temprana Misa de madrugada del Abad de Fontgombault[15]. En aquel punto del relato de Benson, el personaje Christopher Torridon, un joven monje del Priorato de Lewes, reflexiona acerca de la finalidad última de toda la rutina monástica diaria: "expresar alabanzas a Aquel que hizo y sostiene y recibirá de nuevo en Sí mismo todas las cosas". Los monjes, escribe:

> Se levantan a medianoche para el oficio nocturno, de modo que el mundo dormido no quede nunca totalmente mudo frente a Dios; vuelven a descansar, se levantan de nuevo con el mundo, y se dedican a un culto todavía más sublime. Un fluir de sacrificios asciende hasta el Trono –sea en la suave mañana de verano, sea en la fría oscuridad y tinieblas del invierno– desde todos los altares de la gran iglesia. Christopher recordó con agrado una mañana, cercana al comienzo de su noviciado, cuando se encontró en la iglesia al momento en que un grupo de sacerdotes llegaba y comenzaba simultáneamente a decir Misa. La fantasía mística lo hizo imaginar, cuando empezó el murmullo de las voces, que estaba en un jardín, tibio e iluminado por la gracia, y que a su alrededor había abejas haciendo miel, de cuya aromática dulzura se había dicho, hacía mucho tiempo, que Dios mismo iba a gustar. Y el tintineo de la Elevación, que comenzó a sonar aquí y allá, le pareció como una señal de que el misterioso dulce estaba ya preparado, y de que cada altar se convertía en una fuente de perfumes, que se elevaban desde vasos de plata adornados de joyas y cristal[16].

15 Relaté mi experiencia con los monjes de Le Barroux en el capítulo 4.

16 Benson, R., *The King's Achievement* (ed. de Francis X. Connolly,

Hay muchísimos estudios eruditos y panfletos populares (especialmente de los años 1960 y 1970) que cuestionan o rechazan las Misas privadas y defienden las concelebraciones. Con anterioridad, Karl Rahner había sembrado las semillas de la duda con sus densas y sutiles especulaciones. Los estantes de las bibliotecas de los seminarios crujen bajo el peso de este material. Después de hojear con esfuerzo página tras página estos tratados, sin embargo, lo que siempre me da ganas de saber es lo siguiente: ¿por qué a esta gente le cuesta tanto ver lo que Christopher Torridon (es decir, Robert Hugh Benson) y muchas generaciones de sencillos creyentes han visto a lo largo de los siglos? Me consuela saber que cada día, cada año que pasa, lenta pero seguramente, el Eterno y Sumo Sacerdote está atrayendo el corazón de sus sacerdotes de vuelta al altar de Dios, para cuyo servicio fueron ordenados, y que los llama a "adorar en espíritu y en verdad" (Jn. 4, 23). *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat iuventutem mea.* Como decía Benedicto XVI en su homilía para la Misa de medianoche de la Navidad de 2010: "La liturgia es la primera prioridad. Todo lo demás viene después".

Nueva York, P.J. Kennedy & Sons, 1957), p. 86.

CAPÍTULO 11

La reforma litúrgica y sus efectos a largo plazo en el ecumenismo

El rito romano clásico[1] es el *locus* mismo de la catolicidad y la ortodoxia en Occidente. Y me refiero de este modo a diversos niveles. Primero, como expresión de la *universalidad* de la Iglesia católica de rito latino, según pueden atestiguar todos los misioneros de tiempos pasados. También como expresión exacta, sublime y conmovedora de sus dogmas. Más, todavía: como el *lenguaje* mismo de la Iglesia occidental en oración, cuya identidad está contenida en cada una de sus frases y gestos. Y no se trata meramente de una oración más entre muchas otras, sino que es la Iglesia-en-oración *por excelencia*, dispuesta a realizar el acto supremo de rendir homenaje a la Santísima Trinidad. El propósito

1 Se puede legítimamente hablar de un "rito romano clásico" por tres razones: (1) a pesar de los desarrollos históricos y del surgimiento de algunas tradiciones regionales, el *centro* de lo que llamamos "Misa latina tradicional" es verdaderamente antiguo, y data en lo sustancial del primer milenio, y aun de la primera mitad del primer milenio; (2) me refiero aquí en general a todo el patrimonio litúrgico preconciliar, y no simplemente al Misal romano codificado después de Trento; (3) no deseo excluir la posibilidad de una reforma del nuevo Misal que pudiera hacerlo nuevamente conforme con el antiguo patrimonio.

de la existencia humana es adorar a Dios, lo cual incluye en sí mismo amor, obediencia, sacrificio, fe e incluso visión, porque todas estas cosas están ordenadas hacia el supremo acto de adoración en los Cielos, como nos lo muestra el Apocalipsis[2]. En la misma medida en que este culto de adoración sufre en su pureza y lucidez, la vida mística de la Iglesia se adormece, y se hace cada vez más burocrática y pedagógica. La liturgia debiera educar a los cristianos en el sentido más fundamental, enseñándoles el espíritu, la actitud y el sentido de oración, pero sólo la liturgia tradicional ha hecho y es capaz de hacer esto en toda su profundidad.

En el antiguo rito romano se puede ver, todavía presentes y vivos, algunos elementos que son comunes a los ritos litúrgicos históricos de todas las Iglesias, orientales y occidentales. La genuina y primordial *ortodoxia* de la Iglesia católica, su posesión previa de todo lo que la Iglesia Ortodoxa, luego separada, todavía retiene y vive en alguna medida, se encuentra, como en su centro, en las oraciones, ritos y espiritualidad de la antigua liturgia, como cualquier obispo ortodoxo, suficientemente abierto de mente, podría advertir si asistiera a una solemne Misa Pontifical con canto gregoriano y polifonía –algo que no podría ver en una celebración de la Misa *Novus Ordo*, excepto en circunstancias muy raras como, por ejemplo, en el Oratorio Brompton de Londres, o en el Vaticano, en tiempos de Benedicto XVI–.

Aunque pueda parecer una ironía decirlo a la luz de la distorsionada comprensión actual del ecumenismo –distorsión atestiguada de manera dramática por la reacción universalmente adversa que ha provocado un documento tan manso como *Dominus Iesus*–, la verdad es que los ritos litúrgicos occidentales heredados fueron, y debieran ser siempre, el medio y el punto focal de un auténtico ecumenismo cristiano entre Oriente y Occidente y, de un modo

2 Véase el brillante ensayo de Ratzinger, J., *"Theology as Liturgy"*, en Reid, *Looking Again at the Question of Liturgy with Cardinal Ratzinger*, disponible también en www.pierced-hearts.org/benedict_xvi/Cardinal%20 Ratzinger/theology_liturgy.htm.

diferente, entre católicos y protestantes. Lo que se busca es traer a todos los cristianos, por la conversión de la inteligencia y del corazón, ante un altar común de adoración ("*Introibo ad altare Dei*"), donde la natural unidad de la humanidad se eleve a la unidad sobrenatural de la Iglesia, de cuyo destino celestial la liturgia terrenal es un anuncio y un símbolo ("*Emitte lucem tuam et veritatem tuam* [...] *in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua*"). Al abandono de la liturgia tradicional sigue, de inmediato, la pérdida de conciencia del carácter único de la Iglesia católica, el abandono del *extra ecclesiam, nulla salus* –la única postura que la Iglesia puede sostener sin destruirse a sí misma por contradicción–.

Una mala liturgia es un volátil combustible para el falso ecumenismo. No es para maravillarse el que ya muchos sacerdotes y obispos hayan dejado de hablarnos como lo hicieron los Padres y Doctores de la Iglesia y todos los santos a lo largo de los siglos: estos fueron formados y alimentados por una liturgia que invitaba a la continua conversión del corazón y de la mente a la única fe verdadera, en tanto que los primeros celebran actualmente una liturgia que tiene el aspecto de un montón de flotantes restos que han quedado luego del naufragio de la reforma, y que son conservados por los protestantes tradicionales. Es como si la Iglesia, tardíamente, "admitiera" que siempre estuvo equivocada. Tal es, en la práctica, el resultado de los masivos cambios. En principio, naturalmente, los cambios litúrgicos *no tienen por qué* ser interpretados de este modo, pero el hecho de que *son interpretados* así por una vasta mayoría debiera ser, para nosotros, causa de gran angustia. Si hace falta tener uno o dos doctorados en teología a fin de descubrir en qué sentido la fe católica es la única fe verdadera y la Iglesia católica es la única verdadera Iglesia de Cristo, ello significaría un tremendo fracaso de la misión de nuestro Salvador de salvar a la humanidad reuniéndola en un cuerpo visible en torno a su Vicario en la Tierra, puesto que ya no sería posible ni siquiera identificar este cuerpo ni definir cómo se hace uno miembro de él.

En el valor de *símbolo* que, en la Iglesia posconciliar, ha llegado a tener la Misa *Novus Ordo*, ella representa el modo rutina-

rio de repudiar el Concilio de Trento, la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII, la mistagogía patrística, y se ha convertido en la antítesis de nuestro patrimonio, tanto antiguo como medieval. Por estas razones, es lo contradictorio de la autoimagen litúrgica que la verdadera Iglesia tiene de sí misma en su tradición occidental o latina. El falso ecumenismo seguirá expandiéndose y polucionando la fe de los creyentes en tanto que los dirigentes de la Iglesia mantengan a los fieles en la servidumbre de una "liturgia reformada" de esta clase. Actualmente se ha declarado una guerra entre la esencia de la Iglesia y sus accidentes. Los accidentes quieren acaparar el control de la esencia y, por decirlo así, rehacerla para constituir una sustancia diferente. Esta guerra se desarrolla hoy continuamente con cada iglesia nueva que se construye en el estilo modernista, con cada liturgia de cara al pueblo acompañada de guitarreo, con cada reunión ecuménica de oración que oscurece la centralidad de la Eucaristía, y es muy posible que conduzca a un cataclismo espiritual sin precedentes, que hará añicos a una parte importante de la Iglesia en la tierra. "Cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (Lc. 18, 8). Sí, encontrará fe en lugares inesperados, cuyo corazón será la antigua liturgia o, al menos, un vívido simulacro suyo.

Visitar y orar en las gloriosas iglesias góticas que abundan en Europa, así como ponderar la vida de los católicos medievales que las construyeron y oraron en ellas, me ha hecho pensar, más de una vez, que los modernos han olvidado de qué se trata la vida cristiana y el culto divino. Lo que necesitamos para vivir juntos una vida cristiana sana es la auténticamente *noble* simplicidad, el silencio del anonimato, muchas nubes de bellos cantos e incienso, una saludable rutina de vida puntuada por fiestas y procesiones, una vida de adoración vivida en iglesias que favorezcan la alabanza extática de Dios, que testimonien su belleza trascendente. Esto es lo que poseyó en abundancia la Edad Media, no obstante todo lo que faltaba a los pobres campesinos; esto es lo que fundamentalmente nos falta a nosotros, no obstante todos los conocimientos y confort que poseemos. Cada vez que se construye una iglesia

horrible o que se celebra la Misa indignamente, la fe peligra, se distorsiona, flaquea. En la Iglesia militante, medio siglo después de la gran primavera que se suponía iba a producir el Concilio Vaticano II, estamos en medio de una cada vez más oscura Edad de la Increencia, en un invierno más frío que la Ilustración misma.

Las causas principales de esta oscuridad son la reforma litúrgica, fatalmente deforme, y la apostasía de los obispos, cosas ambas que no están desconectadas. A pesar de todo el bien hecho por Juan Pablo II durante su pontificado, el desierto litúrgico creció cada vez más, y el furor de modernismos continuó sin tasa ni medida por todo el mundo occidental, mientras la mayoría de la gente hacía oídos sordos a lo que fuere que la Iglesia tenía que decir. Y mientras estas heridas no sean sanadas, la Iglesia continuará desangrándose, es decir, continuará perdiendo fe, creyentes, culturas. Hoy su perenne trabajo misionero está, en algún sentido, impedido por la superficial horizontalidad de su culto. A la Misa *Novus Ordo* le falta sustancia, "densidad" de oración, y terminará convirtiéndose en un grillo puesto en los pies de la Nueva Evangelización.

Reflexionemos un momento en este término descriptivo, "densidad". Todas las grandes tradiciones religiosas del mundo han conservado un lenguaje sagrado, al menos para algunos de sus ritos y cantos: para los cristianos de Oriente, es el griego antiguo, el eslavo eclesiástico o alguna otra lengua venerable; para los judíos, es el hebreo; para los musulmanes, el árabe clásico; para los hindúes, el sánscrito. Todas ellas se enorgullecen de usar ese lenguaje sagrado en su culto, y lo mantienen vivo en la reflexión intelectual. El pueblo común lo ha oído durante tantos siglos que no tiene dificultad alguna para que se siga usando. Alguna forma de lengua sagrada es casi un elemento constitutivo de la religión misma. Otro elemento es el entonar de modo rítmico, melodioso, los textos sagrados. Los movimientos rituales solemnes, las vestiduras sacerdotales, el incienso, todas estas cosas también parecen ser, desde la perspectiva de la fenomenología de la religión, intrínsecas al *cultus* divino. Ahora, si pensamos en la Misa mayor solemne de la liturgia romana clásica, vemos que se

canta los textos y se usa incienso, que los sacerdotes usan magníficos ornamentos, que los movimientos rituales son adecuados a la adoración del Dios santísimo y del Hijo de Dios, Jesucristo[3]. Una liturgia así es naturalmente accesible a los miembros de otras grandes tradiciones religiosas: la Misa tradicional sacia los anhelos de los gentiles de tener un culto perfecto. La liturgia es, pues, el principal *instrumento misionero* de la Iglesia católica, su principal punto de contacto con los judíos, musulmanes, cristianos orientales, hinduistas, africanos y demás. Al arrojar por la borda esta liturgia, la Iglesia abandonó un punto de apoyo misionero de gran importancia, y se le ha hecho más difícil demostrar a las culturas tradicionales que ella no es simplemente otro portavoz del Occidente contemporáneo, el cual tiene pocas cosas buenas que ofrecer a cualquier cultura tradicional, y tiende, más bien, a extender la polución de su visión atea y materialista del mundo. Al suprimir la verticalidad palpable y el esplendor ritual de la liturgia romana tradicional, la Iglesia quemó el puente de piedad, con sus múltiples manifestaciones, que la ligaban a las culturas paganas que realizan sus propios y vacilantes esfuerzos por cultivar la piedad en relación con lo divino.

Regreso ahora al tema anunciado en el título de este capítulo. El destierro del antiguo rito romano fue también una de las decisiones más necias que se pudo tomar en el ámbito del ecumenismo. En vez de conservar la liturgia tradicional, por la cual nos asemejamos grandemente a los ortodoxos de Oriente, que son (con las Iglesias católicas orientales) el "otro pulmón de la Iglesia", tenemos ahora una liturgia de apariencia más protestante, justo

---

3 Ejemplo: cualquier persona familiarizada con el teatro y el culto japoneses, quedaría impactada por la misteriosa "orientalidad" de la Misa mayor solemne: todos los ministros continua y cortésmente se hacen mutuas reverencias, se inciensan unos a otros en el ofertorio, etcétera. Es como una proyección del teatro *noh*, como si el *ethos* japonés se hubiera finalmente trasladado a su verdadero hogar, adonde pertenece más propiamente. Seguramente todo esto tuvo algo que ver con el éxito inicial de San Francisco Javier y otros jesuitas en el Lejano Oriente.

en el momento en que muchas de las principales denominaciones protestantes han entrado en agonía. De hecho, el cambio mismo de la liturgia a gran escala y el repudio de mucho de lo que en ella es sagrado, constituye, en la mente de los pocos ortodoxos que estudian estas materias, una prueba decisiva del imperialismo papal y del adulterio que la Iglesia romana ha cometido con el modernismo. Descartar una liturgia auténticamente antigua en favor de una que es pseudo-antigua, es algo que convence a cualquier cristiano de Oriente de que la Iglesia romana *no* preserva la Tradición intacta. Y en este aspecto, no obstante las muchas distinciones teológicas que uno podría con razón exigirle, el ortodoxo se anota a su favor un par de puntos. Es una ironía el que la clásica liturgia romana que, en sus elementos fundamentales, tiene su origen en el primer milenio, que exhibe innumerables puntos de contacto con la tradición litúrgica oriental, y que reúne en sí todas las expresiones esenciales del anhelo humano de lo divino, tal como se lo encuentra en otras grandes religiones, fuera sepultada por algo que no es más que el producto de un comité, ni antiguo ni ecuménico ni notable por su sentido de lo sagrado.

El ecumenismo de la nueva forma no es otra cosa que el ecumenismo horizontal de "mínimo común denominador", tan justamente condenado por tantos Papas. Es "ecuménico" porque es genérico, como la materia prima, abierto a un mundo de posibilidades, carente de forma y de sustancia. En contraste, la liturgia tradicional emerge del corazón de la fe cristiana y apunta siempre hacia él, hacia el nudo central de sus misterios. Esta cualidad es la que hace del *usus antiquior* un invaluable instrumento para el redescubrimiento de la continuidad histórica y la fundación apostólica de la Iglesia católica. La antigua liturgia es profundamente ecuménica en el mejor sentido de la expresión porque subraya las verdades fundamentales de la fe, de las cuales es un ejemplo que inculca y simboliza. Por una paradoja muy legítima, es exactamente la antítesis de lo que hoy se entiende por "ecumenismo", precisamente porque contribuye, de modo inmejorable, al verdadero propósito de todo diálogo con

los no creyentes y sectarios, es decir, a su conversión, a su entrada en la única Iglesia verdadera, la Iglesia católica fundada sobre la roca de Pedro.

Al cabo, hay sólo dos caminos para el alma: o bien la liturgia moldea su personalidad, o bien su personalidad le da forma a la liturgia. Esta es la auténtica *formación*, en el sentido monástico, en tanto que lo segundo es *reforma* en el sentido protestante. Una vez oí a un obispo griego expresar un sentimiento semejante: "En Oriente, pensamos según lo que oramos. En Occidente, vosotros oráis según lo que pensáis. Y así es como nuestra teología no cambia, porque nuestra liturgia no cambia, en tanto que vosotros, cuando comenzasteis a cambiar vuestra teología, cambiasteis también vuestra liturgia". Ese juicio es verdad, pero lo es sólo en relación con el Occidente *moderno*, porque lo que aquel buen obispo describía es el proyecto, inspirado por la Ilustración, de la facción reduccionista (que había de resultar victoriosa) del movimiento litúrgico, muy diferente de su corriente principal de carácter dogmático-místico, representada por figuras como Dom Guéranger. El racionalismo ilustrado entiende erróneamente el poder activo del intelecto, y se imagina al hombre pensador como una realidad reconstructora y deconstructora. Se aleja del "*anima fit quodammodo omnia*" (el alma es, en cierto modo, todas las cosas) de Aristóteles y de Santo Tomás, con su doctrina de que el conocimiento es una profunda comunión de conocido y conocedor, recepción de lo conocido en el interior del conocedor. También en Occidente, hasta la gran época de los doctores medievales –e incluyéndola–, los teólogos tanto monásticos como escolásticos "pensaban lo que oraban" –y no sólo en su oración personal sino también en la oración litúrgica–. Los sermones de los grandes cistercienses son una tapicería tejida con textos explicados con ayuda de la liturgia. Santo Tomás, San Buenaventura, San Alberto y los demás a menudo se vuelven hacia la liturgia en sus reflexiones teológicas, y no sólo en asuntos estrictamente litúrgicos. Por ejemplo, Santo Tomás cita una de las colectas de la Misa para

mostrar que la verdad de la omnipotencia de Dios se manifiesta, sobre todo, en sus muestras de misericordia[4].

Estas reflexiones me convencen más que nunca de que la genuina renovación de la teología, el *ressourcement* o "vuelta a las fuentes" tan promovida por algunos en los años del Concilio y todavía activa en la actualidad, no podrá tener lugar a menos que regresemos no sólo a las fuentes intelectuales, sino también a las fuentes litúrgicas, pero no en el sentido arcaizante condenado por Pío XII y luego prontamente adoptado por Bugnini y el *Consilium*, sino en el regreso a la Tradición que hemos recibido de la Santa Madre Iglesia, de sus Papas y santos, bajo la constante guía del Espíritu Santo. La idea misma de una vasta reforma de la liturgia, "poniéndola al día", "modernizándola", es, de muchos modos, perturbadora para cualquiera que tenga sensibilidad en lo que se refiere a la estable naturaleza de la relación entre liturgia y Tradición. La Tradición no es meramente "lo que los muertos acostumbraban hacer o pensar", sino que es la verdad que se nos ha transmitido ininterrumpidamente desde los Apóstoles y sus sucesores, y que ha sido venerada por el pueblo cristiano. Es nuestra línea vital de comunicación con el pasado, la cadena que nos une a los Apóstoles y al Señor, es la fuente, el punto de contacto de nuestra unión viva con el pasado. La liturgia no es simplemente "lo que hacemos en Misa", sino la *summa* de nuestra religión, el punto de anclaje del alma creyente, la perfección suprema, en esta vida, de la fe. Cámbiese la liturgia y, para todos los efectos prácticos, se habrá cambiado la religión. Vivisectar un animal es, tarde o temprano, matarlo.

¿Es posible imaginar que los cristianos ortodoxos, o incluso los católicos bizantinos, realicen un cambio radical en su liturgia? ¿Es posible imaginar que los protestantes "tradicionales", como los anglicanos *High Church* o los luteranos conservadores, cambien radicalmente *la suya*? ¿Se puede imaginar que los judíos observantes o los musulmanes cambien súbitamente sus formas acostumbradas de culto de algún modo sustancial? Tal cosa es cla-

4 *ST* I, q. 25, a. 3, ad 3.

ramente imposible. Otras religiones y otras formas de Cristiandad no abandonarán jamás sus formas de culto porque las cuentan entre los elementos más sagrados, más preciosos, más fundamentales de su vida religiosa. Y lo mismo fue verdad otrora en nuestro medio, en nuestra liturgia tradicional. Pero ya vamos en nuestra quinta década de liturgia enmudecida y de abusos institucionalizados. Benedicto XVI, a pesar de todas sus conocidas críticas a la nueva liturgia, parece haber sentido sus manos atadas por la enormidad del problema, mientras contemplaba desde el trono papal la devastadora carnicería llevada a cabo por pertinaces malas prácticas, que han logrado el estatus honorable de una cuasi-tradición.

No es el caso de emprender una seria "reforma de la reforma", tal como sería necesaria para enterrar a esta cuasi-tradición junto con el Sínodo de Pistoia, el Breviario de Quiñones y otras aberraciones históricas. Esta tarea, esperada por tan largo tiempo por los católicos tradicionales, supone un Papa que esté convencido de que la Iglesia simplemente no puede sobrevivir a menos que se la conecte de nuevo con todo su patrimonio litúrgico, y que sea lo suficientemente celoso como para recuperarlo; un Papa con una voluntad de hierro, preparado para ejercer la plenitud de su autoridad petrina a fin de deshacer lo que inauguró el mal uso de la misma por Pablo VI; un Papa con tacto diplomático y valentía en el nombramiento de nuevos obispos y en el disciplinamiento de los actualmente existentes, y con una red de agentes papales y apoyos a través del mundo que puedan implementar rápida y efectivamente el curso de acción que se decida. El Señor, que obra maravillas, nos ha proporcionado muchas sorpresas en la historia de los Papas, como cuando el Cardenal Giovanni Maria Mastai-Ferretti, elegido Papa con fama de tener simpatías liberales, terminó siendo el más terrible e infatigable opositor del liberalismo en el siglo XIX, el Beato Pío Nono. Podríamos, muy oportunamente, volvernos hacia él en oración, pidiendo, a través de su intercesión, la restauración de la *libertas Ecclesiae* que comienza con la libertad de "acercarse al altar de Dios" exactamente en la forma en que lo hicieron nuestros antepasados durante siglos.

CAPÍTULO 12
El latín, lenguaje litúrgico ideal de Occidente

Se puede dar –y de hecho se los ha dado ya– muchos y convincentes argumentos en favor de la preservación del latín en la vida litúrgica de la Iglesia católica romana. Incluso la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* (1963), declaró que debía conservárselo, siguiendo así de cerca las huellas de la admirable Constitución Apostólica *Veterum Sapientia*, de 1962, de Juan XXIII[1]. Como se sabe, las reafirmaciones del latín del papa Juan XXIII y del

1 La Constitución *Sacrosanctum Concilium* declara: "Se conservará el uso de la lengua latina en los ritos latinos, salvo derecho particular" (núm. 36, 1); "Procúrese, sin embargo, que los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del Ordinario de la Misa que les corresponden" (núm. 54); "De acuerdo con la tradición secular del rito latino, en el Oficio divino se ha de conservar para los clérigos la lengua latina" (núm. 101,1). Aun Annibale Bugnini escribe en sus memorias: "La conclusión a que se llegó en este debate [entre los partidarios del latín y los partidarios del vernáculo] se incluyó finalmente en el capítulo I de la Constitución sobre la Liturgia, donde se soluciona el problema de tal modo que se reconcilia los derechos del latín y la necesidad del vernáculo en las celebraciones con el pueblo" (*The Reform of the Liturgy* [Collegeville, Liturgical Press, 1990], p. 25). Ojalá los derechos del latín hubieran sido respetados por Pablo VI.

Concilio fueron casi totalmente suprimidas por las mal aconsejadas decisiones del papa Pablo VI, quien una vez más demostró al mundo que, si el Papa goza del carisma de la infalibilidad cuando enseña materias de fe y moral, carece de tal don en relación con juicios prudenciales específicos, incluidas las disposiciones sobre liturgia en sus elementos modificables[2]. En todo caso, mi objetivo en este capítulo no es catalogar y revisar los muchos argumentos que hay a favor del latín, un trabajo que ya ha sido bien hecho por otros, sino simplemente hablar de algunas experiencias personales mías acerca de dónde y cuándo la impresionante unidad del latín hubiera tenido mucho más sentido, en la vida real, que la Babel de lenguas vernáculas.

Mi mujer y yo vivimos en Austria siete años y medio. Estar en Europa me convenció, más allá de toda duda, de que el cambio, después del Concilio, a un uso exclusivo del vernáculo en la Misa, fue una de las cosas más necias y miopes que pudieron tener lugar. En vez de hacer la Misa más profundamente accesible, lo que hizo fue localizarla, particularizarla, relativizarla, excluyendo a todo aquel que no hable el idioma local. Los viajeros católicos o los inmigrantes son hoy arrojados a un ambiente extraño, que los aliena mucho más que lo que la solemne liturgia

2 Aunque me parecen bien muchos argumentos que dan los partidarios de la "reforma de la reforma", no puedo estar de acuerdo con su planteamiento de que el latín siempre ha seguido siendo la lengua de la liturgia. Es, claro, la lengua de la *editio typica* que sirve de base para las traducciones, pero el Vaticano no ha hecho, *en parte alguna*, prácticamente nada en los últimos cuarenta y cinco años para asegurarse de que el latín siga siendo la lengua de la Misa *Novus Ordo*. Ya cuando Pablo VI introdujo el nuevo misal, lamentó la pérdida del latín que ello habría de significar, y dijo que debíamos considerar que este doloroso sacrificio valía la pena en vistas de cuán bien el vernáculo iba a satisfacer las necesidades contemporáneas de la Iglesia. Cada vez que Juan Pablo II mencionaba el latín, le destinaba un breve espacio, no el lugar dominante que le dieran Juan XXIII y el Vaticano II. Tampoco el papa Benedicto XVI se preocupó de que la forma ordinaria fuera celebrada mayormente en su edición típica en latín, sino que, por el contrario, alentó el redescubrimiento y extensión de la forma extraordinaria, que, *Deo gratias*, conserva la lengua madre de la Iglesia.

en latín alienó jamás a los simples campesinos. De hecho, debido a su permanente aura de sacralidad, y a su clara focalización en el misterio de la Eucaristía, la liturgia tradicional, incluso cuando no se entiende plenamente sus palabras, moldea el alma mejor que la liturgia nueva, entendida cerebralmente.

La ironía de esto puede verse en diversos niveles.

Primero, el latín es universal y no es el habla cotidiana de ninguna nación o pueblo moderno. No existe imperialismo cultural en el uso del latín, sino más bien un signo visible de que la Iglesia de Cristo se extiende a todas las naciones, haciéndolas regresar a la unidad en una fe, una comunión, un culto a Dios. Si se alegara que el uso del latín es una forma de imperialismo cultural, tendríamos que decir a continuación que proclamar y predicar la Trinidad o la Encarnación son una forma de *imperialismo teológico* que destruye al África pagana, a Asia, y a las culturas y religiones europeas, o que el mero uso de una misma Misa, de un mismo misal (no obstante sus lenguas vernáculas), es una forma de *imperialismo litúrgico,* destructor de las diversas formas peculiares entre las cuales un aborigen podría elegir una para adorar a Cristo. No hay cómo escapar a esta lógica: si se niega la conveniencia de una presencia universal del latín, universalidad en que insistió nada menos que Juan XXIII, se está a medio camino de negar la universalidad de la doctrina cristiana misma y de su culto. ¿Por qué habríamos de reconocer o adherir a *cualquie*r tipo de unidad transcultural o transhistórica? ¿Por qué no optar por un pluralismo total, como lo ha hecho el posmodernismo? O, quizá debería decir, como el modernismo *ha tratado* de hacer, ya que no se puede exaltar un pluralismo total sin negar la inteligibilidad de las comunicaciones, lo cual haría de todo el proyecto algo vacío y nulo.

Segundo, los modernos europeos son, en general, claramente multilingües, lo que haría que se pudieran acostumbrar fácilmente al latín, como de hecho fue el caso hace no hace tantas décadas atrás. No existe época en que el latín pudiera ser más accesible que la actual, precisamente en virtud de la "globaliza-

ción" que está teniendo lugar. Si los suizos o daneses pueden y a menudo deben hablar varios idiomas, ¿cuál sería la dificultad de una liturgia en latín? Sería una fuente de unidad internacional entre los fieles, mucho más que lo que las particulares liturgias locales podrán serlo jamás. En aquellos años que pasé en Europa, participé en muchas liturgias que se hubieran desarrollado mucho más fluidamente en latín. En mi única visita a Lourdes, asistí a una Misa en que se cambiaba continuamente de idioma para acomodarla a una asamblea internacional, un complicado *show* de gimnasia lingüística que me pareció altamente distractor: orar se me hizo casi imposible. El carácter ya excesivamente verboso y autocéntrico de la nueva liturgia quedó subrayado todavía más por esta preocupación de usar en forma proporcional el idioma de los diversos grupos.

Tercero, y continuando con el punto anterior, debido a la mayor y ubicua alfabetización, hay gran cantidad de gente que podría seguir el misal individual o algún folleto con el Ordinario de la Misa. Incluso los analfabetos, que a menudo disfrutan (como compensación, se podría decir) de una rica cultura oral y un alto nivel de comprensión intuitiva, resultarían beneficiados por sermones, predicados en su propia lengua, dirigidos a explicar la Misa, tal como Romano Guardini se la explicaba a sus propios fieles alemanes. Además, como dice Jacques Maritain en *Le paysan de la Garonne*, para el fiel que, simplemente con arrodillarse en la Misa y dejar que su espíritu sea arrebatado a las cosas del Cielo es capturado por una adoración silenciosa de Dios y no necesita de palabras, misales, largas lecturas o sermones, para ese fiel es suficiente *estar ahí*. Como decía el campesino en la parroquia del Cura de Ars: "Él me mira, y yo lo miro". Cuando la liturgia rompe este contacto espiritual directo en favor de un didacticismo verbal, hace un disfavor a la vida espiritual de los fieles.

Cuarto, en cuanto al antiguo anhelo de fraternidad entre las naciones y de paz en la tierra, ¿qué podría ser más útil a estas aspiraciones que una liturgia que fuera igual en todas partes? Un

estadounidense viajando por Francia, un alemán de viaje por España, o un italiano por Dinamarca, o incluso un asiático en África o un indio en Australia, todos ellos se sentirían "en casa" en la parroquia del lugar. Y dada la importancia que tanto G.K. Chesterton como Gabriel Marcel asignan, con razón, a este sentimiento, profunda e inefablemente consolador, de "sentirse en casa", ¿no debería la Iglesia hacer todo lo que esté a su alcance por que la liturgia sea precisamente ese lugar en que uno se siente siempre en casa, sin importar dónde se esté? No, por cierto, mediante el expediente de hacer de la liturgia algo amistoso e informal, sino asegurándose de que permanezca siempre profundamente familiar en su identidad, coherencia, consistencia y estabilidad: ella es, o debiera ser, un único acto solemne de adoración de la Santísima Trinidad que no cambia nunca en *su espíritu*, desde donde sale el sol hasta su ocaso. Como dice el Señor: "En verdad os digo, llega la hora en que no adoraréis al Padre ni en esta montaña ni en Jerusalén [...] Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (Jn 4, 21, 23). Esto fue, alguna vez, una experiencia común de los católicos: a pesar de las grandes diferencias entre los pueblos, culturas y circunstancias, la sagrada liturgia fue verdaderamente universal y unificada, de modo que, en cualquier parte, se podía encontrar el bello rostro de Cristo en el rostro de su Iglesia. Lamentablemente, la Iglesia actual da una impresión muy diferente: una impresión de diversidad democrática, con muchos diferentes señores adorados en otras tantas diferentes montañas.

Estamos hoy viviendo en la época de los viajes, la época de la "aldea global". Al menos en Occidente, todo el mundo viaja en uno u otro momento. Nunca ha habido en toda la historia del mundo una cantidad tan grande de gente que viaja por el interior de su país o por el extranjero. ¡Qué necio fue fragmentar el modo universal del culto justo en el momento en que era más necesario que nunca! El *usus antiquior* ilustra enfáticamente el objetivo de la fraternidad humana y le sirve admirablemente, y, como observa Henri de Lubac, sólo en la *común adoración* de Dios existe una

fraternidad definitiva. En el ámbito del *Novus Ordo*, en cambio, las celebraciones litúrgicas ilustran una diversidad o pluralismo que no se conecta con la unidad y universalidad, como resulta dolorosamente evidente al viajero que habla pocos idiomas, o ninguno aparte del propio. Hubo un tiempo en que las parroquias y capillas en todo el mundo daban testimonio de la profunda unidad interior de la Iglesia católica (es decir, universal). Hoy sólo tenemos el fenómeno protestante de la localización.

Este último punto merece un breve desarrollo. En la era de la liturgia tradicional hubo mucho espacio, de hecho, para la inculturación o para adaptaciones locales, ya sea en el diseño de las iglesias, en el estilo de los ornamentos, en la disposición y decoración de los altares, o en los himnos populares, villancicos y procesiones. El único eje constante fue el Santo Sacrificio de la Misa, que atestiguaba, con su lenguaje y ritos, la sólida unidad con Roma, asiento histórico-místico de la Iglesia fundada por Cristo. Nunca se sacrificó el *escándalo* de la particularidad de la Encarnación para obtener ganancias temporales y superficiales: jamás se declaró que Cristo fuera africano o asiático, femenino o hermafrodita, a fin de ganar conversos del paganismo, del feminismo, del gnosticismo, etcétera. La fe está fundada sobre la roca de Pedro, obispo de Roma por voluntad de la Providencia, y este extremo particularismo se prolongará hasta el fin de la historia, como imagen del escándalo mucho mayor todavía de la particularidad de Cristo, un judío nacido en Belén durante el apogeo del Imperio Romano. El católico chino, en cuanto hombre y en cuanto chino, adora a Dios *en comunión con Roma*. Esto es lo que proclamaba la antigua liturgia, con feliz y santa ignorancia de la superficial acusación de "imperialismo cultural", cosa que, por cierto, no puede achacarse jamás a la proclamación de la Verdad, aun cuando al Evangelio fue dado a la humanidad mediante la más particular de todas las circunstancias particulares.

Hace algunos años, me dejó perplejo una discusión, que me contó un amigo, en que un apologista católico conservador había salido a campear, con armadura y todo, en defensa de la vernacu-

larización de la Misa luego del Concilio. Mi primera impresión fue que su panoplia de argumentos, aunque parecía razonable, había sido ensayada ya por los promotores de la "reforma" del *Consilium*, allá por los años 1960, y no había mejorado nada, ni en verdad ni en persuasión, desde entonces. Mi segunda impresión fue que se trataba de un caso de obsoleto disenso respecto de la Constitución apostólica *Veterum Sapientia* del Papa Juan XXIII, que declaró al latín como lengua permanente y preeminente del culto y la teología de la Iglesia católica. Esta Constitución ha sido incesantemente violada desde su promulgación, pero no ha sido jamás rescindida ni se ha abrogado su contenido. Puede que algún futuro Papa sea capaz de retomarla con admiración, una vez que los efectos de la *Summorum Pontificum* hayan calado bien en la Iglesia.

En todo caso, lo que el apologista afirmaba era que el latín había sido la lengua común de la antigua Roma, por lo que nosotros deberíamos usar la lengua común de nuestra época. Pues bien: el latín fue ciertamente, hace tiempo, el idioma común de muchos miembros de la Iglesia católica, en el declinar del Imperio Romano, pero ya en la Alta Edad Media, con la invasión de las tribus bárbaras que hablaban una multitud de idiomas, el latín se convirtió, cada vez más, en una lengua monástica y académica y, a nivel popular, dio origen a las formas tempranas de las lenguas romances, como el dialecto italiano en que Dante escribió su *Divina Comedia*, o el dialecto napolitano que Santo Tomás usaba para predicar en su tierra nativa. Así pues, podemos decir con seguridad que, por más de mil años, la Iglesia católica realizó su culto en un lenguaje que se hizo fijo, formal, sagrado, tal como los hinduistas usan el sánscrito, los judíos el hebreo, los musulmanes el árabe, etcétera.

Era también una tontería el que este apologista argumentara que, antiguamente, la mayor parte de la gente no entendía lo que tenía lugar en la Misa. Por mi propia experiencia, creo honesto decir que, antiguamente, hubo mucha más gente que entendía, en su esencia, lo que tenía lugar en la Misa y por qué ésta era impor-

tante, que lo que es el caso actualmente, a pesar de que la Misa se dice en su propia lengua. Ahora bien, yo no culparía por esto a la lengua, sino que al clero y a las desastrosas traducciones del *Novus Ordo* que fueron impuestas a los fieles por la Comisión Internacional para el Inglés en la Liturgia (ICEL), o sus equivalentes, deformándolos durante cuarenta años. Sea ello como fuere, el tectónico cambio en el idioma significó, en la mente popular, un cambio en el significado mismo de lo que estaba teniendo lugar en la iglesia y, por tanto, a lo largo del tiempo, otra desviación más de la fe del pueblo acerca del Santo Sacrificio de la Misa.

¿Se podrá calcular alguna vez el daño hecho a la Iglesia por el destierro del latín del culto público? Me temo que no. Tenemos una idea muy limitada de la verdadera extensión del daño, tal como nos resulta difícil imaginar el tamaño de la tierra, del sistema solar o de la galaxia en que vivimos. Con el súbito cese y reemplazo del solemne lenguaje sagrado que, por más de 1.500 años, había sido la lengua, la voz, la expresión del carácter interior de la Iglesia de Occidente, se confirmó y, por decirlo así, se institucionalizó la opinión, que ya circulaba en tiempos del Concilio, de que el pasado no tiene sentido para el presente, y de que el presente debe ser liberado del pasado. En el hecho mismo del culto en vernáculo se encarna la hermenéutica de la ruptura y la discontinuidad, el sentimiento de una iluminación superior y de una superior misión, como si ahora *finalmente* comprendiéramos y supiéramos lo que tenemos que hacer en el mundo moderno. "Necios, porque no tienen mentes de largo alcance", como dijo Empédocles alguna vez. Lo que debiéramos hacer en el mundo moderno es exactamente lo mismo que hemos hecho siempre en todos los tiempos. El error fue creer que podíamos hacer algo mejor. En castigo, se ha permitido no sólo que lo hiciéramos mucho peor, sino también que quemáramos los puentes que nos hubieran hecho posible echar pie atrás y volver a hacerlo bien.

Aunque, después de su rompimiento con Roma, Martín Lutero odiaba muchos de los rasgos de la liturgia católica, conservó su respeto por la lengua latina. En realidad, el caso es todavía

mucho más embarazoso para los católicos de hoy que aborrecen el latín, porque Lutero tuvo la intuición psicológica básica de darse cuenta de que el latín añade algo a la liturgia y que no debiera ser simplemente desechado, como puede verse por su conservación del latín en el culto luterano, uso que duró hasta los tiempos de Johann Sebastian Bach, cuyas versiones breves del Gloria y del *Sanctus* no son rarezas escritas por un cripto-católico, sino música luterana de iglesia perfectamente utilizable en su día. ¿Acaso no ha pasado ya suficiente tiempo como para que el Papa y los dicasterios competentes del Vaticano hagan algo con este travestización, con esta amnesia de nuestra identidad, nuestra historia, nuestra cultura y nuestra lengua madre cultual?

Quizá algún día los historiadores puedan mirar atrás y ver que *Summorum Pontificum* significó un cambio decisivo en la "guerra del lenguaje", expresión con la que llamo la atención no hacia la cuestión más pedestre, aunque importante, de si la forma ordinaria está bien traducida, sino hacia la cuestión, más desafiante y más llena de consecuencias, de si la liturgia que ha sido separada de su viejas raíces latinas y de la piedad del rito latino puede sobrevivir a largo plazo. Quizá el motu proprio significa el comienzo de un movimiento que ha de culminar, dentro de décadas o siglos, con el debido triunfo de la liturgia latina, de la Misa de nuestros antepasados, de la Misa de todos los tiempos. No debiéramos dejar de doblar nuestras rodillas y rogar *Miserere nobis, Domine* con esta finalidad, quijotesca pero, con la ayuda de Dios, perfectamente alcanzable.

CAPÍTULO 13

La educación católica y la sagrada liturgia

En el Año de la Fe, convocado por Benedicto XVI, los católicos volvieron su mirada al Concilio Vaticano II, conmemorando el quincuagésimo aniversario de su apertura el 11 de octubre de 1962. Como ya había sucedido antes en 2005, cuando la Iglesia recordó el cuadragésimo aniversario de la clausura del mismo el 8 de diciembre de 1965, sentí la necesidad de volver a muchos de los temas que este Concilio analizó y sintetizó en sus dieciséis documentos. El primer documento promulgado fue *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), y el último, *Gaudium et Spes*, junto con la declaración sobre libertad religiosa *Dignitatis Humanae*, el decreto sobre ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, y el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad Gentes* (todos del 7 de diciembre de 1965). En un discurso pronunciado cuando era todavía cardenal, Benedicto XVI dio especial importancia al hecho de que el primer documento promulgado fuera la Constitución sobre sagrada liturgia, y mostró su conexión orgánica con las otras cuatro Constituciones del Concilio:

> El hecho de que [*Sacrosanctum Concilium*] fuera puesta al principio se debió básicamente a motivos pragmáticos. Pero,

en retrospección, debe decirse que ello tiene un significado más profundo en la estructura del Concilio: la adoración está en primer lugar. Por lo tanto, Dios está en primer lugar. Esta introducción corresponde a la norma de la regla benedictina: *Operi Dei nihil praeponatur*[1]. En cuanto segundo texto del Concilio, la Constitución sobre la Iglesia [*Lumen Gentium*] debe considerarse como interiormente conectada con el texto sobre la liturgia. La Iglesia es guiada por la oración, por su misión de glorificar a Dios. Por su propia naturaleza, la eclesiología se conecta con la liturgia. Es, por lo tanto, lógico que la tercera Constitución [*Dei Verbum*] se refiera a la Palabra de Dios que convoca a la Iglesia y la renueva en cada época. La cuarta Constitución [*Gaudium et Spes*] muestra cómo la glorificación de Dios se realiza en la vida activa, puesto que la luz recibida de Dios es llevada al mundo y sólo así se convierte plenamente en glorificación de Dios. En la historia del período posconciliar, la Constitución sobre la liturgia ciertamente ya no fue entendida desde el punto de vista de la supremacía básica de la adoración, sino como una especie de recetario sobre lo que se puede hacer con la liturgia. Entretanto, el hecho de que la liturgia es "hecha" verdaderamente para Dios y no para nosotros mismos parece haber desaparecido de la mente de quienes se preocupan de pensar cómo dar a la liturgia una forma cada vez más atractiva y comunicable, que involucre activamente a una cantidad de gente cada vez mayor. Sin embargo, mientras más la hacemos para nosotros mismos, menos atractiva se vuelve, porque todos se dan cuenta claramente de que pierde cada vez más su foco esencial en Dios[2].

El Concilio tuvo también mucho que decir sobre la educación, su centralidad en la vida de la comunidad humana y cristiana, la urgente tarea de volver a las fuentes clásicas de nuestra tra-

---

1 "Que nada se anteponga a la obra de Dios", el canto de los salmos, la celebración de la Misa.

2 "La eclesiología de la Constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium*", publicada en *L'Osservatore Romano* el 19 de septiembre de 2001, disponible en www.ewtn.com/library/curia/cdfeccl.htm.

dición (incluyendo a Santo Tomás de Aquino[3]) a fin de recuperar su perenne sabiduría en un mundo que tanta sabiduría necesita, y sobre cómo combinar la instrucción de la mente y la del *corazón*. Si juntamos todo esto con la idea del Cardenal Ratzinger acerca de la primacía de la adoración en la oración de la Iglesia y, sobre todo, en la celebración de los sagrados misterios, nos vemos en la necesidad de preguntarnos: ¿Cuál es la relación entre educación y liturgia? ¿Podría decirse que toda educación brota de la liturgia y culmina en ella? ¿De qué modo podríamos aprender de la Misa y de la Eucaristía a ser fieles servidores de un Concilio que tan a menudo nos remite a ellas en busca de luz y calor?

Maestro en la escuela de la liturgia

Es principalmente a través de la liturgia que Cristo, Cabeza de la Iglesia, lleva a cabo tres cosas: enseñar, gobernar y santificar a su pueblo. Nos enseña por medio de las Escrituras y los símbolos sagrados de que la liturgia está colmada. Nos gobierna haciéndose presente Él mismo como Sumo Sacerdote y Pan de Vida, estableciendo su reinado en nuestras almas y, por medio de nosotros, en el mundo. Nos santifica derramando sobre nosotros la gracia a través de los siete sacramentos, ofreciéndonos los medios para que podamos transformarnos, paso a paso, de siervos en amigos íntimos.

En relación particularmente con la enseñanza, debiera tomarse en cuenta que, en este estado nuestro de peregrinación, la culminación de la sagrada doctrina, o teología animada por la caridad, consiste en el ascenso de la contemplación hacia Dios mediante el estudio de la Sagrada Escritura. Por lo tanto, *todas* las demás disciplinas especulativas se ordenan al conocimiento

3 *Gravissimum Educationis*, núm. 10; *Optatam Totius*, núm. 15; cf. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (1970), *AAS* 62, p. 367, núm. 71 y 79; Juan Pablo II, *Sapientia Christiana* (1979), núm. 71, 79 y 80; *Codex Iuris Canonici* (1983), can. 252, núm. 3; *Fides et Ratio* (1998), núm. 43 y 61.

de las verdaderas divinas, de los misterios, revelados en la Escritura. Tal es la evidente interpretación de la teología en Santo Tomás de Aquino, como lo es también en la Iglesia de los Padres. La liturgia es el marco privilegiado para la Escritura, no sólo porque proclama las lecturas y los Evangelios, sino porque el sacrificio de Cristo contiene la esencia misma de la Revelación. El mismo lenguaje de la liturgia es, en todas sus dimensiones, una continua exégesis de la Escritura. Los símbolos de la liturgia son "mistagogía" en el sentido patrístico, que nos introduce a los atrios de la verdad divina: son guía para los sentidos y el intelecto humano. No podemos alcanzar las realidades divinas si ellas no condescienden de un modo análogo al de la Encarnación. La liturgia (re)presenta los misterios a los ojos del alma, y proporciona el contexto en el que surge el significado de la Palabra. A fin de poder "leer" bien las cosas divinas, se nos debe educar para "leer" la liturgia y las verdades que contiene, pericia que se adquiere en su mayor parte mediante bien preparados sermones en la Misa y continua catequesis fuera de ella. Debiéramos desear zambullirnos en las grandes profundidades de la liturgia porque ésta es la entrada a los misterios mismos del Señor y la vía más perfecta que nos dejó para que nos acercáramos a Él en esta vida de peregrinación. La liturgia de la Misa es un microcosmos de toda la vida cristiana, como lo es también de la vida natural del hombre, cuya naturaleza social y política se expresa y fortalece con el culto público: es un vaso de barro que contiene el aceite de la alegría espiritual.

La culminación de las artes liberales es la filosofía, y la culminación de la filosofía es la metafísica. La metafísica, a su vez, se eleva por encima de sus más ambiciosas expectativas cuando es llamada a servir de humilde esclava de la ciencia de la teología, que surge de la revelación que Dios hace de su propia vida interior a través de la Encarnación de su Hijo. Si estas realidades divinas se manifiestan y hacen presentes sobre todo en la sagrada liturgia, de ahí se sigue que la finalidad última de *todos* los esfuerzos educacionales, como también del arte, de la arquitectura,

de la vida colectiva, de la vida entera del hombre, es la adoración de Dios en el Santo Sacrificio de la Misa. En realidad, todas las cosas, en una república cristiana, existen para la adoración de la Santísima Trinidad por, con y en Jesucristo, Dios-Hombre, que produce la divinización del hombre o *theosis*, es decir, participación en la sagrada vida de Dios. Esto es lo que se lee en el Decreto del Vaticano II sobre la educación cristiana, *Gravissimum Educationis*:

> Una educación cristiana no persigue solamente la madurez de la persona humana arriba descrita [en términos de madurez psicológica y social], sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don de la fe, mientras son iniciados gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación; aprendan a adorar a Dios Padre en el espíritu y en verdad (cf. J. 4, 23), ante todo en la acción litúrgica, adaptándose a vivir según el hombre nuevo en justicia y en santidad de verdad (Ef. 4, 22-24), y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo y contribuyan al crecimiento del Cuerpo Místico. Ellos, además, conscientes de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza (cf. 1 Petr. 3, 15) y a promover la elevación cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad[4].

Maestro de vida espiritual

Lo dicho hasta aquí, aunque importante, es todavía más bien general. Jesús en la Eucaristía es nuestro maestro no sólo en lo que se refiere al *aspecto* general de la vida cristiana, sino también en lo relativo a una correcta comprensión y práctica de la vida espiritual, la maravilla de la gracia santificante, la inhabitación de las divinas Personas en nuestra alma. Al apremiar-

4 *Gravissimum Educationis*, núm. 2.

nos para que recibamos su mismo Cuerpo y Sangre, el Señor eucarístico nos libra de la perenne tentación del espiritualismo, porque Él es verdaderamente, como lo enfatizó tan a menudo Benedicto XVI, "Emanuel, Dios *con nosotros*". El Señor en una visión dijo una vez a Santa Gertrudis la Grande: "Ten cuidado, en adelante, con desear tan importunamente ser separada del cuerpo, solamente para ser librada de la carne, sobre la cual derramo tan abundantemente los dones de la gracia"[5]. Con todo, al dársenos el Señor de un modo totalmente oculto y misterioso, para que lo recibamos en la oscuridad de la fe, en el interior de la mente incorpórea que gobierna el mundo de la materia, nos libra del error de la tentación, propio de la Caída, del materialismo. Todos nacemos materialistas; tal es la herencia que recibimos de Adán y Eva. Es necesario que se nos eduque para que veamos la primacía de las realidades espirituales que sostienen y permean el mundo material y para que actuemos de acuerdo con ella; ese mundo invisible que da fundamento al visible, lo divino que crea el mundo del ser y lo sostiene, lo eterno que es, de por sí, el horizonte de nuestro corazón. Esta primacía es algo que debe continuamente reafirmarse en contra de la espiral descendente de la sensualidad, de los atractivos del placer, del poder, de las distracciones mundanas, del espectro completo de la rebelión de la materia.

Cristo es paciente y compasivo, siempre dispuesto a apartarnos de alimentos que no son Él mismo o que no nos conducen a Él, y para causarnos las buenas heridas del amor, como diría San Juan de la Cruz: un amor que se auto-entrega y que sana nuestras malas heridas causadas por el egoísmo. En esta lucha contra el "yo" caído, nos enfrentaremos, una y otra vez, con nuestra terrible falta de humildad, de fortaleza, de confianza y de todas las otras virtudes, por lo que sufriremos la tendencia a caer por cansancio y, a veces, por una especie de repugnancia de noso-

5 *The Life and Revelations of Saint Gertrude* (Westminster, MD, The Newman Press, 1949), p. 108.

tros mismos y del mundo actual. Para combatir esta tentación de desesperación causada por nuestra debilidad o nuestros pecados –para no decir nada de los pecados del mundo– el Señor nos urge a "tomar y comer" (Mt 26, 26): comer su cuerpo vivificante "que se entrega *por vosotros*" (Lc 22, 19) y beber su sangre purificadora "que se derrama *por vosotros*" (Mt 26, 27), y nos apremia a confiar en su infinita misericordia con los pecadores, en su deseo de cargar con nuestras dolencias (cf. Is 53, 4) de modo que, en virtud de un maravilloso intercambio, podamos recibir de Él la gracia de terminar nuestro camino fielmente, porque quien come y bebe a Cristo recibe la vida eterna (Jn 6, 54).

Incluso aquí el Señor hiere la raíz misma del orgullo pelagiano, porque somos absolutamente *dependientes* de su Cuerpo y Sangre, sin que podamos hacer progreso alguno a menos que Él *obre* en nuestro interior: "Sin Mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5). No podemos realizar buenas obras o alcanzar la verdad a menos que el único Maestro (Jn 13, 13), el único que es Bueno (Lc 18, 19), habite en nosotros. De este modo somos llamados a la humildad por nuestra dependencia de los sacramentos visibles-invisibles, con su juego de luz y oscuridad. Recibimos vida eterna sólo si adherimos *siempre* a Cristo, con arrepentimiento, profundos anhelos, amor. Debemos cambiar desde dentro recibiendo al Único que puede transformarnos real y verdaderamente. La señal y garantía y los primeros frutos de esta transformación son nada menos que la victoria pascual de Jesús sobre la muerte. La resurrección proclama la vitalidad sin fin de la alianza entre cielos y tierra, y anuncia el fruto final que deseamos, la visión de Dios por la creatura que ha llegado a ser plena y santa. La cruz tuvo el propósito no sólo de derrocar el reino infausto del diablo, sino también de dar inicio, con sangre y agua, a un indefectible amor sagrado entre Dios y el hombre. Es el auxilio de Dios el que nos perdona y hace perfectos, es por su ayuda que triunfa la bondad en el campo de batalla de nuestra alma. Nuestro deseo de trascendencia y de hacer nuestra vida santa y eterna sólo puede llegar a buen término con la ayuda de Dios. Y esto es precisamente lo que

el Señor Jesucristo logra con su sacrificio del Calvario: hacer posible nuestra santificación y concedernos la vida eterna. No podemos imitar a Cristo solamente desde afuera, como si el problema de la madurez espiritual fuera una cuestión de "crecimiento" o una especie de progresiva independencia respecto de su autoridad. Por el contrario, debemos someter nuestros corazones a la escuela de su Corazón, y hacernos sus alumnos cada vez más, no cada vez menos. La Eucaristía combate simultáneamente nuestro falso orgullo *y también* nuestra falsa humildad, atacando la raíz del espiritualismo tanto como la del materialismo.

El Señor, en la Eucaristía, encarna y muestra todos los contrarios en su unidad primigenia y su natural armonía, enseñándonos simultáneamente un amor generoso hacia la Iglesia universal y una dedicación sin medida a la Iglesia particular o local. Y así se entrega a Sí mismo como el único Señor y Maestro, con su único cuerpo atravesado y glorificado, dándose a todo su Cuerpo Místico, que es indefectiblemente uno merced a Su propia unidad; pero se entrega de este modo en el sacrificio y banquete eucarísticos que se ofrecen en *este* altar, alrededor del cual se edifica *esta* parroquia, esta capellanía. Él no es una abstracción hacia la cual caminamos tanteando, sino algo absolutamente claro, inmediato, local, en el interior de cada comunidad local que ofrece el mismo sacrificio; y, sin embargo, se extiende más allá de todas ellas. Esto es lo que nos liga mutuamente y con el todo mediante un lazo inquebrantable de caridad, y lo que da a cada parte una responsabilidad en el todo y la hace dependiente de él[6]. La única Iglesia verdadera, como lo enfatizó con tanta fuerza el Concilio Vaticano II, no es una abstracción nebulosa, un ideal eternamente fuera del alcance de los cristianos divididos, sino que ella, la Esposa de Cristo, existe real y sustancialmente en la Iglesia católica, regida por sus pastores designados por Dios y

6 Veáse *Communionis Notio* (1992) de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y también, del Cardenal Ratzinger, *Called to Communion* y *God is near us: The Eucharist, the Heart of Life.*

unidos al Vicario de Cristo[7]. En la Misa, al participar del único pan de vida en este altar individual, pedimos por la única Iglesia universal a la cual, por la gracia de Dios, hemos sido incorporados, y en la que la Eucaristía es la única fuente de todos los bienes y todos los dones perfectos que nos vienen del Padre de la Luz (Jas. 1, 17). Por esta razón el Cardenal Journet ha podido escribir: "En la economía cristiana de la salvación, el Cuerpo Místico, que se forma alrededor de la Eucaristía, es el centro mismo de convergencia de todas las gracias concedidas al mundo [...] Es por lo tanto imposible concebir la salvación del mundo sin la Eucaristía y la gracia que de ella fluye"[8].

Del mismo modo, el Señor eucarístico nos enseña a no oponer las dimensiones "vertical" y "horizontal" de nuestra vida como cristianos, sino a buscar y fomentar la mayor armonía entre ellas: la dimensión orientada a Dios y la orientada a nuestro prójimo. Como nos lo indica claramente el Evangelio, Jesús vive para su Padre, en su ser mismo Él está vuelto "hacia Dios" (Jn 1, 11)[9], y no habla de nada que no haya oído a su Padre o recibido de Él (Jn 8, 26, 38; Jn 15, 15); pasa la noche en "la oración de Dios" (Lc 6, 12)[10]; su única motivación es el "celo por la casa de Dios" y la "gloria de Dios" (Jn 2, 17; 7, 18). Pero esto quiere decir, al mismo tiempo, celo por la salvación del *Pueblo* de Dios, ya que sus miembros están llamados a ser piedras vivas de su santo

7 Véase, además de *Communionis Notio*, dos otros documentos de la misma Congregación: *Dominus Jesus* (2000) y "Respuesta a ciertas cuestiones sobre ciertos aspectos de la doctrina sobre la Iglesia" (2007).

8 Journet, C., *Theology of the Church* (trad. de Victor Szczurek, San Francisco, Ignatius Press, 2004), p. 183.

9 San Juan escribe: el *Logos*, el Hijo y Palabra de Dios, es *pros ton Theon*, "hacia Dios".

10 Esto es lo que dice el griego. Las traducciones por lo general disminuyen esto a "oración a Dios", lo cual es verdad, pero no es la idea que San Lucas quiere expresar. En esas noches solitarias, cuando los discípulos duermen, Jesús está despierto, envuelto en el elemento propio de su ser, en casa, *en cuanto hombre*, en el seno de su Padre, del Cual, *en tanto que Hijo*, no se ha apartado nunca.

templo (1 P 2, 5; 1 Co 6, 19), y a ser, mediante la gracia, su gozo y su corona (cf. Flp 4, 1; Ap 21, 2). Todo su ser es *misión* en favor de la humanidad: su ser enviado al mundo, dice Santo Tomás, no es sino la prolongación en el tiempo de su eterna procesión del Padre[11]. Lo que Él *hace y sufre* por nosotros los hombres y por nuestra salvación, al son de los festejos de Caná y del golpe de los clavos en el Calvario, es el eco audible de quien Él *es* en el silencio de la eternidad[12]. El depuso libremente su vida humana, entregándose a Sí mismo como una oblación pura a la Santísima Trinidad, ofrenda de amor en honor de Dios, único sacrificio digno y aceptable que satisface por todos los pecados de la humanidad. Jesús *vive* para interceder por nosotros (Hb 7, 25), para que nosotros, que éramos sus enemigos, podamos ser amigos suyos (Jn 15, 13; Rm 5, 6-10).

De aquí que la Eucaristía, memorial de la Pasión[13], nos muestre al mismo tiempo la absoluta primacía de Dios, quien es el único a quien se debe el sacrificio de todo nuestro ser, y la urgencia de la misión de "buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc. 19, 10). En otras palabras, ella trae a nuestra mente el propósito que define a toda nuestra vida y nos compele a su realización: amar a Dios con todo nuestro corazón, nuestra mente, nuestra alma, nuestras fuerzas, y amar al prójimo como a nosotros mismos, mediante el expediente de conducirlo también a él al amor de Dios (cf. Lc. 10, 27). "No hay mandamiento más grande que éste" (Mc. 12, 31).

---

11 Cf. ST I, q. 43, a. 2, ad 3, y Journet, *Theology of the Church*, cit. pp. 66-69 (cf. p. 21, n. 12).

12 Digo esto en forma analógica. No hay sufrimiento en Dios, pero sí hay una total receptividad, por parte del Hijo, de su total identidad como Hijo, su Divinidad, que proviene del Padre.

13 Cf. Santo Tomás, *Super Evangelium S. Ioannis lectura* 6, lec. 6, núm. 964; *In IV Sententiarum*, d. 8, q. 1, a. 2, qa. 2; *ST* III, q. 66, a. 9, ad 5 y q. 73, a. 5, ad 2.

La fidelidad al pasado consiste en fructificar en el presente

Se podría decir, naturalmente, mucho más sobre lo que Jesús nos enseña cada día en la Misa y en la Eucaristía. Pero, para mantenernos dentro del tema de este capítulo, hay otra lección especial que podemos aprender nuevamente, mientras meditamos las enseñanzas del último concilio ecuménico.

La propia estructura de los siete sacramentos que nos dejó el Señor proclama un hecho pasado (la obra de salvación, realizada de una vez para siempre en la cruz), un hecho presente (nuestra santificación por el Espíritu, aquí y ahora), y una meta futura (la vida eterna en Dios)[14]. Esto es verdad sobre todo de la Eucaristía, establecida la víspera de la brutal muerte de Cristo, con las siguientes conmovedoras palabras: "Haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19), o sea, comer mi Cuerpo, entregado por vosotros en la cruz, beber mi Sangre, derramada con amor por vosotros. Este sacramento no es una desvaída memoria sino una *conmemoración vívida*, un misterioso hacerse presente el sacrificio realizado de una vez para siempre. Este hecho del pasado, debido a que quien lo realizó fue Cristo que vive por siempre y que sigue siendo para siempre Sumo Sacerdote, está perfecta y totalmente disponible en el presente y para el presente, y lo está de igual modo para todos los tiempos por venir: "Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos" (cf. Mt 22, 32). En la Eucaristía vemos una continuidad perfecta y total entre pasado, presente y futuro: el origen mismo, el modelo y la meta: fidelidad a todo lo que tuvo lugar, prontitud para lo que tiene lugar hoy, y esperanza de victoria en lo que ha de venir. "Él permanece fiel, porque no puede negarse a Sí mismo" (2 Tm 2, 13); "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre" (Hb 13, 8).

Así pues, si somos llamados a "eucaristizarnos" en nuestra mente y nuestro corazón, ello significa que estamos llamados a ser fieles en todo a todo lo que Cristo ha dado a su Iglesia en el

14 Cf. *ST* q. 60, a. 3.

pasado, a todo lo que le está dando en estos precisos momentos, y a todo lo que tiene reservado para nosotros hasta su segunda venida. La Eucaristía por sí misma nos enseña la continuidad sin solución de la Tradición, porque todo lo que decimos y hacemos, en el Credo y en el culto, es una "conmemoración de Él", por cuyo Espíritu recibimos el conocimiento de la Verdad (Jn 16, 13; 2 Tm 1, 14) y la capacidad de amar (Rm 5, 5; Ga 5, 22). La Eucaristía anuncia, en nombre del Señor y de su Cuerpo Místico: "permaneced fieles a vuestro pasado, que es la fuente de la juventud, si esperáis tener vida hoy y para siempre"[15]. "Me acercaré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud" (Sal 42, 4, Vulgata), como dice el sacerdote al comienzo del rito clásico de la Misa, como si dijera: "Ahí, ahí en el altar, en el misterio del sacrificio antiguo y siempre nuevo, en fidelidad al mandamiento del amor que Jesús nos dio no sólo con palabras sino con su Cuerpo y su Sangre, está el secreto de un gozo y una paz que el mundo no puede dar, por muy cerca que parezca estar, por mucho poder que parezca tener sobre la realidad". El genuino progreso *humano* (se podría decir "*de lo humanitario*"[16]) es progreso en la virtud, que apunta hacia el Reino de los Cielos; el verdadero poder es poder de amar, de darse uno mismo y de olvidarse de uno mismo en el servicio a los demás. Todo lo demás es un error, una engañifa, una irrupción del inframundo.

Precisamente aquí volvemos a nuestro punto de partida, el Concilio Vaticano II. Tanto en el espíritu de sus principales protagonistas, Juan XXIII y Pablo VI, como en el de los padres

15 Este principio constituye, de por sí, un punto de partida para la crítica de la reforma litúrgica tal como fue realizada al final de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. En ese intento de reforma, como ha argumentado Ratzinger, hubo un oscurecimiento de la Tradición, una amnesia de la cual la Iglesia todavía no se ha recuperado totalmente, especialmente por las distorsiones en las traducciones al vernáculo, en la arquitectura eclesiástica y en la música sagrada.

16 N. del Tr:. El autor usa aquí una especie de juego de palabras, empleando el término "*human*", humano, y "*humane*", que en inglés connota alguna forma de compasión, de benevolencia, asociada a lo "humanitario".

conciliares, el Concilio tenía un objetivo supremo: presentar más efectivamente al mundo de hoy las riquezas de la fe católica, con toda su Tradición, y propagar el buen olor de Cristo –su gracia y su verdad– por todas partes, para salvación de las almas.

Para Juan XXIII, la principal tarea que enfrentaba la Iglesia, según escribió en 1961, era "poner en contacto el mundo moderno con las vivificantes y perennes energías del Evangelio" y, por lo tanto, tarea fundamental del Concilio que se aproximaba habría de ser "hacer más efectiva su sólida vitalidad y promover la santificación de sus miembros, difundir la verdad revelada y consolidar sus instituciones". De este modo, la "Iglesia irradiará nueva luz, logrará nuevas conquistas, mientras permanece idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa en su rostro por su Esposo"[17]. En su discurso inaugural, dirigido a todos los obispos el 11 de octubre de 1962, Juan XXIII dijo que había llamado al Concilio para que "este *magisterium* [de la Iglesia católica], tomando en cuenta los errores, las necesidades y las oportunidades de nuestro tiempo, pueda presentarse de un modo excepcional a los hombres de todo el mundo"[18]. Y continuó explicando que la razón para adaptarse a las necesidades del presente (*aggiornamento*) era "hacer que los hombres, las familias y los pueblos realmente se conviertan a las cosas del Cielo", y expresó claramente: "La mayor preocupación del Concilio Ecuménico es esta: que se conserve y enseñe más eficazmente el sagrado depósito de la doctrina cristiana"[19]. Y añadió:

17 Juan XXIII, *Humanae Salutis*, Bula de convocación del Concilio (25 de diciembre de 1961), núm. 2 y 6.

18 Juan XXIII, *Gaudet Mater Ecclesia*, Solemne alocución en la apertura del Concilio (11 de octubre de 1962), primer párrafo.

19 Inmediatamente después de esto, dijo que la principal preocupación de la doctrina cristiana se refiere a que el hombre tienda hacia el Cielo y use los bienes de la Tierra para alcanzarlo. Esto lo dijo no como una reprimenda o a fin de introducir restricciones, sino para enfatizar una verdad básica.

> Para que esta doctrina pueda influir en los numerosos campos de la actividad humana en relación con los individuos, las familias y la vida social, es necesario, primero que todo, que la Iglesia no se aleje jamás del sagrado patrimonio de verdad recibido de los Padres [...] Es decir, el Concilio Ecuménico Vigésimo Primero [...] desea transmitir la doctrina, pura e íntegra, sin atenuaciones ni distorsiones, que a lo largo de veinte siglos, no obstante las dificultades y obstáculos, ha llegado a ser patrimonio común de la humanidad.

Finalmente, este Papa pastoralmente sensible y dinámico, deseando no ser mal interpretado, aclaró al mundo entero por qué había convocado el Concilio:

> El aspecto sobresaliente del Concilio no es, por lo tanto, la discusión de este o aquel artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia, reiteradamente enseñada por los Padres y por los teólogos antiguos y modernos, que se presume ser bien conocida de todos. Para esto no era necesario un Concilio. Pero el espíritu cristiano, católico y apostólico de todo el mundo espera que, de la renovada, serena y pacífica adhesión a la enseñanza de la Iglesia en toda su extensión y precisión, tal como brilla todavía en las actas del Concilio de Trento y del Primer Concilio Vaticano, se dé un paso adelante en la profundización doctrinal y en la formación de las conciencias, con fiel y perfecta conformidad con la doctrina auténtica, la cual, con todo, debiera ser estudiada y expuesta con los métodos de investigación y las formas literarias del pensamiento moderno. La sustancia de la antigua doctrina del depósito de la fe es una cosa, y la forma en que se la presenta, es otra.

En otras palabras, aunque la doctrina debe permanecer la misma, sin desviarse ni de Trento ni del Vaticano I ni de los Padres de la Iglesia, sin que se repudie ni comprometa nada en sus anteriores formulaciones, debe hacerse un esfuerzo por incrementar su comunicabilidad, transparencia y resonancia para el hombre moderno. No estamos enfrentados a una lógica binaria (*o* el pasado *o* el presente), sino a un esfuerzo apostólico a fin de presentar de nuevo a nuestros contemporáneos el único depósi-

to de la fe y los muchos tesoros que la Iglesia ha recibido de la generosidad divina en el curso de su peregrinar. En otros términos, se apreciará más la memoria vital del pasado y los misterios encomendados a la Iglesia una vez que se los haya hecho incidir todavía más de cerca en las necesidades del presente, para salud y elevación de la raza humana en los tiempos venideros. Como se ha visto, esta es una lógica y una aspiración absolutamente "eucarísticas", y como lo dirían posteriormente, más de una vez, los documentos del Concilio, sólo se puede alcanzar tan grandes objetivos mediante el cultivo de una vida litúrgica intensa, cuyo centro es un ardiente amor por la Eucaristía.

El significado de "reforma" en la Iglesia

Poniendo en ejecución, en tiempos difíciles, las intenciones de Juan XXIII respecto del Concilio, Pablo VI proclamó el mismo mensaje en su propio estilo. No es necesario citar más que unos pocos textos representativos. En su encíclica inaugural *Ecclesiam Suam*, de 6 de agosto de 1964, publicada entre la segunda y la tercera sesiones del Concilio, describe el *auténtico* "espíritu del Vaticano II" en términos que recuerdan a su predecesor:

> En esta oportunidad [la decisión de "reformar" la Iglesia] no se refiere a suprimir en la Iglesia ninguna herejía específica ni ningún desorden general que, por la gracia de Dios, no existen hoy en ella, sino a infundir al Cuerpo Místico de Cristo un nuevo vigor espiritual, en la medida en que él es una sociedad visible, purificándolo de los defectos de muchos de sus miembros y estimulándolo a adquirir nuevas virtudes[20].

En otras partes de la encíclica el Papa reflexiona sobre cómo la Iglesia es asaltada por tentaciones de "ser infiel a sí misma y adoptar los últimos y aún no experimentados estilos de vida"[21].

20 Pablo VI, Encíclica *Ecclesiam Suam* (1964), núm. 44.

21 Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, cit., núm. 26. El Papa menciona el

En esta situación, el timonel de la barca de Pedro da su consejo:

> Ahora bien, nos parece que para evitar los graves y complejos peligros que provienen de todos lados, un remedio bueno y obvio para la Iglesia es profundizar en la conciencia de lo que ella verdaderamente es, según el querer de Cristo, tal como se contiene en las Escrituras Sagradas y en la Tradición, interpretadas y desarrolladas según la auténtica tradición de la Iglesia[22].

Continúa diciendo Pablo VI que la reforma que la Iglesia necesita

> no puede tocar ni la concepción esencial de la Iglesia ni su estructura básica [...] Tenemos una gran herencia de verdad y moral que caracteriza a la Iglesia católica, que hoy posee intacto el patrimonio vivo de la Tradición apostólica original [...] De ahí que, si el término "reforma" puede ser aplicado a este sujeto [la Iglesia], no debe serlo en el sentido de cambio, sino de una decisión más vigorosa de preservar los rasgos característicos que Cristo ha impreso en su Iglesia[23].

El tema central del Concilio –y apropiadamente, dice el Papa en esta encíclica– es la Iglesia misma, en su más profundo misterio y en todos los aspectos de su vida interna y de su misión externa "para vida del mundo" (cf. Jn. 6, 33; 6, 51). "El Segundo Concilio Ecuménico Vaticano es una continuación y un complemento del primero, precisamente porque la tarea que le corresponde es retomar para su estudio y definición la doctrina que se refiere a la Iglesia"[24]. Después de esta declaración, el Papa men-

---

modernismo como un vívido ejemplo de esto (núm. 48, 51).

22 Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, cit. núm. 26.

23 Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, cit. núm. 46-47.

24 Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, cit. núm. 30. Cf. Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, núm. 26. Para una espléndida exposición de la eclesiología del Concilio Vaticano II, véase el ensayo de Journet, "The Mystery of the Church Accordimg to the Second Vatican Council", incluido como Apéndice I en *Theology of the Church*, cit. pp. 369-428.

ciona con especial respeto dos encíclicas que "nos proporcionan extensas y claras enseñanzas sobre la divina institución mediante la que Cristo continúa su obra de salvación en el mundo": *Satis Cognitum* (1896) del papa León XIII y *Mystici Corporis* (1943) del papa Pío XII.

Por lo tanto, no sorprende que la gran Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* –promulgada tres meses y medio después de la encíclica de Pablo VI[25]– sea rica en citas de estas dos imperecederas fuentes, para no mencionar las fuentes de ellas mismas, la Sagrada Escritura y la Tradición. Ni sorprende tampoco que la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et Spes*, mire con una visión tan penetrante el misterio de la Palabra-hecha-Carne y el Reino de Dios que Él ha sembrado en medio del mundo, tal como se nos lo presenta en el Evangelio y otros libros inspirados. Cuando lo miramos sin prejuicios, encontramos en el corazón del Concilio precisamente lo que estos dos Papas deseaban y sobre lo que insistieron: un "renovado, sereno y pacífico" *ressourcement* y consolidación de todos los tesoros de la fe, sin olvidar ningún elemento constitutivo, ya fuere revelación escrita o no escrita, autoridad papal o conciliar, teología patrística, medieval o moderna en sus mejores momentos. El Concilio fue, y seguirá siendo para todos sus herederos, una tarea espiritual colectiva de recuerdo o rememoración (*Hoc facite in meam commemorationem*...), de acción de gracias y de alabanza (*Gratias agamus Domino Deo nostro*...), de salir de nuevo a misionar (*Ite missa est*). Fue y es completamente eucarístico. Si queremos tener la "clave" del Concilio y la garantía de su continua relevancia, sabemos dónde encontrarlas: donde Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI supieron mirar, donde el papa Francisco nos apremia hoy a ir: en la iglesia, en el altar, en la Misa, en el Santísimo Sacramento, en el don supremo de la comunión, que es una prenda de la vida eterna.

25 Es decir, el 21 de noviembre de 1964.

Como dijimos anteriormente, el Santísimo Sacramento nos enseña a mirar más allá de las apariencias, a la sustancia oculta de las cosas. Esto es verdad, en primer lugar, de las apariencias de pan y de vino, que luego de la consagración, son el velo, tendido milagrosamente, tras el cual se encuentra, por el poder divino, la verdadera sustancia del Cuerpo y de la Sangre de Jesús. Pero es también verdad, por analogía, del cuerpo visible de la Iglesia en la tierra, que en apariencia está muchas veces dañado y herido, rasgado por las divisiones, manchado por los pecados de los cristianos y, con todo, en sustancia, en su realidad más profunda como comunión de los santos, es la Esposa de Cristo, inmaculada, santa, sin pecado, el vaso de elección, el hogar de toda gracia y toda bondad en este mundo[26]. Esta es también una lección que debemos recordar cuando pensemos en el Concilio Vaticano II. En sí mismo y en sus legítimas consecuencias, es un "Concilio del Espíritu Santo", un medio privilegiado por el cual el celestial Maestro y Pastor de la Iglesia ha hablado a todos sus miembros en este mundo, en esta época. Pero ninguna realidad creada es tan perfecta que no pueda ser torcida por los hombres, y esto ha ocurrido también con el Concilio, cuya "letra" ha sido contradicha en nombre de un supuesto "espíritu del Vaticano II", entendido como un cheque en blanco para reinterpretar cada elemento del dogma y de la vida católicos. Sabemos cuán falso es esto, falso

26 Como explica Journet (véase *Theology of the Church*, cit. pp. 208-217), existe un límite que atraviesa el corazón de todo cristiano: en la medida en que está en estado de gracia, pertenece a la Iglesia; en la medida en que es un pecador, se pertenece a sí mismo y al mundo, por decirlo así, no a Cristo. En otras palabras, en la medida en que uno es un pecador, no es miembro del Cuerpo de Cristo, porque entonces Cristo mismo sería pecador y la fuente del pecado, lo que es imposible. Así, mientras la Iglesia en su interior no está nunca contaminada por el pecado, su misión, su testimonio, su "imagen" en el mundo están por cierto profundamente afectadas y coloreadas por el grado de fidelidad de los cristianos individuales. Cuando los cristianos pecan, dejan de vivir a la altura de su vocación, y en esa misma medida fallan al obrar *como* miembros de Cristo. Sin embargo, el mundo atribuye *sus* fallas a la Iglesia misma, lo cual, en realidad, no sorprende.

por muchas razones: hemos escuchado algunas de ellas expresadas elocuentemente por el Papa que convocó el Concilio, y por el Papa que lo concluyó. Podemos escucharlas sobre todo si leemos el Discurso de Navidad de Benedicto XVI a la Curia Romana de 22 de diciembre de 2005, donde desarrolla el contraste, famoso ahora, entre la "hermenéutica de la reforma en continuidad" y la "hermenéutica de la ruptura y discontinuidad". En fidelidad al Señor presente en la Eucaristía, comencemos de nuevo a aprender de *este* don inefable cómo distinguir lo sustancial de lo engañoso, la realidad de la apariencia, la moda pasajera de la verdad intemporal. Aprendamos a vivir en perfecta fidelidad a la Verdad inmutable, que no nos dejará huérfanos (Jn 14, 18) sino que está siempre con nosotros por virtud de su Espíritu, "hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 20).

CAPÍTULO 14

La triple amnesia: sagrada liturgia, doctrina social y Santo Tomás

Desde hace bastante tiempo he venido elaborando esta idea, que al comienzo me pareció fantasiosa, pero que, a medida que fui ponderando las pruebas, ganó en plausibilidad. La cuestión consiste en indagar cuál es el factor que, más que ningún otro, es causa del desorden y parálisis que reina en la Iglesia católica. Mi conclusión fue que, luego del Concilio, tuvo lugar una triple amnesia –para decirlo suavemente– que le dio una forma bien específica a la rebelión:

1. La atenuación o negación de la liturgia tradicional.

2. El descuido de la doctrina social considerada en su integridad.

3. El rechazo de Santo Tomás de Aquino como Doctor Común.

No es en absoluto evidente que estas tres cosas estén conectadas, por lo que el peso de la prueba, o sea, el mostrar cómo se vinculan, recae sobre mí.

Si mi análisis es correcto, él ha de conducir a una receta exacta para curar la enfermedad. La amnesia se cura cuando uno vuelve a introducirse en la vida que tuvo en el pasado, a fin de re-

cobrar la memoria mediante una experiencia vital. O, para cambiar de metáfora, cuando el problema es el hambre, no hay sustituto alguno para la comida y bebida. Lo que argumentaré aquí es que la comida y la bebida que necesitamos desesperadamente es la sagrada liturgia en toda su sacralidad, la doctrina social de la Iglesia en toda su amplitud y audacia, y el magisterio del Doctor Angélico en toda su extensión y profundidad. Una verdadera y cordial adhesión a la Tradición se expresa en reverencia por los Padres y Doctores de la Iglesia, epitomizados en Santo Tomás; en reverencia por la liturgia con que ellos oraron y que nos dejaron como legado, y en reverencia por el tipo de sociedad cristiana que ellos aspiraron a construir. Suprímase cualquiera de estas tres, y desaparecen las demás.

Áreas de autodestrucción

Comenzaré señalando tres áreas de simultánea autodestrucción.

Primero, el desmantelamiento del patrimonio litúrgico latino. Se ignoró aquí las advertencias de Pío XII en sus encíclicas *Mediator Dei* (1947) y *Humani Generis* (1950)[1]. Se ignoró también, en general, el noble canto de alabanza a la cultura y la liturgia latinas del papa Juan XXIII en *Veterum Sapientia* (1962)[2]. A

1 *Mediator Dei* está llena de respuestas a los errores que recién comenzaban a surgir y que hoy se han repartido por todas partes, por ejemplo, uso extensivo del vernáculo (núm. 60), un "arqueologismo exagerado y sin sentido" que aspiraba a reemplazar los altares por mesas, a excluir el negro como color litúrgico, a retirar las estatuas y otras imágenes, o a desechar la polifonía (núm. 61-64); una mala comprensión del sacerdocio de los fieles (núm. 82-84), etcétera. Aún más evidente que el disenso con la *Mediator Dei* fue el disenso con la *Humani Generis*, con su enseñanza sobre los orígenes de la raza humana, la verdadera distinción entre naturaleza y gracia, etc., como también con sus aclaraciones sobre la inherente autoridad de las encíclicas papales cuando el Papa quiere, con ellas, resolver una cuestión disputada (cf. núm. 20).

2 La mayoría de la gente no ha oído siquiera hablar de esta Constitu-

continuación, el papa Pablo VI permitió que el *Consilium* mutilara el rito romano y causara estragos en la liturgia inmemorial de la Iglesia, que había alimentado a todos sus santos y sus teólogos. Esto fue un profundo golpe para los medios de santificación de los fieles y para la fuente de inspiración de la teología. ¿Puede acaso sorprender, entonces, que en ausencia de una liturgia capaz de moldear la mente y la imaginación, nos encontremos enfrentados, en los niveles más altos de la intelectualidad católica, ya sea a una estéril pedantería, ya sea a sistemas de pensamiento salvajes y personalistas, que una sólida vida de devoción hubiera matado en el huevo?

Exactamente en el mismo momento en que tenía lugar esta revolución litúrgica, la verdad plena de la realeza del Señor –enunciada claramente en *Quas Primas* (1925) de Pío XI y en innumerables otros documentos de la Santa Sede– era desplazada silenciosamente como, por ejemplo, cuando se suprimió varios versos del himno *Te Saeculorum Principem*[3], o cuando el Vaticano presionó para que se alterara varias Constituciones políticas nacionales y Concordatos, de modo que el catolicismo ya no fuera la religión oficial de ciertos países y se pusiera por obra con ello –así se dijo– las enseñanzas de *Dignitatis Humanae*[4].

ción Apostólica, que fue promulgada en la víspera del Concilio Vaticano II en una ceremonia de estudiada solemnidad, cuyo solo propósito fue reafirmar la centralidad de la lengua latina en los oficios litúrgicos y en el sistema educacional de la Iglesia católica. El documento hace una revisión de las opiniones recientes en favor de descentralizar el latín, y las rechaza inequívocamente. Aunque hay en el documento muchas cosas de orden disciplinario y, por tanto, sujetas a cambios, él presenta, con todo, una argumentación doctrinal en favor de la primacía del latín, especialmente en el culto y en la instrucción teológica. La Constitución, en todo caso, no ha sido jamás abrogada, aunque casi en ninguna parte se respetan sus prescripciones.

3 Veáse Davies, M., *The Second Vatican Council and Religious Liberty* (Long Prairie, MN, Neumann Press, 1992), pp. 243-51, especialmente pp. 246-248.

4 Por cierto, algún tipo de separación *es* solicitada por León XIII y todos los Papas anteriores, es decir, la Iglesia y el Estado tienen sus propios ámbitos que no deben confundirse. Pero la contracara de esta enseñanza es

El Papa Juan Pablo II escribió una carta al episcopado francés declarando que la separación de la Iglesia y del Estado en Francia no sólo no era objetable, ¡sino que era parte de la enseñanza social católica! Y esto, en una carta que conmemoraba la Ley de Separación de 1905, que Pío X juzgó fundada en una tesis "absolutamente falsa, en un pernicioso error"[5]. Seamos francos, incluso si los francos no lo son: la realeza soberana de Cristo, tanto sobre los individuos como sobre las naciones y en el orden de la naturaleza no menos que en el de la gracia, es negada casi por todos desde el Concilio, ya sea porque simplemente se la olvida, tal como se podría olvidar la mecedora de la abuela en la buhardilla, ya sea porque se la repudia como una reliquia excéntrica de una ignorante Edad Media. La realeza del Señor resulta así acotada y espiritualizada hasta el punto de irrelevancia, como si Jesucristo no hubiera venido para cambiar radicalmente nuestras vidas y nuestro mundo.

Finalmente, despreciando las instrucciones de Juan XXIII, de Pablo VI y del propio Concilio Vaticano II, se ha olvidado casi del todo a Santo Tomás de Aquino o, más bien, se lo ha arrinconado por ciertas escuelas cuyos profesores no podrían exhibir ni siquiera un átomo de la sabiduría del Doctor Angélico, ni de sus conocimientos, ni de su santidad. Lo que es peor, *se ha permitido* el descarte de su doctrina. En la confusión posconciliar, el Vaticano no hizo ningún esfuerzo serio para asegurarse de que los seminarios y otros institutos de educación superior siguieran efectivamente las enérgicas recomendaciones de la teología

---

que el ámbito y la autoridad de la Iglesia tienen precedencia sobre los del Estado, y éste está obligado a socorrer a la primera en cuanto lo permitan las circunstancias. Uno cosa sería admitir que el Estado moderno no está en posición de cumplir con este noble papel, pero es algo totalmente diferente decir que el Estado no tiene nada que ver con la Iglesia, ni le debe nada: esta es una independencia que conduce, en último término, a la exaltación de la soberanía secular y a la supresión de la debida visibilidad y primacía de la Iglesia.

5 Pío X, Encíclica *Vehementer Nos* (11 de febrero de 1906), núm. 3.

y filosofía tomistas contenidas en los decretos de todos los Papas modernos y confirmadas por el Concilio. Y esto, a pesar de lo que Juan Pablo II había declarado en 1980:

> Las palabras del Concilio son claras: los Padres [conciliares] vieron que es fundamental, para la adecuada formación del clero y la juventud cristiana, que se preserve un contacto estrecho con el patrimonio cultural del pasado y, en particular, con el pensamiento de Santo Tomás, y que esto, a largo plazo, es una condición necesaria para la tan ansiada renovación de la Iglesia[6].

Se ha puesto de moda decir que los Papas no tuvieron jamás la intención de exaltar la doctrina tomista, sino sólo de mostrar a Tomás como un ejemplo de teólogo santo, que puso a Dios en primer lugar en su vida. Aparte de ser esto una lectura absolutamente falsa de lo dicho por los Papas, su misma superficialidad revela su falsedad: hay cantidad de santos que fueron teólogos santos; a Santo Tomás se lo recomienda por razones totalmente diferentes de su santidad.

En suma, los gobernantes terrenos de la Iglesia latina repudiaron, o permitieron que fuera repudiado, mucho de lo más sagrado, eficaz y sabio de la vida de la Iglesia: el rito romano clásico de la Misa, con su rica ornamentación musical y ritual; la doctrina social católica en su integridad, y también las estructuras que todavía la encarnaban en algunas naciones católicas; y el teólogo más importante de la Iglesia y su centenaria sabiduría. Estos tres bienes, tan fundamentales para la vida de la Iglesia y para el cumplimiento de su misión de venerar a Cristo y predicar su Evangelio –los bienes del culto y los sacramentos, de la conversión de la cultura, y del conocimiento humano ordenado a la contemplación divina– fueron traicionados. La Iglesia se dio la mano con el triunfante liberalismo protestante, se prosternó

6 JUAN PABLO II, "Perennial Philosophy of St. Thomas for the Youth of Our Times", *Angelicum*, núm. 57 (1980), p. 139.

delante del becerro de oro de la democracia, y quemó incienso a los emperadores de la intelectualidad actual.

Esto es lo que los príncipes de la Iglesia *permitieron*, sin importarles lo que el Concilio *dice*. El Concilio *dice* que la liturgia es, en este mundo, el encuentro más elevado, más sagrado y más misterioso entre Dios y el hombre. Lo que tenemos ahora, en cambio, gracias al nuevo misal y a cuarenta años de fláccida descentralización, no es ni elevado ni sagrado ni misterioso, sino todo lo contrario. El Concilio *dice*: que el laicado sea la levadura en la masa, la sal de la tierra; es decir, que lo sea la política de los antiguos cristianos que crearon el Sagrado Imperio Romano. Lo que tenemos ahora, gracias al dialoguismo de la Congregaciones Romanas y a la tolerancia papal, es un "laicado empoderado" que distribuye la Sagrada Comunión y vota por políticos pro-aborto. El Concilio *dice*: que los seminaristas sean educados rigurosamente, tomando como guía a Santo Tomás. Lo que vemos ahora en general, si tenemos la suerte de vivir en una diócesis donde todavía hay vocaciones, es una cantidad de sacerdotes que no conocen ni siquiera el Catecismo y cuya sabiduría pastoral puede resumirse en un "haz lo que te parezca correcto". ¿Y hay todavía algunos que hablan de una renovación, de una segunda primavera en la Iglesia? Esto suena como si los judíos cautivos en Babilonia se hubieran dedicado a discutir acerca del programa de sacrificios que habría de realizarse en el templo la semana siguiente. Hubo un Año Jubilar en 2000, con tres años de preparación dedicados al misterio de la Trinidad. ¡Cuán noble y bien programado! Pero tenemos una Iglesia en que la gran mayoría sería incapaz de responder a la pregunta "¿Qué *es* la Trinidad?" sin relapsar en el más crudo arrianismo, o modalismo, o en alguna versión, en estilo "dibujos animados", del gnosticismo ("la Trinidad es una familia llena de amor, según el modelo de padre, madre e hijo").

Muchos y profundos vínculos

Tenemos que ver ahora las *conexiones* intrínsecas entre estos tres bienes, liturgia, doctrina social y tomismo, porque los vínculos son muchos y profundos.

La teología exige un contexto o escenario litúrgico. Es decir, la reflexión sobre la fe exige una vida de fe orante, inflamada, tanto intelectual como afectivamente, por los misterios de la liturgia[7]. La liturgia tradicional posee la luz y el calor que se requiere para inflamar un amor extático. Así pues, se puede concluir que la verdadera teología –verdadera tanto en el sentido de ser doctrinalmente ortodoxa como en el sentido de alimentar auténticamente, evangélicamente– sólo florece en una atmósfera convenientemente litúrgica. La sabiduría tomista y la liturgia tradicional se elevan –y caen– juntas: la sabiduría profundamente afectiva que se encuentra en los escritos de un teólogo preconciliar como Garrigou-Lagrange surge de –y adquiere sentido en relación con– la vida de oración plena y fervorosa que han vivido tanto santo Tomás como el propio P. Garrigou-Lagrange y demás santos, hombres y mujeres, gracias al inagotable tesoro de belleza y sabiduría que se conserva y comunica por la liturgia tradicional de la Iglesia, por el Oficio Divino y la Misa.

Aunque la expresión "liturgia tradicional" se refiere aquí, con propiedad, a la liturgia romana clásica, creo importante no excluir del todo el rito romano moderno, celebrado de un modo solemne, digno, bello y reverente[8]. Una comunidad que celebrara el nuevo *Ordo Missae* en latín, *ad orientem*, con canto gregoriano, incienso y ornamentos apropiados, sería, a pesar de todos los defectos de ese misal, una comunidad en que podría florecer

7 Véase Berger, D., *Thomas Aquinas and the Liturgy* (trad. de Christopher Grosz, Ypsilanti, MI, Sapientia Press, 2004).

8 Me viene a la memoria un notable ejemplo: las Misas de la forma ordinaria celebradas en conjunto con el *Sacred Music Colloquium* de la Church Music Association of America.

una auténtica teología, de la cual podría luego surgir una visión política y una correcta forma de actividad social. No hay nada que se oponga más a la mentalidad liberal de Occidente que el redescubrimiento de la sagrada liturgia y la renovación del amor a ella. No sorprende encontrar, en las mismas personas, una combinación de modernismo social[9] y de modernismo litúrgico, ni sorprende tampoco que el motu proprio del papa Benedicto XVI sobre las dos "formas" del rito romano haya sido tan violentamente atacado por quienes son partidarios del "espíritu del Vaticano II".

Pero existe otra conexión más. Tanto la liturgia como la teología son dos actos públicos, debido a lo cual son actos políticos, que no existen en el aislamiento, sino en el contexto de una sociedad, de un Estado, de una cultura. Quítesele al niño sus envolturas sociales, su pesebre cultural, su establo político, y quedará desnudo, tiritando en el suelo, expuesto a los rigores del invierno. Un niño en esas condiciones morirá. Del mismo modo, una liturgia expuesta al frío y al oscuro secularismo de la modernidad será, primero, invadida por ésta, volviéndose ella misma cada vez más fría y oscura, y, luego de una lenta agonía, terminará por sucumbir a ella. Un mundo sin gobiernos bien constituidos y sin gobernantes que procuren el bien común, es un mundo que *instintivamente*, de mil modos, sutiles o explícitos, socavará la liturgia o, más bien, el modo litúrgico de vivir. Y junto con socavarlo, horadará también la ciencia de la sagrada doctrina y el contemplativo saborear lo Divino, y el sufrimiento que lo Divino conlleva, formadores ambos y guías de la teología. Destrúyase el Estado católico y la cultura, y se destruirá la atmósfera litúrgica de la vida. Efectuado esto, se marginalizará y paralizará los poderes de la liturgia, se destruirá eficazmente el contexto más significativo en que puede florecer la teología, que se enraíza profundamente en la *tradición viva*, llena de una mística piedad abierta a la trascendencia del misterio de Dios. En

9 Véase Pío XI, Encíclica *Quadragesimo Anno*, núm. 60-61.

Santo Tomás y su escuela se encontrará, más que en ninguna otra parte, una tendencia coherente y profunda hacia la total integración de estos elementos de tradición, ciencia y piedad, junto con la convicción de que deben ser traducidos a esa realidad indicada por el término "Cristiandad", y encarnados en ella.

La teología, como disciplina, tiene un carácter científico, si entendemos "ciencia" tal como lo hicieron los antiguos y los medievales: conocimiento de principios objetivamente cognoscibles y de las conclusiones que de ellos derivan, en su orden y dependencia propios[10]. Esta ardua disciplina es el reflejo, en el ámbito del espíritu, de la sociedad civil bien constituida, que es el orden más evidente y formativo que pueden encontrar los seres humanos: un ordenamiento de ciudadanos en vistas de su *princeps* (gobernante). La *polis* o comunidad política es, *en esencia*, la imagen de la Iglesia, no su antagonista por naturaleza; es sólo en la medida en que el hombre es un ser caído que la *polis*, neciamente, hace la guerra a la Iglesia. La Tradición es el dominio de la liturgia en la medida en que refleja el *corazón* de la Iglesia: fidelidad, reverencia, gratitud, amorosa visión de su propio pasado. Pero la Tradición sólo puede sobrevivir en una sociedad tradicional, en una sociedad que respete su propio patrimonio. El Estado y la cultura son los guardianes laicos de la Sagrada Tradición y de las virtudes naturales en que, al menos en parte, se basa la vida institucional de la Iglesia. Si se puede definir la teología como una ciencia tradicional enraizada en la experiencia litúrgica y ordenada a una piadosa sabiduría, entonces el Estado y su cultura pueden ser definidos como ese marco específico de condiciones naturales y de virtudes en que esta ciencia y su forma interna, la sagrada liturgia, pueden florecer. Se podría objetar a esta idea que la Fe misma, cuando se la vive con suficiente intensidad, *crea* una cultura y una sociedad católicas y, eventual-

10 La ciencia, en este sentido antiguo del término, es deductiva en el método, y procede desde principios aprehendidos por experiencia o recibidos de una ciencia más elevada. No es ciencia en el sentido de un conjunto de hipótesis puestas a prueba por experimentos ad-hoc.

mente, un Estado católico[11]. Pero cuando se la vive débilmente y se la expresa de modo ambivalente, se la configura como una imagen servil de la cultura, de la sociedad y del Estado en que reside, hasta que se funde con ellos para todos los efectos prácticos.

La interconexión entre sagrada liturgia, teología tomista y orden social católico no solamente *no es accidental*, sino que *es esencial*. Los tres *viven y mueren juntos*, y si bien no lo hacen siempre al mismo tiempo o del mismo modo, en general, tarde o temprano sus profundas conexiones se hacen evidentes en su mutuo florecimiento y su mutua decadencia. No sorprende que en la Alta Edad Media, la liturgia, la teología y la cultura política, a pesar de las fallas que jamás los hombres pecadores pueden evitar totalmente, hayan alcanzado cumbres inimaginables de perfección. Piénsese solamente en la catedral de Chartres, las procesiones del Corpus Christi, los autos sagrados y morales, la *Summa Theologiae* o la realeza de San Luis IX. Ni debiera sorprendernos tampoco que en los tiempos modernos la liturgia, la teología y la cultura política hayan caído, todas ellas, en una banalidad sin precedentes, en la bancarrota, en la blasfemia.

En todas las escuelas católicas con las que he tenido relación, he notado un hecho impactante: quien no adhiere simultáneamente a estas tres cosas de modo fiel e integral, no puede, al cabo, adherir ni siquiera a una sola de ellas. Cuando alguien trata de ser fiel a Santo Tomás pero rechaza o descuida la doctrina social (que se resume en la frase "la realeza de Cristo") o la liturgia tradicional, comienza por truncarse, o eventualmente corromperse, su tomismo. Esto se puede ver en los muchos estadounidenses que adhieren a Santo Tomás y quieren ser fieles a su maestro, pero que, al abrazar el liberalismo político, terminan simplemente abandonando la visión tomista de la realidad social y, de modo más preocupante, *toda* la doctrina social de la Igle-

11 Para una exposición de esta verdad, véase mi "Conversion of Culture", *Homiletic & Pastoral Review*, núm. 107-9 (Junio 2007), pp. 26-31 y 46-47.

sia. Se ha desarrollado una especie de gangrena, aunque puede pasar algún tiempo antes de que ésta aflore con alguna opinión decididamente perversa. Del mismo modo, quien quiere ser "tradicional" pero mira en menos o desprecia a Santo Tomás, no podrá evitar contaminar y, quizá, socavar la filosofía y la teología tradicionales, y una vez que faltan esos fundamentos, todo está perdido, incluso la encarnación social de Cristo en la cultura y la sociedad cristianas.

La procesión de Corpus Christi

La conexión es todavía más profunda, si examinamos el punto central de cada uno de estos tres aspectos. Comencemos con el más evidente. Como lo ha repetidamente enfatizado el Magisterio, la Sagrada Eucaristía es la "fuente y culminación" de la vida misma de la Iglesia[12]. Es la razón de ser de su sagrada liturgia, del misterio supremo que ha de celebrarse, conmemorarse, adorarse y recibirse. Puesto que el sacrificio del Señor en la cruz es el Alfa y el Omega de la economía cristiana, el sacrificio Eucarístico es el punto central de la realidad cósmica, en relación con el cual se posiciona toda creatura intelectual. Todo ángel, todo hombre se relaciona de alguna forma, sea de salvación o de condenación, con el "pan de los ángeles", Jesucristo en su Cuerpo y su Sangre. Por esta razón, la señal y medida de la salud de la liturgia no es otra que el vigor e intensidad de la devoción del pueblo por el misterio de Jesucristo real, verdadera y sustancialmente presente en el Sacramento del Altar, una devoción que se hará evidente en el anhelo de comulgar, en el gusto por la adoración, la presteza para confesarse para poder recibir dignamente la Comunión, y en la plétora de vocaciones al sacerdocio y la vida religiosa, que son los modos de vida más explícitamente "eucarísticos".

12 Esta famosa frase procede de *Lumen Gentium*, núm. 11, pero se hace eco de temas tan antiguos como los contenidos en los escritos de la edad apostólica.

Pero vuelve aquí al primer plano el segundo de nuestros temas: Santo Tomás de Aquino, el Doctor de la Eucaristía por excelencia. ¿Ha existido jamás algún gran teólogo de cuya vida y obra pudiera decirse que no fue fuente y culminación este Sacramento, que contiene a la Persona misma de Jesucristo? Y, entre todos los grandes teólogos (cuyo número no es precisamente inmenso), ¿no ha sido el Doctor Angélico quien ha evidenciado esta verdad del modo más admirable? En palabras de Juan Pablo II, Santo Tomás es y sigue siendo "el supremo teólogo y apasionado poeta del Cristo Eucarístico"[13]. El misterio del cual este maestro dominico de teología hizo un análisis dogmático que supera en sutileza a la metafísica de Aristóteles es, precisamente, aquél ante el cual, cotidianamente, se humillaba en ferviente adoración, y al cual dedicó místicos versos cuya serena belleza ha alimentado el corazón de los fieles durante siglos. Muy apropiadamente, el relicario dorado que contiene sus restos mortales bajo un altar en Toulouse, muestra al santo de pie, alerta y enérgico, mientras sostiene en una mano la flamígera espada de la Palabra de Dios y, en la otra, una custodia brillante que proclama la Presencia Real: la primera conduce a la segunda, y ambas, a la vida eterna. Sin el Pan de la Palabra y el Pan de la Vida, no hay vida ni Verdad, ni ascensión hacia Dios, en contraste con la espiral descendiente de la naturaleza caída.

Todos los bienes en que confiamos durante nuestra peregrinación terrenal (la paz, la buena voluntad, el gozo, las virtudes sociales y las gracias que mantienen unidas a las comunidades), se debilitan y desaparecen cuando se cercena su principio sobrenatural, la caridad. ¿Y dónde encontramos, del modo más íntimo, la caridad de Dios? ¿Dónde nos alegramos de este don divino? En el *sacramentum caritatis*, como lo llama Santo Tomás: el sacramento que muestra, encarna, comunica y confirma

13 "[S]*ummus theologus simulque Christi eucharistici fervidus cantor*" (Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, núm. 62). Adviértase que esta frase fue traducida en forma incorrecta en la versión oficial inglesa.

el amor de los hombres a Dios y entre sí. Sin la Eucaristía, por lo tanto, estamos absolutamente perdidos; perdidos como individuos, como familias, como sociedades y como naciones[14]. Del mismo modo, si los hombres desean ser libres y no esclavos, si las familias han de florecer y si han de surgir sociedades saludables, ello sólo podrá tener lugar cuando se hayan reunido alrededor del altar, de rodillas delante del Rey de Reyes. Aun en nuestra oscura época hay comunidades así, compuestas de fieles laicos y clero, a menudo oscuras y pobres, que demuestran, sin embargo, de modo silencioso, la irrefrenable vitalidad del Evangelio. Es *aquí* donde está el futuro de la Iglesia.

Consideremos más de cerca la salvación y curación de la sociedad. A la pregunta sobre cuáles son los principios fundamentales de la enseñanza social católica se han dado muchas convincentes respuestas, porque es un área doctrinal muy rica. Sin embargo, creo que dos de los grandes principios de este cuerpo doctrinal, tal como se ha desarrollado en los últimos 150 años, son, ciertamente, el bien común y la dignidad de la persona humana. En el siglo XX se ha tendido a ver estos dos conceptos como dos opuestos unidos en una irreconciliable tensión: la persona, en cuanto tal, posee una especie de valor ilimitado, que hace que no esté subordinada a nadie; sin embargo, la comunidad como tal merece que la persona la sirva devotamente, e incluso puede pedirle el sacrificio de su propia vida. Pero plantear las cosas de este modo deja entrever una concepción superficial de ambos principios. En realidad, la persona deriva su gran dignidad de su capacidad de ordenarse a Dios (más, todavía: de su *efectivo* ordenamiento a Él), el bien infinito; y Dios, precisamente en cuanto este bien inextinguible, es el bien común extrínseco de todo el universo, justamente amado cuando es amado en cuan-

14 Este fue, de modo cada vez más claro, el mensaje de León XIII hacia el final de su pontificado. Ello es claro en su encíclica de 1902 sobre la Eucaristía, *Mirae Caritatis*, pero también en *Tametsi Futura* (1900), *Annum Sacrum* (1899) y en la Carta Apostólica, retrospectiva, *Annum Ingressi Sumus* (1902).

to infinitamente comunicable[15]. En otras palabras, lo que hay de más personal y valioso en la persona es lo que le es más profundo, es decir, la bondad que recibe como don, y que la impele a comunicarse con su Donante; y el bien que es máximamente común y digno de nuestra absoluta abnegación, no es un bien terrenal y creado, sino Dios solo, que nos creó junto con todas las cosas.

Ahora bien, ¿cuál es la conexión entre estos dos principios aparentemente abstractos y el "pan de cada día" de la Eucaristía? Hay aquí una compenetración perfecta. Como enseña Santo Tomás, el bien común de todo el universo está en Cristo[16], y todo Cristo está en la Eucaristía. La Eucaristía es, por lo tanto, el bien común de toda la humanidad, de todas las razas y sociedades y naciones. Un pueblo o nación que no se ordena activamente a la adoración de la Eucaristía, con todo lo que ello conlleva, tanto remota como inmediatamente –preservación de la ortodoxia de la fe y de una elevada moral, preocupación por un culto reverente, sostenimiento de una sana educación, creación de arte y arquitectura de calidad, etcétera.– es una nación con un bien común deficiente y moribundo, una nación que se desmenuza en facciones y, luego, en egos envidiosos y libidinosos[17]. Hay una cura para este desastre, la cual ha tenido éxito en muchas ocasiones en el pasado, y seguirá teniéndolo en el futuro cada vez que se la aplique. Tal cura es la medicina de la inmortalidad: la Sagrada Eucaristía. Y, una vez más, ¿es acaso coincidencia que el teólogo que nos ofrece el más pleno y sólido tratamiento del bien común –divino, cósmico, político– sea Santo Tomás de Aquino, "supremo teólogo y apasionado poeta del Cristo Eucarístico"?

15 Véase la clásica obra de Koninck, C., *The Primacy of the Common Good*, en *The Writings of Charles de Koninck*, Vol. II, (trad. de Ralph McInerny, Notre Dame, IN, University of Notre Dame Press, 2009), pp. 65-164 y también Santo Tomás, *De caritate*, art. 2.

16 Véase *Super I ad Cor.*, cap. 12, lec. 3.

17 Tengo presente aquí la noción de San Agustín de *libido dominandi*, el poder de controlar y manipular, que está en la raíz de los pecados sociales.

El símbolo más intenso que haya experimentado, en toda mi vida, del fluir conjunto de los tres tesoros de que estamos hablando, está constituido por las procesiones públicas del día del Corpus Christi en que participé muchas veces, durante los años que viví en el campo en Austria, donde, por la gracia de Dios, sobreviven todavía estas prácticas tradicionales.

En ese día, el más espléndido de todos, el párroco, revestido con ornamentos dorados y bajo un palio bordado, encabeza la procesión en la calle principal, al alcance de la vista y oídos de todo el poblado, acompañado por la banda marcial, por los acólitos con campanillas e incienso, por las niñitas que arrojan pétalos de flores, y por los aldeanos vestidos con sus trajes tradicionales. Los líderes cívicos desfilan en segundo lugar (el lugar *que les corresponde*), seguidos por el resto de los niños, los favoritos del Señor, por sus familias y por todos los que se sienten llamados a participar. Nadie es excluido, todos son bienvenidos, porque es una ocasión de gozo y de fiesta. El sacerdote da cuatro veces la bendición con el Santísimo, en cuatro estaciones adornadas con ramas frescas recién cortadas en los bosques cercanos, bendiciendo al pueblo y la aldea hacia los cuatro puntos cardinales. Esto es un acto político, no una devoción privada: simboliza una ciudad ordenada a –y alimentada por– la "Palabra-hecha-Carne", el Cuerpo y la Sangre del Salvador, que se entrega por amor a nosotros, *para hacernos uno con Él y uno entre nosotros*. Pero es también un acto litúrgico, que brota de la Misa, en la que se ha consagrado la hostia, y retorna a la Misa, en el tabernáculo del altar mayor, donde es colocada finalmente la custodia, después de horas de veneración. Incluso en un país que sucumbe a los atractivos de la secularización, todavía se da al Cuerpo de Cristo este tratamiento: cierran todos los comercios y oficinas, el poblado entero desfila por las calles, el tránsito entre ciudades se ve obligado a detenerse mientras se eleva a lo alto la custodia dorada entre nubes de incienso.

Oíd con atención... Oíd los bellos himnos de la Misa y del Oficio del día y las oraciones. ¿Quién los ha escrito? Nada me-

nos que Santo Tomás de Aquino. La *polis*, la piedad litúrgica y el príncipe de los teólogos coinciden en este sereno instante.

Un ecosistema cristiano

Desde el ángulo que se las mire, las conexiones están ahí, y son profundas. Un individuo inquisitivo, tarde o temprano, comienza a preguntarse por qué esto tiene que ser así. Conduzcan o no mis reflexiones a una respuesta adecuada, el primer paso es percatarse de que *corresponde* que esas realidades vayan juntas, como por necesidad, formando, si se me permite la analogía, un ecosistema cristiano. Cada una de ellas prospera en presencia de las demás, cada una sufre con la ausencia de las demás. Existe un peligro real de extinción masiva si no tenemos el cuidado de preservar los componentes fundamentales del medioambiente sobrenatural. Para decirlo metafóricamente: en esta época decisiva de la Iglesia, cuando sus enemigos son más numerosos y sus estratagemas más sutiles que nunca, no carecemos de armas para la batalla, ni medios de inteligencia superiores. Y, por último, misteriosamente, la victoria ya se ha logrado, porque Cristo murió y resucitó. De algo estamos seguros: el Señor no nos fallará (cf. 2 Tm 2, 11-13). La pregunta es, pues, si le fallaremos nosotros a Él (Lc 18, 8). Esa es la pregunta que todos tenemos que formularnos, mientras hacemos lo que está de nuestra parte para que se renueve la vida católica en nuestra época.

¿Qué es, pues, lo que debe hacerse? ¿Hay alguna esperanza? ¿Existe algún "plan" para producir un auténtico renacimiento religioso, una auténtica primavera? Sólo hay un camino seguro: respetar y amar la Tradición siempre viva de la Iglesia, y dejar de imaginar que podemos inventar una nueva Tradición a fin de reemplazar la Tradición perenne, santa y hermosa, que es el regalo del Señor a su Esposa en la tierra. El papa Juan Pablo II pidió perdón por los crímenes de todos los pecadores que han deshonrado a la Iglesia con sus pecados, y llegó incluso a pedir perdón por los crímenes cometidos por los Cruzados y por los católicos en

la época de la Inquisición. ¿No será ya el momento de pedir perdón a Dios, con profunda humildad, por todos los crímenes que los Papas, cardenales, obispos, sacerdotes y laicos han cometido contra la sagrada Tradición de la Iglesia?

A la pregunta sobre qué es lo que debe hacerse, quien ama la Tradición católica tiene una respuesta que es clara y confiable, con la ventaja adicional de que nuestros pastores pueden comenzar a ponerla por obra de inmediato, supuesto que tengan el coraje necesario, es decir, el necesario para sanar las heridas exactamente allí donde se ha recibido el golpe. La resurrección de la Iglesia debe consistir en –o al menos incluir– lo siguiente:

1. Restauración de la liturgia tradicional.

2. Proclamación de la enseñanza social de la Iglesia en toda su plenitud.

3. Restablecimiento de Santo Tomás de Aquino como Doctor Común.

Si alguien sintiera la tentación de decir "del dicho al hecho, hay gran trecho, ahora que hemos experimentado ya casi cincuenta años de corrupción", la respuesta correcta sería: "hemos hecho el voto, en el Bautismo, de ser fieles a Cristo en cualquier caso, por lo que debemos cargar nuestra cruz y pelear la buena batalla hasta el fin". Santa Teresa de Lisieux dijo una vez que el desaliento también es soberbia. Lo que quiso decir con esto es que el desaliento indica falta de fe, falta de confiado abandono en las manos de la Providencia. Lo que decimos realmente en el desaliento es "yo sé muy bien lo que debiera ocurrir y no está ocurriendo. Y siento ira". El punto crucial es la confianza en Dios, la entrega a su Voluntad. Dios sabe "quién es Él mismo", como dijo alguna vez el Cardenal Newman[18]. Dios tiene un propósito cuando permite la corrupción o el caos. Sólo Él puede

---

18 *Meditations and Devotions*, "Meditations on Christian Doctrine", 8 de marzo de 1848. El trozo completo, titulado "Hope in God", es lectura excelente, y está disponible en www.newmanreader.org/works/meditations/meditations9.html.

hacer que el mal produzca un bien. Nosotros no conocemos sus propósitos, pero sí sabemos que Él es sabio, misericordioso y justo. "Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio" (Rm 8, 28).

Por lo demás, no es tan claro que estas tres metas sean inalcanzables. Cualquier obispo con visión y perseverancia puede reintroducir el estudio de Santo Tomás entre sus seminaristas, educar a sus sacerdotes y a su pueblo en la doctrina social católica, y restaurar la sacralidad de la liturgia de muchas maneras, tanto negativas (por ejemplo, aboliendo las mujeres acólitos, restringiendo los ministros extraordinarios de la comunión), como positivas (ordenando entonar los Propios de la Misa en latín o castellano, o alentando el uso del incienso, de nobles ornamentos, del órgano, y del culto *ad orientem*). De hecho, en el pontificado de Benedicto XVI vimos a muchos obispos poner por obra algunas de estas medidas, a menudo con gran vigor y con fervor catequético, siempre con frutos tangibles de auténtica renovación.

Y desde la perspectiva final –aquélla que debemos tener, si queremos permanecer cuerdos en este valle de lágrimas–, Dios nos promete, después del abrumador peregrinaje de esta vida, después de que hayamos vagado por largo tiempo en este valle de sombras de muerte, una parte de su gozo: "Si hijos, entonces herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, siempre que padezcamos con Él para ser también glorificados con Él. Considero que los sufrimientos de esta vida no son nada en comparación con la gloria que se nos revelará" (Rm 8, 17-18). "El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6, 54). "Entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25, 21).

Afortunadamente, la liturgia de los cielos no cambia jamás. No hay que temer en ella la promulgación de otra *editio typica* más, con nuevas lecturas y oraciones. La ciudad celestial es eternamente gobernada por Cristo Rey, el Eterno y Sumo

Sacerdote. La sabiduría que Santo Tomás nos enseñó, tal como él alcanzó a divisarla al final de su vida, es "paja" en comparación con la visión beatífica de la gloria de Dios. Si parece que la Iglesia en la tierra yerra por algún tiempo, si incluso sus dirigentes caen, ¿podría esto sorprendernos, especialmente cuando nos acercamos al final de los tiempos? "Cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará fe en la tierra?" (Lc 18, 8). "Se enfriará la caridad de muchos" (Mt 24, 12). Que no se nos diga, cuando estemos ante el trono de Cristo, que nuestra caridad se enfrió porque preferimos la oscuridad del pesimismo al fuego ardiente de su Corazón.

Disponemos de pocos años para conocer, amar y servir a Dios. Luchemos para conocerlo mejor con la ayuda de Santo Tomás y de todos los grandes santos. Luchemos para amarlo más, entrando más profundamente en la sagrada liturgia y recibiendo más devotamente el don inefable del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Luchemos para servirlo mejor a medida que caminamos en este mundo, guiados por la enseñanza social integral de la Iglesia. Lo que importa no es cuántos progresos hagamos sino cuán grande es nuestra perseverancia en el camino de la verdad. Como dijo Santa Teresa de Calcuta: "Dios no me pide que tenga éxito, sino que sea fiel"[19]. Si obramos *así*, no cabe duda alguna de que oiremos aquellas palabras, tan esperadas: "Entra en el gozo de tu Señor".

19 Esto ha sido citado de diversas formas, pero la idea es la misma: los criterios de éxito del mundo son, como era de esperarse, mundanos; Dios juzga con otras medidas, las del corazón.

EPÍLOGO

Summorum Pontificum siete años después: Dónde estamos y dónde debiéramos estar

En el mundo post-*Summorum Pontificum*, la liturgia tradicional del rito romano ya no puede considerarse prohibida, dudosa, marginal u obsoleta, sino que goza de los mismos derechos de ciudadanía que el *Novus Ordo*. Dos formas del rito romano, una llamada ordinaria, porque es la promulgada más recientemente y la más usada, y la otra llamada extraordinaria, el *usus antiquior*, que merece particular respeto por su antigüedad venerable; utilizables ambas por cualquier sacerdote del rito romano, sin necesidad de permiso especial alguno. Se podría pensar que, como gesto de reconciliación en el corazón mismo de la Iglesia, las dos formas habrían de florecer una al lado de la otra, concediéndose a los católicos, en todas partes, el privilegio de tener la experiencia de ambas, celebradas con reverencia y belleza.

Pero ello está todavía muy lejos de la realidad y, cosa lamentable, hay todavía demasiados obispos y sacerdotes que se oponen a la Misa tradicional, la abruman con pesadas exigencias o recurren a una política de poder para asegurarse de que sus partidarios estén suficientemente amenazados –y castigados– por su precipitada adhesión al patrimonio hereditario católico.

Al cruzar el hito del séptimo aniversario de *Summorum Pontificum*, es edificante y realista considerar el significado que el propio Cardenal Ratzinger atribuyó a la oposición a la Misa tradicional. ¿Qué *significa* que alguien se oponga a esta Misa, o se oponga a quienes la celebran o a quienes la atesoran como una forma de oración que les es muy querida?

En el libro-entrevista *Sal de la Tierra*, publicado en alemán en 1996, Ratzinger dijo:

> Por cierto, creo que el antiguo rito debiera ser autorizado mucho más generosamente a todos los que lo desean. Es imposible ver qué podría haber de peligroso o inaceptable en ello. Cuando una colectividad declara súbitamente que ahora está estrictamente prohibido aquello que, hasta ayer, fue su mayor y más santo tesoro, y considera simplemente indecente el desearlo, no hace sino poner en duda su razón misma de ser. ¿Podría seguir confiándose en ella en cualquier otro aspecto? ¿No terminará proscribiendo mañana lo que prescribe hoy?[1]

Diez años antes de *Summorum Pontificum*, ya ponía Ratzinger su dedo en la llaga. Si la liturgia que fue durante siglos el más santo y mayor de los tesoros de la Iglesia, objeto de veneración y de honor, el medio de santificación para innumerables católicos, es súbitamente prohibida, y si el deseo de realizar el culto en la forma en que lo hicieron nuestros antepasados es considerado un error, ¿qué es lo que ello dice de la Iglesia misma, de su pasado, de su tradición, de sus santos? En realidad, su credibilidad se esfuma totalmente, sus declaraciones se convierten en arbitrarios *diktats*. ¿Hubo, durante todo ese tiempo, algo fatalmente equivocado en relación con nuestro acto central de culto? ¿Se equivocaron todos los Papas pasados que cultivaron con amor esta liturgia, se equivocaron los misioneros que la diseminaron por todo el orbe? ¿Podrían todos ellos decir "carezco de inteli-

1 Ratzinger, *Salt of the Earth*, cit., pp., 176-177.

gencia humana, no aprendí la sabiduría ni tuve conocimiento del Santo"?[2]

En *Dios y el mundo*, otra de esas espléndidas entrevistas, perspicaces y doctrinalmente robustas, que hoy, en retrospectiva, dan lugar a lecturas tan llenas de anhelos, Ratzinger volvió a tocar el tema:

> Para fomentar una conciencia verdadera, en materias litúrgicas, es también importante que se levante la proscripción contra la liturgia válidamente usada hasta 1970. Todo aquél que hoy pide que siga existiendo esta liturgia o que toma parte en ella, es tratado como un leproso: toda tolerancia termina aquí. Nunca se ha dado nada parecido en la historia. Esto significa despreciar y proscribir el pasado completo de la Iglesia. Si las cosas son así, ¿cómo se podría confiar en su presente? Debo decir, con toda franqueza, que no logro comprender por qué tantos de mis hermanos obispos se han sometido a este imperio de la intolerancia, que sin razón aparente se opone a hacer posible la reconciliación al interior de la Iglesia[3].

He aquí un lenguaje impactantemente afín al que hemos de encontrar, cinco años más tarde, en la Carta del papa Benedicto a los obispos que acompaña a *Summorum Pontificum*. De nuevo encontramos la reiterada insistencia en tener una actitud correcta ante el patrimonio inmortal y vivificante de la Iglesia. Los ritos litúrgicos que nacen de las semillas apostólicas, a través de la historia de la Iglesia, son los frutos de Aquel que es el Señor y Dador de Vida, y no pueden, en sí mismos, ni morir ni causar muerte, ni tampoco pueden ser legítimamente prohibidos.

Esto explicaría por qué el papa Benedicto XVI, en *Summorum Pontificum*, dice que, a la tradicional Misa en latín, "*debe*

---

2 Cf. Prov. 30, 1,3.

3 Ratzinger, J., *God and the World: A Conversation with Peter Seewald* (trad. de Henry Taylor, San Francisco: Ignatius Press, 2002), p. 416.

rendirse honor por su venerable y antiguo uso"[4], y en la Carta a los obispos, añade:

> Lo que las generaciones precedentes tuvieron como sagrado, sigue siendo sagrado y grande también para nosotros, y no puede ser totalmente prohibido en forma súbita, ni tampoco considerado como dañino. A todos nos toca preservar las riquezas que se han desarrollado en la fe y la oración de la Iglesia, y darles el lugar que les corresponde.

No es una cuestión optativa el rendir honor a la liturgia romana clásica, honor que se traduce en su efectiva celebración, y ésta es la razón por la que debemos, con cortesía, rechazar que se nos trate a nosotros y a nuestros hermanos católicos como gente con ciertas "preferencias": "Bueno, vosotros preferís lo antiguo, nosotros preferimos lo nuevo". No. Esto toca, más allá de preferencias particulares, a la estructura misma de la fe católica: *debe* rendirse honor a las cosas que son venerables y antiguas: lo que las generaciones precedentes tuvieron como sagrado, *debe* ser sagrado –¡y grande!– también para nosotros. Nos corresponde a nosotros preservar estas riquezas y asegurarnos de que tengan el lugar que les corresponde en la vida de la Iglesia de hoy.

Otra señal de que estamos leyendo aquí correctamente al papa Benedicto es que la clarificadora instrucción *Universae Ecclesiae* enfatiza todo esto de modo verdaderamente extraordinario. De hecho, el número 8 de este documento impacta por su simplicidad inclaudicable, por la total ausencia de medias tintas o de recovecos:

> El motu proprio *Summorum Pontificum* constituye una expresión importante del Magisterio del Romano Pontífice y de su *munus* de regular y ordenar la Sagrada Liturgia de la Iglesia. El motu proprio manifiesta su solicitud como Vicario de Cristo y Supremo Pastor de la Iglesia Universal, y tiene la finalidad de: (a) ofrecer a todos los fieles la liturgia romana

4 Énfasis añadido.

en su *usus antiquior*, considerado como un tesoro precioso que debe ser preservado; (b) garantizar y asegurar efectivamente el uso de la *forma extraordinaria* por todos los que la pidan, puesto que el uso de la liturgia romana de 1962 es una facultad concedida generosamente para el bien de los fieles y, por lo tanto, debe ser entendida en un sentido favorable a los fieles, que son sus principales destinatarios; (c) promover la reconciliación al interior de la Iglesia.

Una vez aclarados estos puntos, podemos ver fácilmente por qué cualquier acción destinada a obstruir o disminuir la presencia del *usus antiquior* en la Iglesia de hoy sólo podría causar un gran mal y un daño perdurable.

Primero, sería un acto y una señal de desobediencia, que Dios nunca bendice, sino que castiga siempre. Más específicamente, constituiría una desobediencia a las prescripciones legales del papa Benedicto XVI en *Summorum Pontificum* (y a sus aclaraciones en *Universae Ecclesiae*), como también al papa Juan Pablo II en su bien conocida declaración de que "se debe mostrar respeto en todas partes por los sentimientos de quienes adhieren a la tradición litúrgica latina, mediante una aplicación amplia y generosa de las directivas ya promulgadas hace un tiempo por la Sede Apostólica en relación con el uso del Misal Romano, según su edición típica de 1962". Como ya se ha demostrado aquí, no basta con abstenerse de hablar mal de los ritos sacramentales tradicionales: se debe conocerlos y amarlos, reintroducirlos y promoverlos, estudiarlos en los seminarios, y presentarlos generosamente a los fieles como un precioso tesoro.

Segundo, y más profundamente, el culto divino toca el corazón de la vida espiritual de una persona, aquello que es más íntimo y valorado. Todo rechazo de compartir los tesoros de la Iglesia, toda restricción ominosa de lo que ya está disponible (o debiera estarlo), sólo causará ira, desaliento y desconfianza, lo cual hiere la unidad de la Iglesia, frágil bien de enorme valor. Algunos obispos, sacerdotes y laicos podrán no tener gran amor por la forma extraordinaria, pero deben reconocer y respetar a la

considerable minoría de católicos que *sí* lo tienen, y entender que privarlos de ella o dársela a regañadientes, es posiblemente la acción más ofensiva que pudiera llevarse a cabo, como lo sería abofetear a la mujer, la madre o la abuela de un individuo cualquiera. Para decirlo bruscamente: es mejor que quienes sinceramente desean paz y comprensión mutua procedan con generosidad, porque, si no, puede que se encuentren enfrentados a tener que lidiar con otra Guerra Fría eclesiástica. ¿Quién querría tal cosa?

No se requiere ser especialmente perspicaz para darse cuenta de que un número significativo y creciente de católicos están trasladándose a parroquias y capillas donde se celebra la Misa tradicional. Ellos, con sus familias, extensas en promedio, y su compromiso con la educación en el hogar[5], tienen en sus manos el futuro. En 1988 había alrededor de 20 Misas tradicionales de día domingo cada semana; hoy hay más de 500[6]. No hay motivo alguno para combatir este movimiento: por el contrario, hay motivos para apoyarlo.

A pesar de los temores de algunos que encuentran difícil dar una oportunidad a la paz y la coexistencia mutua, la forma extraordinaria no es problema alguno para la Iglesia, y, como el papa Benedicto XVI nos ayuda a verlo, *jamás* podría ser un problema en sí o por sí misma. En cambio, se puede encontrar desafortunadas actitudes tradicionalistas que alienan o provocan y, para ser sinceros, esto ocurre en ambos bandos, puesto que los promotores del *Novus Ordo* a menudo hacen gala, por su parte, de actitudes ofensivas como, por ejemplo, una peculiar fusión de liberalismo teórico y de totalitarismo práctico. Lo que hay que hacer no es limitar y controlar celosamente el *usus antiquior*, como si fuera una peligrosa sustancia adictiva, porque este enfoque no hace más que echar combustible a esas desafortunadas actitudes. Lo que

5 N. del Tr.: El autor escribe *homeschooling*, es decir, la educación de los hijos no mediante su envío a escuelas, sino en el seno del hogar.

6 N. del Tr.: Aunque el autor no lo aclara, es evidente que estos datos están referidos a los Estados Unidos de América.

hay que hacer es enseñar y promover una actitud correcta, y recibir con los brazos abiertos, con humildad y simplicidad de niños, todo lo que la Iglesia nos da, de modo que ello llegue a ser algo normal y natural, no algo prohibido, controvertido o divisivo.

* * *

Todo miembro del rito latino de la Iglesia católica debiera, por lo tanto, hacer un examen de conciencia y un catálogo de sus actitudes, políticas y prácticas.

> Obispos: ¿te has preocupado de que la forma extraordinaria –a la que "se debe honor por su venerable y antiguo uso"– esté ampliamente disponible en tu diócesis, ya que "[a] todos nos toca preservar las riquezas que se han desarrollado en la fe y la oración de la Iglesia, y darles el lugar que les corresponde"? ¿Te has preocupado de que los sacerdotes y seminaristas tengan a su disposición sesiones de enseñanza práctica, para que se beneficien con esta profunda escuela de oración, que ha sido el alimento de innumerables santos, y que data del primer milenio de vida de la Iglesia?
>
> Sacerdotes: ¿has aprovechado las oportunidades de aprender el *usus antiquior*? ¿Has respondido con generosidad cuando los fieles te piden los sacramentos según los ritos antiguos? ¿Has tomado medidas, proactivamente, para ofrecerlos a los fieles aun si no los piden, confiando en que el Espíritu Santo puede usar y usará este tesoro magnífico de la Iglesia para enriquecer la vida de muchos creyentes?
>
> Religiosos: ¿has pedido que la liturgia romana clásica (o la clásica de tu Orden, si existe), se celebre ocasionalmente o aun frecuentemente en tu comunidad? ¿Has hecho notar que su redescubrimiento ha sido para otros, y puede serlo para todos, una poderosa fuente de renovación de los carismas, de evangelización de la juventud, de vocaciones?
>
> Laicos: ¿has apoyado a tu diócesis, a tu obispo, a tu párroco, a tu clero, de un modo amigable y generoso, para que puedan cumplir más fácilmente sus deseos de emplear el *usus antiquior*? ¿Ruegas por ellos cuando lo resisten, o lo desechan, o se irritan con él o, incluso, lo desprecian? ¿Has rogado rei-

teradamente por la Misa y los sacramentos tradicionales, con humildad y confianza? ¿Has estado preparado y deseoso de ayudar a costear los gastos adicionales que van asociados a la instrucción en este rito y su celebración? ¿Procuras encontrar caminos para extender el conocimiento y amor de la forma extraordinaria entre los jóvenes?

Todos: ¿hemos acatado completa y coherentemente la legislación del motu proprio del papa Benedicto XVI y la sabiduría auténticamente pastoral de la carta a los obispos que lo acompaña?

Las cosas varían entre las diócesis, naturalmente, pero hablando en general, la respuesta a esta última pregunta todavía no ha podido llegar a ser afirmativa. A pesar del deseo manifiesto de muchos grupos de fieles, compuestos por personas de edades y antecedentes muy diversos, la Misa tradicional no se ha convertido en algo corriente, como la forma ordinaria (por ejemplo, los domingos y fiestas de guardar) en la mayor parte de las parroquias e iglesias del mundo, lo cual es señal de que, en gran medida, no ha sido oído el deseo del papa Benedicto de producir una reconciliación profunda en la Iglesia y de inyectar en la forma ordinaria un nuevo espíritu de fidelidad a la Tradición.

La situación actual revela la existencia de un problema de largo plazo en la Iglesia. Durante casi 50 años, quienes aman (o han llegado a amar) la Misa tradicional han sido tratados como ciudadanos de segunda clase, si no como leprosos. Esta no es una percepción exagerada de mi parte: el propio Joseph Ratzinger lo vio de este modo, y lo dijo en más de una ocasión.

A juzgar por la práctica, no se permite que ningún católico carezca de la forma ordinaria, pero en lo que se refiere a la forma extraordinaria, se la puede ignorar, excluir, cancelar, discontinuar y disminuir, sin consideración alguna por la vida espiritual de los católicos que asisten a ella o la desean. Imagínese el escándalo si el párroco de una parroquia importante dijera a sus feligreses: "Me voy de vacaciones las dos semanas que vienen, y en mi ausencia, un sacerdote de la Fraternidad de San Pedro va a venir a

celebrar la Misa tridentina para vosotros. Lo lamento, pero no habrá ninguna Misa *Novus Ordo* durante esas dos semanas".

¿Por qué, entonces, ocurre con frecuencia lo mismo, pero en sentido contrario? ¿Es porque no se encuentra clero que esté fácilmente disponible? Sí: he aquí un desafío. Pero es más honesto admitir que se usa un doble estándar, el cual existe *a pesar* de la ley de la Iglesia, según ha quedado establecida por el motu proprio. La mejor descripción de esta realidad sería la siguiente: "Si eres un católico que asiste a la forma ordinaria, se te debe garantizar el acceso a ella (y no se debiera jamás obligarte a asistir a la forma extraordinaria); pero si eres un católico que ama la forma extraordinaria, conténtate con lo que fuere que se está dispuesto a darte, y entérate de que frecuentemente no tendrás más alternativa que asistir a la forma ordinaria".

La mayor parte de los católicos no han sometido ni su intelecto ni su voluntad a la decisión obligatoria del papa Benedicto XVI, quien dispuso en *Summorum Pontificum* que las dos formas del rito romano son canónicamente *iguales* y que debe accederse a las solicitudes de la forma extraordinaria, siempre que quienes la piden no nieguen la validez del nuevo misal[7]. El Papa no especificó con cuánta frecuencia debiera hacerse posible esta Misa, porque lógicamente supuso que la oferta respondería a la demanda, en tanto que todos fueran todo lo generosos que debieran. Dicho con palabras simples, si lo que se quiere es una Misa a la semana, que se diga lo más pronto posible una Misa a la semana. Si lo que se desea es una Misa diaria, y si la cantidad de fieles es suficientemente grande como para que ello sea razonable, toma-

7 En realidad, uno se pregunta si la mayor parte de los laicos católicos conoce siquiera la existencia del motu proprio *Summorum Pontificum* –para no mencionar las nobles intenciones que lo respaldan–, ignorancia que apunta, por cierto, a la culpable negligencia de sus obispos y sacerdotes. Es una responsabilidad urgente de los pastores y del laicado que *conocen* el motu proprio hacer todo lo que esté de su parte para divulgar el conocimiento de él y trabajar pacientemente para que se cumpla.

das en cuenta las circunstancias, entonces que se diga la Misa los días de semana.

En el mundo anterior a *Summorum Pontificum*, el papa Juan Pablo II pidió a los obispos que proveyeran con generosidad en favor de los fieles que adherían a la tradición litúrgica en latín. Con todo, ello todavía era entendido como una especie de favor, una excepción, un caso especial. Este modelo fue decididamente abandonado por *Summorum Pontificum*, que regularizó la forma extraordinaria como un tesoro para todos los católicos, que debiera ser dispensado directamente por los sacerdotes. Sin embargo, todavía es demasiado frecuente que la celebración de la forma extraordinaria sea tratada como un favor o privilegio, en vez de ser la respuesta a una legítima petición, un deber que corresponde a un genuino derecho de parte de los fieles.

¿Podría sorprender a nadie que exista una sensibilidad tan alta, incluso irritabilidad, entre los católicos de tendencia más tradicional? Si uno no tiene esa tendencia, trate de ponerse en el lugar de aquéllos, e imagínese lo que sentiría si lo que más enciende e ilumina su vida de fe –aquello que encendió e iluminó a la Iglesia por más de 1.500 años– le fuera dado de modo escaso o irregular, y que fuera tratado como algo dañino o peligroso, y uno mismo fuera visto como si perteneciera a un grupo marginal o una secta.

El papa Benedicto XVI se dio cuenta de que hay solamente un camino para superar este conflicto, viejo de décadas: desregular, desestigmatizar, quitar la presión al problema mediante una transparente y magnánima bienvenida a todo lo que la Fe misma permite. Se daría así un completo y coherente cumplimiento a *Summorum Pontificum*, y cuando cada parroquia y cada templo lo hubiera hecho, estaríamos en condiciones de decir, sin ningún escrúpulo, que somos entonces totalmente fieles al Magisterio y totalmente comprometidos con el servicio de Cristo y de su Iglesia.

Demos la palabra final al papa Benedicto, con un pasaje de su Carta a los obispos de 7 de julio de 2007:

Pienso en un párrafo de la Segunda Carta a los Corintios, donde Pablo escribe: "Os hemos hablado con sinceridad y nuestro corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos dentro de nosotros, sino que es en vuestras entrañas donde se da la estrechez. Para corresponder del mismo modo [...] ensanchaos también vosotros" (2 Cor. 6, 11-13). Pablo hablaba ciertamente en otro contexto, pero su exhortación puede y debe tocarnos también a nosotros, precisamente en este asunto. Abramos generosamente el corazón y hagamos lugar en él a todo lo que la propia fe nos permite.

BIBLIOGRAFÍA

En esta bibliografía se encontrará las obras citadas en este libro (con excepción de los documentos magisteriales), junto con algunas lecturas adicionales que se recomienda vivamente*.

AILLET, M., *The Old Mass and the New: Explaining the Motu Proprio* Summorum Pontificum *of Pope Benedict XVI*, San Francisco, Ignatius Press, 2010.

A BENEDICTINE MONK [Dom Gérard CALVET], *Discovering the Mass*, trad. de Jean Pierre Pilon, Londres, The Saint Austin Press, 1999.
The Sacred Liturgy, Londres, The Saint Austin Press, 1999.

BENSON, R., *The King's Achievement*, ed. de Francis X. Connolly, Nueva York, P. J. Kennedy & Sons, 1957 [hay disponible traducción española: *El triunfo del rey*, Buenos Aires, Céfiro, 2009].

BERGER, D., *Thomas Aquinas and the Liturgy*, trad. de Christopher Grosz, Ypsilanti, Sapientia Press, 2004.

BUGNINI, A., *The Reform of the Liturgy, 1948–1975*, trad. de Matthew J. O'Connell, Collegeville, The Liturgical Press, 1990 [hay disponible traducción castellana: *La reforma de la liturgia (1948-1975)*, Madrid, BAC, 1998].

BURKE, R., "*Ius Divinum* and the Sacred Liturgy", en RUTHERFORD, J.

* N. del Tr:. Se señala en cada caso cuando existe una traducción al castellano.

E./O'Brien, J. (eds.), *Benedict XVI and the Roman Missal*, Dublín, Four Courts, 2013, pp. 21-39.

_____ "Sacred Liturgy and Asceticism: Respect for the *Ius Divinum*", *Antiphon, núm.* 17 (2013), pp. 3-30.

_____ "The Theo-Centric Character of Catholic Liturgy", *The Thomist*, núm. 75 (2011), pp. 347-364.

Butler, S., *The Catholic Priesthood and Women: A Guide to the Teaching of the Church*, Chicago, Liturgy Training Publications, 2007.

Bux, N., *Benedict XVI's Reform: The Liturgy between Innovation and Tradition*, trad. de Joseph Trabbic, San Francisco, Ignatius Press, 2012 [hay disponible traducción española: *La reforma de Benedicto XVI. La liturgia entre la innovación y la tradición*, trad. de Stella Maris Correa, Madrid, El Buey Mudo, 2009].

Cekada, A., *Work of Human Hands: A Theological Critique of the Mass of Paul VI*, West Chester, Philothea Press, 2010.

Chaignon, P., *The Sacrifice of the Mass Worthily Celebrated*, trad. de Louis de Goesbriand, Nueva York, Benziger Brothers, 1951 [hay disponible traducción española: *El sacerdote en el altar o el santo sacrificio de la Misa dignamente celebrada*, Barcelona, Ediciones Gustavo Gili, s.d.].

Charmot, F., *The Mass, Source of Sanctity*, trad. de Marie Angeline Bouchard, Notre Dame, Fides Publishers, 1964 [hay disponible traducción española: *La Misa, fuente de santidad*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 2ª ed., 1966].

Convert, A., *Eucharistic Meditations: Extracts from the Writings and Instructions of St. John Vianney*, trad. de Mary Benvenuta, Wheathampstead, Anthony Clarke Books, 1964.

Davies, M., *Cranmer's Godly Order: The Destruction of Catholicism Through Liturgical Change*, Fort Collins, Roman Catholic Books, 1995 [hay disponible traducción española: *El Ordo Divino de Cranmer*, trad. de Gustavo Nózica, Buenos Aires, s.d.].

_____ *Pope John's Council*, Kansas City, Angelus Press, 2007 [hay disponible traducción española: *El Concilio del papa Juan*, Buenos Aires, Iction, 1981].

_____ *Pope Paul's New Mass*, Kansas City, Angelus Press, 2009 [hay disponible traducción española: La nueva Misa del papa Pablo, trad. de Gustavo Nózica, Buenos Aires, s.d.].

——— *The Second Vatican Council and Religious Liberty*, Long Prairie, Neumann Press, 1992.

De Chivré, B., *The Mass of Saint Pius V: Spiritual and Theological Commentaries*, trad. de Ann Marie Temple, Winona, STAS Editions, 2007.

De Koninck, C., *The Primacy of the Common Good*, en *The Writings of Charles De Koninck*, vol. II, trad. de Ralph McInerny, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2009 [hay disponible traducción española: *De la primacía del bien común contra los personalistas: el principio del orden nuevo*, trad. de José Artigas, Madrid, Cultura Hispánica, 1952].

Descartes, R., *Discourse on Method and Meditations on First Philosophy*, trad. de Donald A. Cress, Indianapolis, Hackett, 1998 [hay disponible traducción española: *El discurso del método. Meditaciones metafísicas*, trad. de Manuel García Morente, Madrid, Espasa Libros, 2010].

De Margerie, B., *La Trinité chrétienne dans l'histoire*, París, Éditions Beauchesne, 1975.

De Tocqueville, A., *Democracy in America*, trad. de Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, Chicago, University of Chicago Press, 2000 [hay disponible traducción española: *La democracia en América*, trad. de Raimundo Viejo, Madrid, Akal, 2007].

Dobszay, L., *The Restoration and Organic Development of the Roman Rite*, Nueva York, T&T Clark, 2010.

Gambero, L., *Mary and the Fathers of the Church: The Blessed Virgin in Patristic Thought*, trad. de Thomas Buffer, San Francisco, Ignatius Press, 1999.

Gertrude the Great, *The Life and Revelations of Saint Gertrude*, Westminster, The Newman Press, 1949 [hay disponible traducción española: *Revelaciones de Santa Gertrudis*, Burgos, Monasterio de Santo Domingo de Silos, 1932].

Giampietro, N., *The Development of the Liturgical Reform as Seen by Cardinal Ferdinando Antonelli from* 1948 *to* 1970, Fort Collins, Roman Catholic Books, 2009 [hay disponible traducción española: *El cardenal Ferdinando Antonelli y la reforma litúrgica*, trad. de Lázaro Sanz, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2005].

GOODMAN, Dena. *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.

GUARDINI, R., *The Lord*, trad. de Elinor Castendyk Briefs, Chicago, Regnery, 1954 [hay disponible traducción española: *El Señor*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2ª ed., 2005].

HAUKE, M., *Women in the Priesthood?: A Systematic Analysis in the Light of the Order of Creation and Redemption*, trad. de David Kipp, San Francisco, Ignatius Press, 1988.

HITCHCOCK, J., "The Voices of Silence in the Liturgy", *Communio*, núm. 5/4 (1978), pp. 352-362.

HOPKINS, G., *Poems of Gerard Manley Hopkins*, ed. de Robert Bridges, Londres, Humphrey Milford, 1918.

HOURLIER, J., *Reflections on the Spirituality of Gregorian Chant*, trad. de Gregory Casprini y Robert Edmonson, Orleans, Paraclete Press, 1995.

JOHN DAMASCENE, *Three Treatises on the Divine Images*, trad. de Andrew Louth, Crestwood, St. Vladimir's Seminary Press, 2003.

JOURNET, C., *Theology of the Church*, trad. de Victor Szczurek, San Francisco, Ignatius Press, 2004 [hay disponible traducción española: *Teología de la Iglesia*, Bilbao, Désclee de Brouwer, Bilbao, 1960].

JUNGMANN, J., *The Mass of the Roman Rite*, Westminster, Christian Classics, 1986.

KOCIK, T., *The Reform of the Reform? A Liturgical Debate: Reform or Return*, San Francisco, Ignatius Press, 2003.

KOWALSKA, M., *Diary: Divine Mercy in My Soul*, Stockbridge, Marian Press, 2003 [hay disponible traducción española: *Diario: la Divina Misericordia en mi alma*, Stockbridge, Editorial de los Padres Marianos de la Santísima Virgen María, 4ª ed., 2001].

KWASNIEWSKI, P., "A Brief Introduction to Angels", *The Latin Mass*, núm. 16/2 (Primavera 2007), pp. 34-39.

______ "*Cantate Domino Canticum Novum*: Aspects of the Church's Liturgical Magisterium", *The Catholic Faith*, núm. 6/2 (Marzo-Abril 2000), pp. 14-23, disponible también en www.catholicculture.org/library/view.cfm?recnum =4440.

______ "Contemporary Music in Church?", *Homiletic & Pastoral Review*, núm. 107/1 (Octubre 2006), pp. 8-15, disponible también en www.catholicculture.org/culture/library/view.cfm?recnum=7192.

______ "Conversion of Culture", *Homiletic & Pastoral Review*, núm. 107/9 (Junio 2007), pp. 26-31.

______ "Doing and Speaking in the Person of Christ: Eucharistic Form in the Anaphora of Addai and Mari", *Nova et Vetera*, núm. 4 (2006), pp. 313-379.

______ "Extraordinary Ministers of the Eucharist", *The Catholic Faith* 6/6 (Noviembre-Diciembre 2000), pp. 34-42, disponible también en http://www. ewtn.com/library/Liturgy/EXTRMIN.HTM

______ "Golden Straw: St. Thomas and the Ecstatic Practice of Theology", *Nova et Vetera*, núm. 2 (2004): 61-89.

______ "John Paul II on Sacred Music", *Sacred Music*, núm. 133/2 (Verano 2006), pp. 4-22, disponible también en www.musicasacra.com/publications/sacred-music/pdf/sm133-2.pdf.

LAISE, J. *Communion in the Hand: Documents and History*. Boonville, Preserving Christian Publications, 2011 [hay disponible traducción española: *Comunión en la mano: documentos e historia*. Buenos Aires, Vórtice, 4ª ed., 2005].

LANG, U., *Turning Towards the Lord*, San Francisco, Ignatius Press, 2004 [hay disponible traducción española: *Volverse hacia el Señor*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2007].

______ *The Voice of the Church at Prayer: Reflections on Liturgy and Language*, San Francisco, Ignatius Press, 2012.

LEVERING, M./DAUPHINAIS, M. (eds.), *Rediscovering Aquinas and the Sacraments*, Chicago, Liturgy Training Publications, 2009.

MAHRT, W., *The Musical Shape of the Liturgy*, Richmond, Church Music Association of America, 2012.

MARITAIN, J., *The Dream of Descartes*, trad. de Mabelle L. Andison, Nueva York, The Philosophical Library, 1944 [hay disponible traducción española: *El sueño de Descartes y otros ensayos*, Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 1947].

_____ *Three Reformers: Luther, Descartes, Rousseau*, Nueva York, Apollo Editions, 1970 [hay disponible traducción española: *Tres reformadores*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2008].

MARTINDALE, C., *The Words of the Missal*, Nueva York, Macmillan, 1932.

MECONI, D., "Silence Proceeding", *Logos*, núm. 5/2 (Primavera 2002), pp. 59-75.

MONTI, J., *A Sense of the Sacred: Roman Catholic Worship in the Middle Ages*, San Francisco, Ignatius Press, 2012.

MOSEBACH, M., *The Heresy of Formlessness: The Roman Liturgy and Its Enemy*, trad. de Graham Harrison, San Francisco, Ignatius Press, 2006.

NEWMAN, J., *Prayers, Verses, and Devotions*, San Francisco, Ignatius Press, 1989. La meditación intitulada "Hope in God" está disponible también en www.newmanreader.org/works/meditations/meditations9.html.

NICHOLS, A., *Looking at the Liturgy: A Critical View of Its Contemporary Form*, San Francisco, Ignatius Press, 1996.

PIEPER, J., *Enthusiasm and Divine Madness: On the Platonic Dialogue "Phaedrus"*, trad. de Richard Winston y Clara Winston, South Bend, St. Augustine's Press, 2000 [hay disponible traducción española: *Entusiasmo y delirio divino. Sobre el diálogo platónico "Fedro"*, Madrid, Rialp, 1965].

_____ *The Silence of St. Thomas*, trad. de John Murray y Daniel O'Connor, Nueva York, Pantheon Books, 1957.

PIERIK, M., *The Spirit of Gregorian Chant* [1939], Richmond, Church Music Association of America, 2007.

PRISTAS, L., *Collects of the Roman Missal: A Comparative Study of the Sundays in Proper Seasons Before and After the Second Vatican Council*, Nueva York, T&T Clark, 2013.

_____ "Theological Principles that Guided the Redaction of the Roman Missal (1970)", *The Thomist*, núm. 67 (2003), pp. 157-195.

PSEUDO-DIONYSIUS THE AREOPAGITE, *The Complete Works*, trad. de Colm Luibheid, Mahwah, Paulist Press, 1987 [hay disponible traducción

española: Pseudo Dionisio Aeropagita, *Obras completas*, trad. de Hipólito Cid Blanco, Madrid, BAC, 2007].

Rahner, H., *Our Lady and the Church*, trad. de Sebastian Bullough, Bethesda, Zaccheus Press, 2005 [hay disponible traducción española: *María y la Iglesia*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2002].

Ratzinger, J., "The Ecclesiology of the Constitution on the Church, *Lumen Gentium*", *L'Osservatore Romano*, 19 de septiembre de 2001, disponible en www.ewtn.com/library/curia/cdfeccl.htm [hay disponible traducción española: "Eclesiología de la *Lumen Gentium*", discurso pronunciado en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, disponible en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20000227_ratzinger-lumen-gentium_sp.html].

______ *God and the World: A Conversation with Peter Seewald*, trad. de Henry Taylor, San Francisco, Ignatius Press, 2002 [hay disponible traducción española: *Dios y el mundo*, trad. de Rosa del Pilar Blanco, Barcelona, Ediciones De Bolsillo, 2005].

______ *Salt of the Earth: The Church at the End of the Millennium*, trad. de Adrian Walker, San Francisco, Ignatius Press, 1997 [hay disponible traducción española: *La sal de la tierra*, Madrid, Ediciones Palabra, 11ª ed., 2015].

______ *Theology of the Liturgy: The Sacramental Foundation of Christian Existence*, Volume XI of *Collected Works* [incluye *The Spirit of the Liturgy*], ed. de Michael J. Miller, San Francisco, Ignatius Press, 2014 [hay disponible traducción española: *Obras completas*, vol. XI: *Teología de la liturgia*, Madrid, BAC, 2012].

Reid, A., *A Bitter Trial: Evelyn Waugh and John Carmel Cardinal Heenan on the Liturgical Changes*, expanded edition, San Francisco, Ignatius Press, 2011.

______ (ed.), *Looking Again at the Question of the Liturgy with Cardinal Ratzinger*, Farnborough, Saint Michael's Abbey Press, 2003.

______ *The Organic Development of the Liturgy*, San Francisco, Ignatius Press, 2ª ed., 2005.

Ripperger, C., *Topics on Tradition*, s. l., Sensus Traditionis Press, 2013.

ROBINSON, J., *The Mass and Modernity: Walking to Heaven Backward*, San Francisco, Ignatius Press, 2005.

ROSMINI-SERBATI, A., *The Philosophy of Right*, vol. IV., trad. de Denis Cleary y Terence Watson, Durham, Rosmini House Publications, 1995.

SAWARD, J., "Towards an Apophatic Anthropology", *Irish Theological Quarterly*, núm. 41 (1974), pp. 222-234.

SCHMITT, F., *Church Music Transgressed: Reflections on "Reform"*, New York, Seabury Press, 1977.

SCHNEIDER, A., *Dominus Est—It is the Lord: Reflections of a Bishop of Central Asia on Holy Communion*, trad. de Nicholas L. Gregoris, Pine Beach, Newman House Press, 2008 [hay disponible traducción Española: *Dominus est. Reflexiones de un obispo de Asia Central sobre la sagrada comunión*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2009].

______ "The Extraordinary Form and the New Evangelization", disponible en www.paixliturgique.org.uk/aff_lettre.asp?LET_N_ID=863, y publicado también en *The Latin Mass*, núm. 21/2 (Verano 2012), pp. 6-10.

TERRY, R., *Catholic Church Music* [1907], Richmond, Church Music Association of America, 2007.

THOMAS AQUINAS [SANTO TOMÁS DE AQUINO], *The Sermon-Conferences of St. Thomas Aquinas on the Apostles' Creed*, trad. de Nicholas Ayo, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1988.

TOTAH, M., *The Spirit of Solesmes. Selections from the writings of Dom Prosper Guéranger by Abbess Cécile Bruyère and Dom Paul Delatte*, Petersham, St. Bede's Publications, 1997.

TUCKER, J., *Sing Like a Catholic*, Richmond, Church Music Association of America, 2009.

WILES, M., *Archetypal Heresy: Arianism through the Centuries*, Oxford/Nueva York, Clarendon Press/Oxford University Press, 1996.

ZUNDEL, M., *The Splendour of the Liturgy*, Nueva York, Sheed, 1939.

El autor

Peter A. Kwasniewski (1971), nacido en Chicago, tiene el grado de Bachiller por el Thomas Aquinas College, de California, y el grado de Master of Arts y de Doctor por The Catholic University of America (Washington D.C.). Luego de enseñar en el International Theological Institute, de Gaming, Austria, y en el Austrian Program of the Franciscan University of Steubenville, formó parte del grupo fundador del Wyoming Catholic College, de Lander, Wyoming, en el que se desempeñó hasta 2018 como profesor de teología y director de coro. En la actualidad es escritor y conferencista independiente. Además, se desempeña como miembro de la junta directiva y académico de The Aquinas Institute for the Study of Sacred Doctrine, que lleva adelante el proyecto de publicar la *Opera Omnia* del Doctor Angélico en una edición bilingüe (latín-inglés).

Kwasniewski ha enseñado y escrito extensamente sobre una amplia variedad de temas, especialmente sobre el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, sobre teología sacramental y litúrgica, sobre la historia y estética de la música y sobre la doctrina social de la Iglesia. Ha publicado dos libros en *The Catholic University of America Press, Wisdom's Apprentice* (2008) y *On Love and Charity* (2008), así como también un volumen de música de uso litúrgico, *Sacred Choral Works* (Corpus Christi Watershed, 2014). Su libro *Resurgent in the Midst of Crisis: Sacred Liturgy, the Traditional Latin Mass, and Renewal in the Church*, ha sido traduci-

do a ocho idiomas. Posteriormente ha publicado otros dos libros relacionados con la importancia de redescrubir la Tradición: *Noble Beauty, Trascendent Holiness. Why the Modern Age Needs the Mass of the Ages* (2017) y *Tradition and Sanity. Conversations and Dialogues of a Postconciliar Exile* (2018), ambos con Angelico Press.

Made in the USA
Coppell, TX
05 March 2023



Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica ha venido experimentando una crisis de identidad sin precedentes, simbolizada y favorecida por la corrupción del mayor tesoro de su Tradición, la sagrada liturgia. El resultado de esto ha sido confusión, desaliento y devastación. Para sorpresa de algunos, sin embargo, el mismo período de cincuenta años ha sido testigo de un creciente contra-movimiento de católicos que encuentran en la liturgia tradicional de la Iglesia un perenne testimonio de ortodoxia de la fe, una sólida base para la vida interior, una fuente de la que fluye sin cesar la caridad misionera, y una encarnación viviente del auténtico espíritu católico.

En este libro, Peter Kwasniewski presenta, sin temores, una crítica del camino de las novedades litúrgicas y una detenida apología de la tradición litúrgica y su belleza, riqueza y profundidad, abordando temas como la solemnidad, la sacralidad, el lenguaje de los símbolos, la contemplación, la participación, la simbiosis de *lex orandi* y *lex credendi*, el silencio, la música, el culto en latín y el canto gregoriano. Ataca, asimismo, el humanismo, el racionalismo, el utilitarismo y el modernismo que tanto han predominado en la reforma litúrgica, y evalúa las perspectivas y limitaciones de una "reforma de la reforma", al tiempo que reflexiona sobre el gran don que constituye el motu proprio *Summorum Pontificum*. En resumen, Kwasniewski argumenta en pro de un nuevo compromiso, lleno de celo, con la tradición católica en su plenitud, comenzando con el culto divino y siguiendo con todo el ámbito de la fe y de la moral, incluida la doctrina social de la Iglesia en su integridad.

❖ ❖ ❖ ❖ ❖

"Recomiendo vivamente el nuevo libro de Peter Kwasniewski a quienes procuran entender no sólo lo que ha ocurrido con la liturgia de la Iglesia católica, sino también por qué esos cambios han tenido tan desastrosas consecuencias.

Como lo muestra el autor, los cambios en cada uno de los aspectos de la Misa nos han llevado cada vez más lejos de aquella interior transformación del fiel que, luego de su propósito primario de adoración a Dios, es el propósito secundario de la liturgia".

JOSEPH SHAW, Presidente de la Latin Mass Society de Inglaterra y Gales.



ISBN 978-1-62138-452-6